



La gente del margen

Orson Scott Card

Lectulandia

En la tercera guerra mundial sólo se usaron seis misiles, que bastaron para hundir todo vestigio de civilización. Para un puñado de hombres, la lucha de cada día es ahora sobrevivir frente a la amenaza del hambre y, ante todo, de los propios seres humanos, que han vuelto a la barbarie. Las historias que componen "La gente del margen" narran la apasionante e intensa odisea de hombres y mujeres que reconstruyen un mundo perdido, sus problemas y dificultades.

Lectulandia

Orson Scott Card

La gente del margen

ePub r1.0

17ramsor 21.02.14

Título original: *The Folk of the Fringe*

Orson Scott Card, 1989

Traducción: Margara Auerbach

Diseno de portada: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor

ePub base r1.0

mas libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Este es un libro curioso y sorprendente. Por una parte es una obra moderna que aborda uno de los temas más clásicos de la ciencia ficción: reconstruir la civilización tras un holocausto nuclear. Pero es también un libro escrito por un mormón que plantea la posibilidad de que la cultura mormona sea la base de la recuperación de la civilización y, como consecuencia, LA GENTE DEL MARGEN puede también contemplarse como un libro de propaganda religiosa.

En el primero de sus significados, la reconstrucción de la civilización norteamericana tras un holocausto nuclear, el libro de Card se emparenta con otros muchos de la ciencia ficción más reciente, como EL CARTERO de David Brin y LA PLAYA SALVAJE de Kim Stanley Robinson.

En la versión de Card, como ocurre en las de Brin y Robinson, también la Tercera Guerra Mundial ha asolado el mundo. Aunque sólo se usaran seis misiles, fueron suficientes para matar a millones y millones de seres y casi hundir todo vestigio de civilización. La lucha de cada día consiste en sobrevivir frente a la amenaza del hambre y, sobre todo, de los propios seres humanos, que han vuelto a la barbarie. Pero hay una esperanza: alguien intenta recuperar la civilización en el territorio norteamericano de Utah, a orillas del mar Mormón. Reconstruir la civilización (norteamericana) tras un holocausto nuclear toma en LA GENTE DEL MARGEN un cariz eminentemente emotivo, ético y moral para componer un apasionante e intenso relato en torno a las gentes que reconstruyen un mundo perdido, acerca de sus problemas y sus dificultades y, ante todo, acerca de sus emociones, a las que tan brillantemente nos acerca Orson Scott Card. Por otra parte, en su aspecto religioso, LA GENTE DEL MARGEN está emparentada también con otras obras, como la ya clásica CÁNTICO POR LEIBOWITZ (1960) de Walter M. Miller Jr., pues ambas obras toman en consideración la forma en que la religión puede constituir una baza importante a la hora de reconstruir la civilización destruida por la barbarie de la guerra.

Es evidente que hay en LA GENTE DEL MARGEN algo (bastante) de propaganda mormona, pero también es posible encontrar una seria reflexión crítica sobre las creencias y costumbres de los mormones y, lo más importante, el libro narra interesantísimas historias sobre unos seres humanos que sufren y experimentan toda clase de emociones y, por ello, pueden interesar también a cualquier tipo de lector.

Pero, ya metidos de lleno en el uso de la religión dentro de la ciencia ficción, hay que reconocer que LA GENTE DEL MARGEN no es el único caso en que se introduce de forma partidista una ideología (en este caso religiosa) en la ciencia ficción. Para dar una muestra, conviene volver a uno de los títulos clásicos y más

apreciados del género que, por cierto, esta colección se honrará en publicar dentro de unos meses: CÁNTICO POR LEIBOWITZ. La novela de Miller obtuvo el premio Hugo sin ocultar el punto de vista de un creyente católico que defiende el papel de la institución eclesiástica católica, a la que Miller atribuye, en una Edad Media futura, el mismo papel de transmisora y conservadora del patrimonio cultural que desempeñó en el pasado. En el fondo se trata de una reivindicación de las ventajas que el conservadurismo e inmovilismo de la institución eclesiástica católica pueden representar en un mundo devastado tras la Tercera Guerra Mundial. Como puede verse, CÁNTICO POR LEIBOWITZ comparte tema e intenciones con LA GENTE DEL MARGEN y, tal vez, la mayor «normalidad» del libro de Miller proceda del hecho que la religión católica que allí se utiliza como base de la reconstrucción de la civilización es más conocida y tiene una tradición más larga. Si Miller puede hacer propaganda de las instituciones católicas, no veo por qué Card no puede difundir las que él considera virtudes de su confesión religiosa. Los libros están en ambos casos bien escritos; resultan amenos, emotivos e interesantes, y eso es lo que en realidad interesa.

De hecho hay otros muchos autores en la ciencia ficción que no ocultan su filiación religiosa ni la militancia propagandística de algunas de sus obras. Y, hasta hoy, la mayoría de esos autores han sido católicos, desde el clásico C. S. Lewis, con la Trilogía del planeta silencioso, hasta otros autores más recientes, como Gene Wolfe con su serie del Libro del Nuevo Sol, cuyo protagonista, Severian, inicia su camino como aprendiz de torturador para convertirse finalmente en un personaje construido a imagen de Cristo que sufre y muere para salvar a los demás.

Debo reconocer que, aun no siendo mormón, las historias de LA GENTE DEL MARGEN me interesaron. Es de justicia destacar la emotividad con que Card describe y maneja a sus personajes y, también, la fuerza con que defiende y enaltece ese sentido de comunidad (de «familia») que él describe como tan propio de los mormones, aunque añade una visión ligeramente crítica de personajes que, al no pertenecer a una de esas familias, se sienten extraños, así como desamparados e incompletos.

Ese aspecto humano, por encima del religioso, es el que puede interesar a muchos lectores y por eso decidí incluir LA GENTE DEL MARGEN en esta colección, precisamente pocos meses antes de CÁNTICO POR LEIBOWITZ. Las comparaciones no tienen por qué ser necesariamente odiosas...

Aunque debo reconocer que, para un racionalista impenitente como yo, las ideologías religiosas resultan siempre bastante esotéricas. Aun respetando las creencias religiosas de las personas honestas, mi visión de las instituciones religiosas se acerca más a la de una organización que administra el poder, lo que han mostrado asimismo algunos autores de ciencia ficción. Pienso ahora en ¡HÁGASE LA

OSCURIDAD! (1943) de Fritz Leiber, en SIXTH COLUMN (1941) de Robert A. Heinlein o en algún capítulo de la trilogía inicial de la FUNDACIÓN de Isaac Asimov. En todos esos casos, ya clásicos en la historia de la ciencia ficción, se nos narra cómo se instrumentalizan las creencias religiosas para ser usadas como forma de dominación y, en definitiva, de poder por parte de los gerifaltes religiosos.

Por ello, libros como el de Miller o el de Card, que hoy presentamos, pueden interesar también a agnósticos y ateos, pues describen, no tanto las creencias religiosas y su organización institucional como elemento de poder, sino más bien la forma en que dichas creencias son vividas por quienes las siguen de buena fe. En el fondo, el sentido de comunidad que surge de compartir creencias y sentimientos religiosos resulta ser una de las formas más eficaces evidentes de afianzar la solidaridad en el seno de un grupo humano, y precisamente de eso nos habla Orson Scott Card en esta novela.

Tal vez eso sea todavía posible entre los mormones por el carácter minoritario de su religión, realmente reciente en el amplio panorama de las muchas creencias religiosas que ha profesado la humanidad. Según el octavo volumen de la Historia de las religiones de Siglo XXI, el mormonismo surgió como una de las concepciones restitutionistas de la iglesia cristiana que tan frecuentemente fueron a principios del siglo XIX. Joseph Smith, su fundador, adoptó el principio de la Iglesia como grupo de conversos y creyó que la revelación continuaba por medio de algunos elegidos, entre los cuales se contaba. Visiones y revelaciones le hicieron descubrir —si hemos de creerle— el original de un libro sagrado, el Libro de Mormón, escrito en «egipcio reformado» (?), que él tradujo y publicó en 1830. Esta neorrevelación estaba al mismo nivel que la Biblia y tenía su mismo valor. Atribuía un pretendido origen judío a los indios y exhortaba a los fieles a reunirse en la IGLESIA DE LOS SANTOS DEL ÚLTIMO DÍA, en torno al profeta Smith, en espera de la parusía. [...] Los discípulos de Smith padecieron innumerables dificultades provocadas tanto por su conducta como por la hostilidad de los «gentiles». El centro del movimiento se desplazó muy pronto desde el estado de Nueva York hacia Ohio. Luego, agrupados ya de forma cooperativa, casi realmente comunista, los mormones fundaron la ciudad de Nauvoo, en Illinois, donde edificaron un templo para esperar el retorno de Cristo. Pero después de la violenta muerte de su profeta, en 1844, y ante la hostilidad del ambiente, se adentraron en el oeste bajo la dirección de Brigham Young. En 1847 se instalaron a orillas del Gran Lago Salado, fundando Salt Lake City y abriendo a la colonización las tierras que formarían el estado de Utah. En los comienzos de su asentamiento, los mormones organizaron un estado teocrático, pero poco a poco pasaron a depender de la autoridad del gobierno central. La organización comunitaria de los primeros años dio extraordinarios frutos en la explotación del suelo. Hoy día hay más de un millón de mormones en Estados Unidos, la mayor

parte en Utah. Muy organizados, son también financieramente muy poderosos.

Historia de las religiones,
Volumen 8, pág. 289-290,
Siglo XXI, Madrid, 1981.

Card nos recuerda en LA GENTE DEL MARGEN las persecuciones sufridas por los mormones, pero también es justo mencionar aquí que, en sus etapas de mayor intransigencia (dolencia que parece resultar común a la mayoría de religiones), los mormones también cometieron atrocidades parecidas. Es estrictamente famosa la llamada Masacre de Mountain Meadows, en 1857, cuando un grupo de mormones, dirigidos por John Doyle Lee y ayudados por los indios payutes, asesinaron a una caravana de ciento treinta y siete emigrantes de Arkansas que intentaban atravesar Utah camino de California. Esos mormones no actuaron con la tolerancia que nos muestra Card ni merecieron la denominación de «santos» que ellos mismos suelen darse: saints (santos) para referirse a los miembros de la religión mormona que es, como ya se ha dicho, la de los Latter-Day Saints (LDS - Los Santos del Último Día).

Como indica claramente Michael Collings en el comentario que cierra este libro, «el Libro de Mormón es el sine qua non del mormonismo, y su premisa fundamental es el cumplimiento de la profecía: América es la nueva Tierra Prometida». Es fácil imaginar con ello que, leído en Europa, el Libro de Mormón llegue incluso a hacer sonreír a quienes no son mormones y ni siquiera norteamericanos. Por ello cabe contemplar con cierta curiosidad e interés el intento de Orson Scott Card, cuya obra más reciente, HOMECOMING, es el inicio de una nueva serie que narra, en clave de ciencia ficción, las historias procedentes del Libro de Mormón que forman el eje central de las creencias mormonas. Tras haber leído hace años el Libro de Mormón (fruto de mi impenitente curiosidad y, todo hay que decirlo, del ímpetu proselitista de la consabida pareja de mormones norteamericanos en su obligada «misión evangelizadora» que suele durar dos años), espero con cierta impaciencia el manuscrito de Card para ver si su maestría como narrador llega a convertir en interesante lo que, leído en el original de Joseph Smith, deja mucho que desear tanto intelectual como literariamente.

De hecho, el mormonismo es, en realidad, una religión localista y muy norteamericana («la única religión indígena de Estados Unidos» dirá Collings) y, como tal, resulta bastante ajena a nuestro mundo hispano. Debemos reconocer que la estancia de Card en Brasil, entre 1971 y 1973, durante su «misión evangelizadora» mormona, parece haber ampliado el alcance de su visión, como se hace patente en «América», la última historia de este libro. Una reflexión que resulta más que adecuada en este año de 1992 en que se conmemora el quinto centenario del

encuentro de la cultura europea con la verdadera cultura indígena americana.

Card, con su tolerancia y amplitud de miras, bien podría ser, no obstante, una excepción entre su gente. Como todo grupo minoritario, los mormones mantienen a sus fieles en un círculo cerrado y bastante impermeable al contacto con los «gentiles». Así se hace también patente en este libro en lo que parece ser una honesta crítica del autor a ciertos comportamientos de su propio grupo religioso: En cualquier caso, esta defensa de su particularidad ha generado entre los mormones una literatura especializada a la que ellos mismos llaman literatura LDS: revistas especializadas: The Ensign (para los adultos), The New Era (para los jóvenes) y The Friend (para los niños) y también obras de teatro, con las que, precisamente, empezó Orson Scott Card su carrera literaria y que tienen su reflejo en una de las más destacadas narraciones de este libro: «Teatro ambulante».

Porque esta obra es lo que técnicamente se denomina un fix-up, un montaje de diversas narraciones cortas que pueden tener entidad propia separadamente, pero que adquieren pleno sentido con su lectura conjunta. Así se han escrito algunos de los mejores libros de ciencia ficción, como los famosos FUNDACIÓN de Asimov, DUNE de Herbert o CIUDAD de Simak, e incluso el ya citado CÁNTICO POR LEIBOWITZ de Miller, que está formado en realidad por tres novelas cortas. Pero de la génesis de los relatos de LA GENTE DEL MARGEN y de su voluntad unitaria ya nos habla el propio Card al final del libro en su comentario «Sobre Sycamore Hill».

Aquí sólo añadiré que LA GENTE DEL MARGEN es uno de los tres volúmenes que recogen la totalidad de la narrativa breve, hasta hoy dispersa, de Orson Scott Card. Si aquí el elemento aglutinador es el mormonismo, la telepatía lo es en LA SAGA DE LOS WORTHING (1990, prevista en NOVA ciencia ficción, número 53) que unifica la primera novela de Card, HOT SLEEP (1979, reescrita en 1982 como THE WORTHING CHRONICLE), con la antología de relatos Capitol (1983), que trata temas de alguna manera cercanos. El resto de narraciones y novelas cortas de Card se encuentra en un voluminoso libro, MAPS IN A MIRROR (1990), estructurado en cinco unidades temáticas y que incluye algunas novelas cortas muy famosas, como la brillante y emotiva «Eye for Eye», que fue premio Hugo de 1988. Pero de todo ello tendremos ocasión de hablar en un futuro próximo, de momento les dejo con este libro emotivo e intencionado como pocos. Estoy seguro de que lo disfrutarán.

MIQUEL BARCELÓ

*A Robert Stoddard:
por la música que hicimos juntos,
por los viajes que cada uno emprendió por su lado,
buscando siempre el camino angosto.*

HISTORIAS DE LA GENTE DEL MARGEN

En el futuro de Estados Unidos, con la sociedad derrumbada ya bajo el peso de la guerra, la civilización sigue viviendo en la gente cuyos lazos de fe, tribu o lenguaje todavía son poderosos. Estas historias entrelazadas hablan de gente que está lejos del centro de estas comunidades fuertemente unidas, gente que busca una vida para sí misma a lo largo del margen.

OESTE

Ese verano le fue muy bien en el viaje a la costa para rebuscar en la basura. Jamie Teague tenía un cargamento lleno antes incluso de llegar a Marina. Las cosas estaban tranquilas por allí y tal vez se habría quedado, tanto lo apreciaban. Pero a principios de agosto, se despidió de todos y enfiló hacia el oeste de nuevo. Debía llegar a las montañas antes que la nieve.

El viaje de vuelta fue rápido. En septiembre ya estaba al oeste de Winston, pero tenía tanta hambre que el kudzú empezaba a parecerle ensalada.

No es que el hambre fuera nada nuevo. Cada vez que hacía esos viajes de varios meses desde su cabaña en las Great Smokies hasta la costa y luego de regreso, había días en que no encontraba nada para comer. Jamie era un campeón como buscador, pero la mayoría de las casas y los viejos almacenes ya habían sido saqueados hacía mucho. Además, ¿qué sentido tenía buscar comida? La mayor parte de lo que había en las latas estaba en mal estado. Lo que Jamie buscaba era metal, cosas que la gente ya no fabricaba. Martillos. Agujas. Clavos. Serruchos. Una vez encontró ese pequeño negocio de herramientas aislado, cerca de Checowinity, con toda una colección de tornillos, incluso de los grandes, y sin una mota de óxido. Casi lo mató llevarse todo eso de vuelta pero no pudo dejar nada. No iba a menudo hasta la costa misma, y si dejaba algo, no había duda de que alguna otra persona lo encontraría.

Este viaje no había sido tan bueno como aquél, pero era un buen viaje, sobre todo teniendo en cuenta que, de todos modos la mayor parte de la zona ya estaba saqueada. Encontró algunas agujas. Dos carretes de hilo de pescar y una docena de bobinas de cordel elástico. Y muchas cosas corrientes, además. Y cosas que no podía poner en su equipaje: la larga estancia en Marina, en la costa; la buena gente al norte de Kenansville, que lo había acogido y escuchado sus historias. La gente de Kenansville hasta lo había invitado a quedarse, y lo había alimentado hasta el hartazgo con jamón de campo y galletitas y embutidos en la frescura del interior de la casa en aquellas calientes mañanas de agosto. Pero Jamie Teague sabía lo que pasaba si uno se quedaba mucho tiempo con la misma gente, así que siguió adelante. Ahora el recuerdo de esos manjares excitaba su deseo, aquí, en el límite de Winston, después de casi tres días sin comer.

Había pasado hambre muchas veces antes y volvería a pasarla, pero eso no significaba que no le importara. No significaba que no se sintiera al borde del desmayo hacia el mediodía. No significaba que no pudiera trepar a un árbol y quedarse allí sentado, descansando, mirando desde arriba la I—40 y escuchando a los pájaros que se decían tonterías sobre lo hermoso que era el día, tuit, tuit, tuite, un hermoso día, en serio.

Al día siguiente habría mucho que comer. Al día siguiente estaría al oeste de

Winston y en zona salvaje, donde podría matar una ardilla con una piedra. Simplemente, en esos días no había mucho que comer en la zona que acababa de atravesar, entre Greensboro y Winston. Parecía que todos los que tenían un revólver o una honda habían salido a matar ardillas y conejos y zarigüeyas y no quedara ni uno.

Ése era uno de los problemas, junto con el hecho de que esa parte de Carolina todavía tuviera un gobierno y todo eso. Casi la mitad de la gente estaba viva, probablemente. Eso significaba un cuarto de millón en los condados de Guilford y Forsyth. Era imposible que esa multitud se mantuviera solamente con la carne de las granjas, no sin gasolina para los tractores y fertilizantes para los campos.

Greensboro y Winston no sabían que estaban condenados, todavía no. Todavía creían que ellos eran los afortunados que no habían sufrido ni la mitad del horror que había dividido las grandes ciudades y convertido en desiertos a estados completos.

Pero Jamie Teague había estado en el norte y escuchado historias que venían de todavía más al norte, y lo aprendido era esto: cuando terminó el derramamiento de sangre, los supervivientes tuvieron tierra y herramientas suficientes para poder alimentarse. Había posibilidades de vida, si lograban echar a los vagabundos y asaltantes y si el invierno no los mataba y si no se contaminaban con una de esas enfermedades que aun provocaban mutaciones y si no estaban demasiado cerca de alguno de los sitios donde habían caído las bombas. Había suficiente. Podían vivir.

Pero no aquí. Los árboles que alguna vez habían hecho hermosa la zona estaban muriendo con rapidez —los cortaban para hacer leña— y, poco a poco, la gente de ese lugar se congelaría o moriría de hambre, o se matarían mutuamente hasta que la población descendiera. Las cosas se pondrían muy feas.

Por lo que había oído, Jamie pensaba que las cosas ya se estaban poniendo feas.

Y por eso había rodeado Greensboro hacia el norte, con los ojos siempre bien abiertos: había visto a la mayoría de los que se cruzaron con él antes de que ellos detectaran su presencia. No, la verdad era que había avistado a todos antes de que ellos lo vieran, y se había asegurado de que no lo descubrieran en ningún momento. Así se mantenía uno vivo en esos días. Sobre todo un viajero, un hombre que iba a pie, como él. En algunos lugares, ser un forastero era lo mismo que estar sentenciado a muerte, a veces se podía conseguir un aplazamiento, aunque lo más probable era que no fuera así. Ser invisible excepto cuando él quería que lo vieran lo había mantenido con vida incluso en los peores tiempos de los últimos cinco años, cuando todo el mundo se iba a la mierda. Jamie había aprendido a caminar por los bosques en un silencio absoluto, tanto que casi podía oír a las ardillas; y era tan bueno tirando piedras que nunca disparaba el rifle, no para comer por lo menos. Una piedra era todo lo que necesitaba para una zarigüeya, un conejo, una ardilla, un mapache o un puercoespín, y cualquier cosa mayor hubiera supuesto más carne de la que podía llevar a cuestas. Un hombre que andaba a pie no podía cargar con un ciervo y

quedarse en el mismo sitio el tiempo suficiente para ahumarlo o ponerle sal o cualquiera de esas cosas. Así que Jamie no buscaba presas grandes. Una ardilla era suficiente carne para él. Las bayas silvestres y las huertas abandonadas y la comida en lata dentro de las casas deshabitadas proveían el resto de su dieta de viaje.

Sobre todo, un hombre que anda a pie no puede permitirse el sentimiento de la soledad. Uno empieza a pensar que tiene que hablar con alguna cara humana o va a estallar, y entonces, ¿qué pasa? Uno saluda a alguien que no conoce y ese alguien le vuela la cabeza. O se queda con alguna familia del bosque y ésta le corta el cuello por la noche y hace cucharas con los huesos y bolsas de cuero con la piel, y los músculos terminan en el ahumadero para ser curados. Siempre terminaba mal eso de desear compañía, así que Jamie nunca la deseaba.

Por eso estaba instalándose en un árbol sobre la cerca de cadenas que marcaba el borde de la I—40, cuando oyó gente que cantaba, tan fuerte que se la oía mucho antes de verla. Increíble. Cantando, directamente en la ruta, en la autopista, que es lo mismo que decir que estaban totalmente locos. El hacer ruido mientras uno viajaba por la I—40 era algo tan escandaloso que al principio Jamie pensó que eran salteadores. Pero no, Winston y Greensboro tenían una patrulla de caminos bastante buena que recorría la zona a caballo, y esa gente venía de Winston en dirección oeste, así que no, no podían ser salteadores. Eran demasiado tontos para vivir, eso era todo, ciudadanos normales, refugiados o algo así, gente que todavía creía que el mundo era lo suficientemente seguro como para cantar en él.

Cuando los descubrió, le parecieron el grupo más raro que hubiera visto desde el principio de la plaga. En cabeza caminaba una mujer grande y gorda que parecía un silo dentro de una tienda de campaña. Ella daba la pauta a los demás en una canción. Dos hombres, uno blanco y otro negro, empujaban carros fabricados con bicicletas unidas de dos en dos, cargadas con cosas y cubiertas con cartones. Había dos muchachas negras de unos dieciocho años y una mujer blanca y rubia de unos treinta y cinco, y media docena de niños blancos. Parecía un anuncio a favor de la unidad racial, un anuncio de los tiempos anteriores a la plaga.

En estos días, uno no veía negros y blancos juntos, simplemente no se daba. La gente iba con su propia gente. No era que hubiese mucho odio racial, lo único que pasaba era que blancos y negros no tenían demasiado que ver unos con otros. Como en Marina, de donde venía Jamie. Todos fingían ser parte de una misma ciudad pero tenían policía separada y jueces distintos, y la gente simplemente no entraba en la otra parte de la ciudad, la de los otros. No se hacía, eso era todo. Y era así en todos los sitios que había visitado Jamie.

Y sin embargo, allí estaban, blancos y negros, caminando juntos como si fueran parientes. Jamie se dio cuenta enseguida de que no llevaban mucho tiempo viajando juntos: actuaban como si todavía confiaran los unos en los otros y no les importara la

compañía. Así era los primeros días en que se viajaba en grupo, y así era de nuevo después de unos años. Y al ver los descuidados que eran, Jamie supo inmediatamente que no vivirían ni una semana, por no hablar de los años que hacían falta para conseguir esa confianza basada en el tiempo. Además, pensó Jamie con un gusto amargo en la boca, hay algunos en los que no se puede confiar, no importa lo mucho que uno haya estado con ellos, aunque haya pasado con ellos toda la vida.

La gorda cantaba en voz bien alta, jadeando entre palabra y palabra —era obvio que le faltaba el aliento— y los chicos cantaban con ella, pero los adultos no.

«Los hijos de los pioneros cantaban mientras andaban y andaban y andaban».

La canción seguía así, lo mismo una y otra vez. Y cuando la gorda dejaba de cantar «y andaban y andaban», uno de los chicos se desbandaba y seguía diciendo «y andaban y andaban y andaban y andaban y andaban y andaban y andaban», hasta que Jamie sentía que alguien iba a darle un cachete y decirle que se callara. Pero nadie lo hacía. Los adultos seguía caminando y no prestaban atención. Arrastraban los carros de bicicletas o llevaban los paquetes en brazos.

Ni un revólver. Ni un rifle, ni una pistola. Nada de nada.

Éste era un grupo de gente muerta, Jamie estaba seguro de eso, tan seguro como que los chicos desafinaban. Estaban llegando a la última frontera de la civilización entre ese lugar y la reserva cheroqui. Iban a cantar hasta que cayeran por el borde del mundo.

Jamie no tuvo dudas sobre lo que tenía que hacer. No lo pensó ni dos veces. Sabía que estaba en sus manos hacer algo para impedir que esa gente muriera, así que les tendió la mano.

Mejor dicho, dio un paso hacia ellos. Se colgó el rifle del hombro y se deslizó por la rama que colgaba sobre la cerca de cadenas, después se dejó caer. Levantó el paquete y se lo puso en los hombros. Caminó por el terraplén. Estaba lleno de árboles pequeños y no era fácil caminar por allí. Para cuando llegó al camino, estaban a unos cien metros y seguían cantando. Una canción distinta esta vez, algo sobre dar —«Da, dijo el arroyito, da, oh, da, oh, da»—, pero en el fondo era lo mismo. Él los oía claramente pero ellos ni siquiera lo habían oído cuando pasaron rozando los árboles, a pesar de todo el ruido que había hecho al bajar.

—Buenas noches —saludó.

Entonces sí dejaron de cantar. Los carros dejaron de moverse y los chicos estaban de pronto en brazos de los adultos, y la mayoría iba hacia el borde de la carretera antes de que el eco de la voz de Jamie se apagara en el aire. Por lo menos sabían lo suficiente como para asustarse, aunque cuando un salteador le dirigía la palabra a alguien ya no había escapatoria, por lo menos no con una simple carrera. Y ni uno solo de ellos había sacado un arma, ni siquiera entonces.

—Tranquilos —dijo Jamie—. Si hubiera pensado en matarles, ya estarían

muertos. Hace cinco minutos que les observo. Y hace diez que les oigo, se lo aseguro. Ellos dejaron de moverse.

—Además, están ustedes corriendo hacia la faja intermedia, y eso es actuar como un pollo que se mete en la cacerola para esconderse del granjero que le persigue.

Todos se quedaron donde estaban, excepto el negro, que volvió hasta la mitad del carril del oeste. La gorda todavía estaba allí, la mano sobre uno de los carros. No parecía asustada como los demás. No parecía tener la capacidad de asustarse.

Jamie siguió hablando. Sabía que su voz relajada los calmaría.

—Miren, los salteadores, cuando deciden cargarse a alguien, nunca atacan por un único lado. Si ustedes corren hacia la faja intermedia, seguramente encontrarán a más de uno esperando para atraparles.

—Parece que sabe mucho de salteadores —dijo el negro.

—Estoy vivo y estoy en la carretera y estoy solo —contestó Jamie—. Claro que sé mucho de salteadores. Los que no aprenden algo de eso mueren muy pronto. Como ustedes.

—Nosotros no estamos muertos —replicó la gorda.

—Bueno, supongo que es cuestión de opinión —continuó Jamie—. A mí me parecen muertos. Claro, aún caminan. Todavía cantan a viva voz. Pero permítenme si me equivoco. Sigo pensando que lo que cantan es: «Venid y matadnos, vamos, venid y quitadnos lo que tenemos».

—Estábamos cantando «Da, dijo el arroyito» —intervino uno de los pequeños, una niña rubia de unos diez años.

—Lo que quiere decir es que deberíamos marchar con la boca cerrada —explicó una de las chicas negras. La flaca.

—Eso fue lo que yo dije cuando salimos de Kernesville —observó la que tenía unos senos que parecían a punto de estallar debajo de su corpiño.

El negro les echó una mirada de enojo. Ellas parecieron disgustadas pero se callaron.

—Me llamo Jamie Teague y pensé que era mejor que les diera algunos consejos para que siguieran vivos algunos kilómetros por lo menos.

—Todavía estamos a salvo. Estamos en Winston.

—Acaban de pasar la ruta de Silas Creek. La patrulla de caminos de Winston no viene aquí muy a menudo. Y una vez que pasen la salida de la 421, estarán fuera de su territorio.

—Pero las bandas ocultas en los arbustos no llegarían tan cerca de Winston, ¿no es cierto? —preguntó la gorda.

La gente era tan tonta a veces...

—Señora, ¿piensa que van a esperar en medio de la nada a ver si viene algún grupo de viajeros que ya se escapó de todas las otras bandas de asaltantes desde la

ciudad hasta allá? Las presas fáciles están cerca de las ciudades. ¿No se lo dijeron los de la patrulla?

El negro miró a la gorda.

—No —contestó.

—Bueno —prosiguió Jamie—, entonces será que los han ofendido de alguna forma porque ellos saben que el cruce con la 421 es un lugar muy peligroso para pasarlo caminando, y, según veo, les dejaron ir directos hacia allá.

La cara de la gorda se puso todavía más fea.

—Estoy segura de que eran *cristianos* —declaró. No escupió pero fue como si lo hubiera hecho.

Una idea súbita cruzó la mente de Jamie.

—¿Ustedes *no* son cristianos?

—Siempre pensamos que lo éramos —dijo el blanco.

Todavía estaba a un lado del camino, el brazo sobre los hombros de la mujer rubia. Hablaba en voz baja, pero parecía fuerte. Era casi un alivio que hablara. Era raro que un negro hablara por todos cuando había un blanco en el grupo. No es que Jamie pensara que hubiese que ser al revés. Pero nunca había visto un grupo integrado por ambas razas en el que el negro fuera el representante de los demás.

Entonces el negro lo interrumpió:

—Gracias por su... consejo, señor... ¿Teague, dijo?

—No era un consejo. Lo que les he presentado son hechos. La única forma segura de salir de la ciudad para un grupo del tamaño del de ustedes, que necesita un camino para bicicletas, es volver a la ruta de Silas Creek, ir hacia el norte por el camino de Country Club y salir al oeste por allí. Después pueden subir a la 421 más adelante, y ya no será tan peligroso.

—Pero si vamos por la I—40 todo el camino —dijo la gorda.

—El camino al infierno, tal vez. ¿Adónde piensan ir? —preguntó Jamie.

—No es asunto suyo —respondió la rubia. Tenía una voz que golpeaba como un látigo. Era del tipo de las que sospechan de todo.

—Cada uno de los cruces de la interestatal está tomado por un grupo de salteadores —indicó Jamie—. Es un lugar de refugio para ellos, y es fácil volver allí después de haber violado y matado por el campo. Y aunque cada uno de ustedes tuviera una ametralladora y los carros llenos de municiones, se les terminarían antes de llegar a Hickory y estarían muertos antes de Morganton.

—¿Cómo sabemos que lo que nos dice es cierto? —preguntó la rubia.

—Porque sé lo que estoy diciendo —contestó Jamie—. Y se lo estoy diciendo porque es evidente que no lo saben. Cualquier persona que sepa eso y siga utilizando la autopista tiene que *querer* morir.

Hubo una pausa, una décima de segundo en la que nadie intervino y a Jamie se le

ocurrió que tal vez era así. Que tal vez en cierto modo esa gente quería morir, aunque fuera a medias. Definitivamente estaban locos. Pero ¿quién no lo estaba en esos días? Cualquiera que estuviera vivo todavía tenía que haber visto cosas terribles, las suficientes para perder la razón. Jamie suponía que en muchos casos la cordura apenas se sostenía de las orejas y el cabello de la gente, lista para desaparecer a la primera señal de peligro y dejarlos a todos más idos que una...

—No queremos morir —dijo el blanco.

—Aunque el Señor puede tener sus propios planes con respecto a nosotros, claro —añadió la gorda.

—Tal vez —observó Jamie—. Pero no he visto que el Señor haga muchos milagros últimamente.

—Yo tampoco —señaló la rubia.

Ah, ésa sí que estaba amargada.

—Yo he visto muchos —objetó el blanco, que debía de ser su esposo.

—Les voy a decir algo acerca de los milagros —dijo Jamie. Estaba disfrutando con todo aquello; no había hablado tanto en diez días, no desde que había dejado a la gente de Marina, o Campamento Lejeune, como la llamaban. Y Jamie era hombre de palabras—. Si ustedes siguen tal como van, en los próximos diez kilómetros acabarán con toda su cuota de milagros y en el kilómetro once les matarán.

El negro le creía ahora.

—¿Así que volvemos a la ruta de Silas Creek, vamos al norte hacia Country Club y después salimos de la ciudad por allí?

—Supongo que sí.

—Es una trampa —replicó la rubia—. Tiene una banda de salteadores en Country Club y quiere que vayamos allá para asaltarnos.

—*Madam* —dijo Jamie—. Supongo que eso es posible. Pero también esto es posible. —Sacó el rifle de la funda y apuntó al negro con un movimiento tan rápido que nadie pudo ni parpadear mientras lo hacía—. Bang —exclamó. Después señaló con el arma a cada uno de los adultos, uno a uno—. Bang, bang, bang, bang. No necesito un grupo de salteadores.

Jamie no esperaba la reacción. Dos de los chicos se echaron a llorar. Uno de ellos temblaba. Otro par corrió a esconderse detrás de la gorda, mientras lo miraban como si esperaran que los asesinara a todos, uno por uno, los niños también. Y los adultos reaccionaron peor, si es que tal cosa era posible. Parecía como si estuvieran dándole la bienvenida al arma, como si la esperaran desde hacía tiempo, como si fuera un alivio que la muerte hubiera llegado a ellos por fin. El negro cerró los ojos: esperaba la bala como un beso de novia.

La única que no se asustó fue la gorda.

—No vuelvas a apuntarnos con un arma, muchacho —dijo con frialdad—. No a

menos que pienses usarla.

—Lo lamento —se excusó Jamie. Volvió a guardar el arma—. Solamente quedaría mostrarles lo fácil que es...

—El Señor ha visto su bondad para con nosotros —intervino el negro—. Y le recompensará por eso.

—Tal vez —respondió Jamie, para ser amable.

—Usted fue amable con las últimas de sus ovejas —insistió el negro— y eso también vale.

—Las últimas de sus ovejas somos, evidentemente, nosotros —dijo la gorda.

—Si, bueno, buena suerte entonces. —Jamie se volvió y enfiló hacia el terraplén.

—Espere un minuto —dijo el blanco—. ¿Adónde va?

—Eso no es asunto nuestro —le señaló el negro—. No tiene por qué decírnoslo.

—Solamente pensé que si va al oeste, como nosotros, tal vez pudiéramos ir juntos.

Jamie se volvió para mirarlo.

—Nada de eso —contestó.

—¿Por qué no? —preguntó la rubia, como si se hubiera ofendido.

Jamie no le contestó.

—Porque cree que somos tan tontos que de todos modos nos van a matar —dijo el blanco—, y no quiere que le maten con nosotros, ¿no es cierto?

Jamie no abrió la boca, pero eso también era una respuesta.

—Usted sabe cómo moverse por aquí —insistió el blanco—. Pensé que tal vez podríamos pagarle para que nos guíe. Parte del camino, por lo menos.

¡Pagarle! ¿Con qué dinero? ¿Qué moneda valía algo en esos tiempos?

—No me convence —repuso Jamie.

—A mí tampoco —opinó la gorda.

—No creemos en el brazo de la carne —dijo el negro, con voz pía.

¿Era el cura del grupo entonces?

—Oh, sí, el Señor es nuestro Pastor —recitó la gorda. Y ella no lo hizo con voz piadosa.

El negro la miró con furia.

El blanco lo intentó de nuevo.

—Bueno, se me ocurre que tal vez el Señor nos ha guiado hasta aquí para encontrarnos con este hombre. Tiene un arma, ha viajado mucho y sabe lo que hace, que es más de lo que podemos alardear. Seríamos unos tontos si no procuramos tenerlo a nuestro lado mientras podamos.

—Es que no pueden —dijo Jamie.

Advertirles era una cosa. Morir con ellos otra distinta. Les dio la espalda una vez más y caminó hacia la selva al costado del camino.

Los oyó hablar a su espalda.

—¿Dónde está? Parece que haya desaparecido como si tal cosa.

Sí, y eso sin que Jamie hubiera intentado esconderse demasiado. Esa gente nunca vería a los salteadores. Gente de la ciudad..., diablos...

Pero una vez hubo llegado a los árboles altos, no siguió su propio camino hacia el oeste. Sin tomar una decisión racional, trepó otra vez al árbol para ver qué decidía aquella gente. Naturalmente, estaban dando la vuelta con sus carros sobre el camino. Hacia el este de nuevo.

Muy bien. Jamie ya había cumplido. Había hecho lo que había podido.

¿Entonces por qué estaba caminando también hacia el este, en una ruta paralela a la de ellos? «El Señor es su pastor, no yo» pensó Jamie. Pero había algo que lo molestaba, un miedo que no podía localizar del todo, y como sentía que se había hecho en parte responsable de ellos, ahora le parecía que esa responsabilidad estaba aumentando.

Ni siquiera pudieron llegar a la ruta de Silas Creek. Doce hombres de la patrulla, desmontados y con las armas listas estaban en medio de la carretera. Jamie nunca había visto tantos en un solo lugar. ¿Esperaban una invasión o a los salteadores?

No. Esperaban a ese pequeño grupo de viajeros. Para eso habían venido. Jamie no oía lo que decían, pero entendió el mensaje perfectamente bien, por los gestos, las actitudes, la desesperación cada vez mayor del grupito de refugiados. La patrulla no pensaba dejarlos pasar por Winston de nuevo, ni siquiera lo suficiente como para tomar la ruta hacia Country Club y salir de nuevo. Jamie se sintió descompuesto. Estaba absolutamente seguro de que esa patrulla sabía lo que significaba caminar por la I—40, sabía lo que seguramente pasaría en el cruce de la 421. La patrulla pensaba hacer que los salteadores mataran por ella. Por alguna razón, los de los caballos querían ver a aquella gente muerta. Probablemente se habían reunido allí para después salir, contar los cuerpos y hacer un informe.

Bonito favor les había hecho Jamie. Antes del encuentro con él, cuando cantaban todos juntos, había tenido algún tipo de esperanza; ahora la esperanza ya no estaba, no había alegría en el paso de los niños. Ahora sabían que iban hacia la muerte y había visto las caras de la gente que se la deseaba.

Habían visto esas caras antes, Jamie estaba seguro. Los adultos no se habían impresionado cuando Jamie les apuntó con el rifle y no habían mostrado rabia frente a la patrulla de caminos. Estaban convencidos de que no había salida, de que no tenían amigos, ni en las ciudades civilizadas, y desde luego no entre las bandas de los arbustos. Con razón la rubia había sospechado de él.

Pero el blanco había mostrado algún tipo de esperanza en la idea de que un extraño los ayudara en el camino. Había pensado que podía hacer un trato con Jamie Teague. Jamie se había sentido bien, amable y malo a un tiempo por el hecho de que

ese tipo hubiera encontrado esperanza en él. Por eso, cuando el grupo dio la vuelta hacia el oeste de nuevo, Jamie se encontró caminando en una dirección paralela otra vez. Ahora iba más rápido, por delante, cruzando el camino de un lado a otro, como si estuviera vigilando, haciendo de rastreador y guía para ellos.

«Estoy haciendo de guía para ellos», tuvo que reconocer.

Y así Jamie llegó al cruce con la 421, en silencio y con cuidado, moviéndose en la parte más espesa del bosque. Vio dos vigías de los salteadores, uno de ellos dormido y el otro no muy alerta. Y ahora tenía que tomar una decisión. ¿Los mataría? Podía hacerlo con facilidad, por lo menos a esos dos. Y quién sabía cuántos asesinatos por año cometían esos salteadores, asesinatos que hubieran supuesto la pena de muerte dos veces para cada uno. La pregunta que se hacía era: «¿Me meto en una batalla de mierda con esas bandas de los arbustos o hay otra manera de salir de esto?» No debía esperar mucha ayuda del grupo que venía detrás: no había ni un arma en todo el grupo y, probablemente, nadie que supiera pelear aun en el caso de que tuvieran algún rifle. Si había lucha, él tendría que hacerlo todo, y solo.

No los mató. No decidió no hacerlo, simplemente decidió que tenía tiempo para echar una mirada a la ciudad de los asaltantes que estaba debajo del cruce y después volver y matar a esos dos si hacía falta.

La ciudad estaba construida en el lado oeste de la I—40, oculta bajo el cruce de la 421. Era como la mayoría de esas ciudades: fabricada con coches viejos que formaban callecitas estrechas de por lo menos cuatro coches de largo por debajo del cruce. En algunas partes, habían extendido telas de coche a coche para dar sombra exterior; algunos niños desnudos corrían gritando, algunas mujeres cansinas los maldecían o cocinaban frente a un fuego, y también había hombres tumbados, durmiendo o sin hacer nada, todos con las armas bien a mano. Un recuento rápido; allí abajo eran por lo menos veinte a combatir. No había esperanza de que Jaime pudiera vencerlos solo. Por sorpresa, quizá mataría a media docena —era bueno disparando y muy rápido— pero eso todavía dejaría a muchos para perseguirlo después por los bosques mientras otros se quedaban y hacían lo que querían con los refugiados que subían por el camino. Jamie no estaba contra la idea de matar a esa escoria, no en principio, pero le parecía que solamente tenía sentido si uno contaba con posibilidades de ganar.

En ese momento, debería haber seguido adelante, debería haberse dado cuenta de que no se podía hacer nada por ese grupo. Era solamente un dato en la estadística, otro grupo asesinado por la destrucción de la sociedad. La caída de la civilización tenía que aplastar a algunas personas. No era culpa de Jamie ni era su trabajo tratar de impedirlo.

El problema era que había visto a esta gente de cerca. No eran números simplemente. No eran los cadáveres que él había descubierto muy a menudo en las

granjas abandonadas, en los coches destrozados o en los bosques, más afuera. Esta gente tenía rostro. Él había oído cantar a sus niños. Los había sacado del camino hacia la destrucción una vez y era su deber encontrar la forma de hacerlo de nuevo.

¿Cómo sabía eso? Nadie le había hablado de ese deber. Solamente sabía que eso es lo que hace una persona decente: ayuda si puede. Y como él deseaba tanto ser una persona decente, aunque sabía como siempre que seguramente la suya era el alma más inhumana que había caminado sobre la faz de la Tierra, dio la vuelta, pasó de nuevo junto a los vigías dormidos y volvió hacia los refugiados antes de que llegaran al lugar donde los habían encontrado por primera vez.

No era que pensara unirse a ellos, no en realidad. Tal vez los llevaría hasta el Acantilado Azul, ya que de todos modos iba hacia allí, pero después los dejaría solos. Cada uno a lo suyo. Para entonces, habría hecho su parte, más de lo que debía, y después de eso, lo que pudiera pasarles no era asunto suyo.

Tina mantenía el paso. No decía nada. Pero pensaba cosas, ah, sí, se decía a sí misma un sermón como hacía mamá antes de morir de un ataque, antes de que el mundo se rompiera en pedazos, gracias a Dios. Era la voz de mamá en su cabeza. No tenía sentido irritarse por eso. No tenía sentido dejar que el estómago se le revoliera a una por dentro y le diera colitis, no tenía sentido dejar que las cosas la obligaran a una a hacer locuras. No tenía sentido aullar contra esos hombres de la patrulla de caminos, esas caras beatas, caras de moco, orgullosos de sus uniformes, con los caballos adornados y las brillantes pistolas en las fundas de los cinturones. No tenía sentido decirles: «Ustedes no son mejores que esas basuras que masacraron bebés en la calle de Pinetop. ¿Creen que son mejores porque no aprietan el gatillo ustedes mismos? Eso significa que además de ser asesinados son cobardes, eso es lo que significa».

No tenía sentido decirlo.

Pero Tina estaba segura de que aunque no dijera nada, todos sabían lo que estaba pensando. Había descubierto hacía mucho que todos los malos sentimientos se reflejaban como escritos con grandes letras en su cara. Los sentimientos tiernos no. Los sentimientos suaves eran invisibles. Pero si sentía el menor indicio de enojo, la gente empezaba a apartarse de ella. «Tina se ha pintado la cara para la guerra —decían—. Está furiosa. Espero que no sea conmigo». A veces no le gustaba ser tan transparente, pero esta vez se alegraba mucho. Porque vio cómo los hombres de la patrulla la miraban mientras el comandante decía sus mentiras y cómo todos desviaban la vista, miraban al suelo y hasta trataban de parecer más duros y malos de lo que eran. De todos modos, esos gestos expresaban siempre lo mismo. Sabían lo que estaban haciendo.

Y Tina terminó de expresar su rabia dándole la espalda al comandante mientras él seguía explicando que él no hacía las reglas, que era el concejo de la ciudad. Le dio la

espalda y empezó a caminar. Caminó despacio, porque la gente que tiene el tamaño de Tina no puede salir dando zancadas, pero de todos modos caminó, alejándose. Los niños huérfanos de su Primaria, Scotty y Mick y Valerie y Cheri Ann, se volvieron y la siguieron inmediatamente y detrás de ellos, los niños de la familia Cinn, Nat y Donna. Y después los padres, Pete y Annalee; y después las dos muchachas negras de la Sala Bennet, Marie y Rona; y después de eso, cuando todos estaban caminando ya hacia el oeste, solamente entonces, el hermano Deaver dejó de tratar de convencer a aquel aprendiz de Hitler de que los dejara pasar.

Tina se sintió culpable por eso. Darse la vuelta y empezar a caminar, avergonzando al hermano Deaver. El hermano Deaver ya tenía poca autoridad sin eso porque era segundo consejero de un obispado que ya no existía, con el obispo y el primer consejero muertos. No, no hacía falta que ella también discutiera su autoridad. Pero ella siempre había tenido problemas para apoyar a los sacerdotes. No en su corazón, ahí siempre había sido obediente, un puntal de apoyo. Lo que pasaba era que algunos de sus actos hacían parecer a los hombres indecisos si se comparaban con ella. Esta vez también. No había pensado que todos la seguirían. Simplemente no había podido tolerarlo; la única forma que tenía de demostrar su desprecio por los hombres de la patrulla era darse la vuelta y marcharse mientras ellos todavía estaban hablando. Dejarlos cuando todavía era elección suya, en lugar de hacerlo cuando ellos se cansaran y levantarán las pistolas y los apuntaran a todos y asustaran a los niños. Era el momento exacto para partir, y si el hermano Deaver no se daba cuenta, bueno, ¿acaso Tina tenía la culpa?

Le dolían las piernas. No, eso era demasiado vago. Cada vez que daba un paso, le crujían las articulaciones, le ardían los tobillos, se le doblaban las rodillas, le parecía que se le clavaban agujas en las plantas de los pies, se le torcía la espalda, los hombros se le endurecían. «Vaya, esto en realidad es un programa de ejercicios —se dio cuenta de pronto—, caminar los treinta kilómetros desde la Universidad de Guilford hasta el lugar en que vamos a morir. Pensé que mis músculos estaban en buenas condiciones después de mi trabajo como guarda en la casa de reuniones, tanto limpiar y encerar y lustrar y mover sillas y cerrar mesas. No tenía idea de que caminar treinta kilómetros me haría sentir como un ratón convertido en juguete de un gato medio ciego».

Tina se detuvo en medio del camino, inmóvil.

Todos los demás se detuvieron con ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

—¿Ves algo? —preguntó Rona.

—Estoy cansada —contestó Tina—. Me duele todo y estoy cansada y quiero descansar.

—Pero si sólo son las tres de la tarde —observó el hermano Deaver—. Tenemos

tres horas de caminata todavía.

—¿Tienes alguna prisa por llegar al cruce con la 421? —preguntó Tina.

—Tal vez lo que dijo ese hombre no sea cierto —dijo Annalee Davenport. Siempre estaba a la contra.

A Tina no le importaba. Estaba acostumbrada.

Además, Peter sabía cómo contradecir a Annalee Davenport sin ponerla nerviosa. Por eso se había casado, pensaba Tina. El mundo entero habría tenido problemas para manejar a Annalee sin alguien cerca de ella que supiera llevarle la contraria sin ponerla nerviosa.

—Yo también pensé eso, mi amor —señaló Peter—, hasta que ese policía nos mandó de vuelta. Él sí sabe que la 421 es nuestra muerte.

—El verdadero nombre de la Bestia —dijo Rona.

Tina frunció el ceño y se encogió. Quienquiera que hubiera convencido a Rona para que leyera la «Revelación» tenía que haber estado...

—Ah, vamos, sabes muy bien que nunca creíste que mintiera —interrumpió Annalee—, querías que viniera con nosotros...

—Bueno, me doy perfecta cuenta de la razón por la que no lo hizo —declaró Tina—. Todo el mundo habla como si lamentara lo que pasó, pero todos hubieran querido que los de la pandilla terminaran el trabajo para no tener que preocuparse de esos mormones supervivientes que se quedaron atrás.

—No les llames «los de la pandilla» —intervino el hermano Deaver—. Eso hace que suene como si fuesen de fuera. Y eso es lo que quieren que pensemos..., que nadie de Greensboro...

—No hables de ellos. Punto —concluyó Donna Cinn.

Para ser una niña de once años, se expresaba con palabras bastante directas. No mencionaba ni «señor» ni «señora». Pero había mucho sentido común en lo que decía.

—Donna tiene razón —opinó Tina—. Y yo también. Podemos descansar aquí a la orilla del camino. Me vendría bien algo de tiempo para prepararme.

—A mí también —dijo Scotty.

Fue la voz del niño más pequeño lo que les decidió. Así que se sentaron en la hierba de la faja intermedia bajo la sombra de un tulipán, y allí estaban cuando volvió Jamie.

—Este árbol no es muy grande —señaló Annalee—. ¿Os acordáis de cuando dividieron la Primera Sala en Guilford y Sumit?

Era una pregunta que no necesitaba respuesta. Solía haber tantos mormones en Greensboro que el aparcamiento se llenaba todos los domingos. Ahora cabían todos bajo la sombra de un solo tulipán.

—Todavía hay trescientas familias en la Sala Bennet —les recordó Rona.

Y eso era cierto. Pero, de todos modos, para Tina era una cuestión dolorosa. La parte negra de la ciudad estaba bien. Nadie iba a echarlos a ellos. Quién habría pensado cuando fundaron toda una sala en la parte negra de la ciudad que, seis años más tarde, sería la única congregación de Greensboro, que la mayoría de los blancos estarían muertos y todos los supervivientes en medio de un viaje sin esperanza hacia Utah, junto con un manojito de negros como Deaver, por ejemplo. Era difícil saber si los negros que se habían quedado eran los más inteligentes o los más temerosos y faltos de fe. «No soy yo la que debe juzgarlo, de todos modos», decidió Tina.

—Ellos están en la Sala Bennet —observó el hermano Deaver—. Y nosotros estamos aquí.

—Eso ya lo sé —dijo Rona.

Todo el mundo lo sabía. También sabían lo que significaba. Que los mormones negros de la Sala Bennet iban a quedarse allí, en Greensboro: que de todos ellos, solamente esas dos niñas, por ignotas razones, solamente Rona Harrison y Marie Speaks, se habían prestado a viajar al oeste. Tina no había decidido todavía si eso significaba que tenían fe o que estaban locas. O las dos cosas. Tina sabía que era posible que fueran las dos cosas al mismo tiempo.

De todos modos, fue en ese silencio, después de que hablara Rona, cuando advirtieron que Jamie Teague estaba allí otra vez. Había venido por el lado sur del camino y estaba allí, de pie, a la vista de todos, mirándoles.

Pete dio un salto y el hermano Deaver se puso furioso.

—¡No aparezca así sin avisar!

—No levante la voz —dijo Teague con suavidad.

A Tina no le gustaba la forma en que hablaba, siempre tan bajo. Como un pistolero. Como si no tuviera que hablar alto: eran los demás quienes tenían que preocuparse por oírlo.

—¿Para qué ha vuelto? —preguntó Annalee. Sonaba dura y suspicaz. «Espero que Teague no piense que realmente le está agrediendo».

—Vi cómo los rechazaba la patrulla —contestó Teague.

—Eso fue hace una hora —observó el hermano Deaver.

—Quizá más.

—También me adelanté para ver si tal vez los de la pandilla de la 421 no eran demasiados para hacerles frente.

—¿Y? —preguntó Pete.

—Son más de veinte hombres, y quién sabe cuántas de las mujeres saben disparar.

Tina oyó que los demás suspiraban, aunque no hicieron ruido; oyó cómo salía el aliento de sus bocas como el vapor de una olla a punto de hervir. Veinte hombres. Ésa era la cantidad de armas que los apuntarían. «Tantos días para al final tener que enfrentarnos a esas armas a pesar de todo».

—Lo que quiero decirles es: ¿piensan quedarse aquí hasta que uno de ellos llegue hasta este árbol y los encuentre? ¿O qué?

Nadie tenía una respuesta, así que nadie contestó nada.

—Lo que estoy tratando de averiguar —dijo Teague— es si ustedes quieren morir o si vale la pena tratar de ayudarles a salir de esto con vida.

—Y lo que yo estoy tratando de averiguar es qué puede importarle a usted —replicó Annalee.

—Cierra la boca, Annalee —ordenó Tina, con suavidad—. Quiero saber lo que tiene en mente, señor Teague.

—Bueno, no es como si fueran en coche, o algo así, ¿no es cierto? No tienen que esperar a llegar a una salida oficial para dejar la autopista.

—Tenemos estos carros —señaló Pete.

—¿Valen tanto como para morir por ellos?

—Llevamos toda la comida ahí —le contestó el hermano Deaver.

—Pero se pueden desmontar —prosiguió Tina.

Los demás la miraron.

—Mi esposo los diseñó para poder desmontarlos en cualquier momento —les comunicó ella—. Para cruzar ríos. Pensó que nos encontraríamos con al menos un puente destruido.

—Su esposo es un hombre inteligente —observó Teague. Pero había una pregunta en sus ojos.

—Murió —dijo Tina—. Pero los dos sabíamos desde las primeras plagas que terminaríamos haciendo este viaje sin gasolina. Supongo que la mayoría de los mormones pensamos que llegaría un momento en que tendríamos que irnos a Utah.

—O al condado de Jackson —replicó Annalee.

—A alguna parte —concluyó Tina—. Y él pensó que los carros no serían útiles si no podíamos cruzar un río con ellos. Pero en este caso, supongo que estamos cruzando una autopista.

—Más bien vamos por tierra para rodear unos rápidos —señaló Teague.

—Me gusta eso —intervino Pete—. Esos carros son botes, la autopista es el río y los cruces son cataratas.

—Una metáfora —puntualizó el hermano Deaver.

Sonreía. Siempre parecía sentir excitación cuando sabía el nombre más raro de las cosas.

En cierto modo, Teague los había sacado de la desesperación y había vuelto a llevarlos hacia la esperanza. Hizo que todos se planteasen por qué nadie había pensado en desmontar los carros y caminar por los bosques. Tal vez era porque eran gente de ciudad que pensaba en las autopistas como lugares de los que no se salía a menos que hubiera una flecha y la palabra «SALIDA» encima. Pero Tina pensó que

probablemente era porque todos esperaban morir: tal vez algunos hasta estaban desilusionados por el hecho de que todavía vivían. Bueno, no desilusionados, no exactamente. Avergonzados. Vivir no tenía demasiado atractivo para ellos. Incluso para los pequeños. No estaban prestos a seguir caminando y dar la bienvenida a la muerte con himnos y alegría, pero podrían haberse quedado allí sentados esperando a que la muerte se tropezara con ellos. Hasta que volvió Teague.

Llevaron los carros hasta los arbustos del lado norte de la autopista, tan lejos de la carretera misma como pudieron, después los descargaron y llevaron todos los paquetes al otro lado de la cadena. Teague llevaba unos pesados alicates para el alambre —obviamente no era la primera vez que cruzaba un alambrado— y les hizo notar que iba a cortar solamente a ras de suelo.

—Tendrán que cruzar a rastras —indicó—, pero así ellos no podrán ver el corte desde el camino y es menos probable que nos sigan.

—¿Cree que nos pueden seguir? —preguntó Marie, asustada.

—No los de la patrulla —respondió Teague—. No creo que les importe. Pero si los asaltantes ven un corte nuevo en la cerca...

—Nos arrastraremos —anunció Tina.

Y si ella estaba dispuesta a arrastrarse, nadie podía negarse a hacerlo. Pero solamente había dicho lo que los demás necesitaban oír para empezar a moverse, para ponerse a salvo. El que ella fuera a arrastrarse realmente por el suelo estaba todavía por ver.

Una vez descargado el carro, dismantelaron los marcos que unían cada par de bicicletas. Teague no les dejó hacerlo hasta que examinó bien cada punto de unión. A Tina, Teague le gustaba más y más a medida que pasaba el tiempo. No tenía ningún interés en complicar las cosas. Se tomaba el tiempo necesario para asegurarse de que podría poner las cosas a punto otra vez cuando tuviera que hacerlo.

También notó que no trabajaba en la carga y descarga. En lugar de eso, vigilaba constantemente, a ambos lados del camino y también el bosque. De repente subió a la colina corriendo, pasó bajo la cerca y trepó a un árbol con más rapidez que una ardilla. Volvió un minuto después.

—Falsa alarma —les avisó.

—La historia de mi vida —comentó Pete.

—Pete es bombero —señaló Annalee.

—Era —dijo el hermano Deaver.

—Soy bombero —puntualizó Pete—. Hasta que muera, soy bombero. —Hablaban con furia.

El hermano Deaver retrocedió.

—No quise decir nada malo.

Teague perdió los estribos durante un segundo.

—Me importa un...

No terminó porque, justo en ese momento, vio que los ojos de Tina le estaban mirando como si él hubiera sido un niño de primaria pillado en plena travesura. Tina tenía una mirada que podía amansar al hombre más rudo. La usaba con obispos y a veces hasta con presidentes de territorio y se calmaban más rápido que los niños.

El hermano Deaver sintió que tenía que decir lo obvio.

—Espero que, de ahora en adelante, cuide su lenguaje cuando estén los niños presentes.

Teague no apartaba los ojos de la cara de Tina.

—Le aseguro que voy a cuidar mi lenguaje, cuando ella esté presente.

—Tina Monk —advirtió ella.

—*Hermana* Monk —dijo el hermano Deaver.

—Dígale a esos chicos que no dejen restos por ahí —indicó Teague—. Que caminen por sitios diferentes sobre la zona de hierba.

Las bicicletas y los carros pasaron bien. Y la gente pasó bien, todos menos Teague y Tina. Y allí estaba ella, de pie, mirando aquel agujero diminuto y sintiendo su peso gramo a gramo. Estaba muy cansada. Y simplemente no tenía ganas de agacharse para meterse por allí mientras todos la miraban. Ni siquiera estaba del todo segura de poder hacerlo sin ayuda. Se imaginaba al hermano Deaver o a Pete Cinn aferrándola por las muñecas, tirando, tirando, y finalmente dejándose caer en el suelo, agotados. Tembló de pies a cabeza.

—Bueno, vaya usted —le dijo a Teague—. Yo voy después.

El hermano Deaver y Pete Cinn empezaron a discutir con ella pero Annalee los hizo callarse y seguir adelante hacia la cima de la colina.

—*Hermana* Monk —anunció—, no vamos a ninguna parte sin usted, así que más vale que se decida y pase por ahí.

—La única forma en que podría cruzar sería que cortaran la cerca de arriba abajo y yo pasara caminando —explicó ella.

—No puede ser —objetó Teague—. Sería como poner un cartel de neón.

—Adiós y que el Señor vaya con todos —se despidió Tina. Se dio la vuelta y empezó a caminar bajando la colina.

Teague se puso a caminar a su lado.

—Tal vez usted sea una tonta después de todo, *madam*, y eso me parece muy bien. Pero cuando asusté a esos niños, ellos corrieron hacia usted.

—No puedo arrastrarme debajo de esa cerca, no colina arriba —contestó ella.

—Supongo que está agotada —dijo Teague.

—Lo que pasa es que me sobran unos setenta kilos.

—Yo la empujo.

—Si me pone una mano encima, se la rompo.

Él le puso la mano sobre el hombro.

—De acuerdo. Ya la he tocado. Piel con mucha grasa debajo. ¿Y qué? Quédese ahí y yo la ayudaré a pasar el cerco.

Ella tembló cuando él la tocó, pero sabía que Teague tenía razón. Había muchos motivos para morir, pero morir porque una no toleraba la humillación de que un hombre pusiera las manos sobre su grasa y la empujara colina arriba no era un buen motivo.

—Si esto le produce una hernia, no espere que yo le teja una faja —advirtió ella.

Una vez en la cerca, ordenó a Annalee que subiera la colina.

—Que todo el mundo se quede al otro lado. No quiero que nadie me vea.

Tina notó con satisfacción que Annalee, a pesar de lo mucho que le gustaba estar en desacuerdo, no lo hacía cuando hacerlo hubiera sido una tontería. Apenas la vio alejarse por la ladera, se sentó con la espalda hacia la cerca y se tumbó.

—Boca abajo —le aconsejó Teague.

—Pienso hacer fuerza con los talones.

—¿Y entonces cómo la empujo sin ofenderla, *madam*? No, arrástrese y agárrese a los arbolitos que crecen al otro lado.

Ella rodó y se dio la vuelta. Él le puso las manos sobre las nalgas y empezó a empujar. Eran empujones poderosos, el muchacho tenía mucha fuerza. Y Tina no se sentía humillada. Era una sensación irresistible. La estaba moviendo muy bien sin ayuda. Y hacia arriba, además.

—Tal vez pese un poco menos últimamente —jadeó ella. Con todo el cuerpo sobre los pulmones, no tenía mucho aliento.

—Cierre la boca, *madam*, y trate de tirar.

Ella cerró la boca, se aferró a un arbolito y tiró. Con toda su fuerza, deslizándose hacia delante, mientras sentía el empuje del hombre sobre las nalgas, sentía la hierba cortarse bajo sus senos y su vientre, el barro meterse en los bolsillos, la cerca aprisionando su espalda. Nunca había tirado así en toda su vida. Casi no podía respirar.

—Ya ha pasado.

Y era cierto. Cubierta de polvo y de sudor desde el cuello a las rodillas, pero al otro lado. Se puso a cuatro patas, después rodó para sentarse y, como siempre que lo hacía, se sintió como un planeta en rotación. Se quedó allí sentada descansando un momento. Mientras, Teague desenrolló el pedazo de cadena cortado y lo fijó de nuevo en su lugar con un pedazo de alambre que tenía en el bolsillo.

—Vamos —dijo. Le tendió una mano. Ella la tomó y él la ayudó a levantarse. Después se quedó allí, tomándola de la cintura y mirándola a la cara—. No quiero que usted lleve nada. Ni siquiera quiero que tome de la mano a un niño cansado.

—Yo puedo llevar mi propio peso —afirmó ella.

—Y eso es lo que va a llevar. Nada más —concluyó él—. Por la forma en que respira, diría que está a diez kilómetros de un golpe al corazón.

—Un ataque —dijo ella—. En mi familia, son «ataques».

—Lo digo en serio —insistió Teague—. Y si se cansa, dígalo. Pararemos y descansará.

—No voy a retrasar a todos porque esté...

—Gorda —dijo él.

—Exacto.

—Escúcheme, *madam*. Ellos la necesitan y la necesitan viva. Usted no tire de nada, no lleve nada en la mano, tome agua cada vez que tenga sed y descanse cada vez que sienta que lo necesita.

—Y yo le digo que estoy en mejor forma de lo que usted cree. Yo era custodio en la iglesia. Trabajaba con mi cuerpo todo el día, todos los días, y además no he fumado un solo cigarrillo ni tomado una gota de alcohol desde que nací.

—Usted me está explicando las razones por las que no está muerta. Yo le indico cómo no morir mañana. Y óigame bien. Si sobrevive a este viaje, le aseguro que va a perder peso.

—No me diga lo que tengo que hacer.

—Camine hasta allá arriba.

Ella se volvió y empezó a caminar. Con rapidez, para demostrarle que podía. Diez pasos después, su pierna derecha simplemente claudicó. Se dobló en dos y ella tropezó y cayó de cara en el suelo. Una caída sin consecuencias, ya que iba caminando hacia arriba. Él la ayudó a levantarse y ella dejó que la arrastrara a medias el resto de la ascensión. Era evidente que había dado todo lo que podía dar, por lo menos por aquel día. Acamparon allí mismo, al otro lado de la colina, apenas cien metros más allá del sitio en que habían atravesado la cerca. Teague no les dejó encender fuego y se pasó casi toda la tarde hasta que oscureció dando vueltas y vigilando los alrededores o trepando a los árboles para otear desde arriba.

Era una noche templada, así que durmieron allí mismo, en el bosque al otro lado de la colina, en un lugar que no se veía desde la autopista, que no se veía desde ningún lado. Y sin embargo, oían, y no muy lejos, el ruido de un fuego y de gente que reía y hablaba. No se distinguían las palabras pero estaban divirtiéndose.

—¿Asaltantes? —preguntó Pete en un susurro.

—Barbacoa —contestó Teague.

Ciudadanos de Winston. Protegidos por la ley. Y un par de kilómetros más allá, asaltantes que esperaban a los viajeros para matarlos y robarles. Y entre los dos grupos, en silencio, escuchando, Tina Monk, la respiración agitada, el dolor tan fuerte que sus desacostumbrados músculos no la dejaban dormir, mientras el cansancio le decía que era insoportable permanecer despierta. Risas. Compañía agradable. Alguien

tenía todas esas cosas esa noche, todas las cosas que vienen con la paz. ¿Cómo se atrevían a tener paz cuando su patrulla de caminos enviaba a una docena de almas a lo que parecía una muerte segura? Ustedes son responsables, ustedes los que se ríen, ustedes amigos y amantes, ustedes son la gente en nombre de la cual actúan esos fríos asesinos. Ustedes.

Después se durmió y soñó que se arrastraba por lugares estrechos. Con el vientre en el suelo de un angosto conducto, la ropa subiéndosele por el cuerpo mientras se esforzaba por seguir adelante, hasta que pudo cerrar la tapa. Después se quedó allí, bajo el calor, en el aire cerrado, oyendo los disparos, el sonido y el eco, amplificado a través del sistema de aire acondicionado, y los gritos. Cada bala era para algún pariente. Hermanos y hermanas, todos ellos, aullando de dolor y de miedo mientras Tina Monk, custodia del edificio, presidenta de la Primaria, líder del coro, se escondía en el sistema de aire acondicionado tratando de no respirar fuerte para que nadie la encontrara. A su marido le dispararon en la parte superior de la escalera y cayó hasta el depósito. Cuando ella abrió la puerta del sistema, lo que tuvo que empujar para poder salir era el cuerpo de Tom. Era la sangre de Tom la que marcó las pisadas de sus zapatos mientras subía las escaleras. Ese rostro tranquilo y paciente que ahora aparecía en su mente mientras dormía un sueño oscuro e inquieto.

Herman Deaver sabía que no tenía autoridad. El obispo Coward podía decir que Deaver estaba al mando —era el único sacerdote del grupo— pero el grupo no necesitaba un liderazgo espiritual. Ése no era un viaje profético; no había ningún Lehi que se despertara con sueños que les dijeran adónde debían ir; no había ningún don divino que les mostrara el sendero. Ni siquiera había rastros de maná en el suelo de la mañana, solamente el rocío, empapándolos y convirtiendo el amanecer en algo duro y miserable.

«Puedo explicar con toda claridad la razón por la que el Hamlet de Shakespeare no está pensando realmente en el suicidio en el “Ser o no ser”, sino decidiendo si debe tolerar el sufrimiento como un cristiano o vengarse». Lo que no podía explicar el hermano Deaver, ni a sí mismo ni a nadie más, era por qué él, un sacerdote de alta categoría, un mormón que siempre había ido al templo, un profesor de literatura, lamentaba tanto estar vivo. «Pido disculpas. Sí, es un error mío. Un descuido. Un error de memoria. Si me hubieras recordado las cosas... Ser o no ser no era la cuestión. En absoluto. A Hamlet no le interesaba ni la venganza ni la justicia. Lo que quería era que volviera su padre. Buenas intenciones..., pero en su lugar tomó la vida del padre de su amigo Laertes. Ahora somos iguales, ¿eh? Iguales, en paces. Levántate, Deaver. Da ejemplo aunque no seas el líder. Ahora eres el jefe de la congregación, eso es lo que eres, así que por lo menos mantén la moral alta: sé enérgico y animoso y jovial. No prestes atención a ese dolor que parece quemarte la próstata. Todavía no es agonía. No hasta que vayas a hacer pis por primera vez en el

día».

—El baño de los varones es ese montón de arbustos —dijo la hermana Monk.

Como tenía los ojos cerrados, Deaver no sabía si se refería a él. Pero decidió tomarlo así y se puso de pie con dificultad, los ojos entrecerrados para protegerlos del primer sol que se colaba entre las ramas. Ardía, ardía, ardía, el sol, la próstata, la orina que lo desgarraba al salir de su cuerpo y caer sobre las hojas del año anterior. «Cuando era joven, jamás pensé que sería tan terrible hacer esto. Nunca lo pensé. Lo siento en todos mis huesos».

Una cortesía todavía tuvieron para con él: no empezaron la reunión hasta que volvió. O tal vez todavía no había advertido que él no estaba al mando de las cosas. Que Peter, tan joven y fuerte, era al que más escuchaban; que Tina Monk, siempre imponente y ahora más que nunca, era la que tomaba las decisiones de esa forma tan suya, directa y simple. Tal vez los demás lo vieran como «consejos». Pero la decisión estaba tomada antes de que él hablara. A él no le importaba. Al contrario, le parecía bien. Las decisiones no eran su punto fuerte. Después él les explicaría por qué era una buena idea. Ésa es la habilidad del crítico académico. Explicar después de los hechos la razón por la que alguien fue grande, alguien cuya grandeza de todos modos no está en tela de juicio para nadie. La metáfora de la autopista como río era para él mucho más fácil de comprender que la forma en que aquel gentil, Teague, encontraba sentido a lo que veía cuando contemplaba la pared ininterrumpida de árboles en el bosque.

—Lo necesitamos —estaba diciendo Pete—. No tenemos derecho a pedirselo, pero necesitamos que usted nos guíe o nunca llegaremos.

—¿Llegar adónde?

Ah, una pregunta inteligente. Claro que Teague iba directo al punto. «¿Adónde? Al paraíso, a la gloria celestial, Jamie Teague. A la vida eterna, donde todos conoceremos al verdadero Dios y a Jesucristo, que Él envió a la Tierra».

—A Utah —le aclaró Tina.

«Ah, sí. El destino inmediato. El destino a corto plazo. Siempre mirando más allá de lo que debo. Siempre viendo de más».

—Están locos —dijo Teague.

—Probablemente —respondió Tina.

—No en realidad —intervino Pete—. ¿A qué otro lugar podría ir la gente como nosotros?

—Eso está a dos mil quinientos kilómetros. Por lo que se sabe, cayeron todo tipo de bombas. Tal vez esté tan caliente como Washington D.C.

—La radio siguió funcionando por un tiempo. Utah no fue muy castigada.

—O tal vez una plaga acabó con todo.

—Habrá algo —dijo Pete.

—Es lo que ustedes esperan...

—Lo sabemos. —Pete sonrió—. Tal vez no le parezcamos gran cosa, pero allí son los mormones los que están a cargo de las cosas. Y le aseguro que donde hay cuatro mormones juntos, hay un gobierno. Un presidente, dos consejeros, y alguien que trae los refrescos.

Deaver rió. Recordaba que ese tipo de bromas eran graciosas. Algunos otros se unieron a la risa. Sobre todo los chicos, que no entendían la broma, pero de todos modos estaba bien. A los chicos les hacía bien reír.

Deaver no pudo evitarlo pero le dolió cuando Teague buscó la confirmación de lo que había oído, no en él sino en la hermana Monk.

—Cierto —dijo ella—. Hace años que nos preparamos para esto. Sabíamos que llegaría. Tratamos de advertir a todo el mundo. No confiéis en las armas de la carne. Esas armas no significarán nada. Confiad solamente en el Señor y Él os salvará.

—¿Y cómo se portó el Señor con ustedes? —les preguntó Teague.

Era una pregunta amarga y terrible, así que Deaver se dio cuenta de que él era el único que podía contestarla.

—Usted comprenderá que la promesa se refiere a grandes grupos. A América en general. La Iglesia en general. Muchos individuos van a sufrir y a morir.

Sólo entonces Teague pareció darse cuenta de que tal vez los había ofendido.

—Lo lamento.

—Es una pregunta natural —dijo Deaver—. En el Libro de Mormón, los profetas Alma y Amulek tuvieron que ver cómo sus enemigos arrojaban a familias enteras de fieles al fuego y las quemaban vivas. «¿Por qué Dios no viene y los salva?», preguntó Amulek. Y Alma dijo: «La Muerte les parece dulce, ¿por qué habría de impedirle el Señor? Debe permitirse que los malvados ejerzan sus maldades para que todos sepan que el terrible castigo que les espera es justo». Después Amulek dijo: «Tal vez nos maten a nosotros también». Y Alma respondió: «Si lo hacen, moriremos. Pero creo que el Señor no lo permitirá. No hemos terminado nuestro trabajo».

Deaver sentía los ojos de todos sobre él, podía oír la forma en que se había relajado la respiración de sus fieles. Los niños, sobre todo, le escuchaban, miraban sus labios mientras hablaba. Supo que entendían lo que significaba esa historia para ellos:

«Nuestro trabajo no está hecho todavía, por eso estamos vivos. Pero no me pregunten cuál es nuestro trabajo. No me pregunten qué se supone que vamos a lograr si por milagro sobrevivimos a un viaje de dos mil quinientos kilómetros a través del infierno hasta el reino de Dios en las montañas».

Teague no rompió el silencio. Deaver supo por eso que era un hombre sensible, a pesar de su juventud, a pesar del hecho de que era un gentil. Por primera vez se le ocurrió que Teague podía ser un converso potencial. ¿Y no sería un milagro bautizar a alguien en medio de las tierras salvajes?

—La Iglesia es fuerte en Utah —dijo Tina Monk—. Y le apuesto a que en cualquier otra parte no correremos más riesgo del que corrimos en Greensboro y Winston.

—Son mormones, ¿verdad? —quiso saber Teague.

—No esperaré que creamos que acaba de darse cuenta de eso.

Annalee siempre era poco respetuosa y de lengua aguda. Deaver había oído comentar que el matrimonio la había dulcificado. Agradecía no haberla conocido antes.

—Nunca me lo dijeron directamente.

—¿Y eso qué cambia? —preguntó Deaver—. ¿Acaso no piensa ayudarnos ahora que sabe lo que somos...? ¿Cuál es el término? ¿Adoradores del Anticristo? ¿Secretos siervos de Satán? ¿Humanistas seculares que se enmascaran como cristianos para seducir a los jóvenes impresionables y llevarlos a abominaciones impensables?

—Hay una diferencia si van a Utah —dijo Teague.

—Por la I—40 hasta Memphis —explicó Pete—. Después hasta San Luis y por la I—70 hasta Denver. Luego, ¿quién sabe? Tal vez hasta tengan trenes, o autobuses...

—O un vuelo semanal en transbordador espacial —contestó Teague.

—No subestime las capacidades de los mormones —replicó Deaver.

—No subestime los problemas que pueden causar unos cuantos locos, algo de guerra química y la caída de una civilización —respondió Teague—. Para no mencionar la forma en que cambió el clima. ¿Cómo sabe que Utah no está invadida por glaciares?

—No se forman con tanta rapidez —dijo Pete.

—Dos mil quinientos kilómetros —continuó Teague—. Con inviernos cada vez más fríos y más largos... ¿Hasta dónde creen que podrán llegar para septiembre?

—No esperábamos llegar antes de un año —dijo Deaver.

—Le necesitamos a usted —insistió Pete—. Le pagaremos.

Teague rió.

—¿Y con qué?

—Una casa y un trabajo en Utah.

—¿Me lo puede garantizar? —dijo Teague—. ¿Me garantiza que voy a tener un poco de tierra? ¿Una casa con agua corriente caliente y fría? ¿Un buen empleo? ¿De ocho a cinco? ¿Y qué me dice de la ubicación? No quiero tener que viajar más de quince minutos a...

—Cállese —ordenó Tina.

Teague se calló.

—Podemos jurarle que hay paz en las montañas de Utah. Le aseguramos que si nos lleva hasta allá, será recompensado en la medida en que podamos. Además, le

prometemos que en Utah puede cosechar lo que plante, mantener lo que tenga, contar con estar tan seguro mañana como hoy. ¿En qué otro lugar del mundo es eso realidad?

—No pienso convertirme en mormón.

—Nadie lo espera —dijo la hermana Monk.

—Solamente esperan que sea usted un buen hombre —intervino Deaver.

—Entonces, olvídenlo.

—Un *buen* hombre —repitió Deaver—. No un hombre perfecto.

—¿Hasta dónde se puede ser malo y seguir siendo bueno?

—Tiene que ser bastante bueno si lleva a un grupo indefenso como nosotros dos mil quinientos kilómetros al oeste con ninguna promesa de pago fuera de nuestra palabra.

Deaver vio con satisfacción que Teague se estaba dejando convencer. Sospechaba a medias que Teague *quería* dejarse convencer. Después de todo, ya había invertido mucho tiempo y esfuerzo en ayudarles a salir de la autopista. Estaba arriesgando mucho también: si la patrulla de caminos los encontraba allí, estarían en serios apuros. Y el hecho de que no hubiera habido tiros la noche anterior tal vez alertaría a la patrulla y entonces vendrían a por ellos.

Tal vez Teague pensaba lo mismo ese momento, porque de pronto se puso de pie.

—Lo pensaré. Pero por ahora tenemos que irnos. Será un camino lento al principio, hasta que podamos volver a montar los carros en otra carretera. Pongan lo más pesado sobre las bicicletas. Espero que esas cosas tengan neumáticos sin aire.

—Claro que sí —contestó Tina—. Mi esposo nunca pensó otra cosa. ¿Para qué sirve una bicicleta en un viaje a través del país si se le desinflan las ruedas cada tres kilómetros?

—Los chicos pueden llevar las maderas de unión de los carros.

Annalee empezó a protestar.

—Son demasiado pesadas para...

—Descansaremos a menudo —dijo Teague—. Vamos a llevarlo todo en un solo viaje. Los adultos llevarán más cosas.

Resultó que Scotty, Mick, Cheri Ann y Valerie solamente podían cargar con dos de las maderas de unión, pero Pete pensó en hacer con las demás una especie de silla de manos que él y Deaver llevaron sobre los hombros, con mucho más peso del que hubieran podido llevar a la espalda.

La hermana Monk se dispuso a levantar un atado de madera seca.

—Deje eso —dijo Teague.

—Es ligero —respondió la hermana Monk.

Teague no agregó nada. Solamente la miró fijamente y ella lo miró también. Para sorpresa de Deaver, fue la hermana Monk la que cedió. Deaver nunca había visto eso

en todos sus años en la Iglesia. La hermana Monk no retrocedía ante nadie, hombre o mujer. Pero había retrocedido frente a ese Jamie Teague.

Y en ese momento, Deaver se dio cuenta de lo que seguramente Teague había visto desde el principio: que la hermana Monk no estaba bien físicamente. Deaver estaba tan acostumbrado a que fuera una gorda y a que eso no significara nada porque ella seguía trabajando duro en la Iglesia que no se le había ocurrido que en este viaje fuera diferente. Pero ahora que la insistencia de Teague en que no llevara nada le había llamado la atención sobre el asunto, veía lo enrojecida y débil que parecía, se daba cuenta de que su andar no había sido firme ni regular incluso por la mañana después de una noche de sueño. Por primera vez se le ocurrió que tal vez ella podría no sobrevivir al viaje.

Le enfureció pensar en lo mucho que había dependido de esa mujer mentalmente. ¿No era él quien tenía la autoridad? ¿No se suponía que él era el líder? Y sin embargo era él el que dependía de ella. Bueno, dejaría de sentirlo y eso sería todo. «Nadie es indispensable. Si podemos arreglarnos sin...»

No, no iba a empezar una lista de toda la gente indispensable que había muerto y estaba enterrada en la fosa común del aparcamiento del centro territorial de la calle Pinetop. No tenía sentido hacer un censo ahora. Ellos se habían marchado y en cambio ese pequeño grupo de santos todavía estaba vivo. Eso significaba que la Iglesia también estaba viva y que seguiría así, sostenida por la fe y el Señor y, con suerte, por ese extraño que había salido de ninguna parte y había ofrecido su ayuda sin que nadie se lo hubiese pedido. Un ángel habría sido más útil, pero si ese Jamie Teague era todo lo que el Señor tenía para ofrecerles, tendrían que arreglarse con eso. Si es que era el Señor el que lo había mandado.

Lo hicieron de un solo viaje. Un viaje largo, con paradas frecuentes. Teague no estuvo con ellos todo el tiempo. Se adelantaba, marchaba por el sur y volvía por el norte. La hermana Monk era la que los guiaba, buscando las marcas que había hecho Teague sobre los troncos de los árboles. Al final del día habían vuelto a la ruta. Esta vez era la 421, una carretera de sólo dos carriles, con el cruce varios kilómetros más atrás. A pesar de lo cansados que estaban, Teague les ordenó volver a montar los carros antes de devorar la cena e ir a dormir.

—Tendremos que marcharnos al amanecer —dijo—. No podemos quedarnos sentados por ahí montando los carros. El de atrás es solamente un cruce entre muchos.

Así que volvieron a montar los carros y finalmente les dejó hacer un pequeño fuego en el que hervir algo de sopa y ofrecer una comida decente a los niños. A pesar del hambre que tenían, los niños casi no podían mantener los ojos abiertos para comer. Y cuando se durmieron, Teague les expuso sus condiciones para viajar con ellos.

—No soy lo bastante bueno para llevarles dos mil quinientos kilómetros —dijo mirando a Deaver a los ojos—. Solamente prometo llevarles hasta las Great Smokies. De todos modos nunca fui más al oeste, siempre me quedé entre las montañas y el mar, así que no sé más de esa zona que ustedes. Pero tengo una cabaña allá que servirá para pasar el invierno. Ahí vivo. Conozco a mis vecinos. Tengo cosas que conseguí por trueque en mis viajes y no hay asaltantes. Es todo lo que puedo prometer, pero creo que puedo enseñarles unas cuantas cosas y mejorar sus posibilidades para la primavera que viene.

—Si no va a seguir más allá —dijo Pete—, no podremos pagarle nada. No tenemos nada que usted pueda querer, no hasta que llegemos a Utah.

Teague arrancó unas briznas de hierba y empezó a dividir las hojas por la mitad, una por una.

—Sí tienen algo que necesito.

—¿Qué es? —preguntó Annalee.

Teague la miró con frialdad.

Deaver ofreció una explicación.

—Tal vez él crea que moriremos si no nos ayuda. Quizá necesite asegurarse de que no vamos a morir.

Deaver vio que la expresión de Teague cambiaba de nuevo. Una mirada inescrutable, que escondía una emoción que no podía ponerse en palabras. «¿Tengo razón? ¿Es altruista el motivo de Teague? ¿O hay algo más? ¿Algo tan vergonzoso que Teague ni siquiera puede admitirlo? ¿Piensa traicionarnos en un momento terrible? No importa. Si el Señor quiere que sigamos con vida, Él nos protegerá de esa traición. Y si no lo quiere, prefiero morir confiando en un hombre que tal vez no sea tan bueno como parece que vivir sospechando de todo y negándome a aceptar a un amigo verdadero».

La hermana Monk cambió de tema.

—Usted, señor Jamie Teague, puede evitar los problemas si está solo, supongo. Puede ser invisible en los bosques y no usar los caminos. Pero con nosotros, los problemas aparecerán. Vamos a utilizar los caminos la mayor parte del tiempo y somos demasiados y demasiado torpes para saber escondernos. Alguien nos verá, por fuerza.

—Tal vez —dijo Teague.

—Usted tiene un arma, Teague. ¿Pero cree que puede matar a un hombre con ella?

—Supongo que sí —admitió Teague.

Una pausa.

—¿Alguna vez ha matado a alguien? —preguntó Pete. Había temor en su voz, como si el hecho de haber matado a alguien fuera un acto mágico que cubriera a ese

desconocido de un poder sobrenatural.

—Supongo que sí —dijo Teague.

—No lo creo —gruñó Annalee.

—De todos modos le queremos como guía —insistió Deaver—. No como soldado.

—Donde vamos no creo que eso importe —dijo la hermana Monk—. Usted es profesor de literatura. Pete es bombero, entrenado para salvar vidas, para arriesgar la suya... pero ninguno de nosotros ha matado a nadie nunca, creo yo.

—Ojalá yo lo hubiera hecho —murmuró Pete.

La hermana Monk lo ignoró.

—¿Y si la única forma de salvarnos fuera arrastrarnos para tomar por sorpresa a alguien y matarlo? Por la espalda, sin darle una oportunidad. ¿Usted podría hacer eso, Jamie Teague?

Teague asintió.

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó Annalee.

Teague hizo un gesto de impaciencia, como para borrarla de su vista.

—Maté a mi madre y a mi padre. Puedo matar al que sea.

—¡Dios mío! —exclamó Rona Harrison.

Deaver se volvió para recriminar a la niña sobre la costumbre de pronunciar el nombre del Señor en vano, Pero después se le ocurrió que ante la confesión de parricidio de Teague, decir «Dios mío» parecía una nadería.

—Bueno, bueno —comentó Pete.

—¿No era eso lo que querían oír? —preguntó Teague—. ¿No querían saber si yo estaba lo bastante sediento de sangre como para hacer la matanza que ustedes necesitan para salvar sus propias vidas? ¿No quieren examinar las referencias del soldado que contrataron?

—No estaba tratando de meterme en cosas de las que usted no quiere hablar —dijo la hermana Monk.

—Se lo merecían —prosiguió Teague—. El tribunal dejó la sentencia en suspenso porque todos estaban de acuerdo en que los dos se lo merecían.

—¿Abusaron de usted? —preguntó Annalee. Esta vez era curiosidad, no sospecha.

«Una mente de chismosa», pensó Deaver.

—Annalee —dijo la Hermana Monk—. Todos nos hemos pasado de la ralla.

—Ya he contestado la pregunta que me hicieron —señaló Teague—. Puedo matar si hace falta. Pero el que decide si hace falta o no soy yo. Yo doy las órdenes, ningún otro. ¿Está claro? Si yo les digo que salgan del camino, lo hacen..., sin discusión. ¿De acuerdo? Porque no tengo ganas de matar a todos los que vengan solamente porque ustedes no tienen ganas de hacer lo que hay que hacer para evitar una pelea.

—Hermano Teague —dijo Deaver. Fingió no darse cuenta de lo mucho que se había sorprendido Teague al oír que lo llamaba por ese nombre—. Con todo gusto aceptaremos su autoridad sobre cómo y cuándo viajar y por qué camino. Y le aseguro que el deseo de nuestros corazones es no matar a nadie, no hacer daño a nadie, dejar las cosas como están en cualquier sitio al que vayamos.

—Yo no quiero que usted mate a nadie por *mí* —intervino Marie Speaks.

Todos la miraron: había hablado como adolescente durante tanto tiempo que nadie esperaba que tuviera una opinión sobre algo tan serio como eso.

—Prefiero morir primero, ¿entiende?

—Estás loca —dijo Rona—. Estás chiflada, nena.

—Matar a un asaltante no es asesinato —señaló Pete.

—Ni matar a un mormón —replicó Marie—. Eso dicen. —Después se puso de pie y se fue hacia el sitio donde dormían los pequeños.

—Está loca —repitió Rona.

—Es cristiana —puntualizó Deaver.

—Yo también —dijo Pete—, pero sé que hay tiempos en los que el Señor deja que la gente buena se defienda. Piense en el capitán Moroni y el título de libertad. Piense en Helaman y los dos mil jóvenes.

—Pensemos en dormir —sugirió Teague—. No quiero hacer la primera guardia de la noche, estoy demasiado cansado.

—La haré yo —se ofreció Pete.

—No, yo —dijo Deaver.

—Usted, señor Deaver —aprobó Teague—. ¿Ese reloj funciona todavía o lo tiene en la muñeca por nostalgia?

—Es solar. Funciona bien.

—Vigile hasta la medianoche. Después despierte a Pete. Pete, usted despiérteme a las tres.

Tras lo cual Teague se puso de pie y fue hasta los arbustos que habían señalado como aseo de hombres esa noche.

—El asesinato es un pecado imperdonable —insistía Annalee—. No quiero que un asesino nos diga lo que tenemos que hacer.

—No juzgues o así serás juzgado —recordó Deaver—. Que el que no tenga un pecado sobre su conciencia arroje la primera piedra.

Ése fue el final de la discusión, tal como Deaver sabía que sucedería. No había uno solo entre ellos que no se sintiera culpable por una u otra cosa. Aunque sólo fuera por estar vivo cuando había tantos muertos. Tal vez Marie había aprendido la lección correcta después de todo. Tal vez matar nunca valía la pena.

Pero Deaver escuchó a la gente que respiraba a su alrededor, miró un momento cómo se levantaban y bajaban los pechos de los niños y entonces se imaginó qué

sentiría si alguien venía y levantaba un cuchillo contra ellos, o les apuntaba con un arma.

«No es lo mismo que si alguien levantara un arma contra mí personalmente. Tal vez entonces tendría el coraje de permanecer impassible y no defenderme. Pero jamás podría dejar que tocaran un solo cabello de las cabezas de esos chicos. Haría volar por los aires al que lo intentara, lo mandaría al infierno. Tal vez eso es ser un asesino, tal vez hay una secreta sed de sangre en mi corazón. Pero no lo creo. Creo que es la ira de Dios. Creo que eso fue lo que pensó Cristo cuando dijo que era mejor atarse una piedra al cuello y saltar al mar que levantar una mano para lastimar a un niño.

»Teague mató a sus padres. Eso sí que es duro. No me corresponde juzgarlo. Pero desde ahora lo voy a mirar de otro modo. Lo voy a vigilar bien de cerca. No escapamos de una banda de asesinos para caer en peores manos. Ya es bastante matar a desconocidos porque a uno no le gusta la religión que tiene, pero matar al padre y la madre...»

Deaver tembló y miró hacia la oscuridad que quedaba más allá de las llamas de la hoguera.

El quinto día después del encuentro con Teague, caminaban hacia Wilkesboro. El viaje estaba tomando un ritmo regular y nadie estaba tan dolorido como el tercer día.

Una o dos veces, Teague había venido corriendo desde sus incursiones más adelante y les había dicho que salieran del camino, pero esta vez el camino no era una autopista y la mayor parte de las veces podían poner las bicicletas detrás de los arbustos sin desmontar los carros. El único cruce que pasaron fue el de la I—77. La mayor parte del viaje era una simple caminata, un pie detrás de otro.

Una de las veces en que tuvieron que esconderse, Rona hizo que Marie espicara a través de arbustos para ver cómo pasaban los jinetes.

Parecían peligrosos y Marie creyó ver que uno de ellos llevaba tres cabezas humanas colgando de la montura. Tres cabezas de seres humanos negros, y eso la hizo temblar.

—Eran cantimploras —dijo Teague.

Pero Marie sabía que no era cierto. Sabía muchas cosas que la gente no creía que supiera. Así que ahora, en la tarde del quinto día desde que habían dejado Winston, con el calor y el cansancio, sintió que quería divertirse un poco, y con cierta mezquindad empezó a meterse con Rona.

—Ya le echaste el ojo.

—Claro que no —replicó Rona. Parecía furiosa. La cosa iba bien.

—Pronunciaste su nombre dormida.

—Lo que tuve fueron pesadillas.

—Estabas pensando en él ahora mismo, cuando te sonreíste.

—Claro que no. Y no me sonreí.

—Entonces ¿cómo sabes de quién estoy hablando?

—Eres una zorra, eso es lo que eres —dijo Rona.

—A mí no me hables así. —Se suponía que la que estaba molestando a la otra era ella, no al revés.

—Deja de portarte como una zorra y la gente no te dirá que lo eres —insistió Rona.

—Por lo menos yo no me caliento por un asesino —repuso Marie.

Eso la detuvo.

—No es un asesino.

—Él mismo lo confesó.

—Dijo que había tenido una buena razón.

—¿Ah sí?

—Lo torturaban.

—¿Te lo ha contado él?

—Lo sé.

—El asesinato es un pecado imperdonable —le recordó Marie—. Él se irá al infierno para siempre, así que ni siquiera te molestes en pensar en casarte con él.

—¡Cierra la boca! ¡No estoy pensando en casarme con él!

—Y es blanco y no es mormón y nunca, nunca te llevaría al templo.

—Tal vez a mí no me importe eso.

—Si no te importa el templo, ¿para qué vas a Utah?

Rona la miró de una forma extraña.

—Bueno, no para ir al *templo*, desde luego.

Marie no entendió aquello y no quiso averiguar lo que había querido decir Rona. Pero todavía tenía ganas de molestarla. Así que volvió al tema anterior.

—De todos modos irá al infierno.

—¡Claro que no! —Y Rona la empujó con tanta fuerza que Marie casi se cayó sentada.

—¡Ey!

—¿Qué está pasando aquí? —Era el hermano Deaver, por supuesto. Ninguno de los blancos se metía en lo que tenían que hacer o dejar de hacer—. ¿No estamos lo suficientemente mal como para que vosotras dos empecéis a molestaros la una a la otra?

—Yo no la estoy molestando —dijo Marie.

—¡Dice que se va a ir al infierno!

Marie sintió la mano del hermano Deaver sobre su cuello.

—El Señor es el juez de los actos del hombre —le señaló con suavidad.

Marie se encogió para librarse de aquella mano. Ahora tenía dieciocho años, no era una niña a la que los mayores pudieran sacudir cuando quisieran.

—Así que si no sabes mantener tu corazón libre de culpa, Marie, por lo menos creo que deberías aprender a mantener la boca cerrada. ¿Me escuchas, hija?

Ella logró soltarse finalmente.

—¡No tiene derecho a decirle a una chica negra lo que debe hacer! —protestó, con fuerza, para que los otros la oyeran—. ¡Ocúpese de sus chicos blancos!

Había dicho algo terrible, lo sabía y lo lamentaba. Pero por lo menos logró que él se callara y la dejara en paz, que era lo que había querido desde el principio. Además, él se había casado con una blanca, que era lo mismo que decir que las negras eran basura. Bueno, ahí lo tenía, ya veía adónde lo había llevado eso... Todos muertos con los otros mormones blancos mientras él estaba en A y T, adonde los soldados cristianos no se atrevían a ir. Ésa era la única razón por la que quería perdonar a Teague sus crímenes, porque él también se sentía un asesino, sí, él estaba vivo porque era negro, mientras su esposa y sus hijos habían muerto a tiros y allí estaban, enterrados en una fosa común en un aparcamiento.

Él quería que todos se portaran bien y se lo perdonaran todo. Bueno, sí, pero ella conocía la ley del paraíso, ¿verdad? Ella no era una mormona de escuela dominical, ella estudiaba la doctrina y leía todo el tiempo y sabía que la expiación de Cristo no tenía fuerza sobre ellos como asesinados. Aunque en realidad, la cara de Deaver se veía abatida, como la de alguien a punto de morir y eso era sólo por las palabras crueles que ella había dicho. Sintió que tenía que pedirle disculpas inmediatamente pero, justo en ese momento, oyeron los cascos de los caballos y se abrió el infierno.

Los asaltantes vinieron desde el costado del camino, tranquilos, como si no esperaran problemas. Debían de haber subido después de que Teague recorriera esa ruta en sus viajes de exploración.

Eran solamente dos y durante un minuto Marie pensó que tal vez tendrían suerte y pensarían que ese grupo era demasiado para ellos. Pero se dieron cuenta inmediatamente del tipo de gente que era y no se lo pensaron ni un segundo. Ya habían desenfundado las armas antes de llegar a la 421.

—No queremos hacerles daño... —comenzó el hermano Deaver, pero uno de los hombres bajó del caballo y lo golpeó en la cara con la pistola. Deaver se derrumbó.

—Eso lo tenemos que decir nosotros —replicó el hombre—, y nosotros somos los que vamos a hablar, ¿entiendes? Todo el mundo al suelo..., boca abajo.

—Esa rubia...

—No la toques —intervino Pete. Empezó a levantarse. El más alto, el de la barba larga, le dio un puntapié con tanta fuerza que la cabeza de Pete casi pareció despegarse del cuello.

—Ésa para postre —dijo el alto—. Para la cena, carne oscura, me parece.

Marie pensó que ya estaba todo lo asustada que podía estar, pero ahora, cuando la boca fría de un revólver se apoyó en su frente con fuerza, supo lo que era el terror por

primera vez en su vida.

—Por favor —susurró Rona.

—Ahora quédate quieta mientras te saco eso, nenita, y ábrete bien para papito o Zack le va a volar los sesos a tu amiguita.

—¡Yo soy una buena chica! —aulló Rona.

—Y yo te voy a hacer más buena todavía —dijo el de la barba larga.

—¡No!

Marie sintió el movimiento del revólver cuando Zack puso una bala en la recámara.

—No discutas, Rona. —Sabía que era cobarde pedir eso, pero Rona no tenía el revólver sobre su frente.

—Vosotros, niños, cerrad muy bien los ojos —ordenó Zack—. No me gustaría que descubrierais los hechos de la vida demasiado pronto.

Marie oyó que el otro apoyaba el revólver y empezaba a abrirse el pantalón, murmurando que si Rona le pegaba alguna enfermedad iba a colgar su cabeza de la montura, y así Marie supo que sí había visto lo que había creído ver. Sintió que se descomponía de nuevo, como si fuera a derretirse.

—Quédate quieta —dijo Zack—, o no te va a hacer ninguna gracia cuando...

De pronto, la culata del revólver golpeó con fuerza a Marie en la cabeza al tiempo que Zack se derrumbaba. Un segundo después oyó el ruido de un arma no muy lejos. La camisa de Zack reventó y salpicó sangre. Marie tomó el revólver y lo apartó de su cara.

El otro asaltante murmuró algo y buscó el arma, pero después de otro ruido, él también cayó.

—¡Teague! —aulló Marie.

Se puso de pie. Le sangraba la cabeza. Todo el mundo se estaba poniendo en pie. Pete tenía el revólver de Zack en la mano y encañonaba con él a los dos asaltantes, pero estaban muertos, Teague los había matado, un solo disparo para cada uno.

—¡Los caballos! —Era Teague el que gritaba.

Y tenía razón, había que agarrar los caballos, esos caballos podían llevar los carros, cargar paquetes, había que cogerlos.

Pero Marie no podía atraparlos, no con toda aquella sangre sobre los ojos...

—Marie, querida, ¿estás bien? —La hermana Monk se le acercó y le enjugó la frente con un paño. Estaba ardiendo.

—¿Ha disparado a Marie? —Era uno de los chicos.

—Le hundió el revólver en la cabeza cuando se estaba muriendo... Donna Cinn, que los chicos vuelvan al costado del camino. —La hermana Monk se hacía cargo de todo, como siempre. Y, como siempre, todos esperaban que lo hiciera. Pero esta vez, a Marie no le importó, no le importó que esas manotas le limpiaran la sangre de la

cara.

Después notó el ruido gutural que hacía Rona y se volvió para mirar. El hermano Deaver tiraba de la manga de Rona pero Rona no dejaba de aplastar la cara del asaltante barbudo con el pie. Había dejado de ser una cara humana pero ella seguía pateándola y finalmente el cráneo se quebró y el pie de ella pareció hundirse en algo.

En ese momento se acercó Teague, llevando uno de los caballos. Le dio las riendas a Deaver, puso un pie a cada lado del cadáver, tomó a Rona entre sus brazos y la sostuvo.

—Estás bien, ahora. Estás bien. Ya pasó.

—Sí que le llevó tiempo llegar —dijo Pete. Tenía el otro caballo cogido de las riendas y sonaba más asustado que furioso.

—Vine apenas oí los caballos. Tenía que asegurarme de que eran los únicos antes de empezar a disparar. Lo lamento, Rona. Lamento que te asustaras tanto. Lamento haberte tratado así pero tenía que esperar a que dejara el revólver en el suelo, ¿te das cuenta?

—Está bien, no le hizo nada —intervino Annalee.

Rona aulló aferrada a la camisa de Teague.

—No me parece que tenerla ahí tirada con la camisa levantada sea «nada» —repuso Teague.

—Me refería a que no...

—A usted no le pasó, así que deje de hablar de lo que significa —dijo Teague.

El hermano Deaver alargó la mano con un pedazo de tela azul entre los dedos.

—Aquí está tu ropa interior, Rona.

Rona se volvió. La hermana Monk arrancó el pedazo de tela de las manos de Deaver.

—¡Por favor, hermano Deaver! ¿No se da cuenta? Él tocó esto. No esperará que ahora se lo vuelva a poner...

—Rona, lo lamento, pero tenemos que irnos —apremió Teague—. Ahora mismo, en este segundo. Esos disparos pueden atraer a otros. Esos dos tal vez tenían veinte compañeros más atrás.

Rona se volvió y se tambaleó hacia la hermana Monk. A Marie no le importó que la hermana Monk dejara de cuidarla a ella. Era evidente que Rona estaba peor.

Teague hizo que los otros dos le ayudaran a llevar los cadáveres hasta los caballos.

—Déjelos aquí —pidió Annalee.

—Tengo que enterrarlos —dijo Teague.

—No se lo merecen.

Pete se lo explicó, con amabilidad.

—Para que nadie los encuentre y nos siga para vengarse.

Un minuto después habían dejado el camino y cortaban a través del borde de un campo de una granja, medio oculto entre los árboles. Teague les insistía para que se apuraran, y caminaran sin hacer ruido. Lo decía en voz muy baja. Finalmente, bajaron la colina hacia un pequeño valle. Teague hizo que el hermano Deaver y el hermano Cinn cavaran una gran fosa, una sola, mientras Annalee hacía que los chicos se alejaran de los caballos.

—Entierren esto también —ordenó Teague.

Ésa fue la primera vez que Marie advirtió que las dos monturas tenían cabezas atadas a la silla. De cerca eran más horrendas que las que Marie había visto de lejos.

—Yo las bajo —se ofreció Rona. Y fue a desatar los nudos de la montura.

—Yo también —dijo Marie. Ni siquiera se permitió pensar si habían sido una muchacha o un chico, un hombre o una mujer.

Teague tomó el rifle y subió a la colina para vigilar el camino.

Marie no vomitó y Rona tampoco. Y durante todo ese tiempo, Marie pensaba en lo agradecida que se sentía de que no fuera su cabeza la que colgaba del caballo. Después Marie ayudó a la hermana Monk a desnudar los cadáveres y vaciar los bolsillos de ambos. Tres docenas de cartuchos. Todo tipo de fósforos y repuestos. Lo pusieron todo en las alforjas, que ya estaban casi llenas con las cosas que los asaltantes habían robado de otra gente ese mismo día. En veinte minutos, los dos cadáveres estaban en el hoyo, enfundados en una ropa interior harapienta, las cabezas a su alrededor, las sucias ropas en un montón por encima. Solamente Marie había notado la forma en que la hermana Monk había envuelto las bragas de Rona en la camisa de uno de los hombres. Rona insistió en ayudar, echando tierra desde arriba hasta que los cuerpos quedaron cubiertos.

Marie no podía dejar de decir algo.

—Eran *pobres*.

—Todo el mundo es pobre —dijo Pete—. Pero ellos sobrevivían robando lo poco que tenían los demás y seguramente matando también.

—Me parece mal enterrar las cabezas de sus víctimas con ellos —opinó la hermana Monk.

—A las víctimas no les importa —repuso el hermano Deaver—. Y nosotros no tenemos tiempo de cavar más tumbas. Marie, ¿puedes subir a la colina y decirle al hermano Teague que ya hemos terminado?

Pero Teague ya lo había visto desde arriba y bajaba por la ladera.

—No viene nadie. Esos dos debían de ir solos. Se está haciendo tarde. Tal vez podamos acampar más allá, dentro del valle. Si mal no recuerdo, hay agua. Los caballos la necesitan. Podemos pasar el resto de la tarde haciendo un arnés para que los caballos tiren de las bicicletas. —Teague miró la tumba—. Pongan algunas hojas secas encima. Algo que haga que la tierra no parezca recién puesta. Y si pasa de

nuevo, quédense con toda la ropa. Los muertos no la necesitan.

—Nunca la usaríamos —dijo el hermano Deaver.

—Sí que lo harían si hiciera el suficiente frío y ustedes estuvieran suficientemente desnudos.

—No creo que pudiera llegar a estar *tan* desnudo —insistió el hermano Deaver.

Teague se encogió de hombros.

—Hermano Teague —intervino Marie.

—¿Sí?

—Me equivoqué cuando dije que no quería que usted matara por mí.

—Lo sé. —Y ésa fue toda su respuesta—. Señor Deaver, señor Cinn, ¿les molesta quedarse con las armas?

—Si a ellos les molesta, a mí no —dijo la hermana Cinn.

El hermano Deaver y el hermano Cinn se guardaron las objeciones que pudieran tener y se colgaron las armas de los hombros. El hermano Cinn puso unos cartuchos en su bolsillo, después un puñado en el bolsillo del hermano Deaver. El hermano Deaver lo miró sorprendido, después avergonzado. Marie sintió un poco de asco. ¿Acaso no sabían nada los profesores universitarios?

Pero al que más miraba Marie era a Teague. Por eso fue la única que vio cómo Teague apretaba y aflojaba la mandíbula continuamente. Cómo le temblaba la mano. Y esa noche, más tarde, fue la única que se despertó cuando él salió a caminar a la luz de la luna.

Marie se levantó también y le siguió. Él estaba de pie junto a la tumba, sin mirar nada en particular, las manos en los bolsillos. No pareció notar que ella había llegado, pero ella sabía que la había oído venir desde el momento en que se había incorporado.

—Es un mentiroso. No mató usted a sus padres.

Él no contestó.

—No había matado a nadie en toda su vida. Hasta hoy.

—Cree lo que quieras —dijo él.

—Usted nunca había matado.

Él se quedó allí, de pie, las manos en los bolsillos, hasta que ella volvió al campamento. Marie se acostó y se puso a pensar en la razón por la que un hombre podía querer que los demás creyesen que era un asesino cuando no lo era. Después se preguntó por qué ella deseaba tanto creer que ese hombre no era un asesino a pesar de que había visto con sus propios ojos que sí lo era. Se quedó despierta mucho tiempo, pero él no volvió hasta que ella estuvo dormida.

Y en cuanto a Rona, Marie estaba segura de que la chica había estado loca por Teague hasta entonces. Después de que Teague la salvara de que la violaran, tal vez de que colgaran su cabeza de la montura de un asaltante, lo lógico habría sido que se

enamorara todavía más que antes. Pero no, Rona no. Desde ese momento, fue como si Teague no existiera para ella, como si fuera solamente otro de los mayores. Como si no tuviera nada especial.

«No hay forma de entender a alguna gente», decidió Marie. Tal vez Rona no podía sentir amor y gratitud al mismo tiempo. Tal vez no podía perdonar a Teague por haber esperado a que los asaltantes le quitaran las bragas para matarlos. O tal vez Rona, no podía pensar en casarse con alguien que le había visto pisotear una y otra vez la cara de un hombre muerto hasta convertirla en papilla. Rona nunca se lo dijo y Marie no se lo preguntó.

Ella tenía una cicatriz en la frente y la tendría toda su vida. De vez en cuando se la tocaba y desde un principio se alegró de tenerla. La recordaba que había cosas peores que tener un revólver apoyado en la frente. Le recordaba que podría haberle tocado estar en el lugar de Rona.

Día tras día se acercaban a las montañas, y allí el camino se hacía tan empinado que tenían que detenerse a descansar cada veinte minutos más o menos. Pete se sentía agradecido de que tuvieran caballos para arrastrar los carros aunque no lo decía en voz alta. No era bueno decir que se alegraba de tenerlos, no estando Rona tan perturbada con respecto a la forma en que los habían conseguido.

Pete se concentraba en los niños, los suyos y los huérfanos. Eran los que más sufrían, él lo sabía. Los más jóvenes, Scotty Porter y Valerie Letterman ni siquiera habían nacido cuando estalló la plaga. Los famosos seis misiles ya habían caído antes de que Scotty y Valerie dijeran sus primeras palabras. Una vez Pete le murmuró a Annalee:

—¿Crees que habrá alguna posibilidad de mandarlos a un parvulario?

Pero ella se había olvidado de toda aquella locura de los viejos días, o tal vez no le pareció gracioso cuando él lo dijo. En general, nada le resultaba gracioso en esos días. Pete sentía lo mismo en realidad. Pero por lo menos, él lo intentaba de vez en cuando. Había horas, hasta días, en que no pensaba en su padre, muerto el día del misil que cayó en Washington D.C., ni en su padrastro, asesinado por saqueadores, ni en su madre y los parientes de Annalee y todos sus hermanos, hermanas y sobrinos y sobrinas amontonados pero sabiéndolo en el fondo, sabiéndolo y aterrorizados por lo que sabían. «Yo actué en obras de teatro en el escenario donde se plantaron aquellos tipos con sus revólveres. Jugué a baloncesto en el suelo que después mellaron las balas e inundó la sangre. Me bautizaron en la fuente detrás del escenario, donde los hombres de la ciudad colgaron los pantalones para lavarse la sangre. Los baptistas ya estaban hablando de convertirla en una biblioteca cristiana cuando Pete fue a dejar flores en el aparcamiento donde había besado por primera vez a Annalee después de un baile, donde ahora sus parientes y amigos yacían en un montón apilado de cuerpos rotos, bajo el polvo».

Ése había sido el mundo de esos chicos. Todo su mundo. Siempre habían vivido en el remolino. ¿Se daban cuenta de que las cosas no tenían por qué ser así? ¿Confiarían en algo o en alguien alguna vez, ahora que les habían arrebatado a sus padres? Una vez, mientras estaban los dos solos, llevando los caballos de la brida, Teague le preguntó:

—¿De quién son esos chicos?

—Donna, la mayor, es mía, y también Nat.

—Eso es evidente, siendo tan rubios —dijo Teague.

—Mick y Scotty Porter, Valerie Letterman y Cheri Ann Bee son huérfanos.

—¿Por qué los trajeron? ¿No había nadie en Greensboro que pudiera hacerse cargo de ellos?

—Por eso nos llevó tanto tiempo salir de allí. Tuvimos que luchar para conseguir que nos dejaran traerlos.

—Pero ¿por qué? ¿No se dan cuenta de la velocidad a la que podríamos ir sin ellos? ¿De cuánto más seguros estaríamos?

Pete se contuvo, se obligó a no enojarse, cosa que siempre trataba de hacer, y casi siempre conseguía.

Es así, Teague. Si los hubiésemos dejado los habrían educado como baptistas.

—Eso no me parece tan terrible —dijo Teague.

Pete volvió a contenerse, esta vez largo rato, antes de poder contestar con calma y tranquilidad.

—Mire, Teague, fueron sobre todo los predicadores baptistas los que se pasaron quince años diciéndole a la gente que los mormones éramos el Anticristo, que realizábamos ritos secretos en el templo, ritos en los que adorábamos a Satán. Que decíamos que Jesús y el diablo eran hermanos y que no éramos cristianos sino que fingíamos serlo para poder raptar a los hijos de los cristianos. Decían que los mormones éramos los dueños de todo y sólo tratábamos de enriquecernos mientras los buenos cristianos se quedaban en la pobreza. Y después, cuando vinieron los malos tiempos, todos esos predicadores baptistas se lavaron las manos y dijeron: «Nosotros no os dijimos que fuerais a *matar* mormones». Y es cierto, claro. Nunca habían enseñado a matar: Pero inculcaron odio y miedo, y dijeron mentiras, y sabían que las estaban diciendo. ¿Entiende la razón por la que no podíamos dejar que los hijos de los mormones se educaran con gente que decía mentiras sobre la religión por la que murieron sus padres?

Teague lo pensó un poco.

—¿Y por qué sobrevivieron? Me dijeron que los soldados cristianos lo revisaron todo y mataron a los heridos.

Así que Teague sí había oído la historia.

—Esos cuatro iban a la primaria de Guilford. Cuando los soldados cristianos

comenzaron a llevarse a la gente, llegaron a la Escuela Primaria de Guilford, y la doctora Sonja Day, la directora, fue a esperarlos a la puerta. No tenía un arma, ni nada. Se limitó a mostrarles las cenizas de los archivos de la escuela, todavía humeantes. Y les dijo: «Todos los chicos de esta escuela son mormones hoy, y yo y todo el personal. Si se llevan a uno, se nos llevan a todos». Les plantó cara y se fueron.

—Agallas.

—Piénselo, Teague. Se llevaron a los hijos de los mormones de cincuenta escuelas del condado. Si hubiera más directoras con agallas...

—Una entre cincuenta no es un gran promedio, Cinn.

—Por eso América se merece todo lo que pasó. Por eso el Señor no nos salvó. América terminó por amar el mal.

—Tal vez simplemente tenían miedo —dijo Teague.

—Miedo o debilidad o maldad, los tres caminos llevan al infierno.

—Lo sé —susurró Teague.

Fue un susurro tan profundo y amargo que Pete se dio cuenta de que había tocado una herida abierta en Teague. Pete no era el tipo de hombre que seguiría preguntando en un momento así. Retrocedió y lo dejó tranquilo. Uno no remueve heridas, eso solamente las infecta. Hay que sacar las manos, dejar que la cosa se cierre, darle tiempo y aire y dulzura.

—Teague, me gustaría que me llevara con usted cuando se adelante para explorar o cazar o lo que sea.

—Necesito que se quede con los demás. No creo que Deaver sea muy bueno con las armas.

—Tal vez no —convino Pete—, pero si usted no piensa acompañarnos más allá de las montañas, alguien tiene que ser capaz de hacer lo que usted hace.

—Hace diez años que ando por los bosques, mucho antes de que llegara la plaga.

—Alguna vez tengo que empezar.

—Cuando lleguemos a la carretera de Blue Ridge, lo llevaré a cazar conmigo. Pero sin armas.

—¿Por qué?

—Tómelo o déjelo. ¿Sabe tirar?

—Sé tirar una pelota de béisbol.

—¿Una piedra?

—Supongo.

—Si no sabe cazar con piedras, no sabe cazar. Las balas son para matar cosas lo bastante grandes como para matarlo a uno. Porque cuando se terminen las balas, no habrá más.

Cuanto más alto subían, más se relajaba Teague. Después de un tiempo, dejó de

hacerles buscar refugios, lugares protegidos para acampar. Acampaban allí donde se encontraban, al descubierto.

—Los asaltantes no llegan tan arriba —dijo.

—¿Por qué?

—Porque cuando lo hacen, no vuelven.

En la carretera de Blue Ridge, Teague los reunió para darles nuevas reglas.

—Caminen separados, no amontonados. Quédense sobre el pavimento o cerca de él. Que nadie vaya solo. No lleven nada en la mano, ni siquiera una piedra. Dejen las manos donde cualquiera pueda verlas. Si viene alguien, no alcen las manos por encima de la cintura, ni siquiera para rascarse la nariz. Sigam caminando. Y sobre todo, hagan mucho ruido.

—Por lo que veo ya no tenemos por qué tener miedo de las bandas de los arbustos —dijo el hermano Deaver.

—Esta de aquí es gente de la montaña. Y más allá de Asheville, cheroquis. No roban, pero tampoco hacen muchas preguntas antes de disparar contra un desconocido. Si se les ocurre que ustedes tal vez, sólo *tal vez*, pueden causarles problemas, estarán muertos allí donde estén plantados. Así que tiene que quedar claro para cualquiera que ustedes no están entrando en el territorio por ninguna razón extraña y que quieran que todos los vean.

—¿Podemos cantar de nuevo? —le preguntó la hermana Monk.

—Todo lo que quieren, menos esa canción de «y caminaron y caminaron y caminaron y caminaron».

Fueron unos días gloriosos. La carretera de Blue Ridge atravesaba las cimas de las colinas, así que tenían todo el cielo alrededor y las montañas estaban tan hermosas como siempre las había visto Pete. Su padre verdadero los había llevado por ese camino, muchos otoños, cuando él todavía estaba en la edad de crecer. Un año fueron desde Harper's Ferry hasta la reserva cheroquí. Pete y su hermano se estuvieron peleando todo el camino hasta que el padre dijo que iba arrancarles los brazos si no callaban, pero ahora, en el recuerdo, el viaje parecía glorioso. Caminando por allí, especialmente cuando caminaba por delante y no veía a ninguno de los demás, Pete se olvidaba de que era adulto. Aún no había llegado el otoño, aunque ya no estaba lejos; y sin embargo, se sentía bien, se sentía como si volviera a casa. Había oído que otros decían lo mismo sobre Blue Ridge. Sobre los Apalaches en general. Parecía que uno volvía a casa aunque hubiera crecido en un lugar desolado como California o Dakota del Norte.

Teague cumplió su promesa. Pete casi se volvió loco las primeras veces, pues su piedra siempre fallaba y la de Teague casi siempre daba en el blanco. Pero después de un tiempo, entendió cómo se hacía. Era como arrojar la pelota en el béisbol, pero el blanco era más reducido. Para cuando rodearon Asheville, sabía limpiar una ardilla

en dos minutos y un conejo en tres. También aprendió a elegir el campo de caza. Siempre hay que buscar la cabaña y llegar a ella silbando para que los que estén dentro sepan que uno llega. Después se le pregunta al dueño si está de acuerdo con que uno salga a cazar por allí y si quiere que uno le dé parte de lo que caza. Cuando Pete oía lo que le contestaban los montañeses, pensaba que en realidad se podía cazar donde uno quisiera, pero Teague nunca levantaba una piedra a menos que uno de ellos hubiera dicho «En ese bajo, allí», o «Por esa colina que ve allí», y aunque siempre decían «No tiene por qué traerme nada», Teague siempre les llevaba todo lo que había cazado y les ofrecía la mitad. No se iba hasta que aceptaban por lo menos un animal.

—Si aceptan, no pueden decir que les robamos —explicó Teague—. Y si toman una parte, no hubo allanamiento.

—¿Y qué les impide mentir y decir que uno lo robó? —preguntó Pete.

Teague lo miró como si lo creyera estúpido.

—Son montañeses.

Siempre que volvían de la caza, a Pete le gustaba oír el sonido del canto de los niños, y también el de los adultos, que ahora cantaban más y más. Y sobre todo, le gustaba oír la voz de su Annalee, que cantaba y reía. Habían subido por la ladera de los montes como si hubieran escapado del infierno. «Seguramente así es cómo uno siente la redención —pensaba—. Así te sientes cuando Cristo perdona tus pecados. Como subir a la cima de una verde montaña con tantas nubes por abajo como por arriba, y todos los malos recuerdos lavados por la lluvia, perdidos en la niebla de la mañana. Todos esos malos recuerdos eran problemas de la gente de las tierras bajas, y los dejamos atrás, ya no están». Pete había renacido.

—No quiero bajar de aquí —le dijo a Annalee.

—Lo sé. A mí me ocurre lo mismo.

—Entonces, no bajemos.

Ella lo miró con severidad.

—¿Qué te pasa, Pete? Hablas como Teague, caminas como Teague. Si hubiera querido casarme con un hombre de las montañas, me habría ido al estado de los Apalaches o a Carolina del Oeste.

—Un hombre siente que pertenece a este lugar.

—Un santo del último día pertenece al reino de Dios.

—Mira a tu alrededor, Annalee, y dime si Dios no ama este lugar.

—Aquí no hay seguridad. Te sientes bien porque no tenemos que escondernos todas las noches. Pero la razón de que nos quedemos a campo abierto no es que estemos libres y a salvo; nos quedamos a campo abierto para que nadie venga a volarnos la cabeza de un tiro. Nunca perteneceríamos a este lugar. Pero ya somos ciudadanos de Utah. Todos los mormones son ciudadanos de Utah.

Después de eso, Pete no volvió a mencionar su deseo de quedarse en las montañas, ni a Annalee ni a ninguna otra persona. Sabía que después de un tiempo todos pensarían como él. Cuando uno llega al paraíso ¿para qué seguir adelante? Eso era lo que Pete pensaba.

—Hermana Monk, tu vestido se está alargando —observó Valerie Letterman un día.

—Debo de estar encogiendo —murmuró Tina.

—Está poniéndose muy guapa —murmuró Valerie.

—Tú sí que vas a hacer amigos en el mundo, niña. Pero Valerie tenía razón. Caminar más de doscientos cincuenta kilómetros era tan efectivo como los regímenes que había seguido en los viejos tiempos. Ya había tenido que variar el largo de las faldas de sus vestidos dos veces a medida que su volumen se evaporaba. Sentía cómo se le endurecían los músculos bajo la carne de los brazos y piernas. Podía ponerse de pie de un salto, en lugar de por etapas, a cuatro patas, de rodillas, un pie en el suelo, dos pies en cuclillas, y el último y terrible movimiento para enderezar las rodillas. Ahora eso era agua pasada. Ella misma enrollaba su manta —de noche hacía frío—, y se ponía de pie y sentía que con cada paso saltaba metros por el aire.

Tantas pastillas como había probado, tantos médicos, tantas dietas, tantos ejercicios, y lo único que había funcionado era el caminar de Greensboro a Topton.

No tuvieron ningún problema en las montañas. Ningún peligro que pareciera peligro, excepto unos pocos minutos de tensión en la frontera cheroquí, hasta que llegó alguien que reconoció a Jamie Teague. Y finalmente dejaron el camino asfaltado y subieron por un sendero de tierra, todo lleno de hierbajos ahora que no pasaban coches, hasta una casa de dos plantas que parecía enana junto a los enormes robles que la rodeaban.

—Yo creí haberte oído decir que esto era una cabaña, Jamie Teague.

—Mis padres adoptivos la llamaban así —dijo él—. Venían sólo en verano. Pero yo, apenas tuve la edad suficiente, me quedé todo el año.

Tina recibió esa información y la retuvo. Teague había tenido padres adoptivos antes de ser lo suficientemente adulto como para decidir dónde vivir. Así que lo habían adoptado porque había matado a sus padres. Debía de haberlos matado cuando era pequeño. Tal vez muy pequeño.

La puerta no estaba cerrada con llave. Y sin embargo, en el interior, ni los vándalos ni los ladrones habían tocado nada. La casa estaba llena de polvo e insectos muertos, nadie había entrado este verano, y menos aún a limpiar. Y sin embargo, cada cosa estaba en su lugar y Annalee hizo que todos se pusieran a limpiar inmediatamente. Tina sabía que debería haberse unido a los demás —probablemente sabía más sobre limpieza que todos los demás juntos—, pero por alguna razón sentía aversión a la idea, y no quería hacerlo. Y cuanto más pensaba en que debería estar

ayudando, menos sentía que quería hacerlo, hasta que finalmente huyó de la casa.

—Alto —ordenó Teague.

—¿Por qué?

—No se puede salir así como así e ir a donde uno quiera —explicó.

—¿Por qué no?

—Mis vecinos no les conocen todavía.

—Pronto me van a conocer —dijo ella—. Siempre fui una buena vecina.

—No son como los vecinos de la ciudad, señora Monk.

—Si no puedes llamarme hermana Monk, entonces por lo menos llámame Tina.

Teague sonrió.

—Ve adentro y dile a todo el mundo que se prepare para una excursión.

La excursión consistió en un viaje a las casas de cuatro vecinos, cantando y hablando todo el camino. Las casas estaban tan separadas unas de otras que no se veían. Pero eso no importaba. De todos modos, eran vecinos. Eran la razón de que nadie hubiera tocado la casa de Teague. Y eran vecinos que podían resultar mortíferos.

—Señor Bicker —saludó Teague—, veo que obtuvo una buena cosecha de tabaco.

—El tabaco de la montaña es apenas poco mejor que masticar caca de perro —dijo Bicker—, pero de todos modos ahora tengo unas cuantas hojas secándose.

—Señor Bicker, ¿ve a esta gente que viene conmigo?

—¿Cree que soy ciego?

—He viajado con ellos desde Winston, y me han tratado como si fuera uno de sus parientes. Hemos comido de la misma olla y caminamos por el mismo sendero, y estuvimos espalda contra espalda en algunos momentos. Se van a quedar a pasar el invierno conmigo y después se irán. Les mostré hasta dónde llegan las propiedades, y todos saben qué parte de la tierra es mía y cuál suya.

Bicker aspiró por la nariz.

—Nunca supe de alguien de la ciudad que supiera distinguir un árbol de otro.

«Pero sabemos leer —pensó Tina—, y no dejamos que los mocos nos ensucien los labios». Tuvo el buen sentido de no decirlo.

—Sea gente de ciudad o no, señor Bicker, son *mi* gente. Todos ellos.

—Ahí hay gente de color.

—Yo los llamo «morenos» señor Bicker. O tal vez tengan algo de sangre cheroquí. Pero en primavera se irán y usted casi ni notará que están por aquí.

Bicker entrecerró los ojos.

—Pero van a estar por aquí —continuó Teague—. Todos. Hasta el último, vivos y coleando hasta la primavera.

—Espero que no tengamos gripe —fue la contestación de Bicker.

Después volvió a su cabaña, riéndose sin cesar.

Teague se los llevó a todos.

—Canten —le dijo a Tina. Y ella los llevó cantando.

—Esto es como cantar canciones de casa en casa en Navidad —opinó la niña de Annalee, Donna.

—Pero no cantábamos para que la gente no nos disparara —le señaló Tina.

—Ah, Bicker no es mal tipo —dijo Teague—. Se portará bien.

—¿Bien? Casi cargó su rifle delante de nosotros.

—Ah, es buen vecino, Tina. Solamente hay que saber cómo tratarlo.

—Yo no llamo buen vecino a un señor que se limita a comprometerse a no matarme hasta la primavera.

Pero Tina estaba casi segura de que Teague no sabía bien lo que decía. Después de todo, había sido un niño allí arriba, no una chica. Había un tipo de relación de vecindad entre las hombres que consistía sobre todo en no robarse, en no dormir con la esposa del otro. Pero luego estaba la relación de vecindad entre mujeres, y Teague no sabía nada de eso.

Así que se aseguró de ir siempre con él cuando él empezó a dar sus vueltas para hacer trueques con las cosas que había traído de su viaje a la costa. Todo tipo de metal y herramientas, hilos y agujas, botones, broches, tijeras, cucharas y cuchillos y tenedores. Un precioso par de prismáticos por los que consiguió un colchón digno de una reina. Cartuchos para una docena de armas diferentes. Una botella de vitamina C y una botella de Tylenol reconstituyente, ambas para una dama con artritis.

Y justo cuando él terminaba de hacer un trato, Tina se ponía a comentar que no tenía ni idea de cómo se cocinaban los animales salvajes.

—Puedo hacer un guiso respetable y supongo que para mis recetas de dulces puedo apañarme con miel en lugar de azúcar, pero seguramente usted conocerá diez tipos de hierbas y hortalizas que yo ni siquiera veo, o si las veo, seguro que me creo que son hierbajos. No quiero molestar, pero podría intercambiar costura por lecciones de cocina. Tengo un ojo muy bueno con la aguja.

Al principio, Teague se quedaba mudo de asombro. Era obvio que en ese tiempo él había negociado solamente con los hombres, hablando con palabras de una o dos sílabas en oraciones de tres o cuatro palabras, y nunca había tenido idea de la forma en que una mujer visita a otra ni de la forma en que las mujeres se ayudan unas a otras en lugar de tratar de hacer negocios.

—Se llama civilización —le dijo ella a Teague, entre una visita y otra—. Las mujeres la inventaron y cada vez que ustedes los hombres hacen que vuele por los aires, la inventamos de nuevo.

Para Navidad, tenían a Bicker a cenar todas las noches y él venía con su violín y el recuerdo de miles de viejas canciones, que nunca cantaba sin desafinar. Pero a

nadie le importaba excepto a Tina, que había sido maldecida con un oído tan fino que podía cantar cuartos de tonos en la escala cromática. Pero paciencia, así los niños no tenían que vivir con miedo a que alguien les disparara a los pies si cruzaban la línea de las propiedades de Bicker. Y Teague se sentaba allí, cantando y riendo con todos los demás, y de vez en cuando tenía esa mirada de sorpresa; en la cara, como si nunca hubiera pensado que la gente de las montañas podía hacer cosas como ésas.

Tina siguió el sincero consejo de Teague solamente en una cosa: no le dijo a nadie que eran mormones. Ni ella ni ninguno de los demás. Nunca cantaron un himno mormón y los domingos por la mañana, cuando el hermano Deaver y Pete Cinn partían el pan y bendecían el sacramento y lo pasaban y después predicaban, bueno, en esos días tenían las persianas cerradas y nadie cantaba. No era el odio de los predicadores de la televisión ni el de los sacerdotes baptistas lo que les daba miedo. Era un odio más antiguo. Referirse a alguien con una palabra como «mormón» significaba que esa persona dejaba de ser gente y se transformaba en el «otro». Y en ese lugar, la condena más breve para el otro era el ostracismo y la peor morir quemado antes de la siembra de primavera.

Pero fue un buen invierno. Y Tina notó cómo Teague escuchaba de lejos y después empezaba a bajar los domingos de mañana a las reuniones de la iglesia y algunas veces hasta preguntaba sobre el Libro de Mormón o algún punto de la doctrina que nunca antes había oído. A veces meneaba la cabeza como si aquello fuera el lío más grande que hubiera oído. Y a veces casi asentía. En Navidad hasta contó la historia de la Navidad, siguiendo en casi todo a Lucas.

Tina abría la escuela todos los días, primero sólo para los niños del grupo pero pronto también para los niños de la montaña que quisieran venir y pudieran llegar a través de la nieve. Hizo que Rona y Marie se pusieran a enseñar para poder dividir las clases. El hermano Deaver enseñaba gramática a Donna y a los chicos más grandes de las cabañas cercanas. Lo peor era no tener papel para escribir y ningún utensilio de escritura, ni lápices ni plumas ni nada. Escribían con tizones sobre el suelo de la galería y después lo lavaban con nieve y empezaban de nuevo. Pero sobre todo escribían y pensaban la aritmética en la cabeza, y recitaban las respuestas.

Tina se dio cuenta de que se estaba haciendo vieja cuando vio que los chicos se las arreglaban mejor que ella con los números. No podía recordar tantos a un mismo tiempo como los niños. Fue entonces cuando Rona se convirtió en la maestra permanente de aritmética.

No enseñaban geografía. Ya nadie sabía geografía. Todo había cambiado.

Durante todo el invierno, Teague se llevó a Pete con él para enseñarle más sobre caza y rastro de huellas, y Pete aprendía bien, suponía Tina. Por lo menos, Teague pareció acercarse cada vez más a Pete, cada vez parecía aprobarlo más, confiar más en él. Al mismo tiempo, Tina notó que Pete se alejaba más y más de su familia. No

había mucho lugar para la intimidad, pero como eran la única pareja de casados, Pete y Annalee tenían una habitación para ellos solos. El día siguiente al de Navidad, Annalee le dijo a Tina que daba lo mismo que durmieran sobre la mesa del comedor dada la frecuencia con que hacían el amor.

—Es lo mismo que si fuera una viuda, ya no me habla. —Y después—: Tina, creo que no piensa ir al oeste con nosotros.

Tina dejó que las cosas siguieran como estaban durante todo enero. Vigilaba. Annalee tenía razón. Pete no tomaba parte en las conversaciones sobre Utah cuando todos imaginaban cómo serían las cosas allí. A veces Teague bromeaba con ellos cuando no había nadie más presente.

—No hay nada al oeste —decía—. Probablemente se fueron a Seattle. Cuando lleguéis a Utah veréis que allí no hay nadie.

—No sé de qué hablas, Jamie Teague —le replicó Tina una vez—. No conoces a nuestra gente. Si las tierras se inundan, nos ponemos a construir botes. Si hay huracanes, aprendemos a volar.

Los demás siguieron con el juego.

—Si falla una cosecha, aprendemos a comer hierba —apuntó Donna.

—Y cuando ya no hay pasto, nos comemos los árboles —dijo Mick Porter.

—¡Y después los insectos! —gritó su hermanito Scotty.

—¡Y los gusanos! —gritó Mick, más fuerte todavía.

Annalee puso una mano sobre la boca de Mick.

—Mejor hablemos bajo.

No quería que los vecinos los oyeran hablar de Utah.

—Te puedo apostar a que están haciendo gasolina con aceite de pizarra —dijo Tina—. No es cuento. Apuesto a que allí todavía hay tractores y fertilizantes.

—Lo del fertilizante me *lo* creo —admitió Teague, pero sus ojos bailaron un poco, y Tina se dio cuenta. Así que insistió:

—¿Y aquí qué tienes, Jamie?

No fue Teague el que contestó, sino Pete.

—Lo tiene todo. Seguridad. Buena tierra. Suficiente para comer. Buenos vecinos. Y ninguna razón para irse, nunca.

Allí estaba, en el aire, al descubierto.

Pero Tina fingió que todavía hablaba con Teague en lugar de con Pete.

—Eso es este año, Jamie. Tú vas hasta las Carolinas, entras en casas abandonadas, visitas lugares y oyes historias y te dan regalos. ¿Y qué recoges para traer aquí? Agujas, alfileres, tijeras, hilo, herramientas y todas esas cosas que hacen que la vida sea posible a medias. ¡Piénsalo! ¿Crees que esas cosas durarán para siempre? Nadie las hace ahora y algún día esto de buscar en la basura se acabará. Algún día no habrá más hilo ni agujas. ¿Qué te vas a poner entonces? ¿Un harapo

hecho a mano? ¿Hay alguien que haya empezado a hilar?

—La mujer de allá abajo, en Murphy, hila y teje muy bien —señaló Teague.

Pete asintió como si eso lo contestara todo.

—¿Suficiente para todos en las colinas? Jamie, ¿no ves que la gente de aquí se ha agarrado a una brizna de hierba para no caer a un abismo? No es tan fácil de ver por qué no vas a dormir con miedo a que te maten todas las noches. Pero todo se está terminando. El mundo se desvanece. Y el que se quede aquí se desvanecerá también. Pero al oeste...

—¡Al oeste pueden estar todos muertos! —dijo Pete.

—Al oeste nuestro templo todavía está en pie y las salas funcionan todavía, como siempre. Están cultivando en tierra buena, en paz, y hay hospitales y medicinas. ¿Y si te casas un día, Jamie? ¿Y si tus hijos enferman? Una tontería como las paperas, y terminan ciegos. Una infección en los riñones. Apendicitis, ¿eh? ¿Te parece que hay muchos doctores por aquí? Cada año que pase vas a retroceder cincuenta.

—Aquí estamos seguros —insistió Pete. Pero su voz sonaba menos firme.

—No es seguro si lo comparas con la *seguridad*—dijo Tina—. Solamente si lo comparas con las tierras abiertas donde reinan los de las bandas. Y algún día los salteadores subirán aquí también. Habrán matado y robado a todos los demás, a todos los que no estén protegidos por un ejército. Y no van a dedicarse a aprender a cultivar, eso lo sabes. Ni se atreverán a atacar a los cheroquis. Vendrán a lugares como éste...

—Y los mataremos —afirmó Pete.

—Mientras tengáis balas. Después ya no podréis dispararles desde detrás de los árboles. Tendréis que luchar a campo abierto contra fuerzas diez veces mayores, con las manos, hasta que los derrotéis. Te repito que hay un solo lugar seguro en Estados Unidos, un solo lugar que crece en lugar de morir.

—Eso es lo que tú dices —replicó Pete.

—Es lo que dice toda la historia mormona. Nos han echado y atacado y masacrado y lo único que hicimos fue seguir adelante y establecernos en alguna otra parte. Y dondequiera que fuimos llevamos la paz y el progreso. Nunca nos quedamos quietos. Y te apuesto a que ni siquiera tenemos que llegar a las montañas para encontrarlos. Te apuesto a que envían a gente a buscar a los que vienen como nosotros para ayudarlos a llegar. Eso era lo que hacían en los tiempos de las carretas.

Mientras hablaba, Tina miraba solamente a Teague, nunca a Pete. Pero por el rabillo del ojo veía que Pete se desinflaba cuando Teague asentía.

—Supongo que no estáis tan locos después de todo. Solamente me gustaría tener más esperanzas por vosotros, más esperanzas de que pudierais llegar.

—El Señor nos protegerá —dijo Tina.

—No lo estaba haciendo demasiado bien hasta que llegó Teague —repuso Pete.

—Pero Jamie llegó, ¿verdad, Jamie? ¿Por qué crees que estabas ahí justo cuando te necesitábamos?

Teague sonrió.

—Supongo que soy un viejo ángel después de todo.

Y sin embargo, llegó la Pascua y no se había tomado ninguna decisión. El domingo de Pascua tuvieron una reunión en la iglesia, pero nadie predicó esa vez. Solamente dieron testimonio. No era como en los viejos días, cuando la gente se levantaba y recitaba los mismos agradecimientos y testimonios. Esta vez hablaron con el corazón, hablaron de cosas terribles y cosas maravillosas, hablaron del amor de los unos por los otros y de su rabia contra el Señor, y sin embargo, al final hablaron de su fe en que las cosas saldrían bien.

Y después de un tiempo empezaron a hablar del asunto que habían dejado de lado todos esos meses. El asunto que había pasado en mayo, hacía casi un año. La muerte terrible de tanta gente que conocían y amaban y que ahora extrañaban tanto. Y de lo que era todavía más terrible: que ellos siguieran con vida.

Fue Cheri Ann Bee la que empezó. Tenía siete años ahora y ni siquiera la habían bautizado, pero dio su testimonio y al final dijo algo muy simple que casi rompió el corazón de Tina.

—Lamento no haber enfermado ese día y quedado en casa —dijo—, así podría haberme ido con mamá y papá a visitar al Padre Celestial.

Cheri Ann no lloró ni nada, solamente creía que las cosas eran mejores si podía estar con su madre y su padre. Y mientras estaba sentada allí con lágrimas en los ojos, Tina no se sintió segura de si estaba llorando de lástima por esa niña o porque ella misma no tenía esa fe simple y directa, y le faltaba algo de esa confianza absoluta en que la muerte era solamente ir a visitar a Dios, que invitaría al que llegara a quedarse en su casa a vivir con él.

—Yo también lo lamento —intervino el hermano Deaver; y a continuación lloró lágrimas que le corrieron por las mejillas—. Lamento haber ido a trabajar ese día. Lamento que los soldados cristianos tuvieran miedo de provocar a la comunidad negra, lamento que no vinieran a sacarme de mi clase en A y T y me dejaran sostener a mis bebés entre mis brazos mientras morían.

—Sus hijos no eran bebés —susurró Scotty Porter a Tina—. Eran mayores que yo.

—Todos los hijos son bebés para su padre y su madre —le señaló Tina.

—Yo llamé a mi madre ese día —dijo Annalee, y milagro de milagros, ella también lloraba, y parecía suave y vulnerable como una niña—. Le conté que Pete no había mandado a los chicos a la escuela y que íbamos a una *merienda* en el cuartel de bomberos. Y ella dijo: «Ojalá pudiera ir». Y añadió: «No puedo seguir hablando, Anny Leedy, llaman al timbre». ¡Llaman al timbre! Los que llamaban al timbre eran

ellos, y allí estaba yo, hablándole por teléfono, y ni siquiera le dije que la amaba ni nada.

Hubo silencio durante un rato, como pasa siempre cuando en las reuniones de testimonio nadie se pone de pie para hablar. Siempre había una gran tensión cuando nadie se levantaba, todos se sentían culpables porque estaban perdiendo el tiempo, todos esperaban que alguien se pusiera en pie y hablara porque ellos no tenían ganas de hacerlo. Pero esta vez el silencio era sólo porque todos estaban llenos y porque no había nada que decir.

—Yo lo sabía —intervino Pete finalmente—. Tuve un sueño la noche anterior. Vi cómo los hombres llegaban a las puertas. A mí me fue mostrado. Por eso no quise que los chicos salieran de casa. Por eso los llevé a todos al cuartel.

—Nunca me hablaste de ello —dijo Annalee.

—Pensé que estaba loco, por eso fue. Pensé que era de locos tomar una pesadilla en serio. Pero no podía dejarlos en casa sintiéndome como me sentía. —Pete miró a su alrededor, a los demás—. En mi cuartel, me defendieron. Usaron las máquinas y los rechazaron. Mi capitán les dijo: «Si tocan a cualquier bombero o a la familia de cualquier bombero, no se sorprendan si encuentran después su casa en llamas un día y los bomberos son un poco lentos en salvarla». Así que se fueron y nosotros seguimos con vida. —De pronto, se le torció la cara y sollozó, sollozos terribles, poderosos.

—Pete —dijo Annalee. Le puso un brazo sobre el hombro, pero él se la sacó de encima.

—Dios me lo mostró en una visión, ¿os dais cuenta? Y lo único que hice fue pensar en salvar a mi propia familia. ¡Ni siquiera a mis hermanos y hermanas! Ni siquiera a mamá. Tuve la oportunidad de salvarlos a todos y están muertos porque yo no les avisé.

El hermano Deaver trató de calmarlo con palabras.

—Pete, el Señor no te pidió que les advirtieras. No te ordenó que nos llamaras a todos y nos lo contaras. Así que lo más probable es que quisiera llevarse a los demás consigo y salvar solamente a algunos para que siguieran sufriendo en este valle de lágrimas.

Pete levantó la cabeza de las manos, una máscara de dolor con ojos saltones y enrojecidos, ojos terribles, salvajes.

—Me lo dijo. «Avísalos a todos», me dijo, pero yo pensé que era una pesadilla solamente y me daba vergüenza decir que había tenido una visión, supuse que todo el mundo pensaría que estaba loco. Voy a ir al infierno, ¿no os dais cuenta? No puedo ir a Utah. El Señor me ha rechazado, me ha echado de Su Reino.

—Hasta Jonás fue perdonado —recordó el hermano Deaver.

Pero Pete no tenía ganas de que lo consolaran. Fue el final de la reunión pero había sido una buena reunión, Tina lo sabía. Todo el mundo había dicho las cosas que

habían estado escondiendo mucho tiempo o hecho que otros las dijeran por ellos. Habían hecho lo que debían hacer en una reunión de testimonio. Habían confesado sus pecados y ahora había esperanza de perdón.

Fue en la tarde del domingo de Pascua. El día era relativamente cálido y Jamie se quitó la chaqueta y sintió el viento fresco sobre la espalda y los brazos, a través de la camisa, y sintió el sol caliente también, al mismo tiempo. El mejor tipo de clima, el mejor tipo de día.

—Supongo que ya has tenido bastante por hoy.

Jamie se volvió. No podía creer que no hubiese oído llegar a una mujer como Tina. Pero claro, ella ya no estaba tan gruesa en esos días. Y él tenía muchos pensamientos ruidosos dándole vueltas por la cabeza.

—De todos modos, ya me había imaginado parte de esto —contestó Jamie—. Oí hablar de la masacre de Greensboro.

—¿Así la llaman? ¿Dicen que masacraron a nuestra gente?

—A veces. Otras la llaman la «Purificación de Greensboro». Los mismos que después añaden que otros lugares también necesitan purificación.

—Espero que nuestra gente se vaya toda hacia el oeste. Ruego para que tengan la sensatez de marcharse. Deberíamos habernos ido hace años.

—Tal vez —dijo Jamie. Pero sabía que eso no era lo que Tina quería decirle.

—Jamie.

Ahora venía.

—Jamie, ¿qué te retiene aquí?

Jamie miró a su alrededor a los árboles, el pasto brillante de la primavera, las lejanas volutas de humo de dos docenas de chimeneas distribuidas por las colinas.

—Casi no hablas con tus vecinos, o al menos no lo hacías hasta que llegamos aquí, Jamie. No tienes amigos en estas colinas.

—Me dejan tranquilo —dijo Jamie Teague.

—Mal hecho.

—A mí me gusta. Me gusta que me dejen tranquilo.

—No me mientas, Jamie.

—Ya era un solitario antes del colapso, y sigo siéndolo. Lo que pasó no me afectó para nada.

—No te mientas a ti mismo tampoco.

Jamie sintió que la rabia le cegaba.

—No necesito que nadie me trate como si fuera mi madre. Ya tuve una y la maté.

—Tampoco creo esa mentira —dijo Tina.

—¿Por qué? —preguntó Jamie—. ¿Crees que soy tan buena persona que no podría matar a nadie? Entonces no me conoces.

—Sé que hay momentos en que eres capaz de matar. Simplemente no creo que

hayas matado a tu padre y a tu madre. Porque si lo hubieras hecho, entonces, ¿cómo podrías seguir sintiendo tanta furia contra ellos?

—Déjame en paz. —Jamie lo dijo con toda el alma.

Pero Tina no parecía tener intención de dejarlo en paz.

—Sé que nos quieres y que no quieres perdernos cuando nos vayamos.

—¿Eso es lo que crees?

—Es lo que sé. Sé lo bueno que eres con los chicos. Sé que has sido un gran amigo para Pete. ¿No ves que ésa es la mitad de la razón por la que quiere quedarse, para estar contigo? Todos contamos contigo, todos nos apoyamos en ti, pero tú también cuentas con nosotros, tú también nos necesitas.

Estaba presionando demasiado. Jamie no iba a tolerarlo.

—Fuera —le dijo—. Vete y déjame en paz.

—Y cuando rezamos, tú te callas y tus labios murmuran amén cuando terminamos.

—Respeto la religión, eso es todo.

—Y hoy, cuando todos confesamos lo más negro que nos lastimaba el alma, tú querías confesar también.

—Ya confesé hace tiempo.

—Confesaste una mentira terrible. Eso es lo que me pregunto, Jamie Teague. ¿Qué pecado escondes? ¿Qué te parece tan malo como para que te sea más fácil confesar haber matado a tu padre y a tu madre que decir la verdad?

—¡Déjame en paz, te digo! —le gritó Jamie. Y después se fue corriendo, huyó de ella colina arriba, lo más rápido que pudo porque así sabía que ella no podría alcanzarlo. No importaba. Ella no le siguió.

Mick Porter llevaba a su hermano Scotty con él a todas partes. Nunca permitía que estuviera fuera de su vista. A un chico como Scotty había que vigilarlo. Siempre se escapaba, siempre se metía en cosas en las que no tenía que meterse.

En los viejos días no había sido así, claro está. En los viejos días, Mick solía quejarse a *ma* porque Scotty lo imitaba en todo. A veces Mick atacaba a Scotty y éste rompía todo lo que hacía Mick con sus construcciones de plástico o sus cubos de madera, y era como una especie de guerra. Pero eso terminó. No volvió a pasar, simplemente porque ¿quién iba a interrumpir la pelea y mandarlos a sus habitaciones hasta que fueran capaces de tratarse como seres humanos civilizados? Mick sentía que era casi el papá de Scotty. «Soy el único pariente que tiene, y él es mi único pariente, así que tened cuidado todos. Así es, sí».

Así que Mick llevaba a Scotty consigo cuando recogían palos caídos para usarlos como leña y aprendía a arrojar piedras. No podía atrapar ardillas todavía. Todavía tenía dificultades para darle al árbol al que estaba apuntando. Scotty, claro está, no tenía ni idea de lo que era apuntar. Solamente se sentía bien si la piedra volaba un

metro, más o menos, en la dirección en que la arrojaba.

Así que no fue una sorpresa cuando Scotty tiró la última piedra y ésta salió ladeada rozando la nariz de Mick y después, punk, directa contra algo suave que estaba apenas a unos metros.

—De acuerdo, estoy muerto. Ahora por favor quitadme la piel despacio para no despertarme.

Mick casi se tragó la lengua de sorpresa. Allí estaba el señor Jamie Teague, sentado justo en ese lugar, y hasta que habló, Mick ni se había dado cuenta de que estaba cerca. Había permanecido inmóvil todo el tiempo.

—¡Le di a algo! —gritó Scotty.

—Le diste a mis pantalones —dijo Teague—. Si fuera una ardilla tal vez no estaría muerto pero seguramente estaría herido.

—A usted no puedo cocinarle.

—Supongo que no —convino el señor Teague—. Lo lamento.

—De todos modos, no comemos gente —le dijo Mick a Scotty.

—Eso ya lo sé —replicó Scotty, con la voz llena de desprecio.

Mick volvió a prestar atención al señor Teague.

—¿Qué hace sentado aquí?

—Estar sentado.

—Eso lo he dicho yo.

—Y estoy pensando.

—Claro que está pensando. Todo el mundo piensa. No se puede dejar de pensar.

—Ah, eso sí que es una lástima, diablos —exclamó el señor Teague.

Scotty jadeó y se cubrió la boca.

—Lo lamento —se excusó el señor Teague—. Crecí en una familia donde «diablos» era una de las expresiones más educadas.

—Yo sé una palabra peor —afirmó Scotty.

—Claro que no —dijo Mick.

—Tal vez sí la sabe —opinó el señor Teague—. Todo es posible.

—Es otra palabra para «caca».

—No digas todo lo que sabes —aconsejó el señor Teague—. Mejor no me la enseñes, Scotty. A ver si se me escapa cuando esté con alguien educado.

Mick se sentó cerca de la pierna del señor Teague y lo miró a los ojos.

—La hermana Monk dice que usted no mató a su mamá y su papá en realidad.

—Ah, ¿sí?

—Yo la oí —dijo Scotty.

—¿Y es cierto? —preguntó Mick.

—Yo soñaba con matarlos. Pero después se nos llevaron a los chicos, y nadie nos volvió a decir dónde estaban. En la cárcel, supongo. Quería buscarlos y matarlos

cuando llegase a los dieciocho y me fuese de la casa de mis padres adoptivos, como los llamaban, pero antes vino el colapso y no llegué a empezar la búsqueda. Así que pensaba hacerlo. Y no fue mi culpa si no lo hice. Así que a mi modo de ver lo hice en mi corazón y por eso soy un asesino.

—No, señor —opinó Mick—. Para ser asesino hay que matar a alguien y usted no lo hizo.

—Tal vez —dijo el señor Teague.

—¿Entonces va a venir con nosotros?

El señor Teague rió en voz alta. Levantó las piernas y las apretó contra su propio cuerpo. Eran las piernas más largas que Mick hubiera visto. Más largas que las de papá.

—¿Cree que mi papá es un esqueleto ahora? —le preguntó Mick.

La sonrisa del señor Teague desapareció.

—Tal vez. Es difícil decirlo.

—Los soldados cristianos lo mataron.

—Y a mamá —añadió Scotty.

—Ésos si que son asesinos —afirmó Mick.

—Lo sé —dijo el señor Teague.

—El hermano Deaver asegura que mataron a mamá y a papá porque creemos en un profeta viviente y en que Jesús no es la misma persona que Dios Padre.

—Supongo que es cierto.

—¿En qué creían su papá y su mamá?

El señor Teague respiró hondo. Cruzó los brazos sobre las rodillas y después apoyó el mentón sobre los brazos. Miró directamente entre Mick y Scotty, durante tanto rato que Scotty empezó a quebrar palitos y Mick a pensar que el señor Teague no iba a contestarle o que tal vez estaba enojado.

—No rompas esos palos, Scotty —le advirtió Mick—. No podremos usarlos como leña si están todos rotos.

Scotty dejó de romper palitos. No silbó ni le sacó la lengua ni nada. Ahora todo era diferente.

—Mi mamá y mi papá creían en sobrevivir —dijo el señor Teague.

—¿Sobrevivir a qué?

—Sobrevivir..., nada más.

—¿Y por eso quería matarlos? —preguntó Mick.

El señor Teague meneó la cabeza.

—No lo entiendo, ¿sabe? —dijo Mick.

El señor Teague sonrió.

—Supongo que no.

Estiró un largo brazo y con un largo dedo levantó el mentón de Mick. A Mick no

le gustaba que los grandes movieran partes de su cuerpo o le tomaran la mano o algo así, como si Pensaran que era un muñeco. Pero no fue tan malo cuando lo hizo el señor Teague, sobre todo porque no parecía que fuese a hacerle algo o a gritarle o algo así.

—Tú quieres a tu hermanito, ¿verdad?

Mick se encogió de hombros.

Scotty lo miró.

—Claro —dijo Mick.

—No cuando estás enojado conmigo —observó Scotty.

—Ahora nunca me enojo contigo.

—No —admitió Scotty, como si se diera cuenta por primera vez.

—Yo tenía un hermanito —dijo el señor Teague.

—¿Y lo quería? —preguntó Mick.

—Sí —dijo el señor Teague.

—¿Y dónde está?

—Muerto, supongo.

—¿No está seguro?

—Lo metieron en un hospital mental en el mismo momento en que encerraron a mis padres. También a mi hermanita. Después a mí y a mis hermanos mayores nos llevaron con padres adoptivos. Nunca los volví a ver, pero supongo que mi hermanito, como estaba loco, no duró mucho después del colapso.

El señor Teague respiraba raro y no miraba a Mick a los ojos. A Mick eso le daba miedo, era como si el señor Teague estuviera loco también.

—¿Cómo se volvió loco? —quiso saber el niño. Se preguntó si le habría pasado lo mismo que parecía estar pasándole al señor Teague.

—¿Gritaba? —intervino Scotty—. La gente loca grita.

—A veces gritaba. Sobre todo se quedaba sentado, mirando lejos. Nunca miraba a nadie a los ojos. Era como si uno no estuviera ahí. Como si borrara a la gente de su mente. Pero a mí sí me miraba.

—¿Por qué a usted?

—Porque yo le llevaba comida.

—¿Su mamá no?

El señor Teague meneó la cabeza.

—Eso fue cuando yo tenía cinco años. Tu edad, Scotty. Y mi hermanito tenía tres.

—Yo tengo cinco y medio —dijo Scotty.

—Y mi hermanita, solamente dos.

—¿Estaba loca?

—Al principio no. Pero estaba enferma. Y mi hermanito también. Los dos, siempre. Desde que nacieron. Mi hermano tuvo neumonía y lloraba continuamente

todo el tiempo. Muchas deudas que pagar. Mi hermanita también lloraba mucho. Yo oía que papá y mamá se gritaban uno a otro continuamente, por el dinero, por demasiados niños de mierda. Peleaban y gritaban y mamá gritaba y decía que ya no lo aguantaba más y que no podía aguantar si nosotros los niños no nos callábamos de una vez y la dejábamos tranquila por un par de horas, eso era todo lo que quería, solamente un par de horas de silencio y las iba a conseguir, Dios, o se mataría. «Ya veréis si no lo hago —decía—, voy a cortarme las venas y me voy a morir si no os calláis», y yo me callaba enseguida, tenía la boca bien cerrada. Y los mayores estaban en el colegio. Pero mi hermanito estaba enfermo y medio loco, y lloraba y gemía, y cuanto más gritaba ella tanto más lo hacía él, y mi hermana se despertó y empezó a llorar más fuerte que mi hermano y gritaba y gritaba y mi mamá gritaba más todavía, y ponía esa cara horrible, y levantó a mi hermana y yo pensaba que la iba a tirar al suelo, pero no lo hizo. Solamente la tomó en brazos y agarró a mi hermano del hombro y lo arrastró hasta el armario del desván, que tenía una cerradura, y lo abrió y los metió adentro y cerró la puerta con llave. «Ya podéis llorar y hacer lo que queráis, que yo ya nos os voy a escuchar más, ¿lo entendéis? No lo aguanto más y quiero tener algo de paz».

—Papá me encerró en el baño una vez que me porté mal —dijo Mick.

—¿Había luz allí? —preguntó Scotty.

—Sí. Había un interruptor y mi hermano se subió en una caja y encendió la luz, pero no les gustaba estar allí. Aullaron, y gritaron y gritaron como si fuera lo peor del mundo, y mi hermano golpeó la puerta y dio vueltas al picaporte y pateó la puerta y el suelo. Pero mamá se fue abajo y puso en marcha el lavavajillas y se fue a la sala y puso la radio y se quedó en el sillón escuchándola hasta que se durmió. De vez en cuando mi hermano y mi hermana dejaban de gritar pero después empezaban de nuevo. Cuando los mayores volvieron del colegio, se dieron cuenta enseguida de que no tenían que acercarse a mamá y ni siquiera preguntaron dónde estaban los pequeños. Sabían que no tenían que meterse con mamá cuando estaba de ese humor. Y mamá se levantó y preparó la cena, y cuando volvió papá comimos, y papá preguntó dónde estaban los niños y mamá le dijo: «Aprendiendo a estar callados». Y cuando ella dijo eso, papá se dio cuenta de que era mejor no meterse con ella. Pero al final de la comida preguntó: «¿No van a comer?» Y mamá puso un poco de comida en un par de platos y cucharas en los platos y después me dio la llave y dijo: «Llévalas la cena, Jamie. Pero si los dejas salir, me mato, ¿entiendes?»

—Pues sí que estaba enojada con ellos —interrumpió Scotty—. Cuando abrí la puerta, mi hermano trató de salir, pero yo lo empujé y él gritó y gritó más fuerte que nunca, pero para entonces estaba ronco. Mi hermana estaba sentada en un rincón con la cara toda roja y cubierta de mocos. Él me dio una patada y trató de apartarme de la puerta, pero yo le pegué y después lo volví a tirar al suelo, y entonces empujé los

platos con el pie y cerré la puerta de un portazo y eché la llave. Mi hermano pateó y gritó y aulló un rato, pero después se quedó tranquilo y supongo que se comieron la cena. Después aullaron y gritaron otro poco y dijeron que tenían que ir al baño, pero mamá meneó la cabeza y fingió que no los escuchaba. «No van a salir por mucho que griten, no van a salir por mucho que griten».

—¿Pasaron la noche allí? —preguntó Mick—. A la mañana siguiente me dio la llave, un bol de cereales y dos cucharas. Esta vez estaban los dos en un rincón. Se habían hecho almohadas y camas o algo así con los trapos viejos, porque allí guardábamos los trapos viejos. Y mi hermana parecía tener miedo de que le pegaran, y olía muy mal porque se había hecho caca en una caja de zapatos, pero ¿qué podía hacer si mamá no la dejaba salir para ir al baño? Se lo dije a mamá y ella dijo: «Vacía la caja y llévala ahí de nuevo». Yo no quería pero uno no discutía con mamá cuando estaba así.

—¡Puaj! —dijo Mick. Scotty miraba al señor Teague con los ojos muy abiertos.

Mick sabía que era porque se había ensuciado los pantalones un par de veces después de que los soldados cristianos mataran a mamá y a papá, y oír decir que alguien había hecho caca en una caja le daba cierta vergüenza.

—Yo seguía pensando: «Mamá los dejará salir pronto». Seguía pensándolo. Pero todas las mañanas les llevaba el desayuno y vaciaba la caja de zapatos y la jarra que les dejábamos para que hicieran pis. Y todas las noches les llevaba la cena en un plato. A veces les oía hablar. A veces, jugaban. Pero eso fue al principio. Después de un tiempo estaban siempre callados y quietos, excepto cuando uno de ellos se puso enfermo y tosía mucho. Cuando la bombilla se fundió se lo dije a mamá, pero ella no dijo nada. Dije: «La bombilla del desván no funciona», pero ella me miró como si nunca hubiera oído hablar del desván. Finalmente hice que mi hermano mayor la cambiara mientras yo vigilaba para que ellos no se escaparan. Sólo esa vez: después no quiso hacerlo más, así que tuve que atar las manos y los pies de mi hermanito para que no se escapara mientras yo lo hacía. Cuando empecé a ir a la escuela, los alimentaba y vaciaba la caja por la mañana, antes de irme, y les llevaba la comida por la noche, siempre lo mismo, día tras día, semana tras semana. La mayor parte del tiempo, mi hermano y mi hermana se quedaban allí cuando yo abría la puerta, sin mirarme, contemplándose el uno al otro o mirando la nada. Pero de vez en cuando mi hermano aullaba y corría hacia mí como si quisiera matarme, y yo lo golpeaba y lo tiraba al suelo y cerraba la puerta y echaba la llave. Era muy malo con él y me sentía furioso y tenía mucho miedo de que alguien averiguara lo que le estaba haciendo a mi propio hermano, a mi propia hermana, cómo los tenía encerrados en un armario. Nadie de mi familia los volvió a ver después de que mi hermano cambiara la primera bombilla. Mamá ni siquiera les hacía la comida. Yo tenía que hacerlo cuando todos los demás se iban de la cocina. Cuando la ropa que tenían ya no les iba bien, traté de

darles algo de la mía, pero mamá decía: «¿Qué ha sido de esos pantalones tuyos, qué ha sido de la camisa azul?», y yo decía: «Están en el armario del desván», y ella miraba de aquella forma y decía: «Es ropa en muy buen estado, y si no te va bien, la daremos para los pobres». ¿Podéis creerlo?

—Nosotros dábamos la ropa a la caridad —dijo Scotty.

—Estaban desnudos allí dentro y tenían la piel blanca y parecían fantasmas, los ojos vacíos que no me miraban nunca excepto cuando mi hermano gritaba y se me tiraba encima, y cada vez que lo hacía yo cerraba la puerta de un portazo y echaba la llave. Quería matarlos, quería morirme, odiaba todo aquello. Iba a la escuela y miraba a mi alrededor y sabía que era el más malo de todos los de aquel lugar porque tenía a mi hermanito y a mi hermanita encerrados en un armario. Nadie supo nunca que yo tenía un hermano y una hermana menores que yo. Y yo nunca se lo dije a nadie, nunca fui a ver a una maestra y le dije: «Señorita Erbison, o señora Ryan, o la que fuese, tengo a mi hermanito y hermanita en casa y los tenemos encerrados en el armario desde que tenían tres y dos años». Si lo hubiera hecho, tal vez mi hermano no se habría vuelto loco, tal vez mi hermana no se habría olvidado de cómo caminar, tal vez a ella sí hubieran podido salvarla, pero yo tenía tanto miedo de lo que podía hacer mi mamá, y tenía tanta vergüenza de decirle a cualquiera lo mala persona que yo era, todos pensando que yo era un buen chico...

Dejó de hablar durante un momento.

—¿Y no salieron nunca? —preguntó Scotty.

—Cuando yo estaba en séptimo grado, tuve que hacer un informe sobre la Alemania nazi y los campos de concentración. Y leí las torturas que hacían. Y pensé: «Ese soy yo, soy un nazi». Y leí que los nazis, todos, decían que cumplían órdenes. Y después leí que después de la guerra los juzgaron, a todos esos nazis, y que los sentenciaron a muerte por lo que habían hecho, y después supe que yo había estado en lo cierto todo el tiempo. Supe que merecía morir y que mi mamá y mi papá merecían morir, pero mi hermano y mi hermana merecían irse, ser libres, merecían tener un día de liberación. Así que una tarde en la que mi hermanito me miró otra vez con los ojos llenos de odio y corrió contra mí, no lo golpeé, me aparté y lo dejé salir. Él salió corriendo del armario y miró alrededor, como si nunca hubiera visto el vestíbulo. Y después se sentó en el escalón de arriba de la escalera y bajó a trompicones, mal, como hacía cuando era un bebé, y me di cuenta de que se había olvidado de cómo se hacía para bajar una escalera. Y después de pronto, pensé: «Se va a ir a la cocina y mamá lo va a ver y se va a poner furiosa». Y me asusté y pensé: «Tengo que agarrarlo y meterlo de nuevo o mamá me va a matar». Así que bajé corriendo por la escalera pero él no fue a la cocina, corrió hacia la puerta delantera, desnudo, nunca pensé que haría eso, pero qué podía importarle a él estar desnudo, no había usado ropa en siete años. Corrió por la calle, aullando y aullando como una

criatura del espacio y yo corrí tras él. Quería llamarle, quería gritarle que volviera pero no pude.

—¿Por qué? —preguntó Mick.

—No me acordaba de su nombre. —El hermano Teague se puso a llorar—. No me acordaba del nombre de mi hermano.

Solamente entonces, con el hermano Teague llorando como un bebé con la cara cubierta por las manos, Mick notó que la hermana Monk y el hermano Deaver habían llegado desde algún lado y los dos estaban escuchando, probablemente habían oído toda la historia. La hermana Monk se adelantó y se arrodilló junto al hermano Teague y lo abrazó y lo dejó llorar sobre su vestido. Scotty lo notó y bajó la cabeza también, pero como nadie dijo ninguna plegaria, levantó la cabeza y miró a Mick.

Mick no sabía qué hacer, pero sabía que aquélla era una historia terrible, que algo terrible les había pasado a la hermana y al hermano locos del hermano Teague. Mick nunca había oído hablar de nadie que se hubiera olvidado de caminar o de bajar escaleras, o de alguien que se hubiera olvidado del nombre de su hermano. Cuando trató de imaginarse que alguien encerraba a Scotty en un armario y no lo dejaba salir nunca más, se enfureció tanto que sintió que quería matar al que lo hubiera hecho. Pero después trató de imaginarse que fuera su propia madre la que encerrara a Scotty. ¿Entonces qué? ¿Qué haría él entonces? Su mamá nunca habría hecho algo así, pero ¿y si lo hubiera hecho a pesar de todo?

Era demasiado difícil de imaginar por uno mismo. Lo único que sabía era que el hermano Teague lloraba como Mick nunca había oído llorar a nadie en su vida. Finalmente, tuvo que estirarse y tomar el tobillo del hermano Teague, que era la única parte del cuerpo del hermano que podía alcanzar. La mano de Mick era tan chica que ni siquiera podía rodear el tobillo, era como si solamente apretara la mano contra la pierna del hermano Teague.

—No debería sentirse mal, hermano Teague —dijo Mick—. Usted es el que lo dejó salir.

El hermano Teague meneó la cabeza, llorando todavía.

—Ojalá estos niños no hubieran escuchado esa historia.

Era la voz del hermano Deaver.

—Algunas cosas sólo se pueden contar a los niños —dijo la hermana Monk—. No les hará daño.

El hermano Teague retiró la cara del vestido de la hermana Monk.

—Sabía que estaban ahí. Se lo estaba contando a *ustedes*. ¿No es así como se hace en los testimonios?

—Cierto, Jamie —reconoció la hermana Monk—. Así se hace.

—Ahora comprenderán por qué no puedo valer nada como hombre, sea mormón o no. No hay lugar para mí en el oeste.

—Fue su mamá la que lo obligó —dijo Mick.

—Yo era el que lo empujaba adentro. —La voz del hermano Teague sonaba terrible—. Yo era el que daba vuelta a la llave. —Después buscó dentro de su camisa y sacó una llave colgada de un pedazo de cuero. Una llave común—. Esta llave la guardo desde entonces.

—Pero, hermano Teague —insistió Mick—, usted no tenía ni ocho años cuando empezó todo. Ni siquiera estaba bautizado. ¿No sabe que Jesús no acusa a los niños por lo que hacen antes de los ocho años? Yo voy a cumplir ocho la semana que viene y cuando me bauticen va a ser como si naciera de nuevo, puro y limpio, ¿no es cierto, hermano Deaver?

El hermano Deaver asintió.

—Mmmm —musitó. Él también lloraba, aunque Mick no entendía por qué. El mismo hermano Deaver lo había entrevistado para el bautismo y le había enseñado la mitad de lo que acababa de decir después de la sesión de testimonios de ese mismo día.

Scotty debía de empezar a abrirse ahora que la historia había terminado.

Se levantó y fue hasta donde estaba el hermano Teague y le tocó en el hombro para llamarle la atención.

—Hermano Teague —dijo—. Hermano Teague.

—¿Qué quieres, Scotty? —preguntó el hermano Teague.

—Ahora que lo llamamos hermano Teague, ¿quiere eso decir que va a venir al oeste con nosotros?

El hermano Teague no dijo nada. Se limitó a frotarse los ojos y después se quedó sentado con la cara entre las manos. La hermana Monk y el hermano Deaver se quedaron con él, pero Mick ya no entendía lo que estaba pasando, y además tenía que pensar en la historia, y también tenía que hacer pis y no podía hacerlo en el bosque a menos que estuviera mucho más lejos de la hermana Monk.

Así que se llevó a Scotty de la mano hasta un grupo de arbustos colina arriba.

Durante la semana siguiente, la gente ignoró a Scotty y a Mick y a los otros niños. No hubo escuela, y todos hicieron el equipaje y se prepararon para partir. El sábado fueron hasta un lugar profundo y lento del río y bautizaron a Mick con su ropa interior, porque no tenía ninguna ropa blanca excepto los pantalones cortos y la camiseta, y el hermano Teague tuvo que hacerlo con los pantalones más desvaídos que tenía y con una camiseta que le prestó el hermano Cinn, porque el hermano Teague no tenía ropa blanca. El hermano Teague salió del agua temblando tanto como Mick.

—El agua está fría, ¿no? —dijo Mick.

—¿No? —preguntó la hermana Cinn.

—Condenadamente fría —contestó el hermano Teague. Y lo raro fue que nadie se

inmutó cuando el hermano Teague dijo eso, y justo después de su bautismo, encima. Mick no podía decir ni siquiera algo como «mierda», pero el hermano Teague podía maldecir. Y eso demostraba que los chicos nunca podían hacer nada, pensó Mick.

—Eso es todo —dijo el hermano Deaver—. Ahora eres uno de los nuestros.

—Supongo que sí —reconoció el hermano Teague. Parecía tan ridículo como un niño de parvulario con el cabello mojado y pegado y aquella sonrisa en la cara.

—En realidad es un sucio truco mormón —bromeó el hermano Cinn—. Ahora que estás bautizado, ya no tenemos que pagarte por guiarnos.

—Ya me habéis pagado —dijo el hermano Teague.

A la mañana siguiente, tuvieron una reunión matinal de plegarias y se fueron al oeste, hacia Chattanooga. Aquel verano llegaron solamente hasta algún lugar entre San Luis y Kansas City, con todo aquel lío de ser arrestados en Memphis y de que casi los lincharan en Cabo Girardeau.

El invierno era duro tan al norte, pero sobrevivieron, intercambiando cuentos sobre el modo en que habían sufrido los mormones en el invierno fatal de los Cuarteles de Invierno, en Iowa, después de que los echaron de Nauvoo. No hacemos más que seguir sus pasos, vivir su historia.

El verano siguiente, mientras cruzaban las grandes praderas, los conocimientos del hermano Teague, que era fundamentalmente un hombre del bosque, dejaron de serles útiles. Los árboles se hicieron demasiado escasos para esconderse tras ellos, así que tuvieron que aprender a viajar por las partes bajas entre las extensas lomas de la ondulante pradera. Los asaltantes de las praderas tampoco utilizaban las autopistas y podían atacar en cualquier lugar, en cualquier momento. Todos los adultos aprendieron a disparar, valía la pena perder algunos cartuchos ahora, decía el hermano Teague, para asegurarse de no perderlos todos cuando empezara una pelea.

No vieron a ningún asaltante. Pero sí señales de su paso. Y un día avistaron una columna de humo hacia el sur, demasiado gruesa y demasiado negra para ser un fuego de campamento.

—Están quemando a alguien —aventuró el hermano Jamie Teague.

—¿Crees que será mejor que nos escondamos? —preguntó el hermano Cinn.

—Creo que será mejor que vigiléis con cuidado mientras esperáis en esta hondonada —dijo el hermano Teague—. Tengo que ir a ver lo que pasa.

—Es peligroso —señaló la hermana Monk.

—Cierto —admitió el hermano Teague—. Pero tenemos que saber hacia dónde fueron una vez terminaron.

—Voy contigo —se ofreció el hermano Deaver—. Puede haber supervivientes. Tal vez necesites ayuda.

Volvieron de noche. El hermano Teague llevaba a un muchachito en el caballo, con él.

—Podemos encender el fuego para cocinar —dijo—. Se fueron hacia el sur.

El hermano Deaver bajó al niño de la montura del hermano Teague.

—Ven, hijo —le habló—. Tienes que comer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la hermana Monk.

—No creo que sea adecuado hablar de eso ahora —opinó el hermano Deaver. Era obvio que no pensaba decir nada delante del niño.

A la hora de la cena, Mick y Scotty se sentaron a ambos lados del niño nuevo. Era como si fuera extranjero. Miraba la comida como si nunca hubiera visto gachas en su vida. Cuando le hablaron, ni siquiera pareció escucharles.

—¿Eres sordo? —le preguntó Scotty—. ¿Me oyes? ¿Eres sordo?

Esta vez el niño meneó la cabeza ligeramente.

—¡Oye! —gritó Scotty.

—Claro que oye —dijo la hermana Monk, desde el fuego—. No le molestes.

—¿Tu gente murió? —preguntó Mick.

El niño se encogió de hombros.

—La nuestra sí. Nos dispararon en Carolina del Norte hace dos años.

El niño volvió a encogerse de hombros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Mick.

El niño se quedó inmóvil, como una estatua.

—Tienes nombre, ¿verdad?

Si lo tenía, no lo dijo. Después de la cena, el hermano Teague le dio su propio saco de dormir. El niño no dio las gracias. Era raro.

Raro o no, el hermano Teague no lo dejó nunca el resto del viaje. Siempre al tanto de él, siempre hablándole, señalándole cosas. Mick no podía dejar de sentir celos; el hermano Teague estaba haciendo con ese niño todo lo que antes hacía con Mick, y el niño nuevo ni siquiera se molestaba en contestarle. Fue Scotty el que se lo aclaró a Mick.

—Es como si el hermano Teague estuviera hablando de nuevo con su hermanito —le explicó.

Tenía sentido, así que Mick ya no trató de entrometerse y casi no se molestó al ver que el niño nuevo se subía siempre al caballo del hermano Teague o al del hermano Deaver cuando el hermano Teague se adelantaba para ver cómo estaba el camino, o hacía alguna otra cosa peligrosa.

Menos de dos semanas después, les encontraron los jinetes de Utah y los guiaron el resto del camino a casa, con caballos de refresco incluidos, así que todos pudieron montar. Rodearon con precaución las ruinas de la ciudad de Denver, pero una vez en las montañas, ya estuvieron en territorio mormón.

—No era tan grande antes —dijo la hermana Monk. Se refería al territorio mormón. Pero ahora llegaba hasta allí y la gente del lugar estaba muy conforme con

eso, porque los mormones traían ley y orden, y los lugares adonde no habían llegado ellos ya estaban muertos o se estaban muriendo.

Terminaron en una ciudad llamada Zarahemla, que iba a ser la nueva capital; Salt Lake City había sido prácticamente evacuada para entonces, porque los científicos decían que el gran lago estaba empezado a inundar los valles. Tina Monk se llevó a los chicos a la plaza del Templo a merendar para que vieran lo que una vez había sido una gran ciudad mormona.

—Ahora será el mar Mormón. Pero recordad lo que fue. Había barcos de vela sobre la calle de State, y el agua lamía el templo sur. La plaza todavía estaba seca porque había un dique de bolsas de arena. La gente estaba amontonada en la plaza, mirando las cosas, diciendo adiós. El templo era una montaña de granito. Nunca se iría de allí. Pero los niveles bajos ya estaban inundados, y en breve ya no sería parte de la vida de la Iglesia.

—La humanidad ha sido demasiado malvada —dijo la hermana Monk a los niños—. Pero tal vez el Señor sólo quiera esconder el templo a nuestra vista por un tiempo, hasta que seamos lo suficientemente puros como para tenerlo de nuevo.

La historia de la masacre de Greensboro y del viaje de esa comunidad desde Carolina del Norte corrió por todos lados con rapidez. Fueron a ver al nuevo gobernador, Sam Monson, que acababa de ser elegido bajo la nueva Constitución del estado de Deseret. Era un hombre joven, no mucho mayor que el hermano Teague y mucho más joven que el hermano Deaver. Pero les saludó a todos con respeto y prometió empleos para los mayores, y cumplió su promesa.

Lo que no podía hacer era mantenerlos unidos. Las leyes para los huérfanos exigían que los niños que tenían a ambos padres muertos y carecían de parientes fueran adoptados por familias con madre y padre. Había muchos huérfanos en esos días. Lo más que pudieron hacer por Mick y Scotty fue llevados a la misma casa. Mick estaba seguro de que si el hermano Teague hubiera sido un hombre casado, en ese momento, habría adoptado al niño nuevo que habían encontrado. Como no lo era, casi se le rompió el corazón al entregarlo a las autoridades. Pero no podía discutir. Más que ningún otro, ese niño necesitaba una familia que lo cuidara día y noche, algo que el hermano Teague no podía hacer, especialmente ahora que su nuevo trabajo era ser un jinete exterior, es decir buscar a la gente que iba hacia Deseret y guiarla de vuelta para que llegara a salvo. Un buen trabajo para él, y él lo sabía, pero eso suponía que a veces tenía que marcharse durante seis semanas.

Podrían haber perdido contacto unos con otros, en muchos de los grupos había pasado eso. Pero como eran los únicos que habían venido de la masacre de Greensboro, tenían una historia que los unía. Tina Monk los visitaba y se escribía con todos, el hermano Deaver iba de vez en cuando a ver a los demás y llevaba a Mick y Scotty con él cuando iba a la ciudad a hablar sobre la fe en una sala cercana. Al único

al que no volvieron a ver fue al niño nuevo, que apenas pasó con ellos dos semanas y que nunca dijo ni una palabra, ni siquiera su nombre. Mick se sentía mal por eso a veces, pero no se podía hacer nada. De todos modos le habían ayudado lo mejor que habían podido, pero él no era uno de ellos, no había hecho todo el viaje con el grupo y eso era todo. Nadie tenía la culpa por haberle perdido el rastro. Así eran las cosas, todo el mundo hacía lo que podía para adaptarse y ayudar a los otros.

Mick recordó el viaje durante toda su vida, con tanta claridad como si hubiera ocurrido el día anterior, y cada vez que veía a Jamie Teague, después de la separación, como el día de la boda de Jamie con Marie Speaks, o en otra ocasión en la que se encontraron en la conferencia, se saludaban y reían y le decían a los demás que tenían la misma edad, que tenían el mismo cumpleaños. Y era verdad, porque los dos habían nacido de nuevo en las aguas frías de un río de los Apalaches en una mañana de primavera.

RECUPERACIÓN

El camino subía muy escarpado desde la misma salida del ferry, así que el camión no podía aumentar la velocidad. Deaver se limitó a seguir cambiando de marcha, cada vez más baja, y apretaba los labios al oír el quejido del motor. Sonaba casi como si los engranajes estuvieran masticándose a sí mismos hasta hacerse arena. Deaver había venido mimando al camión por toda Nevada, y si el ferry de Wendover no lo hubiera llevado esas últimas millas sobre el mar Mormón, habría tenido un buen viaje. Suerte. Era una buena señal. Las cosas iban a salir como quería Deaver durante un tiempo.

El mecánico frunció el ceño cuando Deaver entró traqueteando por el muelle de carga.

—Estuviste maltratando el embrague, ¿eh, chico?

Deaver se bajó de la cabina.

—¿Embrague? ¿Qué es un embrague?

El mecánico no sonrió.

—¿No oías que las marchas entraban mal, que estaban muertas?

—Nevada estaba llena de mecánicos que querían arreglarlo, pero les dije que lo guardaba para ti.

El mecánico lo miró como se mira a un loco.

—No hay mecánicos en Nevada.

«Si no fueras más bobo que un pájaro bobo —pensó Deaver—, te habrías dado cuenta de que era una broma». Esos mormones viejos eran tan rectos que algunos no se podían ni sentar. Pero Deaver no dijo nada. Solamente sonrió.

—Este camión se va a quedar por aquí unos días —dijo el mecánico.

«De acuerdo —pensó Deaver—. Tengo planes».

—¿Cuántos días?

—Piensa en tres por ahora. Yo te lo termino.

—Mi nombre es Deaver Teague.

—Díselo al capataz. Él lo apuntará. —El mecánico levantó el capó para realizar los controles de rutina mientras los del muelle bajaban las viejas lavadoras y las neveras y las demás cosas que había recogido Deaver en su viaje. Deaver llevó los datos del kilometraje a la ventanilla y el capataz le pagó.

Siete dólares por cinco días conduciendo y cargando, durmiendo en la cabina y comiendo lo que pudieran darle los granjeros. Era más de lo que tenían muchos, pero no había futuro en eso. Las recuperaciones no durarían siempre. Algún día, recogería el último lavavajillas roto procedente de los viejos tiempos, y se quedaría sin trabajo.

Bueno, Deaver Teague no iba a esperar a que eso pasara. Sabía dónde estaba el oro, había estado planeando cómo llegar a él durante semanas, y si Lehi tenía el

equipo de buceo como había prometido, a la mañana siguiente harían algo de recuperación por su cuenta. Si tenían suerte, volverían a casa ricos.

Deaver tenía las piernas entumecidas pero las puso en funcionamiento con rapidez y salió al trote por los corredores del Centro de Recuperación. Subió las escaleras saltando los escalones de dos en dos, entró en un vestíbulo y cuando llegó a un cartel que decía RECUPERACIÓN DE ORDENADORES PEQUEÑOS, cruzó el umbral y aterrizó en la habitación.

—¡Eh, Lehi! —dijo—. ¡Eh, es hora de salir! Lehi McKay no le prestó atención. Estaba sentado frente a un televisor, sacudiendo una caja negra que tenía sobre la falda.

—Si sigues haciendo eso, te vas a quedar ciego —le advirtió Deaver.

—Cállate, cara de carpa. —Lehi no dejó de mirar la pantalla. Tocó un botón de la caja negra y retorció el palo que surgía desde el botón. Una mancha de colores estalló en la pantalla y se dividió en cuatro manchas más pequeñas.

—Tengo tres días de vacaciones mientras me arreglan el cambio de marchas del camión —comentó Deaver—. Así que mañana será el día de la expedición al templo.

Lehi hizo desaparecer la última mancha en la pantalla. Aparecieron otras.

—Eso sí que es divertido —dijo Deaver—, como cuando acabas de «barrer la calle y acto seguido traen otro tropel de caballos».

—Es un Atari. De los sesenta o setenta o algo así. De los ochenta. Viejo. Ya no se puede hacer mucho con los recambios, esto es algo de los ochenta y no muy extraordinario. Todos esos años en el desván de alguien en Logan, y el trasto todavía funciona.

—Viejos que seguramente ni sabían que lo tenían.

—Seguramente.

Deaver miró el juego. Lo mismo una y otra vez.

—¿Cuánto costaba una cosa como ésta en aquellos tiempos?

—Mucho. Quince, tal vez veinte pavos.

—Dan ganas de gritar. Aquí tenemos a Lehi McKay rompiéndose el coco, como hacían los de los viejos tiempos. Lo único que conseguían era dolor de coco, Lehi. Y reblandecerse el cerebro.

—Cállate. Estoy tratando de concentrarme.

El juego terminó. Lehi puso la caja negra sobre el banco de trabajo, apagó la máquina y se puso de pie.

—¿Tienes todo lo que necesitamos para bajar mañana? —preguntó Deaver.

—Ese fue un bonito juego. Divertirse debía de ocuparles la mayor parte del tiempo en los viejos días. Mi madre dice que los chicos no podían trabajar hasta los dieciséis. Era la ley.

—No me digas —dijo Deaver.

—Es cierto.

—No distingues un toro de un tiro, Lehi. O un pedo de un pelo.

—¿Quieres que nos echen de aquí? No hables así.

—Ahora no tengo que seguir las reglas de la escuela, ya me he graduado. Y tengo diecinueve años, y hace cinco que me las arreglo solo. —Sacó sus siete dólares del bolsillo, los sacudió en el aire una vez y se los metió de nuevo en el mismo lugar con descuido—. Me va bien y hablo como quiero. ¿Crees que le tengo miedo al obispo?

—El obispo no me da miedo. Ni siquiera iría a la iglesia si no fuera por mamá. Son todos unos mierdas.

Lehi rió pero Deaver se daba cuenta de que lo asustaba un poco hablar así. «Dieciséis años —pensó Deaver—, está crecido y es inteligente pero es como un niño. No sabe lo que es ser hombre».

—Viene lluvia.

—Siempre viene lluvia. ¿Qué diablos crees que llenó este lago? —Lehi sonrió presumido mientras desconectaba todo lo que había en su banco de trabajo.

—Me refiero a Lorraine Wilson^[1].

—Sé a qué te refieres. ¿Tienes el bote?

—Y también un par de tetas sensacionales. —Deaver dibujó la forma con las manos—. Lo único que les hace falta es un poco de lustre.

—¿Por qué tienes la boca tan sucia, Deaver? Desde que empezaste a hacer recuperación hablas como una cloaca. Además, ella tiene la forma de un saco.

—Tiene casi cincuenta años, ¿qué esperabas? —A Deaver se le ocurrió que Lehi parecía estar dudando. Lo que probablemente significaba que acababa de arruinarlo todo con su boca, como siempre—. ¿Conseguiste el equipo de buceo?

—Sí, lo tengo. Creías que *lo* había hecho todo mal, ¿eh? —Lehi sonrió, presumiendo de nuevo.

—¿Tú? ¿Hacer mal algo? A ti te puedo confiar lo que sea, lo que sea. —Deaver se alejó hacia la puerta. Oía a Lehi detrás, cerrando algunas cosas. Usaban mucha electricidad en ese lugar. Claro que tenían que hacerlo porque necesitaban ordenadores continuamente y la recuperación era la única forma de conseguirlos. Pero cuando Deaver vio que usaban toda esa electricidad al mismo tiempo, le pareció que estaba mirando su propio futuro. Todas las máquinas que pudiese desear, nuevas, y toda la energía que necesitase... Ropas que nadie hubiese usado, un caballo que fuera suyo y una carreta, o tal vez incluso un coche. Tal vez él estaba destinado a ser el tipo que empezara a *hacer* coches de nuevo. No necesitaba tontos juegos que aturdirían el cerebro, los juegos del pasado—. Esas cosas están muertas, bocazas, muertas y enterradas.

—¿De qué hablas? —preguntó Lehi.

—Muertos y enterrados. Todos tus ordenadores.

Eso bastaba para lastimar a Lehi, siempre era así. Deaver sonrió y se sintió malo y fuerte mientras Lehi rezongaba a su espalda. Sobre cómo ahora los ordenadores se usaban más de lo que se habían usado en los viejos tiempos. Los ordenadores mantenían todo en funcionamiento siempre, y eso era estupendo. A Deaver le gustaba Lehi, el chico sentía las cosas con gran intensidad. Como si todo significara el fin del mundo. Deaver sabía más sobre esas cosas. El mundo estaba muerto, ya había terminado, así que nada importaba, podían tirar al lago todas esas cosas y no pasaría nada.

Salieron del centro y caminaron por el muro de contención que bordeaba el lago. Allí abajo quedaba el puerto, un pequeño círculo de agua en el fondo de un bol, con la ciudad de Bingham colgando del borde. En otro tiempo había habido un yacimiento abierto de cobre, y cuando el agua se elevó abrieron un canal hasta él y ahora había un bonito puerto en la isla Oquirrh, en medio del mar Mormón, donde las fábricas podían convertir el cielo en humo y llenar el aire de olores sin que los vecinos se quejaran.

En el escarpado camino y sucio que llevaba al puerto se les unieron muchos otros. Nadie vivía en la ciudad de Bingham: era solamente un lugar de trabajo, de día y de noche. Turnos que entraban, turnos que salían. Lehi era de los que trabajaban en los turnos, vivía con su familia al otro lado del istmo de Jordan, en Point-of-the-Mountain, que era uno de los peores lugares que se hubieran inventado para vivir, marchaba en el ferry todos los días a las cinco de la mañana y volvía todas las tardes a las cuatro. Se suponía que después de eso iba a la escuela un par de horas, pero Deaver pensaba que era una estupidez, se lo decía a Lehi continuamente, y ahora se lo estaba diciendo otra vez. La escuela exigía demasiado tiempo y daba demasiado poco, es decir, era una pérdida de tiempo.

—Tengo que ir a la escuela —dijo Lehi.

—Dime cuántos son dos y dos, ¿ya sabes cuántos son?

—Tú terminaste, ¿no?

—Nadie necesita seguir después del cuarto grado. —Deaver empujó a Lehi. Generalmente Lehi lo empujaba también, pero esta vez no lo hizo.

—Pero trata de conseguir un trabajo de veras sin el diploma de sexto grado. Y ya me falta poco. —Estaban en el muelle del ferry. Lehi sacó el pase.

—¿Vienes conmigo mañana o no? Lehi hizo una mueca.

—No sé, Deaver. Te pueden arrestar por ir allí. Es una locura. Dicen que hay cosas muy raras en los viejos rascacielos.

—No vamos a ir a los rascacielos.

—Entonces peor, Deaver. No quiero ir.

—Sí, claro, seguramente el ángel Moroni está esperando para saltarnos encima y decir buuu, buuu, buuu.

—No hables de eso, Deaver. —Deaver le estaba haciendo cosquillas. Lehi rió y trató de alejarse—. Basta, tonto. Vamos. Además, se llevaron la estatua de Moroni al monumento de Salt Lake en la montaña. Y tienen un guardia ahí permanentemente. —Y además, la estatua está chapada en oro solamente. Te digo que esos mormones escondieron toneladas de oro en el templo, y ese oro sigue allí, esperando a alguien que no le tenga miedo al fantasma del Joven Bigamo...

—¡Cierra la boca, estúpido! ¡Te pueden oír! Mira a tu alrededor, no estamos solos...

Era verdad, por supuesto. Algunos de los viejos los miraban con furia. Pero Deaver sabía que los viejos solían mirar así a los jóvenes. Eso les hacía sentirse mejor a pesar de su edad. Es como si dijeran: «De acuerdo, me estoy muriendo, pero tú, tú eres un estúpido». Así que Deaver miró fijamente a una mujer que lo observaba y murmuró:

—De acuerdo, yo seré estúpido, pero por lo menos no me voy a morir.

—Deaver, ¿siempre tienes que decir cosas así cuando te pueden oír? —Sí.

—En primer lugar, Deaver, no se están muriendo. En segundo lugar, es cierto que tú eres estúpido. Y en tercer lugar, llegó el ferry. —Lehi le dio un puñetazo en el estómago.

Deaver se dobló en dos, fingiendo dolor.

—Ay, el chico no sabe lo que es ser agradecido, le doy mi último trozo de pan y esto es lo que consigo...

—¡Nadie tiene un acento como ése, Deaver! —gritó Lehi. El bote empezó a alejarse.

—Mañana a las cinco y media —dijo Deaver.

—Tú no te vas a levantar a las cuatro y media, no me vas a hacer creer eso, tú no te vas a... —Pero el ferry y el ruido de las fábricas y las máquinas y los camiones ahogó el resto de sus insultos.

Deaver los conocía de todos modos. Lehi tal vez tuviese dieciséis años, pero estaba bien. Algún día, Deaver se casaría, pero a su esposa le gustaría Lehi. Y Lehi también se casaría, y a su esposa también le gustaría Deaver. Sería mejor que le gustara o tendría que volverse a su casa.

Tomó el trolebús en Fuerte Douglas y caminó hacia los viejos barracones en los que Lluvia le dejaba alojarse. Se suponía que servían de almacén, pero ella guardaba las escobas y los jabones y todo eso en su casa para dejarle un lugar para el jergón. No mucho más, pero estaba en la isla Oquirrh sin estar en medio de los olores, el humo y el ruido. Podía dormir y eso era suficiente, porque la mayor parte del tiempo estaba fuera de la ciudad, en el camión.

Realmente, aquella habitación no era un hogar. Su hogar era la casa de Lluvia, una habitación llena de corrientes de aire al final de los barracones con una señora

desaliñada y rechoncha que le servía buena comida, y mucha, además. Ahí era adonde iba ahora. Entró directamente y le sorprendió en la cocina. Ella le gritó por haberla asustado, le gritó porque estaba sucio y le estaba manchando el suelo, y le dio un trozo de manzana para después gritarle por comer antes de la cena.

Él recorrió la casa cambiando las bombillas de cinco habitaciones antes de comer. Las familias que vivían allí estaban hacinadas en un máximo de dos habitaciones cada una, y la mayoría tenía que compartir la cocina y comer por turnos. Algunas de las habitaciones eran lugares muy poco agradables, y la guerra familiar se detenía apenas el tiempo suficiente para que él cambiara la bombilla. A veces ni siquiera se respetaba esa tregua. Otros estaban bien, el lugar era pequeño pero se gustaban unos a otros. Deaver estaba seguro de que su familia había sido una de las buenas, porque si hubiera habido gritos, estaba convencido de que los habría recordado con claridad.

Lluvia y Deaver cenaron y después apagaron la luz mientras ella ponía discos en el viejo tocadiscos que Deaver le había sacado a Lehi. Objetos así no estaban permitidos, pero pensaron que, dado que no quemaba ninguna bombilla, no gastaba demasiada electricidad, y lo ponían en marcha apenas alguien se lo pedía.

Lluvia tenía algunos discos de cuando era niña. Las canciones tenían ritmos fuertes, y esa noche, Lluvia se levantó como hacía a veces y se movió al son de la música, bailando danzas extrañas y antiguas que Deaver no comprendía, a menos que se imaginara a Lluvia como una niña flexible, se figurara su cuerpo tal como debía de haber sido. No era difícil imaginarlo, estaba allí, en los ojos de Lluvia y en su sonrisa permanente, y sus movimientos dejaban escapar secretos que años de comida nada sana y falta de ejercicio habían disfrazado.

Después, como siempre, los pensamientos de Deaver pasaron a algunas chicas que había conocido desde la ventanilla de su camión, cuando conducía a través de los campos sobre los que ellas se inclinaban en sus tareas, hasta que oían el camión y entonces se enderezaban y hacían gestos con las manos. Todo el mundo saludaba al camión de recuperación, a veces era la única cosa con motor que veían, su único contacto con las viejas máquinas. Todos los tractores, toda la electricidad, estaban reservados para las Nuevas Tierras; los viejos lugares se estaban muriendo. Eso hacía que Deaver se entristeciera y odiaba estar triste, toda esa gente aferrada a un pasado que nunca había existido.

—Nunca existió —dijo en voz alta.

—Sí que existió —susurró Lluvia—. Las chicas solamente quieren bai, bai, bailar —canturreó con el disco—. Yo odiaba esta canción cuando era chica. O tal vez era mi madre la que la odiaba.

—¿Vivías aquí, entonces?

—En Indiana —dijo ella—. Uno de los estados, hacia el este.

—¿Tú también fuiste una refugiada?

—No. Nos mudamos aquí cuando yo tenía dieciséis, diecisiete años, no me acuerdo bien. Cada vez que las cosas se ponían difíciles en el mundo, muchos mormones se iban a casa. Esto siempre fue «casa», pasara lo que pasase. El disco terminó. Ella apagó la máquina, encendió las luces.

—¿Ya has puesto gasolina en el bote? —preguntó Deaver.

—No quiero ir allí —dijo ella.

—Si hay oro allá abajo, quiero que sea nuestro.

—Si allí hubiera oro, Deaver, ya se lo habrían llevado antes de que el agua lo cubriera. No fue sin aviso, ya sabes. El mar Mormón no fue una inundación repentina.

—Si no está ahí abajo, ¿qué es todo ese secreto? ¿Por qué los de la patrulla del lago no dejan que nadie se acerque?

—No lo sé, Deaver. Tal vez porque mucha gente siente que es un lugar sagrado.

Deaver estaba acostumbrado a eso. Lluvia nunca iba a la iglesia, pero hablaba como una mormona. La mayor parte de la gente lo hacía cuando uno le tocaba la fibra sensible. A Deaver no le gustaba que la gente se pusiera en plan religioso.

—¿Los ángeles necesitan protección, entonces?

—Era un lugar muy pero que muy importante para los mormones en otros tiempos, Deaver. —Lluvia se sentó en el suelo, y se reclinó contra la pared bajo la ventana.

—Bueno, ahora no es nada. Ya tienen otros templos, ¿no es cierto? Y están construyendo uno nuevo en Zarahemla, ¿no?

—No lo sé, Deaver. El de ahí abajo siempre fue el templo verdadero. El centro. —Ella se inclinó hacia el costado, se reclinó sobre una mano, miró el suelo—. Todavía es el centro.

Deaver se dio cuenta de que ella se estaba poniendo sombría, realmente triste. Le pasaba a mucha gente al recordar los viejos tiempos. Como una enfermedad de la que no se curaban nunca. Pero Deaver conocía la cura. Para Lluvia, por lo menos:

—¿Es verdad que mataban gente allí dentro?

Funcionó. Ella lo miró con rabia y su cuerpo abandonó la languidez.

—¿De eso habláis los camioneros todo el día?

Deaver sonrió.

—Se cuentan historias. Dicen que degollaban a la gente si decía dónde estaba el oro.

—Vamos, conoces a muchos mormones por aquí, Deaver, ¿realmente crees que andaríamos por ahí degollando a la gente por revelar secretos?

—No lo sé. Depende del secreto, ¿no te parece? —Él estaba sentado sobre las manos, meciéndose en el jergón.

Veía que ella estaba realmente un poco enojada, y que no quería estarlo. Así que

fingiría que se enojaba para jugar. Vio que se sentaba y buscaba una almohada para tirársela.

—¡No! ¡No! —gritó él—. ¡No me degüelles! ¡No me tires a las carpas!

La almohada lo golpeó y él fingió morir lentamente.

—No bromees con esas cosas —dijo ella.

—¿Cosas como qué? De todos modos, ya no crees en todo eso. Nadie cree.

—Tal vez no.

—Jesús iba a venir de nuevo, ¿no? Cayeron bombas atómicas aquí y allá y se suponía que iba a venir de nuevo.

—El profeta dijo que éramos demasiado malos. Que Él no vendría porque amábamos demasiado las cosas del mundo.

—Vamos, si realmente pensaba venir, habría venido, ¿no?

—Tal vez todavía venga —dijo ella.

—Nadie lo cree ya —replicó Deaver—. Los mormones son el gobierno, y eso es todo. El obispo es elegido juez en todas las ciudades, ¿no? El presidente de los mayores es siempre el alcalde, es sólo cuestión de gobierno, de política, nadie cree ahora. Zarahemla es la capital, no la ciudad santa.

Él no podía verla desde su posición boca arriba en el jergón. Cuando ella no le contestó, se incorporó y la miró. Estaba junto al fregadero, inclinada sobre el mostrador. Se deslizó sigilosamente hacia ella. Pensaba hacerle cosquillas, pero algo en su actitud le hizo cambiar de idea. Cuando se acercó, vio que le corrían lágrimas por las mejillas. Era una locura. Toda esa gente de los viejos días se volvía loca a menudo.

—Son bromas, solamente —se excusó.

Ella asintió en silencio.

—Es por todo eso de los viejos días. Ya sabes cómo me ponen esas cosas. Tal vez si me acordara, sería diferente. A veces me gustaría acordarme.

Pero era mentira. Deaver no quería recordar. No le gustaba recordar. Su recuerdo más antiguo era un caballo con un hombre que transpiraba mucho, eso solamente, y cabalgar y cabalgar y cabalgar. Y después todo eran recuerdos recientes: ir a la escuela, pasar de una casa a otra, finalmente ponerse un año con todas sus fuerzas a terminar la escuela y conseguir un trabajo. No se le nublaban los ojos al pensar en nada de eso, en ninguno de esos lugares. Eran lugares por los que había pasado, eso era todo, y eso era todo lo que hacía ahora, nunca había pertenecido a ningún lugar hasta ese momento. Lehi y Lluvia, los dos, eran su hogar. Ahora pertenecía a ese lugar. Aquí, pensó.

—Lo lamento —dijo.

—No importa.

—¿Me vas a llevar?

—Dije que lo haría, ¿verdad?

Sonaba enojada, tal como debía ser, y él supo que podía bromear de nuevo.

—No es probable que llegue el Segundo Advenimiento mientras estemos allí, ¿no? Si lo crees así, me pongo la corbata.

Ella sonrió, después escondió la cara y lo empujó.

—Deaver, a la cama.

—Me voy a levantar a las cuatro y media, Lluvia, y entonces sí que vas a ser de esas chicas que van a bai, bai, bailar.

—No creo que la canción aludiese a viajes en barco a las cuatro de la mañana.

Se quedó lavando los platos mientras él se iba hacia su habitación en el almacén.

Lehi lo esperaba a las cinco y media, justo a tiempo.

—No puedo creerlo —dijo—. Pensé que llegarías tarde.

—Me alegro de que tú hayas llegado a tiempo —replicó Deaver—, porque si no vinieras con nosotros, no tendrías tu parte.

—No vamos a encontrar oro, Deaver Teague.

—¿Entonces por qué me acompañas? No me digas eso, Lehi, tú sabes que el futuro está con Deaver Teague y no quieres quedarte atrás. ¿Dónde está el equipo de buceo?

—No lo llevé a casa, Deaver. ¿No crees que mi madre me habría hecho preguntas?

—Siempre te hace preguntas.

—Es su trabajo —señaló Lluvia.

—Yo no quiero que nadie me pregunte lo que estoy haciendo —repuso Deaver.

—No hace falta —continuó Lluvia—. Siempre nos lo cuentas, te queramos oír o no.

—Si no quieres oírme, no lo hagas.

—No te pongas susceptible —dijo Lluvia.

—Os estáis rajando los dos, así, de pronto. El templo os pone nerviosos, ¿es eso?

—A mí no me importa que mi madre me pregunte cosas. Me parece bien.

Los ferries iban de Point a Bingham día y noche, así que tuvieron que navegar hacia el norte un poco antes de virar al oeste, hacia la isla Oquirrh. La fundición y las otras fábricas ponían nubes de humo de vientres anaranjados en el cielo de la noche, y las barcazas del carbón estaban rodeadas de gente que se afanaba en descargarlas. La actividad era la misma que durante el día. La nube de polvo de carbón era tan espesa y negra que de día parecía como una niebla blanca bajo las luces de los reflectores.

—Mi padre murió ahí mismo, a esta hora más o menos —dijo Lehi.

—¿Cargaba carbón?

—Sí. Había sido vendedor de coches. Ese trabajo desapareció de pronto y lo dejé

colgado.

—No estabas allí, ¿verdad?

—Oí el ruido. Estaba durmiendo pero me despertó. Y después gritos y gente que corría. Vivíamos en la isla entonces, siempre oíamos ruido en el puerto. Quedó enterrado bajo una tonelada de carbón que cayó desde unos quince metros.

Deaver no sabía qué decir.

—Tú nunca hablas de tu familia —observó Lehi—. Yo siempre me acuerdo de mi padre, pero tú nunca hablas de tu familia.

Deaver se encogió de hombros.

—No los recuerda —dijo Lluvia con voz tranquila—. Lo encontraron en las praderas, en alguna parte. Los asaltantes mataron a su familia, fueran cuantos fuesen, y él debió de esconderse. Eso es todo lo que se ha podido colegir hasta ahora.

—Bueno, ¿fue así? —preguntó Lehi—. ¿Te escondiste?

Deaver no se sentía cómodo hablando de eso, porque no se acordaba de nada, salvo lo que le había dicho la gente. Sabía que otra gente se acordaba de su infancia, y no le gustaba que siempre se sorprendieran tanto cuando él decía que no recordaba nada. Pero Lehi le estaba preguntando y Deaver sabía que no había que esconder cosas a los amigos.

—Supongo que sí. O tal vez les parecí demasiado tonto y no quisieron matarme. —Se rió—. Debo de haber sido un chico muy tonto. Ni siquiera me acordaba de mi nombre. Pensaron que tenía cinco o seis años, la mayoría de los chicos se acuerda del nombre a esa edad, pero yo no. Los dos tipos que me encontraron se llamaban Teague y Deaver, así que...

—Tienes que acordarte de algo.

—Lehi, ni siquiera me acordaba de cómo se hablaba. Me explicaron que no dije ni una palabra hasta los nueve años. Estamos hablando de un chico que aprendía muy pero que muy despacio.

—¡Guau! —Lehi se quedó callado durante un momento—. ¿Y por qué no decías nada?

—No importa —dijo Lluvia—. Ahora estás recuperando el tiempo, Deaver el charlatán. El campeón de los charlatanes.

Siguieron la costa de la isla hasta que pasaron Magna. Lehi los llevó al depósito de mercancías que tenía Recuperación Submarina en la parte norte de la isla de Oquirrh. No habían echado la llave y estaba repleto de equipos de buceo. El amigo de Lehi había dejado algunos tanques llenos de aire. Buscaron dos trajes y luces que pudiesen usar bajo el agua. Lluvia no iba a bajar, así que no necesitaba nada.

Se alejaron de la isla, hacia el muelle que utilizaban los barcos que zarpaban hacia Wendover. En esa dirección, por lo menos, la gente tenía el sentido suficiente como para no viajar de noche, así que no había mucho tráfico. Después de un rato,

estuvieron solos en el agua. Entonces fue cuando Lluvia detuvo el pequeño motor que Deaver le había proporcionado y que Lehi había arreglado para ella.

—Ya es hora de sudar y luchar —dijo Lluvia. Deaver se sentó en el banco del medio, puso los remos en su sitio y empezó a remar.

—No vayas demasiado rápido —aconsejó Lluvia—. Te saldrán ampollas.

Pasó un bote que podría haber sido de la patrulla del lago, pero aparte de eso, nadie se les acercó mientras cruzaron la compuerta abierta. Después vieron elevarse los rascacielos, que ocultaban grandes porciones de la noche estrellada.

—Se dice que hay gente que nunca llegaron a rescatar, gente que todavía vive ahí dentro —susurró Lehi. Lluvia lo miró con desprecio.

—¿Crees que ahí dentro queda algo con qué vivir? Además el agua es aún demasiado salada, no se puede beber.

—¿Quién ha hablado de que estén vivos? —murmuró Deaver con su voz más misteriosa. Un par de años antes, tal vez habría asustado a Lehi hasta hacerle poner los ojos en blanco. Ahora Lehi solamente parecía enojado.

—Vamos, Deaver. No soy un niño.

El que se asustó un poco fue Deaver. Los grandes agujeros de los que habían caído el vidrio y el plástico parecían bocas que esperaban para tragárselo y llevarlo hacia abajo, hacia el agua, a la ciudad de los ahogados. A veces soñaba que miles y miles de personas vivían bajo el agua. Que todavía conducían coches, hacían negocios, compraban, iban al cine. En sus sueños nunca hacían nada malo, sólo se ocupaban de sus cosas. Pero siempre se despertaba sudando y asustado. Sin razón. Asustado, simplemente.

—Creo que deberían hacer volar todo esto antes de que se caiga y lastime a alguien —comentó.

—Tal vez es mejor que se quede así —dijo Lluvia—. Tal vez haya mucha gente a la que le guste recordar lo alto que estuvimos.

—¿Y qué hay que recordar? Construyeron esos edificios altos y después los dejaron tomar un buen baño. ¿Te parece que hay de qué enorgullecerse?

Deaver estaba tratando de que ella no hablara de los viejos tiempos, pero a Lehi parecía encantarle hurgar en ello.

—¿Estuviste aquí antes de que llegara el agua?

Lluvia asintió.

—Vi un desfile por esta zona. No me acuerdo si fue en la Tercera Sur o la Cuarta Sur. En la Tercera, creo. Vi veinticinco caballos, todos juntos. Me acuerdo de haber pensado que aquello sí era algo grande. No se veían tantos caballos en esos días.

—Yo he visto demasiados —dijo Lehi.

—Los que yo odio son los que no se ven —se quejó Deaver—. Deberían hacerles llevar pañales.

Rodearon un edificio y miraron hacia arriba, un pasaje angosto entre torres. Lluvia estaba sentada al timón y lo divisó primero.

—Ahí está. Ya lo ves. Ya no quedan más que las torres más altas.

Deaver remó por el pasaje. Seis torrecillas sobresalían del agua, pero las cuatro más bajas quedaban tan a ras de tierra, que sólo los tejados estaban secos. Las otras dos mostraban ventanas que no habían sido cubiertas por el agua. Deaver se sintió desilusionado. Que resultaran así de accesibles significaba que cualquiera podía haber entrado allí. Era mucho menos peligroso de lo que había esperado. Tal vez Lluvia tenía razón, tal vez allí no había nada.

Ataron el bote en el lado norte y esperaron que llegara el día.

—Si hubiera sabido que era tan fácil —dijo Deaver—, habría podido dormir una hora más.

—Duerme ahora —aconsejó Lluvia.

—Tal vez sea buena idea.

Se deslizó de su banco y se echó en el fondo del bote.

Pero no durmió. La ventana abierta de la torre quedaba apenas a unos metros, negra y profunda, rodeada por el gris del granito del templo, iluminado por las estrellas. Ahí estaba, esperándolo; el futuro, una oportunidad para conseguir algo mejor para sí mismo y para sus dos amigos. Tal vez un pedazo de tierra en el sur, donde el clima era más tibio y la nieve no llegaba al metro y medio en el invierno, donde no había lluvia en el cielo y agua dondequiera que uno mirara. Un lugar donde pudiera vivir durante mucho tiempo y recordar los buenos tiempos con sus amigos, todo eso estaba esperándolo debajo del agua.

Claro que no le habían hablado a él sobre el oro directamente. Había sido en la carretera, en un pequeño lugar de Parowan, donde los camioneros sabían que podían parar porque la mina de hierro funcionaba con turnos tan enfebrecidos que las fondas no cerraban nunca. Allí hasta tenían café, caliente y amargo, porque no había tantos mormones y los mineros no le dejaban todo el poder al obispo. En realidad, hasta lo llamaban juez en lugar de obispo. Los otros camioneros no hablaban con Deaver, por supuesto, hablaban unos con otros, y uno de los tipos contó la historia sobre la forma en que en los tiempos de la locura del oro los mormones guardaron todo el oro que pudieron conseguir y lo escondieron en las habitaciones superiores del templo, adonde nadie podía subir excepto el profeta y los doce apóstoles. Al principio, Deaver no le creyó, pero Bill Norne asentía como si supiera que era verdad y Cal Silber dijo que él no pensaba meterse en líos con el templo mormón, que ésa era una buena forma de morir. Por la forma en que hablaban, con miedo, en voz baja, Deaver se dio cuenta de que lo creían, de que era cierto, y también se dio cuenta de otra cosa: de que si alguien iba a conseguir ese oro, era él.

Aunque fuera muy fácil llegar allá, eso no significaba nada. Él sabía lo que

pensaban los mormones del templo. Había preguntado un poco, pero nadie hablaba de eso. Y nadie iba tampoco: había preguntado a varios si alguna vez habían ido a verlo y todos callaban y meneaban la cabeza, no, o cambiaban de tema. ¿Por qué lo vigilaba la patrulla del lago si todo el mundo tenía miedo de ir? Todos menos Deaver Teague y sus amigos.

—Muy bonito —dijo Lluvia.

Deaver se despertó. El sol acababa de llegar a la cima de las montañas. Debía de hacer rato que había amanecido. Él miró hacia donde miraba Lluvia. Era la torre Moroni, sobre la cima de la montaña, sobre el viejo capitolio donde habían puesto la estatua del templo hacia unos años. Era brillante, refulgente, el viejo tipo con su trompeta. Pero justo cuando los mormones esperaban que la trompeta sonara, se había quedado en silencio y la fe de todos se había ahogado. Deaver sabía que se aferraban a ella solamente por amor a los viejos tiempos. Bueno, él vivía para los nuevos.

Lehi le mostró cómo usar el equipo submarino y practicaron la inmersión unas cuantas veces, una de ellas sin los cinturones de pesas y otra con ellos puestos. Deaver y Lehi nadaban como peces, claro, nadar era la primera diversión gratis de todos en esos días. Pero era muy diferente con la máscara y el tanque.

—Esta boquilla parece un freno de caballo —dijo Deaver entre una zambullida y otra.

Lehi se aseguró de que el cinturón de Deaver estuviera bien apretado.

—Eres el único de la isla Oquirrh que puede saberlo.

Después se arrojó de cabeza al agua. Deaver bajó demasiado rápido y el tanque de aire le golpeó en la cabeza, pero no le dolió mucho y no soltó la luz.

Nadó por el exterior del templo, paseando la luz por sobre las piedras. Numerosas plantas acuáticas trepaban por los muros del templo, pero aún no estaba del todo cubierto. Había una gran placa de metal frente al edificio, aproximadamente a un tercio del camino hacia abajo. «LA CASA DEL SEÑOR», decía. Deaver le hizo una señal a Lehi.

Cuando volvieron al bote, Deaver inquirió por ella:

—Parecía dorada.

—Antes había otra placa —le explicó Lluvia—. Era un poco distinta. Tal vez aquella fuese de oro. Ésta es de plástico. Lo hicieron para que el templo siguiera teniendo una placa, supongo.

—¿Estás segura?

—Me acuerdo de cuando lo hicieron.

Finalmente, Deaver se sintió lo suficientemente seguro como para entrar en el templo. Tuvieron que quitarse los pies de pato para bajar por la estrecha ventanita. Lluvia se los tiró después. Bajo la luz del sol, no había nada que pudiera asustar en

esa ventana. Se sentaron en el umbral, con el agua golpeándoles los pies y se pusieron los tanques y los pies de pato.

Cuando estaban casi listos, Lehi se detuvo y se quedó allí sentado.

—No puedo hacerlo —dijo.

—No hay nada de qué asustarse. —Deaver trató de tranquilizarlo—. Vamos, no hay fantasmas ni nada parecido ahí abajo.

—No puedo.

—¡Bien por ti! —exclamó Lluvia desde el bote. Deaver se volvió para mirarla.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que no deberíais hacerlo.

—Entonces, ¿para qué me has traído aquí? —Porque tú querías que te trajera. No tenía sentido.

—Es suelo santo, Deaver —dijo Lluvia—. Lehi también lo siente. Por eso no va a bajar.

Deaver miró a Lehi.

—Es que no me parece bien —se excusó Lehi.

—Son piedras, solamente eso —insistió Deaver. Lehi no contestó. Deaver se colocó las gafas de bucear, tomó una luz, se puso la boquilla en la boca y saltó.

El suelo estaba apenas a cuarenta centímetros. Eso le cogió completamente por sorpresa, así que se cayó sentado en apenas unos centímetros de agua. Lehi estaba tan sorprendido como él, pero después empezó a reír y Deaver se rió también. Deaver se puso de pie y empezó a dar vueltas para buscar la escalera. Casi no podía dar un paso con los pies de pato.

—Camina hacia atrás —le indicó Lehi.

—¿Y cómo veo adónde voy?

—Pon la cabeza debajo del agua y mira, tonto. Deaver metió la cabeza en el agua. Volvió a mirar afuera, a Lehi.

Lehi no dijo nada. Deaver iluminó la superficie. Veía bien. Allí estaba la escalera.

Se puso de pie, miró a Lehi. Lehi meneó la cabeza. No iba a bajar.

—Como quieras. —Deaver refuló por el agua hasta el primer escalón. Después se puso la boquilla y bajó.

No fue fácil bajar las escaleras. «Eso está muy bien cuando uno no está flotando —pensó Deaver—, pero es todo un problema cuando uno siente que los tanques lo llevan al techo». Finalmente pensó en agarrarse a la barandilla y tirar hacia abajo. Las escaleras descendían en caracol, vueltas y más vueltas. Al llegar al final encontró un montón de basura en el fondo, un montón de basura que casi bloqueaba la puerta. Deaver nadó por encima de la basura, que parecía compuesta de chatarra y pedazos de madera, y salió a una habitación más grande.

El brillo de la luz no llegaba muy lejos en el agua turbia, así que nadó tanteando

las paredes, una y otra vez, arriba, abajo. En ese lugar el agua era fría y nadó con rapidez para mantener el calor. Había una serie de ventanas arqueadas a ambos lados, con filas de ventanas circulares por encima, pero las habían tapado con madera por el lado externo. La única luz era la de la linterna de Deaver. Finalmente, después de un par de veces de girar por el suelo y el techo, se dio cuenta de que no era más que una gran habitación. Y, aparte de la basura que cubría el suelo, estaba vacía.

Ya sentía el profundo dolor de la desilusión. Se obligó a ignorarlo. Después de todo, no iba a estar allí a la vista de todos, en una gran habitación como ésa, ¿verdad? Tenía que haber un escondite secreto.

Había un par de puertas. La más pequeña estaba abierta de par en par en el centro de la pared del fondo. Seguramente alguna vez allí había habido unas escaleras. Deaver nadó y paseó la luz por el lugar. Solamente otra habitación, pero más pequeña. Encontró un par de habitaciones más, pero las habían saqueado hasta dejar solamente la piedra. Nada de nada.

Trató de investigar algunas piedras para ver si había puertas secretas, pero muy pronto se dio por vencido. No veía bien con la linterna y no hubiera podido encontrar una pequeña ranura aunque estuviera allí mismo. Ahora la desilusión era real. Mientras nadaba empezó a preguntarse si los camioneros no habrían sabido que él los escuchaba. Tal vez lo habían inventado todo sabiendo que él caería en la trampa e iría. Qué broma, si ni siquiera iban a poder ver cómo quedaba como un tonto.

Pero no, no, no podía ser. Lo creían, sí, seguro que cuando lo dijeron, lo creían. Pero ahora él sabía lo que ellos no sabían. No importaba lo que hubieran hecho los mormones en los viejos días: ahora no había oro en las habitaciones superiores. Así que allí se quedaba su futuro. Pero, qué diablos, se dijo, he llegado aquí, lo he visto y algo encontraré. No hay razón para no estar contento.

No iba engañarse a sí mismo y no había allí ningún otro a quién engañar. Era un momento amargo. Se había pasado muchos años pensando en barras o bolsas de oro. Siempre se las había imaginado escondidas detrás de una cortina. Él correría la cortina y la cortina temblaría en el agua, y allí estarían las barras de oro, y él las sacaría y entonces serían suyas. Pero no había cortinas, no había agujeros secretos, no había nada de nada, y si él tenía un futuro, tendría que encontrarlo en alguna otra parte.

Nadó de vuelta a la puerta que llevaba a la escalera. Ahora veía la pila de basura con más claridad, y se le ocurrió preguntarse cómo había llegado allí. Todas las otras habitaciones estaban completamente vacías. La basura no podía haber llegado arrastrada por el agua, porque las únicas ventanas abiertas estaban en la torre y por encima de la línea del agua. Se acercó nadando y levantó algo. Era metal. Todo era metal, excepto algunas pocas piedras, y se le ocurrió que después de todo tal vez allí estuviese lo que buscaba. Si uno escondía un tesoro, no lo ponía en barras o en

lingotes, lo dejaba ahí para que pareciera basura y la gente no lo tocara.

Cogió todo lo que pudo y nadó con cuidado escaleras arriba. Lehi tendría que bajar y ayudarlo a llevar más. Podían hacer bolsas con las camisas para llevarlo más rápidamente.

Salió al aire y subió hacia atrás los últimos escalones. Así cruzó el suelo sumergido. Lehi todavía estaba sentado en el alféizar y ahora Lluvia estaba allí con él, con los pies desnudos meciéndose sobre el agua. Cuando llegó hasta ellos, se volvió y les mostró el metal que tenía entre las manos. No les veía bien las caras porque la parte externa de sus gafas de buceo estaba enturbiada por el agua y reflejaba continuamente la luz del sol.

—Te has hecho daño en una rodilla —observó Lluvia. Deaver le dio la linterna y una vez que tuvo la mano libre se sacó la máscara y los miró. Estaban muy serios. Él les tendió unos pedazos de metal.

—Mirad lo que encontré allá abajo.

Lehi tomó por un par de pedazos. Lluvia no apartaba los ojos de la cara de Deaver.

—Son latas viejas, Deaver —dijo Lehi despacio.

—No —replicó Deaver. Pero se miró las manos cargadas de metal y se dio cuenta de que era verdad. Las habían cortado y aplastado, pero eran latas.

—Hay algo escrito encima —advirtió Lehi—. Dice: «Querido Señor, cura a mi niña Jenny, por favor, te lo ruego».

Deaver dejó sobre el alféizar lo que había traído. Después tomó un pedazo y le dio la vuelta para leer lo que había escrito.

«Perdona mi adulterio, no voy a pecar más».

Lehi leyó otro.

«Trae a mi hijo a salvo de las praderas, Señor Dios».

Cada mensaje había sido tallado con una aguja o un pedazo de vidrio, las letras mal formadas, primitivas.

—Se rezaban plegarias todo el día en el templo, y la gente traía nombres y oraba por ellos —explicó Lluvia—. Nadie puede rezar aquí ahora, pero todavía traen los nombres. En metal, para que duren.

—No deberíamos leer esto —dijo Lehi—. Deberíamos ponerlos en su lugar.

Había cientos, tal vez miles de esas plegarias de metal allí abajo. La gente debía de ir allí continuamente, pensó Deaver. Los mormones debían de acudir con regularidad a dejar esas cosas. «Pero a mí nadie me lo dijo».

—¿Sabíais esto?

Lluvia asintió.

—Tú los trajiste aquí.

—A algunos. Durante años.

—Sabías lo que había ahí abajo.

Ella no contestó.

—Ella te dijo que no vinieras —le recordó Lehi.

—¿Tú también lo sabías?

—Sé que había gente que venía. Ignoraba lo que hacían.

Y de pronto, se dio cuenta de la magnitud de la cosa. Lehi y Lluvia los dos lo sabían. Y todos los otros mormones. Todos lo sabían; él les había preguntado una y otra vez y nadie se lo había dicho. Ni siquiera sus amigos.

—¿Por qué me dejasteis venir?

—Tratamos de detenerte —contestó Lluvia.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

Ella lo miró a los ojos.

—Deaver, habrías pensado que te mentía, que estaba escurriendo el bulto. Y te habrías reído de esto si te lo decía. Pensé que era mejor que lo vieras. Entonces, tal vez dejarías de decirle a la gente lo tontos que son los mormones.

—¿Crees que habría hecho eso? —Levantó otra plegaria de metal y la leyó en voz alta—: «Ven pronto, Señor Jesús, antes de que muera». —La agitó frente a los ojos de Lluvia—. ¿Crees que me reiría de esta gente?

—Tú te ríes de todo, Deaver.

Deaver miró a Lehi. Eso era algo que Lehi nunca había dicho antes. Deaver nunca se hubiera reído de algo tan importante. Y eso era realmente importante para ellos, para los dos.

—Todo esto es vuestro —dijo Deaver—. Todas estas cosas son vuestras.

—Yo nunca dejé una plegaria aquí —repuso Lehi.

Pero cuando Deaver decía «vuestro» no se refería solamente a ellos, a Lehi y a Lluvia. Hablaba de todos ellos, de toda la gente del mar Mormón, de todos los que lo habían sabido pero nunca le habían dicho nada, aunque él les había preguntado una y otra vez. Toda la gente que pertenecía a ese lugar.

—Vine a buscar algo para *mí*, y vosotros habéis sabido siempre que solamente había cosas *vuestras* en este lugar.

Lehi y Lluvia se miraron, después volvieron a mirar a Deaver.

—No es nuestro —se excusó Lluvia.

—Nunca estuve aquí antes —añadió Lehi.

—Son vuestras. —Deaver se sentó en el agua y empezó a quitarse el equipo de buceo.

—No te enojas —dijo Lehi—. Yo no lo sabía.

«Sabías más de lo que me habías contado. Yo pensaba que éramos amigos, pero no era cierto. Vosotros tenías este lugar en común con el resto de la gente, y conmigo no. Todo el mundo menos yo».

Lehi llevó con cuidado las hojas de metal hasta la escalera y las dejó caer. Se hundieron inmediatamente, bajaron despacio a tomar su lugar sobre la pila de súplicas.

Lehi remó de vuelta, entre los rascacielos, hasta el este de la vieja ciudad, y entonces Lluvia encendió el motor y se deslizaron sobre la superficie del lago. La patrulla del lago no los vio pero ahora Deaver sabía que no importaba mucho que lo hiciera. Los de la patrulla del lago eran mormones en su mayoría. Sin duda conocían el tráfico que se desarrollaba en esos lugares y no les importaba, siempre que fuera discreto. Probablemente detenían solamente a la gente que no estaba en el ajo.

Durante todo el camino de vuelta a Magna para devolver el equipo de buceo, Deaver se quedó sentado en la parte delantera del bote, sin hablar con los demás. En el sitio en que estaba sentado, la proa del bote parecía curvarse debajo de él. Cuando más rápido avanzaban, el bote parecía tocar menos el agua. Solamente se deslizaba sobre la superficie, sin tocarla nunca en profundidad; hacía algunas ondas leves pero siempre se alisaba de nuevo.

Esas dos personas, allí, en el extremo del bote. Deaver sentía algo de lástima por ellos. Todavía vivían en la ciudad sumergida, pertenecían a lo que había allá en el fondo, y el no poder ir allí les rompía el corazón. Pero no a Deaver. Su ciudad todavía no estaba construida. Su ciudad era el mañana.

Había conducido un camión de recuperación y había vivido en un almacén por tiempo suficiente. Tal vez había llegado el momento de ir al sur, a las Nuevas Tierras. Tal vez tratar de conseguir un pedazo de tierra. Tener algo, plantar en la tierra, tal vez hasta llegaría a pertenecer a ese lugar. En cuanto a éste, bueno, nunca le había pertenecido en realidad, había sido como las casas de adopción y las escuelas a lo largo del camino, solamente una parada más por un año o dos o tres, él lo había sabido. Nunca había hecho amigos allí, pero eso era lo que quería. No hubiera sido correcto hacer amigos porque se habría tenido que ir, y eso los habría desilusionado. No veía nada bueno en hacerle eso a la gente.

EL MARGEN

El informe de lectura de LaVon era una estupidez, por supuesto. Carpenter lo sabía incluso antes de preguntarle. Después de su advertencia la semana anterior, sabía que LaVon le traería un informe de lectura: el padre de LaVon no dejaría que lo suspendieran. Pero LaVon era demasiado tozudo, demasiado matón, demasiado líder de la rebelión permanente de los otros chicos de dieciséis años contra la autoridad como para dejar que Carpenter obtuviera un triunfo completo.

—De verdad, en serio que me encantó *Hombrecitos* —dijo LaVon—. Me puso la piel de gallina.

La clase rió. Excelente salida cómica. «Y muy oportuna —pensó Carpenter para sus adentros—. Pero el único lugar en que la comedia es útil aquí, en el país de la Nueva Tierra, es en los teatros ambulantes de los gitanos. Para eso te estás preparando, LaVon, para una carrera como parásito ambulante que vive de sorber la risa de los granjeros cansados».

—En este libro, todos los que son buenos, tienen nombres que empiezan por «D». Demi es un niño dulce que nunca hace nada malo. Daisy es tan buena que podría tener siete hijos y seguir siendo virgen.

Ahora se estaba pasando de la raya. A mucha gente seguía molestándole la mención de las cosas sexuales en la escuela, y si algún chico cabeza hueca informaba al respecto, la historia podía manipularse y después ser utilizada contra Carpenter. Allí, junto al margen, la gente se volvía loca por un poco de entretenimiento. Una cruzada para echar a un maestro por corromper la moral de los jóvenes sería más divertida que un espectáculo ambulante, porque todo el mundo podría sentirse recto y bueno y seguro cuando él se hubiera ido. Carpenter ya lo había visto antes. No porque tuviera miedo como la mayoría de los maestros. Él tenía una carrera. Pasara lo que pasase, la universidad lo aceptaría de nuevo, y con muchas ganas; pensaban que estaba loco por haber querido enseñar en enseñanza media. «Estoy seguro, absolutamente seguro —pensó—. No pueden arruinar mi carrera. Y no voy a ponerme quisquilloso por una palabra absolutamente correcta como *virgen...*»

—Dan parece un mal chico, pero tiene un corazón de oro, aunque a veces dice palabras muy, pero que muy feas como *diablo*. —LaVon se detuvo, esperando que Carpenter reaccionara. Así que Carpenter no reaccionó—. Lo más triste de todo es lo del pobre Nat, el hijo del violinista callejero. Trata de hacer algo, de integrarse, pero nunca logra nada en el libro porque su nombre no empieza por «D».

Fin. LaVon puso el solitario papel sobre el escritorio de Carpenter, después volvió a su asiento. Caminaba con la cuidadosa elegancia de una araña, cada pata larga como desconectada del resto del cuerpo, y de ese modo ni siquiera la caminata perturbaba la perfecta calma de su porte. «El muchacho cabalga sobre su cuerpo

como yo sobre mi silla de ruedas. Pero él está lleno de gracia y hermosura, tiene quince años y ya es un maestro en el arte de ganarse la devoción de los chicos de corazón blando. Él es el enemigo, el torturador, el fuerte, el hermoso que tiene que confirmar su hermosura alimentándose de los débiles. Yo no soy tan débil como crees».

El informe de lectura de LaVon era arrogante, demasiado corto, y flagrantemente rebelde. Eso era deliberado, calculado para irritar a Carpenter. Y por lo tanto, Carpenter no pensaba mostrar ni el más mínimo rastro de irritación. El informe también era inteligente, irónico y divertido. Ese muchacho, a pesar de su máscara de languidez y estupidez, tenía ideas. Era mejor que la gente de aquella ciudad de granjeros; podía hacer algo importante en el mundo, algo más que conducir un tractor siguiendo las curvas de interminables dibujos sobre los campos.

Pero viendo el modo en que siempre había tenido a la chica de los Fisher en la palma de la mano, no había duda de que tendría un bebé y una esposa muy pronto y se quedaría allí para siempre. Tal vez se transformaría en un pez gordo como su padre, pero nunca dejaría huella en el mundo, nada que demostrara que había pasado por él. Un desperdicio trágico, tonto.

«Pero no voy a mostrar mi enojo. Los muchachos lo entenderían mal, pensarán que estoy enfadado por la rebeldía de LaVon, y eso solamente lo convertiría en un héroe a sus ojos. Los muchachos eligen a sus héroes con una estupidez ineludible. Catorce, quince, dieciséis años, lo único que saben de la vida lo han aprendido en clases frías y sin libros, interrumpidas una o dos veces por año por la lucha cuerpo a cuerpo con la tierra pedregosa, siempre odiando al adulto que los hace trabajar, siempre adorando al tonto que les proporciona la ilusión de ser libres. Vosotros, muchachos, no tenéis práctica en el arte de sobrevivir entre las ruinas de vuestros propios errores. Nosotros, los adultos, que conocimos el mundo antes de la caída, sentimos el peso de esos escombros sobre nuestros hombros».

Esperaban la respuesta de Carpenter. Él se estiró hacia el teclado del ordenador incorporado en su silla de ruedas. Golpeó con unas manos como patas de perro sobre las enormes teclas. Sus dedos eran demasiado torpes para usarlos de uno en uno. Se le crispaban cuando trataba de trabajar con ellos, se le paralizaban en un puño, un martillito para golpear, romper, atacar; no podía usarlos para coger, ni para sostener. «La mitad de los verbos del mundo son imposibles para mí —pensó como hacía a menudo—. Los aprendo como aprenden los ciegos las palabras referentes a la visión, de memoria, sin tener ninguna esperanza de saber lo que significan en realidad».

El sintetizador de habla repitió en un tono lento y arrastrado los términos que él pulsaba.

—Un ensayo brillante, señor Jensen. Con una poderosa ironía, y una fuerza sorprendente. Desgraciadamente, también revela la pobreza de su espíritu. El título de

Alcott es irónico, porque ella quería mostrar que, a pesar de su tamaño y de su edad, los muchachos de su libro tenían un corazón grande. Usted, en cambio, a pesar de su enorme tamaño, tiene un corazón realmente pequeño.

LaVon lo miró a través de ojos entrecerrados. ¿Odio? Sí, el odio estaba allí. «Ódiame, hijo. Ódiame lo suficiente como para demostrarme que puedes hacer lo que yo te pida, sea lo que fuere. Entonces seré tu dueño, entonces podré hacer algo decente contigo, y devolverte a ti mismo como ser humano digno de estar vivo».

Carpenter hizo fuerza hacia fuera sobre las dos palancas y la silla de ruedas retrocedió. El día ya casi había terminado y sabía que aquella noche algunas cosas iban a cambiar, un cambio doloroso en la vida del pueblo de Reefrock. Y como los arrestos eran en parte su responsabilidad, y porque el encarcelamiento de un padre causaría dolor y angustia en algunas de las familias de esos chicos, sentía que era su deber prepararlos lo mejor que pudiera para entender la razón del cambio, para que supieran por qué, a la larga, estaba bien que sucediera. Era demasiado pedir que realmente lo entendieran ese día. Pero tal vez recordarían, tal vez lo perdonarían alguna vez por lo que descubrirían que él les había hecho. Y lo descubrirían muy pronto.

Así que volvió a golpear las teclas.

—Economía —dijo el ordenador—. Puesto que el señor Jensen ha acabado con la literatura por el día de hoy.

Unas pocas teclas más y empezó la conferencia. Carpenter tecleaba todas sus conferencias y las archivaba en la memoria, para poder sentarse como una estatua de hielo en su silla, mirando fijamente a cada alumno, uno por uno, desafiándolos a no prestar atención. Había muchas ventajas en hacer que una máquina hablara por uno. Él había aprendido hacía ya muchos años que la gente se asustaba al oír sus palabras flotando con voz mecánica mientras sus labios permanecían quietos. Era monstruoso, lo hacía parecer peligroso y extraño. Y él prefería eso a su verdadero aspecto débil como un gusano, el cuerpo flacucho, retorcido, paralizado, rígido en su silla; tenía un cuerpo extraño pero patético. Solamente cuando el sintetizador hablaba con sus palabras ácidas podía ganarse el respeto de la gente que siempre, siempre lo despreciaba.

—Aquí en los asentamientos que quedan justo en el margen —seguía su voz—, no tenemos un lujo de una economía libre.

Las lluvias caen sobre este antiguo desierto y no encuentran nada excepto unas pocas plantas que crecen en la arena. Hace treinta años no había nada; hasta las lagartijas tenían que quedarse donde por lo menos hubiera insectos que comer y agua que beber. Después, los fuegos que encendimos pusieron una cortina en el cielo y el hielo se desplazó hacia el sur y las lluvias que siempre habían pasado al norte de nosotros cayeron y golpearon el desierto. Ésa fue la gran oportunidad.

LaVon sonrió con petulancia mientras Kippie hacía signos evidentes de que estaba tan aburrido que casi se dormía. Carpenter tecleó una interrupción a su conferencia.

—Kippie, ¿te parece que dormirás mejor si te mando a casa a hacer la siesta?

Kippie se sentó derecho, aparentando un miedo terrible. Pero esa simulación también era una simulación. *Tenía* miedo y para ocultarlo fingía que estaba fingiendo que tenía miedo. «Muy compleja, la vida interior de los chicos», pensó Carpenter.

—Mientras las viejas poblaciones se hundían bajo el Gran Lago Salado, los padres y las madres de todos vosotros empezaron a trasladarse hacia el desierto. Pero no estaban solos. En este sitio no podemos hacer nada solos. La gente del margen sembró. El pasto alimenta el ganado y echa raíces en la arena. Las raíces se transforman en humus, rico en nitrógeno. En tres años, al margen le ha salido una franja estrecha de suelo rico sobre su cuerpo. Si en algún punto un habitante del margen deja de sembrar, si el suelo se quiebra en algún punto, entonces las lluvias cavan canales en ese punto, arrancan los bordes de ambos lados y se introducen en la tierra de cultivos que haya detrás. Así que cada uno de los habitantes del margen es responsable ante todos los demás, y ante nosotros. ¿Qué pensaríais de un habitante del margen que fracasara?

—Lo mismo que pienso de un habitante del margen que tuviera éxito —dijo Pope.

Era el más joven de los muchachos del sexto grado, tenía solamente trece años y por desgracia perseguía y adoraba a LaVon.

Carpenter tecleó una palabra.

—¿Y qué es? —preguntó la voz metálica.

El coraje de Pope se evaporó.

—Lo lamento.

Carpenter no lo dejó ir.

—¿Cómo llamáis a los pobladores del margen? —preguntó. Miró de un muchacho a otro y nadie le devolvió la mirada. Sólo LaVon—. ¿Cómo los llamáis?

—Si lo digo, me van a expulsar de la escuela —contestó LaVon—. ¿Quiere que me echen de la escuela?

—Los acusáis de fornicar con el ganado, ¿verdad?

Unas risitas dispersas.

—Sí, señor —continuó LaVon—. Los llamamos fornicavacas, sí.

Carpenter tecleó su respuesta mientras todos reían. Cuando la habitación quedó de nuevo en silencio, la pasó.

—El pan que coméis crece en la tierra que ellos crearon y la bosta de su ganado es la fuerza de vuestros cuerpos. Sin esos pobladores, llevaríais una vida miserable a orillas del mar Mormón, comiendo pescado y tomando té de salvia, y eso no debéis

olvidarlo. —Había bajado el volumen del sintetizador paulatinamente así que, al final, todos tenían que esforzarse por oírlo.

Después siguió adelante con la conferencia.

—Después de los pobladores del margen, llegaron vuestros padres y vuestras madres y sembraron con un orden planificado y científico: dos filas de manzanos, después seis metros de trigo, después seis metros de maíz, después seis metros de pepinos, y así, año tras año, moviéndose siempre seis metros hacia fuera, siguiendo a los pobladores del margen, ganando más tierra, más comida. Si alguien no siembra lo que le dicen que plante y la cosecha no se hace en el día preciso, si alguien no trabaja hombro con hombro en los campos cuando hace falta, entonces las plantas mueren, la lluvia se las lleva. ¿Qué pensaríais de un granjero que no hace su trabajo o no cumple con su turno en el trabajo común?

—Escoria —dijo un chico.

Y otro:

—Es un mierda, eso es lo que es.

—Para que esta tierra esté viva de veras, hay que sembrarla siguiendo un plan cuidadoso durante dieciocho años. Solamente entonces, vuestras familias podrán darse el lujo de decidir qué plantar. Solamente entonces, podréis hacer el vago si os apetece o trabajar mucho más duro y beneficiaros de ello. Entonces, algunos de vosotros podréis haceros ricos y otros, pobres. Pero ahora, hoy, lo hacemos todo juntos, por igual y, por lo tanto, repartimos equitativamente el fruto de nuestro trabajo.

LaVon murmuró algo.

—¿Sí, LaVon? —preguntó Carpenter. Había hecho que el ordenador hablara en tono muy alto. Eso asustó a los chicos.

—Nada —contestó LaVon.

—Dijiste: «Excepto los maestros».

—¿Y si dije eso, qué?

—Tienes razón —convino Carpenter—. Los maestros no aran ni siembran en los campos como vuestros padres. Los maestros lo hacen en una tierra mucho más estéril que trabajar y la mayor parte del tiempo las pocas semillas que plantamos se las llevan las primeras lluvias de primavera. Vosotros sois una prueba viviente de la futilidad de nuestro trabajo. Pero lo intentamos, señor Jensen, aunque el esfuerzo sea una estupidez. ¿Podemos continuar?

LaVon asintió. Se había ruborizado. Carpenter estaba satisfecho. El muchacho no era irrecuperable, había esperanzas, todavía sentía vergüenza por haber atacado la forma de ganarse la vida de un hombre.

—Hay algunos entre nosotros —siguió la conferencia— que creen que deberían sacar más partido del trabajo de todos. Esa gente roba el almacén comunitario y

vende las cosechas que se obtuvieron gracias al trabajo de todos. El mercado negro paga un alto precio por el grano robado y los ladrones se hacen ricos. Cuando se hacen lo suficientemente ricos, se van del margen, vuelven a las grandes ciudades de los altos valles. Sus esposas visten ropa fina, sus hijos tienen reloj de pulsera, sus hijas tienen tierras y se casan bien. Y mientras tanto, sus amigos y vecinos, que confiaban en ellos, no tienen nada, siguen cultivando la comida que alimenta a los ladrones. Decidme, ¿qué pensáis de los que controlan el mercado negro?

Observó las caras. Sí, lo sabían. Veía cómo miraban disimuladamente los zapatos nuevos de Dick, el reloj de pulsera de Kippie. La nueva blusa comprada en la ciudad que llevaba Yotonna. Los vaqueros de LaVon. Sabían, y no decían nada por miedo. O tal vez no era miedo. Tal vez era la esperanza de que sus propios padres fueran lo suficientemente inteligentes para robar de la cosecha y así la familia pudiera irse a otro sitio en lugar de desperdiciar sus dieciocho años.

—Algunas personas piensan que esos ladrones son inteligentes. Pero yo os digo que son exactamente como los asaltantes de las praderas. Son los enemigos de la civilización.

—¿Esto es la civilización? —preguntó LaVon.

—Sí. —Carpenter pulsó una respuesta—. Vivimos en paz aquí, y vosotros sabéis que el trabajo de hoy trae el pan de mañana. Fuera, en la pradera, no lo saben. Mañana puede venir un asaltante que se comerá vuestro pan, si es que no os mata antes. No hay confianza en el mundo, en ninguna parte, excepto aquí. Y los hombres y mujeres del mercado negro se alimentan de confianza. La confianza de sus vecinos. Cuando se lo hayan comido todo, chicos, ¿de qué vais a vivir vosotros?

No lo entendieron, claro está. Cuando eran problemas del tipo de «un camión va en dirección a otro camión a sesenta y tardan una hora en encontrarse, ¿a qué distancia estaban?», los chicos podían arreglárselas, podían resolverlo laboriosamente con papel, lápiz, plegarias y maldiciones. Pero el problema que realmente importaba les pasaba junto a la cara tal como pequeñas motas de polvo; las notaban, pero su mente febril, egocéntrica, no las tocaba.

Los atormentó con un cuestionario variado sobre historias y treinta palabras a escribir correctamente como deberes, y después los envió a casa.

LaVon no se fue. Se quedó junto a la puerta, la cerró y habló:

—Era un libro estúpido.

Carpenter pulsó las teclas.

—Eso explica la razón por la que escribiste un informe tan estúpido.

—No era un informe estúpido. Era divertido. Leí el maldito libro, ¿no?

—Y yo te puse un notable.

LaVon se calló un momento, después dijo:

—No me haga favores.

—Nunca lo haré.

—Y deje de usar esa maldita voz de máquina. Usted tiene voz. Mi prima tuvo parálisis y le aúlla a la Luna.

—Puede irse ahora, señor Jensen.

—Voy a oírle hablar en su propia voz algún día, señor Máquina.

—Mejor será que se vaya ahora, señor Jensen.

LaVon abrió la puerta para irse, luego se volvió bruscamente y dio unos doce pasos hacia el centro de la clase. Ahora tenía las piernas tensas y poderosas como las patas de los caballos y los brazos ligeros y fuertes. Carpenter lo miró y sintió el mismo miedo antiguo en su cuerpo. Si Dios lo había dejado nacer del modo en que había nacido, lo menos que podía hacer era mantenerlo lejos de las manos de los torturadores.

—¿Qué quiere, señor Jensen?

Pero antes de que el ordenador terminara de pronunciar las palabras de Carpenter, LaVon se estiró y tomó las muñecas de Carpenter, las sostuvo con fuerza. Carpenter no trató de resistirse, si lo hacía tal vez se pondría tenso y rígido y se retorcería en la silla como un gusano en un alfiler caliente. Eso hubiera sido más humillante de lo que podía tolerar, dejar que ese chico lo viera retorcerse. Dejó las manos colgando flojas de los puños poderosos de LaVon.

—Métase en sus propios asuntos —dijo LaVon—. Hace solamente dos años que está aquí, así que no sabe nada, ¿entiende? No vea nada, no comente nada, ¿entiende?

Así que no era el informe. LaVon había entendido la conferencia sobre la civilización y el mercado negro. Y sabía que era su padre, más que ningún otro en la ciudad, el culpable de lo que había descrito la máquina. Nephi Delos Jensen, gran capataz de las granjas de Reefrock. «¿Han arrestado ya a tu padre? Mejor vuelve a casa a ver qué está pasando».

—¿Me entiende?

Pero Carpenter no quería hablar. No sin su ordenador. Ese muchacho no oiría nunca el sonido de su voz de inválido, ese sonido quejumbroso, agudo, como un perro que trata de doblar la lengua y obligarla a decir palabras humanas. «Nunca oirás mi voz, muchacho».

—Intente expulsarme por esto, señor Carpenter, y yo declararé que no pasó nunca. Afirmaré que usted la tiene tomada conmigo.

Después soltó las manos de Carpenter y se fue de la habitación a grandes zancadas. Solamente entonces, las piernas de Carpenter se pusieron rígidas, lo levantaron de la silla con fuerza y únicamente el ordenador que tenía en el regazo le impidió rodar por el suelo. Los brazos hicieron fuerza hacia fuera, se le dobló el cuello, se le abrió la mandíbula. Así reaccionaba su cuerpo cuando sentía miedo y rabia; y por eso él hacía todo lo que podía para evitar esas emociones. O cualquier

otra, en realidad. Desapasionado, eso era él. Vivía la vida de la mente porque la vida del cuerpo estaba fuera de su alcance. Se tendió atravesado sobre su silla de ruedas como sobre un grotesco crucifijo, odiando su cuerpo y fingiendo que solamente estaba esperando que ese cuerpo se calmara, se relajara.

Y el cuerpo lo hizo, por supuesto. Apenas pudo controlar las manos de nuevo, apagó el sistema de habla mecánica del ordenado y pidió los datos que había enviado a Zarahemla la mañana del día anterior. Las previsiones de las cosechas de tres años y el peso final del trigo y el maíz cosechados, de las bayas, las manzanas y las judías. Durante los primeros años, las previsiones estaban dentro del dos por ciento del total final. Al tercer año, las previsiones eran mayores, pero la cosecha seguía igual. Era extraño. Después, los archivos de contabilidad del obispo. Era una comunidad enferma. Cuando el obispo se dejaba seducir por ese tipo de cosas, significaba que la podredumbre tocaba todos los rincones de la vida. Las granjas de Reefrock no parecían distintas del centenar de otras aldeas de ese lado del margen, pero estaban enfermas. ¿Sabía Kippie que hasta su padre estaba en el mercado negro? Si uno no podía confiar en el obispo, ¿quién quedaba?

Sus propios pensamientos tenían un gusto amargo en la boca de Carpenter. Enfermos. «No están tan enfermos, Carpenter —se dijo—. La civilización siempre ha tenido parásitos, y se ha sobrevivido. Pero lo ha hecho porque de vez en cuando alguien arrancaba esos parásitos de raíz, los expulsaba y limpiaba el cuerpo. Sin embargo, muchos convertían a los ladrones en héroes y despreciaban a los que los denunciaban. No me agradecerán lo que he hecho. No es amor lo que me estoy ganando. No es amor lo que siento. ¿Puedo fingir que no soy más que un cuerpo enfermo y deforme que se venga de los que tienen suficiente salud para engendrar familias, suficiente salud para desear todos los privilegios posibles para esas familias?»

Tiró de la palanca y la silla empezó a rodar. Maniobró con habilidad entre las sillas pero a pesar de ello le llevó todo un minuto llegar la puerta. «Soy un caracol. Un gusano que vive en un caparazón de metal, un caracol de agua que se arrastra sobre el vidrio de la pecera, tratando de mantenerla limpia de la suciedad de los peces. Soy el odiado, el despreciado. Ellos son los peces dorados que brillan en el agua clara. A ellos los lloran cuando mueren. Pero sin mí, morirían. Soy tan responsable de su belleza como ellos mismos. Más, porque yo trabajo para sostenerla, y ellos, simplemente..., lo son».

Eso ocurría cada vez que trataba de encontrar una justificación para su propia vida. Rodó por el pasillo hacia la puerta principal de la escuela. Tenía clara conciencia de que su trabajo en cuento a la rotación y el tiempo de las cosechas había sido clave para abrir las vastas Tierras Nuevas, allí, en el desierto del este de Utah. ¿No habían inventado una medalla civil para él? Es más, ¿no le habían dado la misma

medalla que entregaban a los jinetes de la libertad que salían a traer a los inmigrantes sanos y salvos hasta las montañas? «Soy un héroe, dijeron, este gusano que ha hecho su casa de una silla de ruedas». Pero el gobernador Monson lo había mirado con ojos distantes, llenos de lástima. Él también veía al gusano; Carpenter podía ser un héroe, pero seguía siendo Carpenter.

Habían construido una rampa para su silla después de que por segunda vez los estudiantes tumbaran la rampa de madera y le obligaron a pedir ayuda por ordenador a través de la red aérea. Recordaba haberse sentado sobre el borde de la galería, mirando hacia las cabañas de la aldea. Si alguien lo veía, entonces era que estaban conformes con tenerlo allí, preso, porque nadie vino a ayudarlo. Pero Carpenter lo entendía. Miedo a lo extraño a lo desconocido. Ellos no se sentían cómodos cerca de Carpenter, con su voz mecánica y su silla de ruedas eléctrica. Él lo entendía, de veras lo entendía, era humano también, ¿verdad? Hasta estaba de acuerdo con ellos: «Haz como si Carpenter no estuviera aquí, y a lo mejor se larga».

El helicóptero llegó cuando él rodaba hacia el asfalto de la calle. Aterrizó en el Círculo, entre el depósito y la capilla. Bajaron cuatro oficiales por el flanco y se distribuyeron por la ciudad. Y sucedió que Carpenter estaba justo frente a la casa del obispo Anderson cuando el alguacil llamó a la puerta. No había esperado que hicieran los arrestos estando él todavía en la calle. Su primer impulso fue acelerar, escaparse. No quería verlo. Le gustaba el obispo Anderson. Por lo menos le había gustado antes. No le deseaba ningún mal. Si el obispo hubiera mantenido las manos lejos de la cosecha, si no hubiera traicionado la confianza de todos, no habría sentido miedo al oír el golpe en la puerta ni al ver el bando en las manos del oficial.

Oyó llorar a la hermana Anderson mientras se llevaban a su marido. ¿Estaba Kippie por allí, mirando? ¿Había notado al señor Carpenter que pasaba frente a la puerta? Carpenter sabía lo que les costaría eso a esas familias. No solamente la vergüenza, aunque la vergüenza sería mucha. Mucho peor sería la pérdida del padre durante años, el trabajo extra para los niños. Romper una familia era algo terrible porque los inocentes pagaban un precio tan grande como el culpable, y eso no era justo, porque ellos no habían hecho daño alguno. Pero era necesario, crudamente necesario, si uno quería que la civilización sobreviviera.

Carpenter se obligó a hacer marchar despacio la silla, a oír el llanto en la casa del obispo, a permitirles que, si sabían que él había sido la causa, lo miraran con odio. Y lo sabrían: él había rehusado específicamente el anonimato. «Si puedo imponerles la cruda necesidad, entonces no debo huir de las consecuencias de mis actos. Y voy a aguantar lo que tenga que aguantar, el dolor, el resentimiento, y la rabia de las pocas familias a las que he lastimado para salvar a todas las demás».

El helicóptero despegó antes de que la silla de Carpenter lo llevara a casa. Hizo ruido sobre su cabeza y desapareció en las nubes bajas. Habría lluvia también al día

siguiente, claro estaba. Tres días secos, tres días húmedos, así había funcionado el clima toda aquella primavera. La lluvia volvería a caer a raudales esa noche. Cuatro horas hasta el anochecer. Tal vez no cayera hasta entonces.

Levantó la vista del libro. Sí, había oído pasos fuera de su casa. Y cuchicheos. Rodó hacia la ventana con la silla y miró afuera. El cielo estaba un poco más oscuro. El ordenador decía que eran las cuatro y media. Ya se estaba levantando el viento. Pero los sonidos que había oído no habían sido del viento. Eran las tres y media cuando se fueron los alguaciles. Las cuatro y media ahora y había pasos y cuchicheos fuera de su casa. Sintió que se le paralizaban los brazos y las piernas. «Espera —se dijo—. No hay nada que temer. Relájate. Tranquilo. Sí». El cuerpo se le relajó. El corazón le latía con fuerza, pero poco a poco se iba calmando. La puerta se abrió bruscamente. Carpenter se paralizó. Ni siquiera podía bajar las manos para tocar las palancas, dar vuelta a la silla y ver quién era. Se quedó allí, indefenso, en la silla, mientras pasos fuertes se acercaban por el suelo.

—Ahí está. —Era la voz de Kippie.

Unas manos le cogieron por los brazos, lo atraparon. La silla se sacudió cuando le hicieron girar a un costado. Él no podía relajarse.

—El muy hijo de puta está duro como una estatua. —La voz de Pope.

«Sal de aquí, muchachito —se dijo Carpenter—. Te estás metiendo en algo demasiado profundo para ti, demasiado profundo para todos vosotros». Pero obviamente no lo oyeron, porque sus dedos no podían alcanzar el teclado donde guardaba su voz.

—Tal vez eso es lo que hace cuando no está en el colegio. Se sienta y hace de estatua al lado de la ventana. —Kippie rió.

—Está tieso de miedo, eso es lo que pasa.

—Sacadlo, y rápido. —La voz de LaVon sonaba cargada de autoridad.

Trataron de levantarlo de la silla, pero el cuerpo estaba demasiado rígido; le hicieron daño mientras lo intentaban porque los muslos de Carpenter se clavaban en el ordenador con una fuerza cruel y además le estaban torciendo el brazo.

—Traedlo con la silla —dijo LaVon.

Levantaron la silla y la empujaron hacia la puerta. Los brazos de Carpenter golpearon contra los rincones y el marco de la puerta.

—Es como si estuviera muerto o algo así —dijo Kippie—. No dice nada.

Él les estaba gritando mentalmente. «¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Vengándoos? Tontos, ¿creéis que si me castigáis a mí eso os devolverá a vuestros padres?»

Tiraron de la silla y la empujaron hasta meterla en la camioneta cubierta que habían aparcado ante la casa. La camioneta del obispo. Kippie no podría seguir utilizándola durante mucho tiempo. ¿Qué parte del grano robado había sido llevado en esa camioneta?

—Ahí adentro rodará de un lado a otro —advirtió Kippie.

—Voleadlo —ordenó LaVon.

Carpenter sintió que la silla salía volando de debajo de su cuerpo. Por casualidad no aterrizó con el brazo izquierdo debajo de la silla. Por casualidad, no se lo rompió. El impacto con el suelo le dobló el brazo hacia atrás, contra el espasmo de sus propios músculos. Sintió que algo se le desgarraba y su garganta hizo un sonido a pesar de su esfuerzo por tolerarlo todo en silencio.

—¿Oíste? —dijo Pope—. Tiene voz.

—No por mucho tiempo —replicó LaVon. Por primera vez, Carpenter se dio cuenta de que el miedo no era lo único a lo que tenía que temer. Ahora, apenas una hora después de que se llevaran a sus padres, mucho antes de que pudiera enfriarse su rabia, el asesinato latía en sus corazones.

El camino fue suave en la ciudad, pero pronto se volvió irregular y doloroso. De ahí Carpenter dedujo que iban hacia el margen. Sentía el metal frío del suelo ondulado de la camioneta contra la cara, el dolor en el brazo se estaba convirtiendo en un temblor permanente. «Relájate, tranquilo, calma —se decía—. ¿Cuántas veces en tu vida quisiste morir? La muerte no significa nada para ti, tonto, ya lo decidiste hace años, la muerte es solamente la liberación de la condena de este cuerpo. Así que, ¿de qué tienes miedo? Tranquilo, calma». Se le doblaron los brazos, las piernas se le relajaron.

—Se está poniendo blando de nuevo —informó Pope.

Desde la parte delantera de la camioneta, llegó la risotada de Kippie.

—Pequeño y blando, el señor Bicho. Siempre lo llamamos así, ¿me oye, señor Bicho? Siempre hubo dos de ustedes, el señor Máquina y el señor Bicho. El señor Máquina era malo y duro, inteligente, pero el señor Bicho era débil y blandito y feo, con piernas delgadas. Mirar al señor Bicho nos da ganas de vomitar.

«A mí me atormentaron maestros de la tortura cuando era pequeño, Pope Griffith. Tú eres solamente un eco patético de su talento». Las palabras de Carpenter no tenían voz, no mientras sus manos no tocaran las teclas. Sentía la mano izquierda demasiado débil para usarla después de la caída, así que codificó las palabras con torpeza. La mano derecha sola.

—Si desaparezo el día del arresto de su padre, señor Griffith, ¿no cree que se van a dar cuenta de quién lo hizo?

—¡Que no toque esas teclas! —gritó LaVon—. Que no toque el ordenador.

Casi inmediatamente, la camioneta giró y saltó con fuerza al dejar la carretera. Ahora saltaba sobre piso irregular, salvaje. La cabeza (de Carpenter golpeaba contra el suelo de metal, una y otra vez. El dolor lo puso rígido de nuevo. Por suerte, los espasmos siempre le volvían la cabeza a la derecha, así que su rigidez impidió que siguiera golpeándose hasta la inconsciencia.

Pronto, los saltos se detuvieron. El motor calló, Carpenter oyó el viento susurrando sobre la tierra abierta del desierto. Estaban más allá de los campos y las huertas, más allá de la franja de pasto del margen. Las puertas de la camioneta se abrieron. LaVon y Kippie se estiraron hacia dentro y lo sacaron con silla y todo. Arrastraron la silla hasta el borde de la orilla de una cañada. No había agua allá abajo, no todavía.

—Tirémoslo ahí ahora —dijo Kippie—. Rompámosle ese cuello de inválido.

Carpenter no habría creído que la rabia pudiera arder con tanta fuerza en aquellos muchachos lánguidos, burlones.

Pero LaVon no mostraba fuego alguno. Estaba frío y suave como la nieve.

—No quiero matarlo todavía. Primero quiero oírle hablar.

Carpenter se tendió para contestar por el tablero. LaVon le dio un golpe en las manos, tomó el ordenador, puso un pie sobre la silla de ruedas y arrancó la máquina de su soporte. La arrojó contra el arroyo. El aparato golpeó al otro lado y cayó en la cañada seca. Probablemente no había sufrido daños; pero no era por el ordenador por lo que estaba asustado. Hasta ese momento se había aferrado a la esperanza de que solamente quisieran amedrentarlo. Pero era impensable que trataran de aquella forma a su precioso equipo electrónico, no si la civilización todavía tenía algo que decir dentro de la mente de LaVon.

—Con *su* voz, señor Carpenter. No con la máquina, con su propia voz.

«No para usted, señor Jensen. No me humillo ante usted».

—Vamos —dijo Pope—. Ya sabes en qué quedamos. Lo llevamos hasta la cañada y lo dejamos allí.

—Lo vamos a mandar por el camino rápido —intervino Kippie. Empujó la silla de ruedas, que se tambaleó sobre el borde.

—¡Lo vamos a llevar abajo! —gritó Pope—. ¡No vamos a matarlo! ¡Lo prometiste!

—Poca diferencia hay —señaló Kippie—. Apenas llueva en las montañas, este chupón se va a llenar de agua y se va a dar el baño de su vida.

—No vamos a matarlo —insistió Pope.

—Vamos —dijo LaVon—. Llevémoslo abajo, a la cañada.

Carpenter se concentró en no ponerse rígido de nuevo mientras ellos llevaban la silla cuesta abajo, a trompicones. Las paredes de la cañada no eran rectas, pero sí lo suficientemente empinadas como para que la bajada no fuera fácil. Carpenter trató de concentrarse en problemas matemáticos para no sentir pánico y retorcerse frente a ellos. Finalmente, la silla quedó quieta al fondo de la cañada.

—Usted cree que puede venir aquí y decidir quién es bueno y quién no, ¿verdad? —dijo LaVon—. Cree que puede sentarse en su tronito y decidir al padre de quién manda a la cárcel, ¿no?

Las manos de Carpenter estaban quietas sobre el soporte vacío que antes sostuviera su ordenador. Se sentía desnudo, indefenso sin la voz ácida e hiriente que usaba como látigo para meterlos en vereda. LaVon había sido inteligente al quitarle la voz. LaVon sabía lo que podía hacer Carpenter con las palabras.

—Todo el mundo lo hace —dijo Kippie—. Usted es el único que no se lleva la cosecha al mercado negro y eso es solamente porque no puede.

—Es fácil ser recto cuando no se puede sacar nada de no serlo —añadió Pope.

«Nada es fácil, señor Griffith. Ni siquiera la virtud».

—¡Mi padre es un buen hombre! —gritó Kippie—. ¡Es el obispo, por el amor de Dios! ¡Y usted lo mandó a la cárcel!

—Eso si no lo matan —observó Pope.

—No te matan por traficar en el mercado negro. Ahora ya no —puntualizó LaVon—. Eso era en los viejos tiempos.

Los viejos días. Hacía cinco años. Pero esos días ya eran viejos para esos chicos. «Los niños son inocentes a los ojos de Dios», se recordó Carpenter. Trató de creer que no sabían lo que le estaban haciendo.

Kippie y Pope empezaron a subir el flanco de la cañada.

—Vamos —dijo Pope—. Vamos, LaVon.

—Un momento —repuso LaVon. Se inclinó sobre Carpenter, cerca, y habló con suavidad, con intensidad, el aliento caliente y sucio, la saliva como chispas de fuego sobre la cara de Carpenter—. Solamente pídamelo. Abra la boca y ruégume, hombrecito, y yo le llevaré de vuelta a la camioneta. Ellos le dejarán vivir si yo se lo digo, usted lo sabe.

Él lo sabía. Pero también sabía que LaVon nunca les ordenaría que lo dejaran.

—Ruégume, señor Carpenter. Pídame por favor que le deje vivir y vivirá. Mire. Hasta puedo salvar su cacharro parlante.

Recogió el ordenador del fondo arenoso y lo levantó, arrojándolo fuera de la cañada. El aparato pasó sobre la cabeza de Kippie que había llegado ya arriba.

—¿Qué diablos ha sido eso? ¿Estás tratando de matarme?

LaVon volvió a susurrar.

—¿Sabe cuántas veces me humilló? Y ahora tendré que humillarme toda la vida, mi padre está en la cárcel por su culpa.

Tengo hermanos y hermanas, menores. Aunque me odie a mí, ¿qué tiene en contra de ellos, eh?

Una gota de lluvia golpeó a Carpenter en la cara. Cayeron más.

—¿Las siente? —dijo LaVon—. La lluvia en las montañas inunda esto. Siempre. Humíllese ante mí, Carpenter, y yo le llevaré arriba.

Carpenter no se sentía valeroso. Mantenía la boca cerrada y no dejaba escapar ni un solo sonido. Si realmente hubiera creído que LaVon pensaba mantener su

promesa, se habría tragado su orgullo y habría suplicado. Pero LaVon mentía. Ahora ya no podía salvar a Carpenter aunque hubiera querido hacerlo. La cosa había llegado demasiado lejos, las consecuencias serían demasiado grandes. Carpenter tenía que morir, ahogarse accidentalmente, sin testigos, una desgracia, un héroe tan conocido y nadie iba a saber nada de los tres muchachos que lo habían llevado al lugar de su muerte.

Si rogaba y gemía con su voz de perro, su voz de gato, su voz bestial, monstruosa, LaVon lo miraría y sonreiría con arrogancia. Le murmuraría:

—Hijo de puta.

Carpenter lo conocía muy bien. Tal vez por la mañana LaVon se arrepentiría, pero ahora no habría dudas. No se ablandaría. Solamente quería que su triunfo fuera completo, por eso agitaba la esperanza frente a sus ojos. Quería ver cómo Carpenter se retorció, quería verlo arrastrarse como un gusano y aullar como un perro antes de morir. Guardar silencio era una victoria. «Que se acuerde de mí en sus pesadillas, que se acuerde de que tuve el valor necesario para no gemir».

LaVon le escupió. La saliva le golpeó el pecho.

—Ni siquiera puedo darte en esa cara de gusano —dijo. Empujó la silla y se alejó por la ladera de la cañada.

Durante un momento, la silla colgó en equilibrio. Después se volcó. Esta vez Carpenter se relajó en la caída y rodó lejos de la silla sin lastimarse. Estaba de espaldas a la pendiente por la que ellos habían subido; no podía ver si le estaban mirando o no. Así que se quedó quieto, salvo por el latido leve en el brazo izquierdo lastimado. Después de un rato oyó que la camioneta se marchaba.

Solamente entonces empezó a tender los brazos para alcanzar la arena del fondo del arroyo. Tenía las piernas absolutamente paralizadas, eran como un peso al final de su cuerpo. Pero no era totalmente inútil sin su silla. Controlaba los brazos, y estirándolos y apoyándolos y apoyándose en los codos podía moverse bien por el lecho de arena. ¿Cómo creían los chicos que lograba ir de la silla hasta la cama o ir al baño? ¿No le habían visto usar los brazos y las manos? Claro que lo habían visto, pero pensaban que siendo sus brazos débiles, también debían de ser inútiles.

Cuando llegó a la pared del arroyo, se dio cuenta de que sí eran inútiles. Apenas empezaba a trepar la ladera el brazo izquierdo le dolía mucho. Y la ladera era empinada. Si no lograba usar los dedos para aferrarse a los arbustos de salvia o a los brotes de árboles, no lograría subir todo aquello.

El rayo parpadeaba en la distancia y Carpenter oyó el trueno. La lluvia allí era un constante gotear sobre la arena, un ruidito agudo sobre las pocas hojas del lugar. Ya debía de estar lloviendo con fuerza en las montañas. Pronto llegaría el agua.

A pesar del dolor, se arrastró un metro más ladera arriba. La arena le arañaba los hombros cuando los hundía para apoyarse. La lluvia caía con fuerza ahora, a grandes

gotas, pero todavía no era un diluvio. Eso no era mucho consuelo para Carpenter. El agua estaba empezando a deslizarse por los costados de la cañada y/a formar pequeños charcos en el fondo.

Con humor amargo, se imaginó diciéndole al decano Wintz: «Pensándolo bien, no quiero ir a enseñar en sexto grado. Voy a seguir enseñando aquí a los que salen de las granjas. Solamente a los pocos que quieran aprender algo más de lo que se enseña hasta sexto, que quieran una educación universitaria. A los que aman los libros y los números y las lenguas, a los que comprenden la civilización y quieren que sobreviva. Deme usted a los chicos que *quieren* aprender, en lugar de a esos pobres destripaterrones que solamente van a la escuela porque la ley exige que seis de sus primeros quince años los pasen como presos en esa cárcel del conocimiento.

»¿Por qué salen los tragafuegos a buscar los lugares donde cayeron los misiles y arriesgan la vida desmontándolos? Para preservar la civilización. ¿Por qué dejan sus hogares seguros los jinetes de la libertad y salen a guiar a los refugiados solitarios y asustados hasta la seguridad de las montañas? Para preservar la civilización».

¿Y por qué informó Timothy Carpenter a los alguaciles sobre el mercado negro que había descubierto en las granjas de Reefrock? ¿Fue realmente para preservar la civilización?

«Sí», insistía para sí mismo.

El agua fluía ahora por el fondo de la cañada. Los pies de Carpenter estaban cerca del arroyo. Se arrastró con mucho dolor un poco más arriba, otro metro. Tenía que mantener el cuerpo paralelo a la pendiente de la cañada o no podría impedir el rodar de costado. Descubrió que si empujaba con las piernas a su modo espasmódico y descontrolado, podían apoyar los talones de los zapatos en la arena y así descansar los brazos por un momento. No, se dijo. No había sido solamente para preservar la civilización. Había sido por la forma en que se contoneaban esos muchachos, con sus ropas robadas, con los vientres llenos y la piel sana y el cabello sano, como matones, como solamente la seguridad puede hacer sentir a un muchacho. Suficiente y más que suficiente, eso era lo que tenían mientras los pobres tontos que los rodeaban se preguntaban si habría comida suficiente para el invierno y si la madre estaba comiendo la cantidad necesaria para que no le faltara leche al bebé, y si los zapatos aguantarían otro verano. Los ladrones podían llevarse una carreta por el largo camino a Price o incluso a Zarahemla, la ciudad brillante sobre el mar Mormón, mientras los hijos de los hombres honestos nunca veían otra cosa que el polvo y la arena y las montañas ásperas. Carpenter los odiaba por eso, por todas las diferencias del mundo, por los muchachos que tenían piernas y no llegaban a ningún lugar importante, por los muchachos que tenían voz y la usaban para decir estupideces, por los que tenían dedos hábiles e inteligentes y los empleaban para asustar y dominar a los débiles. Por todas las desigualdades del mundo, los odiaba y quería que pagaran por todo. No

podían ir a la cárcel por tener brazos y lenguas y piernas obedientes pero podían ir, ah, sí, podían ir a robar la cosecha ganada con el sudor de hombres y mujeres honrados. Cualesquiera que fuesen sus motivos personales, eso era suficiente para llamarlo justicia.

El agua subía a razón de algunos centímetros por minuto. La corriente le tiraba de los pies. Levantó los codos para ganar un nuevo trecho, para elevarse un poco más por la ladera, pero apenas estiró los brazos se deslizó hacia abajo y la corriente tiró de él con más fuerza. Le llevó mucho esfuerzo volver al punto de partida y le pareció que el brazo izquierdo le ardía con el dolor de los músculos desgarrados. Y sin embargo, el dolor era vida, ¿no? Fijó el codo izquierdo en su lugar mientras estiraba el brazo derecho y se arrastraba todavía más arriba, una y otra vez. Incluso trató de usar los dedos para aferrarse al suelo, a una rama, a una roca, pero tenía los puños cerrados, no podía abrirlos y lo único que lograba era golpear el suelo como un martillo.

«¿Soy vengativo, cruel, rencoroso? Tal vez sí. Pero sea cual fuera mi motivo, ellos eran ladrones y no debían estar entre la gente a la que traicionaron. Fue duro para los chicos, por supuesto, cruel y duro para ellos ver cómo las autoridades se llevaban a sus padres. Pero ¿cuánto peor sería si los padres se quedaran y los chicos aprendieran que la honradez es para los estúpidos y el honor para los débiles? ¿Qué tipo de gente serían esos chicos si supieran manejar números y letras pero no sostener el plato de otro sin robarle la comida?»

El agua le llegaba a la cintura. La corriente lo mecía levemente, llevándolo con ella. Podía sentir cómo sus piernas flotaban por detrás y el agua subía por la ladera haciendo que la tierra se aflojara bajo sus codos. Así que los chicos, inflamados de furia, lo querían muerto. Moriría por una buena causa, ¿verdad?

Al ver el agua que cada vez se elevaba con mayor rapidez, la corriente que cada vez era más rápida, decidió que el martirio no era lo que se decía. Y se lo pensaba mejor, la vida tampoco era algo a lo que renunciar por unos cuantos inconvenientes. Se las arregló para subir unos centímetros más, pero ahora tenía un escalón de tierra delante. Alguien que tuviese manos podría haberse estirado por encima con facilidad y cogerse del arbusto de salvia que crecía justo por encima.

Apretó la boca con fuerza y levantó el brazo hacia el escalón de tierra. Trató de buscar algún apoyo para el antebrazo pero el suelo estaba resbaladizo. Cuando trató de apoyarse sobre el brazo, se deslizó de nuevo.

Allí estaba, allí venía su muerte, la sentía y en el brusco ataque de miedo sintió que su cuerpo se ponía rígido. Casi inmediatamente, los pies tocaron el lecho de piedra del río y él dejó de deslizarse. En pleno espasmo, las piernas le sirvieron de algo. Estiró el brazo derecho hacia arriba, se cogió del arbusto con el puño y trató de abrir los dedos.

Con un esfuerzo agónico, lo logró. Todos los dedos, menos el meñique, se abrieron para agarrarse del brote. De algo le servía ahora la rigidez que adquiriría cuando cerraba el puño. Utilizó el brazo izquierdo sin piedad, ignorando el dolor, para subir un poco más, hasta el escalón. Todavía tenía los pies en el agua pero la cintura ya no, y la corriente ya no lo sacudía tanto.

Era una victoria, pero no demasiado grande. El agua todavía no tenía ni un metro de altura y la corriente no era lo bastante fuerte para llevarse su silla de ruedas. Pero sí lo bastante fuerte para matarlo, si no hubiera subido hasta allí. Y sin embargo, ¿qué estaba logrando en realidad? En tormentas como ésta, el agua llenaba casi por completo las cañadas; y él llevaría horas muerto cuando la corriente empezara a bajar de nuevo.

Oyó un vehículo aproximarse por la carretera. ¿Habían vuelto para verlo morir? No podían ser tan estúpidos. ¿A qué distancia de la carretera quedaba la cañada? No muy lejos, no habían andado mucho sobre el camino irregular para llegar hasta allí. Pero eso no quería decir nada. Nadie le vería, ni siquiera verían el ordenador que yacía entre las salvias y los cardos en el borde del arroyo. Tal vez pudieran oírle. Era posible. Si tenían la ventanilla abierta..., ¿la ventanilla abierta en medio de una tormenta? Si el motor era silencioso..., ¿pero acaso no lo estaba oyendo él? Imposible, imposible. Y tal vez eran los muchachos que habían venido a oírlo gritar y gemir por su vida. «No voy a gritar ahora, después de tantos años de silencio».

Pero el deseo de vivir era más fuerte que la vergüenza; su voz llegó sin obstáculos a su garganta. Los labios y la lengua y los dientes que en la infancia habían practicado palabras con tanto dolor y sufrimiento, palabras que solamente su familia podía entender, formaron una palabra de nuevo:

—¡Socorro!

Era una palabra difícil, casi le cerraba la boca, le salía demasiado débil para que alguien la oyera. Así que al final aulló simplemente, sin decir nada, excepto el terrible sonido de su voz.

El freno gimió, un ruido largo y fuerte y el vehículo crujió y se detuvo. El motor se apagó. Carpenter aulló de nuevo. Se oyeron puertas de un coche.

—Te digo que es un perro en alguna parte, un perro viejo que...

Carpenter aulló de nuevo.

—Perro o no, está vivo, ¿no?

Corrieron por el borde del arroyo y alguien lo vio.

—¡Un niño!

—¿Qué está haciendo allí abajo?

—Vamos, niño, sube, puedes trepar desde ahí.

«Casi me maté para llegar hasta aquí, idiota. *Si pudiera* trepar, ¿no crees que ya lo habría hecho? ¡Ayúdame!» Gritó de nuevo.

—No es un niño. Tiene barba...

—¡Agárrese, ya vamos!

—Hay una silla de ruedas en el agua...

—Debe de ser un inválido...

Había varias voces, algunas de mujeres, pero los que llegaron hasta él eran dos hombres jóvenes, con los pies metidos en el agua. Lo colgaron de sus brazos y lo llevaron hasta la cima.

—¿Puede tenerse en pie? ¿Está bien? ¿Puede tenerse en pie?

Carpenter se esforzó para sacar la palabra «No» de entre sus labios.

La mujer de más edad tomó el control de la cuestión.

—Ha tenido parálisis, cualquier tonto puede verlo. Baja y sube la silla de ruedas, Tom, no tiene sentido hacerle esperar a que puedan conseguirle otra. ¡Baja! No está tan mal allá abajo, aún no ha sido completamente inundado.

Tenía la voz severa y clara, hablaba perfectamente, parecía casi extranjera por su precisión en la pronunciación. Ella y la mujer joven llevaron a Carpenter al camión. Era un viejo camión de remolque, y llevaba un montón de formas raras bajo una cubierta de lona. En la lona, Carpenter leyó las palabras TEATRO AMBULANTE DEL MILAGRO DE SWEETWATER. Gente del espectáculo, entonces, corriendo hacia el pueblo para escapar de la lluvia, y que por algún milagro habían oído su voz.

—Sus pobres brazos... —dijo la mujer joven, limpiándole la suciedad y la arena que le había desollado los codos—. ¿Subió hasta ahí con los brazos solamente?

Los jóvenes salieron del arroyo cubiertos de barro, soltando maldiciones, pero traían la silla de ruedas. La ataron con rapidez a la parte trasera del camión; uno de los hombres había encontrado el ordenador y lo metió en la cabina. Había sido diseñada para Soportar los malos tratos, y para alivio de Carpenter todavía funcionaba.

—Gracias —emitió su voz mecánica.

—Les avisé de que había oído algo y me contestaron que estaba loca —dijo la mujer mayor—. ¿Vive en Reefrock?

—Sí —contestó la voz.

—Es extraño lo que pueden hacer esas viejas máquinas a pesar de haberse pasado todo ese tiempo ahí, bajo la lluvia —comentó la mujer mayor—. Bueno, casi se muere, pero ahora está bien, señor, es lo más que se puede pedir. Le llevaremos a ver a un médico.

—No, a casa por favor.

Así que allí fue donde lo llevaron, pero insistieron en ayudarlo a bañarse y hacerle la cena. La lluvia caía a cántaros cuando terminaron.

—Lo único que tengo es el suelo —dijo él—. Pero se pueden quedar.

—Mejor que tratar de montar las tiendas con esta tormenta.

Así que se quedaron a pasar la noche.

A Carpenter le dolían demasiado los brazos para poder dormir, aunque estaba agotado. Se quedó despierto, recordando cómo la corriente tiraba de sus piernas, imaginando lo que le habría pasado de no haber aparecido aquel camión, lo lejos que habría viajado por el arroyo antes de ahogarse, el sitio en que podrían haber encontrado su cuerpo. Atrapado en una rama, colgando de un árbol o de una roca cuando bajara el agua, el cuerpo sin vida secándose al sol. Tal vez lejos, en algún lugar del desierto. O quizás el agua de la inundación lo *habría* llevado hasta el Colorado y lo *habría* tirado de *cabeza* por los rápidos, a través de los cañones, más allá de las ruinas de los viejos diques, y finalmente al golfo de California. Entonces habría pasado por territorio navajo, y por el Protectorado Hopi, por áreas que los chihuahuas reclamaban y hasta amenazaban con conquistar por la fuerza. Habría visto más del mundo en ese viaje que en toda su vida.

«Esta noche he visto más del mundo de lo que jamás creí que vería —pensó—. Vi la muerte y vi cuánto miedo me da».

Y se miró hacia dentro, mientras se preguntaba cuánto habría cambiado.

Más tarde, de mañana, cuando despertó, la gente del teatro ambulante se había marchado. Tenían un espectáculo, claro, y tenían que hacer algún tipo de desfile para que la gente lo supiera. La escuela dejaría que los chicos salieran temprano para que el espectáculo no gastara energía de más. No habría escuela esa tarde. Pero ¿y las clases de la mañana? Debía de haber habido cierto estupor al ver que él no comparecía. Sí, alguien debería haber llamado a su casa, y si él no contestaba el teléfono, alguien debería haberse llegado hasta allí. Tal vez la gente del espectáculo todavía estaba allí cuando ese alguien llegó. Y entonces, en la escuela ya sabrían que él seguía con vida.

Trató de imaginarse a LaVon y a Kippie y a Pope cuando les dijeran que el señor Máquina, el señor Bicho, el señor Carpenter estaba vivo. Estarían asustados, claro está. Tal vez desafiantes. Tal vez hasta habrían confesado. No, eso no. LaVon los mantendría callados. Trataría de pensar en una forma de salir de esa situación. Tal vez hasta pensaría en escapar, aunque encontrar un sitio a dónde ir, un lugar que no estuviera controlado por las autoridades de Utah, era todo un problema.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Tratando de pensar la forma en que mis enemigos pueden escapar de la justicia? Debería llamar de nuevo a los alguaciles, decirles lo que pasó. Eso si alguien no lo ha hecho antes».

Tenía la silla de ruedas esperando junto a la cama. La gente del espectáculo le había sacado el barro y se la había lustrado. Hasta le habían arreglado la sujeción del ordenador y ahí estaba, de nuevo en su sitio, con una atadura provisional, pero eso no importaba, serviría. ¿Funcionaría el motor después de haber estado bajo el agua? Vio que hasta le habían cambiado las pilas y que las viejas estaban a un lado, para que él

las viera. Eran buena gente. No tenían nada que ver con lo que se contaba de los gitanos de los espectáculos. Aunque no había ninguna ley que dijera que los que ayudan a un inválido no piensan seducir a las jóvenes del pueblo al mismo tiempo.

A Carpenter le dolían los brazos, y sentía el izquierdo débil y tembloroso, pero se las arregló para subir a la silla. El dolor le recordó el día anterior. «Estoy vivo hoy y, sin embargo, nada me parece distinto de la semana pasada cuando también estaba vivo. Llegar al borde de la muerte no ha sido suficiente, la única transformación es la muerte misma».

Comió, pues ya casi era mediodía. Y vino Eldon Finch a verlo, con el comisario.

—Soy el nuevo obispo —se anunció Eldon.

—No pierden el tiempo por aquí —comentó Carpenter.

—Tengo que decirle, hermano Carpenter, que las cosas están un poco revueltas hoy. Ayer, también, claro, con eso de que los ángeles vengadores cayeron del cielo y se llevaron a gente en la que confiábamos. Hay algunos que andan diciendo que usted no debería haber hablado y otros que opinan que estuvo bien, y algunos se callan porque tienen miedo de que se haya dicho algo de *ellos*. Malos tiempos, malos tiempos cuando la gente le roba a sus vecinos.

Finalmente habló el comisario Budd.

—Casi tan malo como tratar de ahogar a alguien. El obispo asintió.

—Naturalmente sabrá la razón por la que vinimos, el comisario Budd y yo. Vinimos a saber quién lo hizo.

—¿Hizo qué?

—Llevarlo a esa cañada, claro. No irá a decirme que usted se fue sólito con su silla hasta allí, al otro lado del margen. ¿Qué? ¿Iba tan rápido que perdió el control y se cayó? Dé paz a mi corazón, hermano Carpenter, dígame la verdad.

El obispo y el comisario rieron juntos. Vaya broma. «Ahora es el momento —pensó Carpenter—. Di lo nombres. El motivo es obvio, se hará justicia. Te hicieron pasar el peor momento de tu vida en el peor de los infiernos, te hicieron gritar para pedir auxilio, te enseñaron el gusto de la muerte. Ahora es el momento de equilibrar las cosas».

Pero no pulsó los nombres en el ordenador. Pensó en la madre de Kippie llorando en la puerta. Cuando el llanto terminara habrían pasado años. Les faltaba demasiado para asegurar su tierra. Kippie había terminado con la escuela. Ya no seguiría, y nunca saldría de allí. El peso de los adultos estaba ahora sobre los hombros de esos chicos, con años de anticipación. ¿Debían sufrir todavía más sus familias con otra generación en la cárcel? Carpenter no ganaría nada y muchos que no tenían culpa alguna perderían demasiado.

—Hermano Carpenter —dijo el alguacil Budd—. ¿Quién fue?

Él tecleó la respuesta.

—No los vi.

—Las voces, ¿las reconoció?

—No.

El obispo lo miró con firmeza.

—Han tratado de matarle, hermano Carpenter. No es una broma. Habría muerto si no llegan a pasar los del espectáculo. Y yo tengo mis propias ideas sobre quién fue, sobre todo sabiendo quién tenía razones para odiarle a muerte ayer.

—Como usted dice, mucha gente piensa que un forastero como yo no tendría que haber metido sus narices en los asuntos de Reefrock.

El obispo frunció el ceño.

—¿Tiene miedo de que lo intenten de nuevo?

—No.

—No hay nada que hacer —se rindió el comisario—. Creo que es usted un tonto del diablo, hermano Carpenter, pero no hay nada que hacer si a usted ni siquiera le importa.

—Gracias por venir.

No fue a la iglesia ese domingo. Pero el lunes apareció en la escuela, a la hora de siempre. Y allí estaban LaVon, y Kippie, y Pope, justo donde debían. Pero no fue como siempre. Las burlas se habían terminado. Cuando él los llamaba, contestaban si podían y no contestaban si no. Cuando él los miraba, desviaban la vista.

Él no sabía si era vergüenza o miedo de que algún día él revelara lo que le habían hecho. No le importaba. La marca estaba en ellos. Se casarían un día, saldrían hacia nuevas tierras más allá de ese margen que siempre avanzaba un poco más. Tendrían hijos, trabajarían hasta que sus cuerpos se agotaran y después caerían en una tumba. Pero recordarían el día en que dejaron a un inválido a su suerte para que muriera. Él no tenía idea de lo que podría significar para ellos, pero lo recordarían.

Algunas semanas después, LaVon y Kippie dejaron la escuela; sin sus padres, había demasiado trabajo en los campos y la escuela era un lujo que sus familias ya no podían permitirse. Pope tenía hermanos mayores que todavía estaban en casa y se quedó todo el año.

Una vez estuvo a punto de hablarle. Era un día ventoso en el que la arena golpeaba contra las ventanas del colegio, y la tormenta que venía por el sur parecía ser una de las malas. Cuando Carpenter terminó la clase, casi todos los chicos agacharon la cabeza y salieron corriendo, para llegar a casa antes de que cayera el chubasco. Algunos se quedaron para hablar con Carpenter de una cosa u otra. Cuando se fue el último, Carpenter vio que Pope estaba allí, de pie, todavía. Tenía el lápiz sobre un pedazo de papel. Levantó la vista y miró a Carpenter, después el lápiz, recogió los libros y se fue hacia la puerta. Se detuvo un momento con la mano sobre el picaporte. Carpenter esperó a que hablara. Pero el chico abrió la puerta y salió.

Carpenter fue con la silla hasta la puerta y lo miró alejarse. El viento le tiraba de la chaqueta. «Como a una cometa —pensó Carpenter—, se lo lleva como a una cometa».

Pero no era cierto. El muchacho no se alzó por los aires, no voló. Y ahora Carpenter veía el viento como una corriente que pasaba por la calle del pueblo, llevándose a Pope. Todos los cuerpos del mundo atrapados en la misma corriente, el mismo viento, arrastrados por los mismos ríos de aire, las mismas calles y descansando al final en alguna rama semihundida, atravesados en alguna puerta, metidos en alguna tumba. Dios sabía dónde y por qué.

TEATRO AMBULANTE

La yegua de Deaver enfermó y murió mientras caminaba. Él iba montado escribiendo notas sobre la forma en que la erosión se comía la nueva tierra de pastos, cuando de pronto la vieja *Bette* tembló y tosió y cayó de rodillas. Deaver se bajó enseguida, por supuesto, y le sacó la montura, pero después de eso lo único que pudo hacer fue acariciarla y hablarle y apoyarle la cabeza sobre su regazo mientras ella se quedaba allí y se iba muriendo.

«Si yo fuera un jinete exterior, las cosas no serían así —pensaba Deaver—. Los Jinetes de Royal van de dos en dos por las praderas del este, nunca solos como nosotros, los jinetes locales del viejo desierto del sur de Utah. Los jinetes exteriores consiguen los mejores caballos de Deseret, nunca una vieja yegua como *Bette*, que tuvo que trabajar hasta su último suspiro vigilando la linde de pastos. Y los jinetes exteriores tienen revólveres, ellos no tienen que sentarse y ver morir a un caballo, pueden despedirse con una bala final, dulce como el último terrón de azúcar».

No tenía sentido pensar en los exteriores, claro. Deaver había estado cuatro años en la lista de espera, allí, esperando su turno para tener derecho a presentar una solicitud. La mayoría de los jinetes locales estaba en esta lista, deseando una oportunidad para hacer algo importante y peligroso, traer refugiados desde las praderas, luchar contra las bandas de asaltantes, desarmar misiles. Los Jinetes de Royal eran todos héroes, eso iba con el puesto, y cada vez que volvían de una misión veían su foto en los diarios y un gran artículo en su honor. Los locales solamente conseguían sentirse solos y oler mal e ir harapientos. Con razón todos soñaban con cabalgar junto a Royal Aal. Con tantos otros en la lista, Deaver pensaba que probablemente era demasiado viejo y borrarían su nombre antes de que llegara al primer puesto. No aceptaban solicitudes de ninguna persona mayor de treinta años, así que le quedaba solamente un año y medio. Iba a terminar haciendo lo que hacía ahora, cabalgando por la linde de las tierras de pastos, controlando los niveles de erosión y guiando al ganado extraviado hasta que un día se cayera de la montura, y entonces le tocaría a su caballo quedarse a su lado y verle morir a él.

Bette estiró un poquito la pata y estornudó. Se le iban los ojos hacia todos lados, como si sintiera pánico, y después, de pronto, se quedó completamente inmóvil. Al rato, una mosca aterrizó en su cuello. Deaver se apartó de la yegua. La mosca se quedó donde estaba. Probablemente ya estaba poniendo huevos. Esa región no perdía mucho tiempo antes de chupar hasta la última esperanza de vida de cualquier cosa que se quedara quieta durante un rato.

Deaver pensó que haría todo según el libro. Pondría un raspado del ano de *Bette* en un tubo de plástico para que se pudiera saber si la había matado una enfermedad, recogería su saco de dormir del suelo, sus cuadernos y su cantimplora, y después

pediría que lo llevaran al pueblo más cercano para poder llamar a Moab.

Estaba listo para irse, pero no podía dejar la montura allí. El libro de reglas decía que la vida de un jinete era más valiosa que una silla de montar, pero el tipo que lo había escrito no había dejado cinco dólares de depósito por una. El sueldo de una semana. No creía que hubiese de arrastrarla muy lejos. Había cruzado una carretera en la tarde del día anterior. Volvería hasta allí, se sentaría sobre la silla y esperaría un par de días a que pasara un camión.

De todos modos, quería que aquello constara en su historial. Deaver Teague volvió con silla de montar y todo. Ya era bastante malo perder el caballo. Así que se puso la silla sobre los hombros. Todavía estaba tibia y húmeda del sudor del cuerpo de *Bette*.

No siguió las huellas de *Bette* a lo largo de la linde de los pastos: no había razón para arriesgarse a que sus huellas causaran todavía más erosión. Caminó por la profunda y espesa hierba plantada el año anterior. Muy pronto perdió de vista los arbustos de salvia del gran desierto gris, que quedaron muy lejos en el aire húmedo y neblinoso. La gente hablaba de cómo había sido aquello en los viejos días, cuando el aire estaba tan claro y seco que se veían montañas a las que no se podía llegar ni en dos días a caballo. Ahora lo único que se veía eran los centinelas de roca roja que se elevaban desde la hierba, brillantes y anaranjados cuando uno se les acercaba, más turbios y grises cuando estaban a un kilómetro o dos hacia delante o hacia atrás. Como soldados que vigilaran en la niebla.

Los ojos de Deaver nunca se acostumbraban a ver aquellos pilares anaranjados de piedra arenosa, torturados por el viento, que les daba formas precarias, encantadas, como las de los sueños, de pie justo en el centro de esa tierra de pastos verdes y profundos. No podían estar juntos, esos colores, esa piedra rígida y el pasto ondulante. No era natural.

En cinco años, el margen se correría hasta esa nueva tierra de pastos y habría granjeros dando la vuelta con el arado para dejar atrás esas piedras, sin levantar la vista jamás para mirar a los últimos supervivientes del desierto. Con los ojos de la mente, Deaver veía esas rocas enrojeciendo de rabia mientras un mar de verde frescor se alzaba a su alrededor. Tal vez la gente tenía el poder de domar el suelo del desierto, pero nunca podría con aquellos viejos soldados temperamentales y retorcidos. En cincuenta, tal vez cien o doscientos años, cuando la Tierra se hubiese curado de la guerra y el clima volviera a cambiar y las lluvias dejaran de caer, todo ese pasto, todas esas cosechas, se pondrían castaños y secos y morirían, y los nuevos árboles de las huertas se quedarían desnudos y volarían en cualquier tormenta de arena y se convertirían en polvo, y entonces los arbustos grises de la salvia cubrirían el suelo otra vez, y los soldados de piedra se quedarían allí, silenciosos en su victoria.

«Eso va a pasar algún día, gente del margen, con todas esas hileras de grano y

legumbres y árboles, ah, vuestros pueblos, llenos de gente que se conoce y donde todos van a la misma iglesia. Pensáis que pertenecéis a este lugar, ¿verdad?, todos vosotros tenéis un lugar en el que encajáis perfectamente, como un corcho en una botella. Cuando llego al pueblo, me miráis con dureza con vuestros ojitos estrechos, porque nunca visteis mi cara. No tengo lugar entre vosotros, así que mejor hago lo que tengo que hacer y me voy del pueblo. Pero he aquí lo que el desierto piensa de vosotros y de vuestros arados y vuestras casas: solamente estáis de paso, no sois de aquí, muy pronto vosotros y todas vuestras plantaciones habréis desaparecido».

Gotas de sudor le corrían por la cara y le caían en los ojos, pero no dejó la silla para limpiarse la frente. Le parecía que si la soltaba, ya no podría levantarla. Las sillas de montar no estaban hechas para encajar bien en la espalda de un hombre, y a él la suya le ardía debido al roce y al continuo golpeteo. Pero la había llevado tanto que sabía que se sentiría tonto si la dejaba ahora, así que no le importaban los arañazos en los hombros ni la forma en que le dolían los dedos y las muñecas y la parte posterior de los brazos.

Al anoecer todavía no había llegado a la carretera. A pesar de que lo había envuelto todo en una manta y se protegía del viento con la silla, Deaver se pasó la noche temblando por la brisa fría que soplaba aquí y allá por toda la pastura. Se despertó entumecido y cansado, con la nariz llena de líquido. Y no llegó a la carretera hasta el mediodía del día siguiente.

Era una línea delgada y de viejo asfalto gris, una vieja carretera de dos carriles que ya estaba allí cuando todo aquello era desierto y nadie la usaba excepto los geólogos y los turistas, y los más obstinados y duros de los ganaderos. Le dolían tanto los brazos y la espalda y las piernas que no podía sentarse, no podía estar de pie y no podía acostarse. Así que dejó la montura en el suelo y también la bolsa de dormir y caminó un poco por la carretera para aliviar el dolor. Se sentía liviano como una brizna de paja ahora que no tenía la silla a la espalda.

Primero fue hacia el sur, hacia el desierto, hasta que casi dejó de ver la silla de montar en la niebla. Después caminó de vuelta, más allá de la silla, hacia el margen. El pasto se hacía cada vez más espeso y más alto en esa dirección. Los locales tenían un dicho: «Pasto hasta el estribo, tortitas y trigo». Quería decir que cuando se veía ese pasto, era porque uno había llegado de donde estaban las huertas y las granjas, es decir, cerca de los pueblos, y como la mayoría de los jinetes locales eran de la comunidad mormona, podían abrirse paso a fuerza de decir hermano o hermana y conseguir buena comida. En los pueblos que eran demasiado pequeños para tener una fonda, Deaver apenas si conseguía bocadillos o pan seco.

Pensaba siempre que era como si todos aquellos mormones juntos formaran una gran tela, tendida a través del estado de Deseret, cada uno como un hilo atado con los demás para formar un tejido duro y fuerte y completo que llegaba hasta el margen, es

decir, hasta la frontera de pastos. Los jinetes locales que eran mormones tal vez se perdieran por las tierras deshabitadas de los pastos, pero eran parte de la tela, y a pesar de todo seguían conectados. Deaver era como un hilo de color equivocado que parecía estar colgando de la tela, y que cuando uno se acercaba, veía que no estaba atado a nada, solamente mezclado con los demás en el lavado. Si uno tiraba de ese hilo, salía con facilidad y la tela no perdía fuerza ni quedaba debilitada sin él.

Pero eso estaba bien. Si el precio de un desayuno caliente era ser mormón y hacer lo que el obispo decía que uno tenía que hacer porque estaba inspirado por Dios, entonces el pan y el agua le sabían bien. Para Deaver, los pueblos del margen eran un desierto tan desierto como el desierto mismo. No hubiera podido vivir allí durante mucho tiempo, a menos que aceptara ser algo que no era.

Caminó ida y vuelta hasta que no le dolió sentarse y entonces se sentó hasta que ya no le dolió caminar de nuevo. Todo un día y ni un coche. Bueno, así era su suerte, el gobierno probablemente había reducido de nuevo la cuota de gasolina y nadie se movía. O tal vez habían cerrado la carretera porque no querían que la gente anduviera por las tierras de pastos ni siquiera sobre el pavimento. Por lo que Deaver sabía, la carretera se habían inundado con las últimas lluvias. Tal vez estaba parado allí para nada y solamente tenía agua para dos días en la cantimplora. ¿No sería tonto morir de sed porque se había quedado descansando un día entero en una carretera que nadie usaba?

Hacia la mitad de la noche lo despertó el ruido de un motor y la vibración de la carretera. Todavía estaba lejos, pero veía las luces delanteras. Un camión, a juzgar por el temblor y el ruido que hacía. Y no iba rápido, por la forma en que tardaban aquellas luces en acercarse. Pero era de noche. E incluso si iban a cuarenta había una buena posibilidad de que no le vieran. La ropa de Deaver era oscura, excepto la camiseta. Así que, a pesar del frío de la noche, se sacó la chaqueta y la camisa de franela y se quedó inmóvil en medio de la carretera para que las luces alcanzaran la camiseta, los brazos abiertos haciendo señas cuando el camión se acercó lo suficiente.

Pensó que debía de parecer un pato tratando de despegar de un charco de petróleo. Y la camiseta no estaba lo suficientemente limpia. Nadie la hubiera llamado blanca. Pero lo vieron y apretaron el freno. Deaver se echó a un lado cuando vio que el camión no se detendría a tiempo. Los frenos gimieron y aullaron y al camión le llevó otros cincuenta metros detenerse del todo. Eran buena gente, incluso retrocediendo hasta él en lugar de hacerle llevar la montura hasta el lugar donde habían parado.

—Gracias a Dios que usted no era un bebé en medio de la carretera —dijo un hombre desde la parte de atrás del camión—. Por casualidad, ¿no tiene repuestos para frenos, joven?

La voz del hombre era rara. Era fuerte, sonaba con pompa, y con un acento que

Deaver nunca había oído antes. Cada letra se oía con claridad, como la voz de Dios en el monte Sinaí. A Deaver no se le ocurrió que el hombre estuviese bromeando no con aquella voz. En lugar de eso, sintió que era un pecado no tener repuestos para frenos.

—No, señor, lo lamento.

La Voz de Dios rió entre dientes.

—Hubo un tiempo, tú no puedes acordarte, en que ningún estadounidense cuerdo hubiera parado para levantar a un desconocido de aspecto peligroso como tú. ¿Quién dice que el país no ha adelantado desde el colapso?

—A mí me gustaría una bolsa de *nacho Doritos* —dijo una mujer—. Eso sí que sería un adelanto. —Tenía una voz cálida y amistosa pero, igual que el hombre, pronunciaba letra por letra. Una liebre hubiera podido aprender inglés oyéndola hablar.

—Yo hablo de confianza y ella de goces carnales —bromeó la Voz de Dios—. ¿Eso es una silla de montar?

—Propiedad del gobierno, registrada en Moab —indicó Deaver sin dilación, para que a nadie se le ocurriera siquiera hacerla desaparecer.

El hombre rió de nuevo entre dientes.

—Jinete local, ¿eh?

—Sí, señor.

—Bueno, jinete local, parece que la confianza entre desconocidos no es perfecta todavía. No, no te robaríamos la silla, ni siquiera para hacer correas para frenos.

Deaver estaba avergonzado, eso era evidente.

—No quería...

—Hiciste bien, hijo —dijo la mujer.

El vehículo se componía de cabina y una gran plataforma vallada, y era viejo, pero la mayoría de los camiones que todavía funcionaban eran viejos. Ciertamente Detroit no los producía en masa, ya no. Sobre la plataforma, bien sujetos a la cerca de protección, había un montón de tiendas, canastos, cajas de cartón todo apilado de una forma que no parecía tener sentido, por lo menos no en la oscuridad. Alguien sacudió un brazo por encima de un fardo, que parecía blando y a continuación una niña de tal vez unos doce años, el pelo suave, los ojos dormidos, sacó la cabeza y dijo:

—¿Qué pasa? —Fue un sonido bien venido, aquella voz.

Nada de ese tono de importancia, no en ésta.

—Nada, Janie —dijo la mujer. Luego se dirigió a Deaver de nuevo—. Y en cuanto a ti, jovencito, demuestra algo de inteligencia y ponte la camisa otra vez. Hace frío ahí fuera.

Hacía frío. Él empezó a ponerse la camisa. Apenas ella vio que él le hacía caso, volvió a subir a la cabina.

Él oyó cómo el hombre metía sus alforjas en el camión. Puso el pie sobre la silla hasta que terminó de ponerse la camisa para que el hombre no tratara de cogerla cuando volviera. No estaba seguro pero bajo la luz turbia de algún rayo de luna, no le había parecido un hombre joven, y no quería que un viejo cargara con la silla por él.

Alguien se le acercó desde el frente del camión. Esta vez era un joven que caminaba con facilidad y sonreía con tantos dientes que su boca brillaba bajo la luna como un guardabarros. Tendió la mano y dijo:

—Soy su hijo. Me llamo Ollie.

Bueno, si Deaver pensaba que Voz de Dios era raro, su hijo era más raro todavía. Deaver había recogido a muchos jinetes en los viejos días, y lo habían recogido a él más veces de las que podía recordar. Solamente un par de personas le habían dado su nombre o manifestado interés por conocer el suyo, y eso había sido solamente al final del viaje, y eso si uno había hablado mucho y había habido algún tipo de relación amistosa. Aquí había un tipo que esperaba que él le diera la mano, como si pensara que Deaver era famoso... o que él lo era. Cuando Deaver le tomó la mano, el muchacho se la apretó con fuerza. Como si hubiera un sentimiento real en el gesto. Allí, en la oscuridad, esa gente hablaba y se portaba de manera rara; Deaver, medio dormido todavía, se sentía como si estuviera dentro de un sueño, y todavía no había decidido si se convertiría o no en pesadilla.

Ollie le soltó la mano, se inclinó y sacó la silla de debajo del pie del jinete.

—Déjame llevarla al camión.

Era evidente que no había levantado muchas sillas de montar en su vida. Era fuerte, pero lo hacía mal. Deaver tomó un extremo.

—¿Los caballos llevan esto encima, en serio? —preguntó Ollie.

—Sí, claro —contestó Deaver.

Sabía que la pregunta era una broma, pero no veía dónde estaba la gracia, o quién debía reír. Por lo menos Ollie no hablaba como el hombre y la mujer que había conocido primero. Tenía una voz natural, una forma fácil de hablar, como si uno hubiera sido su amigo desde hacía años. Pusieron la silla en el camión. Después Ollie la tomó y la puso detrás de algo cubierto con tela.

—Vas a Moab, ¿verdad? —preguntó.

—Supongo —respondió Deaver.

—Nosotros vamos a Hatchville —dijo Ollie—. No creo que nos quedemos más de dos días allí, y después pasaremos por Moab. —Miró a su padre que estaba dando la vuelta alrededor del camión. Después, sonrió todo lo que pudo y habló en voz bien alta, como para asegurarse de que su padre le oiría—. A menos que tengas una forma más rápida de viajar, ¿por qué no vienes con nosotros hasta Moab?

Voz de Dios no dijo ni una sola palabra, y estaba demasiado oscuro para ver la expresión en su cara. Pero como Deaver no lo oyó decir «Sí, Ollie tiene razón, ven

con nosotros», entendió el mensaje a la perfección. Tal vez el hijo le había dado la mano, pero el padre no estaba de acuerdo con tenerlo en el camión, no más allá de la mañana.

Y la verdad era que a Deaver no le importaba. Le parecía que esa gente no tenía todas las tuercas engrasadas, y no estaba pensando en el camión, desde luego. No tenía intención de rechazar el viaje con ellos esa noche —¿quién sabía cuándo pasaría otro vehículo por allí?—, pero no tenía ganas de seguir en aquel camión dos días enteros, oyéndoles hablar con aquellas voces tan raras.

—Con Hatchville es más que suficiente —contestó.

Solamente después de que él hubo rechazado la oferta, Voz de Dios habló de nuevo:

—Te aseguro que no habríamos tenido ningún problema en llevarte hasta Moab.

«De acuerdo —pensó Deaver—. No habríais tenido ningún problema pero no querías hacerlo y eso me parece bien».

—Vamos, arriba —dijo Ollie—. Tendrás que ir en la cabina..., las camas están todas ocupadas.

Mientras caminaba hacia la cabina, Deaver vio a otras dos personas inclinadas sobre la barandilla del camión, mirándole, un hombre y una mujer, viejos, el cabello blanco, casi fantasmas. ¿Cuánta gente había allí dentro? Ollie y Voz de Dios, esos dos que eran de veras viejos, la dama que posiblemente era la madre de Ollie, y aquella niña que se llamaba Janie. Seis por lo menos. Ellos sí que estaban cumpliendo con los ruegos del gobierno en cuanto a llevar a cuantos fuera posible para aprovechar bien los vehículos.

El padre de Ollie se metió en la cabina antes que Deaver, y le dejó la ventanilla. La mujer ya estaba en el medio, y cuando Ollie se instaló en el asiento del conductor, al otro lado, todos quedaron muy apretados. Pero a Deaver no le importó. La cabina estaba fría.

—Se calentará de nuevo en cuanto nos pongamos en marcha —le explicó la mujer—. La calefacción funciona, el problema es el ventilador.

—¿Tienes un nombre, jinete local? —preguntó Voz de Dios.

Deaver no podía entender esa curiosidad por los nombres. «No estoy alquilándoles una habitación, ¿entienden?, solamente les pido que me lleven hasta un pueblo».

—Tal vez no quiere revelarlo, padre —dijo Ollie.

Deaver pudo sentir cómo el padre de Ollie se ponía rígido. ¿Por qué tanto empeño?

—Mi nombre es Deaver Teague.

Esta vez fue Ollie el que pareció ponerse tenso. Fue como si se le congelara la sonrisa. Encendió el motor y puso el camión en marcha. ¿Era una apuesta? ¿El

primero que lograra que Deaver dijera su nombre ganaba, y Ollie estaba furioso porque le iba a tocar pagar?

—¿Vienes de algún lugar en particular? —preguntó el padre de Ollie.

—Soy inmigrante —respondió Deaver.

—Todos lo somos en realidad. ¿Inmigrante de dónde?

«¿Qué pasa? ¿Estoy presentando una solicitud de trabajo o qué?»

—No me acuerdo.

El padre y la madre se miraron. Evidentemente pensaban que estaba mintiendo, y por lo tanto, seguramente creían que era un criminal o algo así. Así que, le gustara o no, Deaver tuvo que explicarse.

—Me recogieron los exteriores cuando tenía unos cuatro años. Toda mi gente murió, la mató los asaltantes en las praderas.

Casi inmediatamente, la tensión que había habido en los padres se aflojó.

—Ah, lo lamento —dijo la mujer. Tenía la voz tan plena de simpatía y lástima que Deaver tuvo que mirarla para asegurarse de que no estaba bromeando.

—No importa —contestó Deaver. Ni siquiera se acordaba de su familia, así que no los extrañaba.

—¡Cómo somos! —exclamó la mujer—. Le hacemos preguntas y preguntas y todavía no le hemos dicho quiénes somos.

Así que por lo menos ella sí se daba cuenta de que estaban exagerando con el interrogatorio.

—Yo sí le dije mi nombre —intervino Ollie. Había una cierta agresividad en la forma en que habló, y de pronto Deaver entendió la razón por la que se había enojado hacía un momento. Cuando Ollie se había presentado allí afuera, Deaver no le había dicho su nombre, pero cuando el padre se lo preguntó, le había contestado sin protestar. Era el enojo más tonto del que hubiera oído hablar, pero ya estaba acostumbrado. Él siempre hacía eso, siempre ofendía a la gente sin querer. La gente era tan quisquillosa... O tal vez fuese que él no tenía tacto para tratar con desconocidos. Cualquiera hubiera pensado que tratar a los desconocidos tenía que resultarle fácil, porque las únicas personas a las que trataban eran desconocidos.

Voz de Dios seguía hablando como si no diera cuenta de que Ollie estaba enojado.

—Nosotros, los que viajamos dentro, sobre y alrededor de este camión somos trovadores de los caminos abiertos. Malabaristas y cantores de madrigales, actores y dramaturgos, el sustituto de segunda clase de la gran escuela de Sófocles, de la NBC, la CBS, la ABC y, que el Señor nos perdone, la PBS.

La única respuesta en la que Deaver podía pensar era una especie de sonrisa y sonrió, sabiendo que debía de parecer un idiota, pero ¿qué hubiera podido decir sin que el otro se diera cuenta de que no entendía ni una sola palabra de lo que había oído?

Ollie le sonrió. Deaver se alegró de ver que ya no estaba enojado, así que respondió con otra sonrisa. La sonrisa de Ollie se amplió todavía más. Eso es como una conversación entre dos personas que fingen que no son sordas, pensó Deaver.

Finalmente Ollie tradujo lo que había dicho su padre:

—Somos un teatro ambulante.

—Ah —contestó Deaver. Era un tonto. Debería haberse dado cuenta antes. Gitanos del espectáculo. Eso explicaba la cantidad de gente en un solo camión y las cosas de formas raras que había bajo las lonas y, sobre todo, explicaba la forma extraña en que hablaban el padre y la madre de Ollie.

—Un teatro *ambulante* —repitió.

Pero por lo visto su tono o algo no fue el adecuado porque el padre de Ollie hizo una mueca como de dolor y Ollie apagó la luz interior y el camión aumentó la velocidad e hizo más ruido que antes. Tal vez estaban enojados porque sabían las cosas que se contaban sobre los gitanos del espectáculo y pensaban que Deaver se estaba burlando cuando había dicho «un teatro ambulante» de aquella forma. La verdad era que a Deaver no le importaba mucho si los teatros ambulantes dejaban detrás una hilera de vírgenes embarazadas y jaulas de gallinas vacías. No eran sus hijas ni sus gallinas.

Deaver cambiaba de pueblo con tanta frecuencia que nunca había coincidido con uno de esos espectáculos, por lo menos qué él supiera. Sabía que en Zarahemla había un teatro fijo, pero para entrar había que ponerse ropas más finas que las que tenía Deaver. Y los teatros ambulantes solamente viajaban a los pueblos rurales, en los que Deaver nunca se quedaba lo suficiente como para enterarse de si había un espectáculo. Lo único que sabía de esos espectáculos era la que había descubierto aquella noche: que esa gente hablaba raro y se enojaba por tonterías.

Pero no quería que pensarán que tenía una mala opinión sobre los teatros ambulantes.

—¿Van a hacer un espectáculo en Hatchville? —preguntó, tratando de que su voz sonara como si le perciera una gran idea.

—Tenemos una cita —contestó el padre de Ollie.

—Deaver Teague —dijo la mujer, obviamente para cambiar de tema—. ¿Sabes por qué tus padres te pusieron dos nombres?

Parecía que cada vez que esa gente se quedaba sin tema para hablar, volvían a los nombres. Pero era mejor que el que se enfurecieran por otra cosa.

—Fueron los inmigrantes que me encontraron; había un tipo que se llamaba Deaver y otro que se llamaba Teague.

—¡Qué horrible! Te quitaron tu nombre verdadero —exclamó ella.

¿Qué podía responder Deaver a eso?

—Tal vez este nombre le gusta —dijo Ollie. Apenas hubo hablado, su madre

enrojeció.

—Ah, no, no, no era una crítica...

El padre de Ollie se metió en la conversación para arreglar las cosas.

—Creo que Deaver Teague es un nombre de sonido muy distinguido. El nombre de un futuro gobernador.

Deaver sonrió un poco al oírlo. Él, gobernador. Pensar en un gobernador no mormón en Deseret era como pensar que los patos eligieran rey de la laguna a un pez. Tal vez esté en el agua, pero evidentemente no es uno de los *nuestros*.

—¡Qué modales los nuestros! —dijo la mujer—. Todavía no nos presentamos. Yo soy Scarlett.

—Y yo, Marshall Aal. Nuestro conductor es nuestro segundo hijo, Lawrence Olivier Aal.

—Ollie —puntualizó el conductor—. Por amor a Mike.

Pero lo que Deaver oyó principalmente fue el apellido.

—¿Aal con A-A-L?

—Sí —dijo Marshall. Miró a la distancia aunque no había nada que ver en la oscuridad.

—¿Alguna relación con Royal Aal?

—Sí —contestó Marshall. Fue muy cortante.

Deaver no entendía la razón por la que Marshall podía estar furioso. Los Jinetes de Royal era los mayores héroes de Deseret.

—Hermano de mi esposo —aclaró Scarlett.

—Ah, están muy unidos —comentó Ollie. Después rió con una sola carcajada.

Marshall se limitó a levantar un poco el mentón, como para dejar patente que estaba por encima de todas esas bromas. Así que a Marshall no le gustaba que lo relacionaran con Royal... Pero era evidente que eran hermanos. Ahora que Deaver lo sabía, Marshall Aal hasta se parecía a las fotos de Royal que había visto en los diarios. No lo suficiente para pensar que uno era el otro. Royal tenía el desaliñado, enjuto, voluntarioso aspecto del hombre al que no le importa demasiado dónde duerme; su hermano, allí, en la cabina del teatro ambulante, tenía la cara más blanda.

No, no más blanda. Deaver no podía llamar blando a aquel hombre de rasgos marcados. Ni delicado. Elegante, tal vez. Su Majestad.

Los nombres estaban al revés. Era Marshall el que parecía un rey allí, y Royal el que parecía un soldado. Como si los hubiera intercambiado en la cuna.

—¿Conoces a mi tío Royal? —preguntó Ollie. Sonaba realmente interesado.

Era evidente que Marshall no quería oír ni una sola palabra más sobre su hermano, pero eso no parecía importar a Ollie. Deaver no sabía mucho de hermanos, ni de padres e hijos, porque él no había sido ninguna de esas cosas, pero ¿qué razón podía haber para que Ollie quisiera provocar así a su padre?

—Por los diarios, solamente —respondió Deaver.

Nadie dijo nada más. Sólo el sonido del motor gruñendo, la sensación de la cabina vibrando al ritmo del camino que corría por debajo.

Deaver sintió las náuseas que lo asaltaban cada vez que se daba cuenta de que no pertenecía al lugar en que se encontraba. Se las había arreglado para ofender a todos y ellos también lo habían ofendido unas cuantas veces. Lo único que deseaba en aquel momento era que lo hubieran recogido otros, cualquiera menos los de ese camión. Se retorció un poquito en el asiento y apoyó la cabeza contra la ventana. Si podía dormirse hasta Hatchville, se bajaría allí y no tendría que volver a encararse con ellos.

—Ah, nosotros hablando sin cesar —intervino Scarlett—, y este pobre chico está tan cansado que casi no puede tener los ojos abiertos.

Deaver sintió la mano de ella sobre su rodilla. Sus palabras, su voz, su roce, eran justo lo que necesitaba en aquel momento. Ella le estaba diciendo que no había ofendido a nadie después de todo. Le estaba diciendo que era bien venido.

Sintió que se relajaba por dentro. Se acomodó en el asiento y respiró un poco más despacio. No abrió los ojos, pero todavía podía imaginarse la cara de la mujer como la misma mirada que antes, sonriéndole, la cara tan llena de sentimiento y simpatía como si estuviera mirando a su propio hijo.

Pero claro, aquella mujer podía poner la cara que quisiera... era una actriz. Podía hacer que sus ojos y su boca y su voz dijeran cualquier cosa. No había ninguna razón en particular para que Deaver la creyera. Y sería mucho más inteligente no creerla. ¿Cómo había dicho que se llamaba? Scarlett. Se preguntó si alguna vez había tenido el cabello rojo.

El cielo se teñía apenas del color del alba; fuera del calor de la cabina todo parecía claro y frío, cuando pasaron por una parte del camino que estaba llena de pozos. Deaver no estaba despierto y, después, de pronto, estaba despierto. Las primeras palabras que pronunció eran parte de su sueño, justo en el momento en que el sueño se le escapaba de las manos para siempre.

—Eso es casa suya —murmuró.

—No te enojas conmigo por eso —dijo la mujer que estaba sentada a su lado.

Le llevó un momento darse cuenta de que no era la voz de Scarlett.

La gente del teatro ambulante debía de haberse detenido en la noche para intercambiar los lugares. Ahora que lo pensaba, Deaver recordaba entre sueños a Scarlett y los otros hablando en voz baja, y al asiento que se sacudía. Marshall y Scarlett ya no estaban y tampoco Ollie. El hombre que conducía no era ninguno de los que Deaver había visto la noche anterior. Habían dicho que Ollie era su segundo hijo; éste debía de ser el mayor. La niña que había visto el día anterior en la parte de atrás, Janie, estaba dormida sobre el hombro del conductor. Y junto a Deaver había

una mujer, la más hermosa que hubiera visto en toda su vida. Claro que las mujeres parecían tanto más bonitas cuanto más tiempo pasaba uno en el trabajo de jinete local, pero él estaba seguro de que ella era la mujer más linda que había tenido a su lado al despertar. No iba a decirlo, por supuesto. Le daba vergüenza hasta pensarlo.

Ella le sonreía.

—Lo lamento. Debo de haber estado...

—Ah, no importa, era un sueño —lo tranquilizó ella.

«Te miro y me parece que sigo soñando todavía». Las palabras se formaron con tanta claridad en su mente que movió los labios sin querer.

—¿Qué? —preguntó ella.

Lo miró como si no pensara volver a mirar a nadie hasta que él le contestara. Deaver sintió vergüenza. Dejó escapar algo que se parecía bastante a lo que estaba pensando.

—He dicho que, si tú eres parte del sueño, no quiero despertarme.

El hombre que conducía se rió. Una risa agradable. A Deaver le gustó esa risa. La mujer no rió. Solamente sonrió y entrecerró los ojos y después se miró el regazo. Era exactamente lo que debía hacer. Era tan perfecto que Deaver sintió que estaba empezando a flotar.

—Ya atrapaste a ese pobre jinete, Katie —comentó el conductor—. No le prestes atención, amigo. Es especialista en seducir a los forasteros jóvenes y buenos mozos que descubre en la cabina del camión de su familia. Si la besas, se convertirá en rana.

—Te despertaste muy dulcemente —dijo Katie—. Y me hiciste un cumplido que cualquier mujer te hubiera agradecido con el alma.

Sólo en ese momento Deaver se despertó del todo y se dio cuenta de que estaba hablando con desconocidos y de que no tenía derecho a decir lo primero que se le ocurriera ni a bromear así. En las posadas del camino donde solía detenerse cuando conducía el camión de salvamento, siempre hablaba así con las camareras, les dirigía los cumplidos más elegantes que en su opinión ellas pudieran creer. Al principio era solamente un juego. Bromeaba con ellas, porque la única forma en que sabía hablarle a una mujer era bromeando. No podía hablar groseramente como los otros conductores, así que hablaba con delicadeza. Pero muy pronto dejó de bromear, porque aquellas mujeres lo miraban siempre fijamente para ver si se estaba burlando, y si veían que no, bueno, entonces se iluminaban, como si él hubiera tirado de un cordón y encendido una luz dentro de sus ojos.

Pero eso había sido cuando tenía diecisiete, dieciocho años, y era mucho más joven que las mujeres que conocía. A ellas les gustaba, lo trataban como a un hermanito menor de dulces palabras. Esta mujer, en cambio, era más joven que él, y estaba sentada junto a él, apretada contra su cuerpo en una cabina tan pequeña que el aliento de ella quedaba atrapado en el aire, y él tenía que respirarlo y el cielo afuera

era difuso y la luz formaba sombras rosadas sobre aquel bello rostro. Ahora estaba completamente despierto, e intimidado.

No se juega con una mujer frente a su hermano.

—Soy Deaver Teague. No te vi anoche.

—Anoche no existía —dijo ella—. Me soñaste y aquí estoy.

Rió y no era ni una risa entre dientes ni una carcajada. Era un sonido grave en la garganta, tibio e invitante.

—Deaver Teague —intervino el conductor—. Te ruego que recuerdes que mi hermana Katie Hepburn Aal es la mejor actriz de Deseret, y que lo que estás viendo en este momento es Julieta.

—Titania —puntualizó ella. Y con esa única palabra se volvió repentinamente elegante y peligrosa, la voz más precisa incluso que la de su madre, como si fuera la reina del universo.

—Medea —le replicó su hermano, y esa otra sonó como una mala palabra.

Deaver supuso que se estaban insultando, pero no entendía lo que decían.

—Yo soy Toolie —dijo el conductor.

—Peter O'Toole Aal. Por el gran actor —le aclaró Katie. Toolie sonrió.

—Papá no fue nada sutil al mostrar sus deseos de que siguiéramos la profesión de la familia. Me alegro mucho de conocerte, Deaver.

Durante todo ese tiempo Katie no le había quitado los ojos de encima.

—Ollie dice que conoces al tío Royal.

—No —contestó Deaver—. Solamente he oído hablar de él.

—Pensé que vosotros, los jinetes locales, trabajabais a sus órdenes.

¿Por eso estaba sentada junto a él? ¿Para hacerle hablar de su famoso tío?

—Él está con los exteriores.

—¿Y tú quieres ser un exterior?

No era algo de lo que él acostumbrara hablar. La mayoría de los jóvenes que se encontraban como jinetes locales esperaba llegar a los Jinetes de Royal, pero los que lo lograban lo hacían antes de los veinticinco, es decir, que se habían pasado a caballo unos cinco o seis años antes de presentar la solicitud para los exteriores. Deaver tenía veinticinco cuando entró en el servicio, y no hacía ni cuatro años que trabajaba allí. Exceptuando a un par de tipos mayores que él, el grueso de los locales se hubiera reído de la pasión con la que Deaver deseaba cabalgar con Royal Aal.

—Tal vez pueda hacerlo algún día.

—Espero que consigas lo que quieres —dijo ella. Esta vez le tocó a Deaver mirarla a la cara para ver si se estaba burlando. Pero no. Katie realmente esperaba que a él le pasara algo bueno. Asintió, sin saber qué decir.

—Cabalgar allá lejos —prosiguió la chica—, ayudando a la gente a llegar a la seguridad.

—Desactivando misiles —apuntó Toolie.

—Ya no quedan muchos misiles —repuso Deaver. Y eso terminó con la conversación. Deaver estaba acostumbrado a eso, a que sus palabras fueran las que quedaran flotando en el aire, a que nadie tuviera nada que decir después. En otros tiempos trataba de pedir disculpas y explicar lo que había dicho, cualquier cosa para terminar con aquel silencio embarazoso. Pero en los últimos años se había dado cuenta de que probablemente no era que dijera algo malo: lo que pasaba era que los demás parecían encontrar difícil hablar con él durante mucho tiempo, eso era todo. Nada personal contra él. Simplemente no era el tipo de persona con la que se habla mucho.

Deaver hubiera querido decir que en realidad conocía al tío de aquella gente, para poder hablarles de él. Era evidente que deseaban mucho oír algo sobre ese tío. Estando el padre peleado con Royal desde hacía años, tal vez casi no lo conocieran. Eso habría sido extraño: que los parientes del héroe más adorado de Deseret no supieran de él más que cualquier desconocido que leía el diario.

Llegaron a la cima de una colina. Toolie señaló adelante:

—Eso es Hatchville.

Deaver no tenía idea de la hora en que habían dejado atrás las tierras de pastos y entrado en el margen, pero por el tamaño de Hatchville suponía que el pueblo debía de tener por lo menos doce, tal vez quince años. Ahora quedaba lejos del límite, en realidad ya había dejado de ser parte del margen. Mucha gente.

Toolie redujo la velocidad. Deaver escuchó con un oído acostumbrado a los motores, oído formado durante sus años al cuidado de los camiones de recuperación, en interminables viajes de un lugar a otro.

—El motor está bastante bien para lo viejo que es —observó.

—¿Lo crees así? —dijo Toolie.

Prestó mucha atención al oír hablar del motor. Sólo si funcionaba el motor podía seguir adelante la vida de aquella gente.

—Necesita una puesta a punto.

Toolie hizo una mueca.

—Sin duda.

—Probablemente la mezcla del carburador no esté muy bien.

Toolie rió, avergonzado.

—¿Qué? ¿Los carburadores mezclan algo? Siempre pensé que se quedaban ahí y carburaban.

—Ollie se ocupa del camión —declaró Katie. La niña que estaba entre los dos se despertó.

—¿Ya llegamos?

Estaban pasando las primeras casas de las afueras de la ciudad. El cielo estaba

lleno de luz. Casi salía el sol.

—¿Recuerdas dónde queda el campo para los teatros ambulantes en Hatchville, Katie? —preguntó Toolie.

—No distingo Hatchville de Heber —contestó Katie.

—Heber es el que tiene montañas alrededor, como si estuviese en un bol —señaló Janie.

—Entonces esto es Hatchville —dijo Katie.

—Eso ya lo sabía —replicó Toolie.

Terminaron frente al ayuntamiento, donde todos bajaron del camión y se reunieron en el aire frío de la mañana, mientras Ollie y Katie entraban a buscar a alguien que pudiera darles permiso para ocupar un lugar y levantar el teatro. Deaver pensaba que a esa hora de la mañana la única persona de guardia sería el encargado nocturno de enviar los datos a Zarahemla —todos los pueblos tenían un funcionario para eso—, así no se molestó en entrar para hablar de lo suyo. Si ellos querían entrar, bueno, era cosa suya. Él no tenía nada que ver.

Y por supuesto, volvieron con las manos vacías.

—El encargado nocturno no nos pudo dar el permiso —explicó Ollie—, pero el campo de los teatros está yendo por la Segunda Norte y después hacia el este, hasta el primer campo que no tiene cerca.

—Y nos dio una bienvenida *tan*, pero que *tan cristiana*... —dijo Katie. Tenía una sonrisa traviesa en los labios.

Ollie aulló. Deaver se divertía con sólo mirarlos.

Toolie meneó la cabeza.

—Estos tontos pueblerinos...

Katie se lanzó a hablar en un tono espeso y provinciano, con las erres tan duras que Deaver pensó que la lengua debía de estar haciéndole cosquillas en la garganta.

—Y será mejorrr que se queden allí hasta que vuelvan a las nueve a porrr el perrrmiso porrrrque aquí rrespetamos la ley.

Deaver no pudo dejar de reírse con los demás, aunque el acento del que ella se estaba burlando era el suyo.

Marshall no reía. Estaba allí, de pie, peinándose el cabello con los dedos.

—Fanáticos desagradecidos, desconfiados, mentes estrechas, todos. Me pregunto si les gustaría pasar el otoño sin una sola visita de un teatro ambulante. No hay nada que nos impida seguir adelante. —A esa hora de la mañana no hablaba con tanto cuidado. Deaver notó una cierta naturalidad en su tono, y aunque pensó que era sólo por casualidad, eso le hizo sentirse mejor: la verdadera persona que se escondía debajo de Marshall no estaba profundamente oculta, después de todo.

—Vamos, Marsh —dijo Scarlett—. Ya sabes que nuestra vocación no depende de estos pueblerinos, sino del Profeta. Si esta gente tiene una mentalidad estrecha y fea y

cerrada, ¿no es nuestra misión abrirles los ojos? ¿No es por eso por lo que estamos aquí?

Katie suspiró, irritada.

—¿Por qué siempre tienes que volver a la Iglesia, madre? Estamos aquí para ganarnos la vida.

No había sido grosera, no la había insultado, pero todos reaccionaron como si le hubiera levantado la mano a su madre. Scarlett se puso las manos en las mejillas y se volvió con los ojos llenos de lágrimas. Marshall miró a Katie como si fuera a partirla en dos con palabras tan calientes que podían provocar un incendio, y Ollie sonrió como si estuviera viendo la mejor escena del año.

Pero justo en ese momento, Toolie dio un paso hacia Deaver y le comentó:

—Bueno, Deaver Teague, ya ves cómo son las cosas con la gente del espectáculo. Siempre hacemos grandes escenas, sí, con todo lo que nos pasa.

Esas palabras obligaron a todos a recordar que había un desconocido presente y apenas lo recordaron, cambiaron. Scarlett sonrió a Deaver. Katie se rió un poco, como si todo hubiera sido una broma. Marshall empezó a asentir como si lo entendiera todo y Deaver supo que las próximas palabras que dijera estarían llenas de elegancia, como siempre.

Era evidente que había llegado la hora de que Deaver dijera gracias y sacara la silla de montar del camión y fuera a dormir un rato en un lugar protegido del viento, hasta que llegara la hora de personarse en Moab. Así los Aal podrían discutir todo lo que quisieran. Y la separación era una buena idea, pensó Deaver. Él les había servido a ellos como ocasión para practicar la caridad y ellos habían significado para él un viaje al pueblo más cercano. Todos habían conseguido lo que querían y adiós. Lo que enredó las cosas fue que Marshall tenía la misma idea —esto es, que ya era tiempo de que Deaver se fuera—, pero no confiaba en que Deaver tuviera el sentido común necesario para darse cuenta por sí mismo. Así que sonrió, hizo un gesto con la cabeza y puso un brazo sobre el hombro de Deaver.

—Supongo, hijo, que querrás quedarte aquí y esperar hasta que abran la oficina a las ocho —le dijo.

Lo que ofendió a Deaver no fueron las palabras. Lo único que hacía Marshall era recordarle lo que él ya había pensado hacer, así que todo estaba bien. La gente tenía derecho a mantener las peleas familiares lejos de oídos indiscretos. Pero eso de abrazarlo y llamarlo «hijo», mientras le estaba diciendo que se fuera, enfureció tanto a Deaver que sintió ganas de golpear a alguien.

Los mormones le habían hecho lo mismo una y otra vez durante toda su vida. Siempre lo llevaban a vivir a casa de algún mormón que lo hacía ir a la iglesia todos los domingos aun sabiendo que no era mormón y que no quería serlo. Los otros chicos sabían que no era uno de ellos y no le causaban problemas por eso. Lo dejaban

tranquilo y no fingían que él les gustase ni que les importara si estaba vivo o muerto. Pero siempre había alguna presidenta de una sociedad de caridad que le palmeaba la cabeza y lo llamaba «monada» o «queridito», y cada vez que el obispo pasaba a su lado le pasaba el brazo por los hombros y lo llamaba «hijo», como acababa de hacer Marshall, y pretendían estar simplemente bromeando cuando le decían:

—¿Cuánto tiempo te va a llevar ver la luz y bautizarte? Esos modales amistosos y amables duraban hasta que Deaver finalmente les decía «Nunca» lo bastante alto y con la agresividad suficiente como para que el otro lo creyera. A partir de ese momento lo mandaban a otra parte, el obispo dejaba de tocarlo y de hablarle, y se limitaban a mirarlo con frialdad mientras Deaver se sentaba allí, en la congregación, y el obispo se sentaba en su estrado muy ocupado en su santidad. A veces, Deaver se preguntaba lo que habría pasado si, solamente una vez, uno de los obispos hubiera seguido siendo amistoso después de que Deaver le dijera que nunca iba a bautizarse. Si su amistad hubiera sido real, él personalmente se hubiera sentido distinto con respecto a los mormones. Pero eso nunca pasó.

Así que allí estaba Marshall Aal haciendo justo lo que hacían los obispos todo el tiempo, y Deaver no pudo aguantarse, se sacudió del hombro el brazo de Marshall y retrocedió con tanta rapidez que el brazo quedó colgado en el aire durante un segundo. Seguramente se le veía en la cara y los puños cerrados la furia que sentía, porque todos lo miraron, sorprendidos. Todos menos Ollie, que se quedó allí de pie, asintiendo. Marshall miró a los demás.

—Bueno, no sé lo que... —Después se dio por vencido con un encogimiento de hombros.

Lo raro era que la furia de Deaver ya había pasado por completo. Se le había ido en un segundo. Nunca dejaba que la rabia lo dominara, eso solamente traía problemas. Lo peor de todo era que todos pensaban que él estaba furioso porque lo echaban. Pero él no sabía cómo explicarles que estaba bien, que se alegraba de irse. Las cosas siempre se ponían así cada vez que se iba de una casa adoptiva. La familia lo estaba echando porque estaban cansados de él, y por esa razón él tampoco los había apreciado demasiado. No le molestaba irse y ellos estaban contentos de que se fuera y sin embargo nadie podía *decir* precisamente eso.

Bueno, ¿y qué? Nunca lo verían de nuevo.

—Voy a bajar mi silla de montar. —Y se alejó hacia la parte posterior del camión.

—Yo te ayudo.

—De ningún modo —dijo Scarlett. Tomó el codo de Deaver y lo sostuvo con fuerza—. Este joven ha pasado en las tierras de pastos yo qué sé cuántos días y no vamos a dejar que se vaya sin desayunar.

Deaver sabía que lo decía solamente por cortesía, así que contestó «no, gracias» con tanta amabilidad como pudo. Eso habría sido el fin de todo de no habersele

acercado Katie y tomado de la mano izquierda, que era la única mano que le quedaba libre, pues Scarlett seguía sin soltarle el codo derecho.

—Por favor, quédate —le pidió—. Todos somos forasteros en este pueblo, y creo que deberíamos estar juntos hasta que nos despedamos.

Tenía la sonrisa tan brillante que Deaver tuvo que parpadear. Y los ojos de ella lo miraban con tal firmeza que era como si lo estuviera desafiando a dudar de que sus palabras eran sinceras.

Toolie siguió a su hermana y añadió:

—Nos sería útil alguien que nos ayudara a instalarnos, así te estarías ganando la comida.

Hasta Marshall agregó su granito de arena:

—Quería pedírtelo yo mismo. Espero que vengas con nosotros y compartas nuestro humilde pan, en serio.

Deaver tenía hambre, eso era cierto, y no le desagradaba la idea de contemplar la cara de Katie, aunque le hubiera gustado que ella le soltara la mano y sobre todo que Scarlett le devolviera el codo. Pero sabía que en realidad no lo querían con ellos, así que dijo «no gracias» de nuevo y se liberó de las mujeres y fue a sacar la silla del fondo del camión. Entonces fue cuando Ollie rió y dijo:

—Vamos, Teague, tú tienes hambre y papá se siente mal por lo que hizo, y mamá se siente culpable y Katie está caliente por ti y Toolie quiere que le hagas la mitad del trabajo. ¿Cómo puedes irte y desilusionar a todo el mundo?

—Ollie —cortó Scarlett con voz firme. Pero para entonces, Katie y Toolie también reían y Deaver no pudo evitar reírse también.

—Vamos, todo el mundo al camión —ordenó Marshall—. Ollie, tú sabes el camino, tú conduces.

Marshall y Scarlett y Toolie y Ollie se amontonaron en la cabina, así que Deaver tuvo que ir detrás con Katie y Janie y un hermano más joven, Dusty. Los dos viejos que había visto la noche anterior viajaban en la parte posterior. Katie lo acomodó delante, justo detrás de la cabina. Deaver no entendía si ella estaba coqueteando con él o qué. Y si lo estaba haciendo, él no entendía la razón. Sabía que tenía las ropas llenas de polvo y que olía a sudor y al caballo que había estado montando hasta que murió, y estaba seguro de que no tenía muy buen aspecto ni siquiera cuando se afeitaba. Probablemente, Katie estaba portándose bien con él, eso era todo, y el único modo en que sabía hacerlo era dirigiéndole esa sonrisa suya y mirándole con los ojos medio cerrados y tocándole el brazo y el pecho mientras le hablaba. Era molesto, pero también le hacía sentirse bien. Pero sentirse bien le molestaba todavía más, porque sabía que lo de Katie no llevaba a ninguna parte.

La ciudad se estaba despertando por fin cuando llegaron al campo en el que iban a instalar el teatro. Deaver advirtió que no iban directamente. No, llevaron aquel

ruidoso camión por todas las calles del pueblo, la mayoría de las cuales eran solamente senderos de tierra porque en esos días no se pavimentaba casi nada, excepto Zarahemla. El sonido del camión hacía que la gente abriera la ventana para ver qué pasaba, y los chicos salían por las puertas y se apoyaban en las cercas, saltando arriba y abajo.

—¡Es día de función! —gritaban.

—¡Día de función! —contestaban Katie y Janie y Dusty.

Tal vez los viejos también estaban gritando atrás, Deaver no podía oírlos. La noticia no tardó en anticiparse al camión, y la gente estaba ya alineada a ambos lados de la calle, estirando los cuellos para verlos. Entonces los Aal empezaron a sacar las lonas que cubrían dos de los fardos más grandes. Uno de ellos parecía la parte superior de un misil, y otro era una especie de torre, una pirámide muy empinada como las que había visto Deaver en las pinturas de la escuela, la Pirámide del Sol de Ciudad de México. Cuando la gente vio el cohete, empezó a gritar:

—¡El hombre en la Luna!

Y cuando vieron la pirámide, que no podían apreciar del todo hasta que pasaba el camión, gritaban y reían y decían:

—¡Noé! ¡Noé! ¡Noé!

Deaver suponía que ya habían visto las obras.

—¿Cuántas obras hacen ustedes? —preguntó.

—Tres —dijo Katie. Hizo un gesto con la mano saludando a la multitud—. ¡Día de función! —Después, con la voz alta todavía para que él pudiera oírla por encima del ruido del camión y la gente y los gritos de su hermanito y su hermanita, agregó—: Hacemos nuestra obra *Gloria de Estados Unidos*, que escribió el abuelo. Y *Los testigos de Cristo en América* que es el viejo Libro Mormón en versión para teatro ambulante de Hill Cumorah (todo el mundo hace esa obra), y en Navidad hacemos *La noche gloriosa*, que escribió papá porque pensaba que las obras de Navidad eran muy malas. Ése es todo nuestro repertorio en estos pueblos. ¡Día de función!

—Así que todo es mormón —dijo Deaver. Ella lo miró extrañada.

—*Gloria de Estados Unidos* es estadounidense. *La noche gloriosa* está basada en la Biblia. ¿Tú no eres mormón?

«Ya está —pensó Deaver—. Aquí viene el último enfriamiento. O el súbito interés en convertirme, que después terminará en enfriamiento». Lo había olvidado; aquella mañana se había olvidado por un rato de que aún no se lo había dicho, de que ellos todavía pensaban que él era uno de ellos, que básicamente formaba parte del grupo. Aquellos gitanos en cierto modo pertenecían a Hatchville, porque ellos y Hatchville eran mormones. Como la mayoría de los otros jinetes locales, a los que le gustaba estar en el pueblo, entre otros mormones como ellos. Pero ahora, cuando vieran que él no era uno de ellos, sentirían que él los había engañado, que se había

metido en un sitio al que no pertenecía. Ahora realmente lamentaba haber permitido que lo convencieran de ir a tomar el desayuno con ellos. Nunca habrían tratado de convencerle si hubiera sabido que no era uno de ellos.

—Ni hablar —contestó.

Y le pareció increíble que ella ni siquiera hiciera una pausa. Que siguiera como si no hubiera pasado nada.

—A nosotros nos gustaría más hacer otra cosa, además de estas tres. Cuando yo era niña pasamos un año en Zarahemla, y fui el pequeño Tim en *Un cuento de Navidad*. ¿Y sabes qué me gustaría hacer?

Él no tenía ni idea.

—Tienes que adivinarlo —dijo ella.

Él no estaba seguro de haber oído nunca el nombre de una obra de teatro, y mucho menos el de un *personaje* de una obra. Así que se agarró de lo único que podía recordar.

—¿Titanic?

Ella lo miró como si estuviera loco.

—En la cabina, dijiste...

—¡Titania! La reina de las hadas de *Sueño de una noche de verano*. No, no. Siempre quise ser..., ¿no se lo vas a contar a nadie?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza al mismo tiempo. ¿A quién podría contárselo? Y si era un auténtico secreto, ¿por qué Katie se lo confiaba a él?

—Eleanor de Aquitania —dijo ella. Deaver nunca había oído ese nombre en toda su vida.

—Era un papel que hacía Katharine Hepburn. La actriz en que pensaron mis padres cuando me pusieron el nombre. En una película que se llamaba *El león en invierno*. —Casi susurró el título—. La vi en una cinta una vez, hace años. En realidad, la vi como cinco veces, en un solo día, seguidas, una y otra vez. Estábamos con un amigo del abuelo, en Cedar City. Tenía un aparato de vídeo que todavía funcionaba con un generador eólico. Ahora han prohibido las películas, ya sabes.

Las películas no significaban mucho para Deaver. Casi nadie podía verlas. En el límite nadie lo hacía. La electricidad era demasiado cara para gastarla en televisión. Además, un hombre que se había dedicado a la recuperación, como Deaver, sabía que no había suficientes televisores que funcionaran en Deseret para que hubiera más de dos por pueblo. No era como en los viejos días, en que todo el mundo iba a casa de noche y veía la tele hasta que se dormía. Hoy en día la gente solamente tenía tiempo para divertirse cuando pasaba un teatro ambulante por el pueblo.

Ya habían dejado atrás las casas, y se acercaban a un campo que alguna vez había tenido trigo, cosechado mucho tiempo atrás.

La voz de Katie se puso ronca de pronto y tembló un poquito.

—Te colgaría de los pezones pero asustarías a los chicos.

—¿Qué?

—Era una mujer magnífica. Fue la primera que llevó pantalones. La primera *mujer* que usó pantalones. Y amaba a Spencer Tracy y lo quiso hasta que él murió, aunque él era católico y no se quiso divorciar para casarse con ella.

El camión se detuvo en el costado este del campo. Janie y Dusty saltaron directamente al suelo y los dejaron solos en medio de los fardos.

—Fui a caballo hasta Damasco con los pechos desnudos —dijo Katie con aquella voz ronca, temblorosa de nuevo—. Casi me muero por las quemaduras del viento, maldita sea pero las tropas quedaron muy impresionadas.

Deaver comprendió por fin que ella estaba recitando un fragmento de la película.

—¿Hicieron una película en la que una mujer decía «maldita sea»?

—¿Te ofendí? Como dijiste que no eras mormón, pensé que no te importaba.

Ese tipo de actitud volvía loco a Deaver. Solamente porque no era un santo del último día, los mormones pensaban que estaba ansioso por oír el último chiste verde o empezaban a decir palabras porque pensaban que eso le haría sentir más cómodo, o simplemente suponían que dormía con prostitutas todo el tiempo y se emborrachaba cada vez que podía. Pero se tragó el enojo sin demostrarlo. Después de todo, ella no había querido hacerle daño. Y a él le gustaba tenerla tan cerca, sobre todo porque no se había separado de él a pesar de saber que era un gentil.

—Ojalá pudieras ver la película —dijo Katie—. Katharine Hepburn está... magnífica.

—¿No está muerta?

Katie se volvió hacia él; la cara, una máscara de tristeza.

—El mundo es más pobre desde entonces.

Él le habló como siempre hablaba a una mujer triste que estuviera demasiado cerca de él como para ignorarla.

—Supongo que el mundo no es tan pobre si te tiene a ti.

La cara de ella se iluminó inmediatamente.

—Ah, si sigues diciendo ese tipo de cosas no pienso dejar que te vayas. —Lo tomó del brazo.

Deaver tenía la mano colgando a un costado, pero ahora que ella estaba tan cerca, se dio cuenta de que tenía los dedos apretados contra la suave curva del vientre de Katie, rodeando el hueso de la cadera. Si adelantaba la mano la estaría tocando donde ningún hombre debía tocar a una mujer si ella no se lo había pedido. ¿Katie se lo estaba pidiendo?

Toolie, de pie, en el suelo junto al camión, golpeó con un puño una de las botas de Deaver y con el otro el zapato de Katie.

—Vamos, Katie, deja tranquilo a Deaver. Quiero que nos ayude con todo esto.

Ella le apretó el brazo de nuevo.

—No tengo por qué dejarlo.

—Si se pone pesada, Deaver, rómpele el brazo. Eso es lo que hago yo cuando se pone pesada.

—Solamente lo hiciste una vez —dijo Katie—. Nunca he dejado que lo hicieras de nuevo. —Soltó a Deaver y saltó al suelo.

Él se quedó allí por un momento, sin moverse, sin mover ni una mano. Ella le había hablado, eso era todo. Eso era todo lo que significaba. Y aunque significara algo más, él no pensaba hacer nada al respecto. No se agradece la hospitalidad de alguien metiendo en líos a su hija. Después de un minuto —no, apenas unos segundos— de reflexión, se bajó del camión y se unió a los demás.

Aparte de elegir el lugar exacto para aparcar y nivelar el camión, la familia no se puso a trabajar inmediatamente. Se reunieron en el campo y Parley Aal, el viejo de la parte posterior del camión, dijo una plegaria. Tenía una voz ampulosa, fluida, pero no tan clara como la de Marshall. Parley decía las erres con dureza, como los mormones de los que Katie se había burlado en el pueblo. La plegaria no duró mucho. Dedicó el lugar al servicio de Dios, y pidió al Espíritu del Señor que tocara los corazones de la gente que vendría a verlos actuar. También le pidió a Dios que los ayudara a recordar las líneas y a estar a salvo. Hasta ese momento, únicamente Katie sabía que Deaver no era mormón, y Deaver dijo amén con todos los demás cuando el viejo terminó. Después, levantó la vista y en el espacio que había entre Toolie y Katie, vio parte del cartel del camión. «Milagro», decía. Después se movieron, y Deaver lo leyó todo. «El Teatro Ambulante del Milagro de Sweetwater». ¿Por qué Sweetwater cuando todos se llamaban Aal en la familia?

Descargar el camión y prepararlo todo para la función fue tan duro como el trabajo más duro que Deaver hubiera hecho en toda su vida. En aquel camión había más cosas de las que él hubiera creído posible. La torre y el misil tenían puertas por detrás, y estaban muy bien embalados con mecanismos y máquinas y equipo extra. Solamente llevó una hora montarles tiendas en las que vivían, cuatro tiendas más una para la cocina, pero eso fue lo más fácil. Había que descargar un generador y colocarlo sobre una rampa. Después, había que conectarlo al tanque de combustible del camión. Era tan difícil de manejar, tan pesado y temperamental, que Deaver se preguntó qué habrían hecho si él no hubiera estado allí. Tuvieron que usar toda la fuerza de Toolie y Ollie y Marshall y la de él mismo para lograrlo.

—Ah, Katie y Scarlett suelen ayudar —dijo Toolie.

Así que estaba salvando a Katie del trabajo. ¿Era por eso por lo que ella lo trataba tan bien? Bueno, no le parecía mal. Le gustaba ayudar y no esperaba que le pagaran. ¿Qué más hubiera podido hacer esa mañana? Llamar a Moab y después sentarse y esperar instrucciones, probablemente. Era mejor hacer lo que estaba haciendo. Era

mejor no estar acordándose de la forma en que el cuerpo de Katie se había apretado contra su mano, de la forma en que ella le había apretado el brazo.

Sacaron tubos de metal y pesados bloques de acero y los arrastraron desde el camión hasta unos quince metros más allá uno a cada lado del sitio en que iba a estar el público, y los arrimaron a los árboles que sostendrían las luces. Hablaban todo el tiempo con palabras que Deaver no había oído nunca —fresnel, elipsoidal—, pero necesitó poco tiempo para entender la función de cada luz. Ollie era el que estaba a cargo de la electricidad. Deaver tenía un poco de práctica en ello, pero se esforzó por no demostrarlo. Hacía sólo lo que le ordenaba Ollie, bien y rápido, y sin decir ni una sola palabra a menos que tuviera que hacer una pregunta. Para cuando tuvieron todas las luces conectadas, bien enfocadas y a punto, Ollie hablaba con Deaver como si hubieran sido amigos desde primer grado. Hacía bromas, hasta se burlaba un poquito —«¿a vosotros os dan algún perfume de caballo que poneros, jinete local?»—, pero sobre todo le mostraba a Deaver lo que sabía sobre iluminación de escenarios. Por qué se usaban los filtros de colores, qué hacían las luces especiales, cómo se distribuían, cómo se conectaba el tablero. Deaver se decía que para qué demonios iba a servirle todo aquello, pero Ollie sabía de lo que hablaba y a Deaver no le molestaba aprender algo nuevo.

Y cuando tuvieron las luces listas, ni siquiera había empezado el grueso del trabajo. Desayunaron de pie, alrededor del horno de gas.

—Te estamos dando demasiada faena —dijo Scarlett, pero Deaver sonrió y se metió otra galleta en la boca.

Sabían como si realmente llevasen azúcar. Un horno de gas, generador propio, galletas que no sabían solamente a harina y agua; tal vez vivieran en un camión y durmieran en tiendas, pero esa gente tenía algunas cosas que la gente de los pueblos del margen no conocía.

A mediodía, goteando sudor y todo dolorido, Deaver se apartó del camión con Ollie y Toolie y Marshall para ver cómo había quedado el escenario. El misil había desaparecido, reemplazado por el mástil de un barco; el flanco del camión estaba cubierto con paneles que lo hacían parecer el casco de un bote, y las máquinas estaban preparadas para producir un efecto de olas con una tela azul frente a la nave. Un telón negro ocultaba la pirámide. Dusty se levantó y dejó caer el telón mientras los mayores lo observaban. Deaver pensó que era excitante ver la pirámide de pronto, cuando caía la tela, pero Marshall hizo sonar la lengua en un tono de desagrado.

—Está ya muy viejo.

El telón estaba remendado, eso era cierto, y había algunos rotos y agujeros que ni siquiera tenían parches.

—Se ve viejo a mediodía, pa —dijo Toolie—, pero de noche es suficiente. — Sonaba un poco impaciente.

—Necesitamos uno nuevo.

—Y ya que hablamos de necesitar, lo que de veras necesitamos es un camión nuevo —dijo Ollie.

Toolie se volvió hacia él, un poco enojado, según le pareció a Deaver, aunque no entendía la razón por la que pudiera estarlo.

—No necesitamos un camión nuevo, lo que necesitamos es cuidar bien de éste. Deaver dice que no está carburando bien.

De pronto, toda la alegría se había esfumado en el rostro de Ollie. Se volvió hacia Deaver con ojos de hielo.

—¿Ah, sí? ¿Eres mecánico acaso?

—Conducía un camión —explicó Deaver. No podía creerlo. De pronto estaba en medio de una discusión de familia—. Probablemente esté equivocado.

—No, no, tienes toda la razón —dijo Ollie—. Lo que pasa es que yo agarro toda esa cantidad de dinero, muchísimo dinero, que me dan para comprar repuestos y me lo gasto en las cantinas y las casas de prostitución del margen, así que nunca se repara el motor.

Parecía demasiado furioso para estar bromeando, pero lo que decía no podía ser cierto. No había ni cantinas ni casas de prostitución en el borde.

—Lo único que digo es que no podemos permitirnos un camión nuevo, ni siquiera un telón nuevo —insistió Toolie. Parecía avergonzado, pero se lo merecía. Había acusado a Ollie de no hacer un buen trabajo con el camión.

—Si es a eso a lo que te referías, ¿por qué tuviste que hacer que Teague se pusiera de tu lado? —preguntó Ollie.

Deaver tenía ganas de agarrarlo por los hombros y gritarle en la cara: «No estoy del lado de nadie. No soy parte de esta familia y no soy parte de esta discusión. Soy un jinete que necesitaba que lo llevaran hasta el pueblo y que acaba de ayudarnos a bajar ocho toneladas a cambio de un desayuno».

Toolie intentaba calmar las cosas, pero no le salía demasiado bien.

—Solamente estaba tratando de dejarlos claros a ti y a papá que estamos en quiebra y que hablar de telones y camiones nuevos es como hablar de caerse en un agujero y descubrir que es una mina de oro. No va a pasar, eso es todo.

—Así que solamente estabas hablando... —dijo Ollie.

—¡Y tú no haces más que ponerte sarcástico y desagradable! No hacías nada malo, por supuesto —replicó Toolie.

Ollie se quedó allí plantado por un minuto, como si tuviera dos o tres palabras terribles colgándole de la mente, listas para salir volando cuando realmente pudieran lastimar a alguien. Pero no abrió la boca. Solamente se volvió y se fue rodeando el camión.

—Ahí va otra vez —dijo Toolie. Miró a su padre con una sonrisa amarga—. No

sé qué hice pero estoy seguro de que tengo la culpa de que se enojara.

—Lo que hiciste —le señaló Marshall— fue humillarlo ante su amigo.

A Deaver le llevó un momento darse cuenta de que Marshall se refería a él. La idea de ser amigo de Ollie lo tomó por sorpresa. ¿Era por eso que Ollie había trabajado todo el tiempo a su lado, enseñándole cómo hacer lo de la electricidad? ¿Porque eran amigos? De alguna forma, Deaver había pasado de ser un desconocido total a ser amigo de Ollie sin que nadie le preguntara si le molestaba o estaba de acuerdo con la idea.

—Tienes que aprender a ser sensible a los demás, Toolie —prosiguió Marshall—. Gracias a Dios que no diriges esta compañía, con esa forma de portarse sin pensar jamás en los pensamientos de tu hermano. Tú atropellas a la gente, Toolie, te los llevas por delante.

Marshall no había levantado la voz. Pero era preciso y cruel, y siguió y siguió y siguió. Deaver se sentía totalmente fuera de lugar como testigo de la forma en que el padre se descargaba con Toolie. Era cierto que Toolie había provocado una especie de pelea con Ollie, pero no se merecía aquel tipo de castigo verbal, y seguramente no ayudaba mucho que Deaver estuviera allí mirando. Pero Deaver no sabía cómo irse sin que pareciera que estaba en contra de lo que veía. Así que se quedó allí, mirando a algún lugar entre Marshall y Toolie para no encontrarse con la mirada de ninguno de los dos.

Katie estaba sentada sobre la cima de la pirámide, encima del camión, cosiendo. Dusty y Janie estaban preparando los fuegos artificiales para el final del espectáculo. Ollie tenía el capó abierto y le estaba poniendo algo al motor. Deaver pensó que probablemente oía cada una de las palabras que decía Marshall a Toolie. Se imaginaba a Ollie sonriendo con aquella sonrisita suya. No le gustaba pensar en eso, sobre todo sabiendo que Ollie lo consideraba su amigo. Así que dejó que su mirada vagara por la pirámide y la fijó en Katie mientras ella seguía trabajando.

Parecía raro sentarse tan arriba a pleno sol, cuando había tanta sombra para sentarse. A Deaver se le ocurrió que Katie tal vez se había sentado allí para estar segura de que él la vería. Pero era una estupidez. Lo que había pasado por la mañana no significaba nada. Ni el que ella le hablara, ni el que se le acercara tanto con el cuerpo. Él debía de ser un tonto: pensar que una mujer tan hermosa como ella iba a prestarle atención... Ella estaba sobre la pirámide porque le gustaba ver el pueblo desde arriba.

Katie levantó una mano y lo saludó.

Deaver no se atrevió a contestarle con un gesto parecido... Marshall todavía seguía remachando a Toolie sobre cosas que habían pasado hacía ya años. Deaver desvió la vista de Katie y vio que Toolie lo aceptaba todo, ni siquiera parecía enojado. Como si hubiera apagado sus emociones con un botón. Lo lamentó, Marshall se alejó

caminando hacia el camión.

Apenas su padre estuvo lejos, Toolie se volvió hacia Deaver.

—Lamento que hayas tenido que oír esto.

Deaver se encogió de hombros. No tenía idea de lo que debía contestar.

Toolie se rió un poquito. Una risita amarga.

—Me dice ese tipo de cosas continuamente. Pero le gusta más hacerlo si hay público presente.

—No sé nada de padres —replicó Deaver.

Toolie sonrió.

—Papá no vive como otros hombres. Mera lógica, simple justicia..., ésas son las muletillas de los hombres de inteligencia menor. —Después la cara de Toolie se entristeció—. No, Deaver, amo a mi padre. No se trata de Ollie ni de cómo lo trato, y lo que le dije a Ollie no se refería al camión. Soy demasiado, parecido a mi padre y él lo sabe y eso es lo que odia en mí. —Toolie miró a su alrededor para ver si había algo más que hacer—. Supongo que será mejor que me vaya al pueblo a buscar el permiso oficial, y tú tienes que ir a llamar a Moab, ¿no es cierto?

—Supongo.

Toolie se detuvo a hablar con su madre para ver si necesitaban algo del pueblo. Scarlett le recitó una lista, sobre todo provisiones, harina, sal, miel. Cosas que podían conseguir sin pagar porque tenían derecho a que el almacén de la comunidad se las diera. Mientras hablaban, Ollie le arrojó a Toolie un filtro de aire sucio.

—Necesito un nuevo filtro de aire, igual que éste pero limpio.

—¿Adónde vas, Lawrence? —preguntó Scarlett.

—A dormir —contestó él—. En caso de que te hayas olvidado, estuve toda la noche despierto, conduciendo. —Ollie se volvió para alejarse.

—¿Y la guarnición del freno? —inquirió Toolie.

—Sí, a ver si tienen un mecánico que pueda hacer eso. —Ollie se agachó para entrar a una tienda. El enojo seguía espesando el aire.

Deaver notó que Scarlett ni siquiera preguntaba por qué.

En aquel momento ella estaba terminando de recitarle la lista a Toolie, aunque a veces se desviaba y hablaba de lo que probablemente obtendrían del público en un lugar como Hatchville. Después Toolie se fue caminando hacia el pueblo y Deaver lo siguió. Deaver quería llevarse la silla de montar, pero Toolie lo convenció de que no lo hiciera.

—Si te dicen que tienes que salir hoy, tu conductor te puede traer hasta aquí a buscarla. Y por si finalmente nos esperas para ir a Moab dentro de tres días, va a ser mucho mejor que la dejes donde está. —Como si estuviera quedándose con la silla de rehén para asegurarse de que Deaver volvería.

Deaver no estaba seguro de la razón por la que no dijo «no, gracias» y cogió la

silla y se la llevó de todos modos. Sabía que no lo habían querido desde el principio, y que solamente los buenos modales o tal vez la culpa o la vergüenza o alguna otra cosa hacían que Toolie quisiera quedarse con la silla para que Deaver tuviera que volver una vez más. Y cosa rara: a Deaver no le importaba. Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que alguien se había molestado en tratar de hacer que él se quedara en alguna parte. Eso de que él era amigo de Ollie... La forma en que lo trataba Katie. Eso era parte del asunto. Y gran parte del resto de sus sentimientos venía de haber trabajado con ellos, de haberles ayudado a descargar el camión y prepararse para el espectáculo. Deaver había dejado tanto de su sudor en ese campo que realmente no esperaba partir para Moab aquel mismo día. Quería ver cómo acababa todo aquello. Quería ver el espectáculo. Era eso, sí, eso y nada más.

Y sin embargo, en el mismo momento en que llegó a tal conclusión, supo que era mentira. Seguro, claro que quería ver el espectáculo, pero había algo más. Una vieja necesidad, una tan antigua y profunda, y tan insatisfecha durante tanto tiempo, que Deaver había olvidado que la tenía. Era como si una parte de su alma hubiera muerto de hambre hacía ya mucho. Pero ahora estaba pasando algo que despertaba ese hambre y no podía irse sin averiguar si quizás esta vez podía satisfacerla. No era Katie. Por lo menos, no solamente Katie. Algo más. Tal vez para cuando se fuera a Moab, habría descubierto qué era lo que deseaba con tanta desesperación, una desesperación que hacía que su sueño de unirse a los Jinetes de Royal le pareciera débil y lejano.

Él y Toolie caminaron directamente hasta el ayuntamiento sin dar rodeos por las calles como habían hecho al principio. Todavía había muchachos que se excitaban al verlos.

—¿Quiénes sois vosotros? —les gritaban—. ¿Eres Noé? ¿Eres Jesús? ¿Eres Armstrong?

Toolie los saludaba con la mano, les sonreía y generalmente les decía:

—No, mi padre siempre hace ese papel.

—¿Eres Alma?

—Sí, ése es uno de mis papeles.

—¿Qué hacéis esta noche?

—*Gloria de Estados Unidos*.

Durante todo el camino a través del pueblo Deaver notó que los muchachos tenían los ojos brillantes, se dio cuenta de que les parecía atrevido y valiente hablarle a alguien de un teatro ambulante.

—Parece que vuestro espectáculo es lo más grande que han visto en toda su vida —comentó.

—Es un poco triste, ¿no? —dijo Toolie—. En los viejos días, un espectáculo como éste... no habría valido nada.

Deaver entró con Toolie en la oficina del alcalde. El secretario tenía el cabello muy corto y cuidado. Evidentemente era el tipo de persona que nunca dejaba pasar una semana sin ir al barbero..., ni un día sin bañarse, probablemente. Deaver no estaba seguro de si lo despreciaba o lo envidiaba.

—Soy del teatro ambulante —se presentó Toolie— y necesito cambiar el permiso temporal por uno normal.

Deaver se dio cuenta de que el actor ponía un tono humilde pero también alegre, y no pudo dejar de pensar que su vida de huérfano habría sido mucho más fácil si hubiera aprendido a actuar así con sus padres adoptivos o con los obispos o con los guardias con los que había vivido. Claro que Toolie solamente tenía que actuar así durante unos minutos un día cada tanto, mientras que Deaver hubiera tenido que mantener la actitud durante semanas y años. Como ponerse bizco: seguro, se puede hacer, es fácil, pero si se mantiene la posición demasiado tiempo, lo único que se consigue es un dolor de cabeza.

Y después pensó que, cuando era niño, alguien le había dicho que si uno se pone bizco demasiado tiempo, los ojos se acostumbran y se quedan así para siempre. ¿Y si pasaba lo mismo con eso de actuar con humildad y dulzura? ¿Qué pasaba si se transformaba en un hábito hasta el punto en que uno olvidaba que era una actuación, como había pasado con las voces extrañas de Scarlett y Marshall, que les salían de la boca incluso cuando ayudaban a un jinete local en medio de la noche? Cuando uno actúa, ¿se transforma en el papel que representa para siempre?

Deaver tuvo mucho tiempo para pensar en ello, porque el secretario no pronunció una sola palabra durante un rato largo. Se limitó a quedarse sentado y a mirar a Toolie de arriba abajo, sin mostrar expresión alguna en su cara, muy limpia y muy blanca. Después miró a Deaver. No hizo ninguna pregunta en realidad, pero Deaver sabía lo que estaba preguntando.

—Soy jinete —dijo—. Me cogieron en la carretera. Necesito llamar a Moab.

Un jinete local..., la gente de los pueblos los despreciaba, pero por lo menos sabían qué hacer con ellos.

—Puede llamar desde ahí. —El secretario señaló una oficina vacía—. El comisario ha salido.

Deaver entró en la oficina y se sentó en el escritorio. Un viejo escritorio de recuperación, tal vez uno de los que había encontrado y traído él mismo en los viejos días, cuando era un muchacho. No hacía ni diez años.

No pudo conseguir un operador —la línea estaba atestada—, y, mientras esperaba, oyó lo que pasaba en la otra habitación.

—Aquí está la licencia de la familia. Una licencia de Zarahemla. —Era la voz de Toolie—. Si nos busca en la base de datos comerciales...

—Llene los formularios —dijo el secretario.

—La licencia es del estado de Deseret, señor —insistió Toolie. Todavía amable, todavía humilde.

No hubo respuesta. Deaver se inclinó sobre el escritorio y vio a Toolie, sentado, llenando los formularios. Deaver comprendía las razones de Toolie para hacerlo: cedía para salirse con la suya. Así el secretario demostraba que él era quien estaba al mando de todo. Así aquel hombre de pelo corto se aseguraba de que demostraba a los gitanos que no pertenecían a aquel lugar, que no tenían *derechos* allí. Así que Toolie llenaría los formularios, y apenas se fuera, el secretario llamaría a la base de datos, verificaría la licencia, y tiraría los formularios a la basura. O tal vez los revisaría línea por línea buscando alguna contradicción, algún error para tener de qué cogerse si quería echar al teatro ambulante de Hatchville. Y eso no estaba bien. La familia Aal ya tenía bastantes problemas, no les hacía falta que un secretario demasiado limpio, bien acomodado en la oficina del alcalde, agregara su granito de arena al cúmulo de dificultades.

Durante un momento, Deaver se sintió sacudido por una rabia ciega, como aquella misma mañana cuando Marshall le había puesto el brazo en el hombro y lo había llamado «hijo». Le temblaban los brazos, sentía que le latían los dedos de los pies, como si estuviera preparándose para bailar o para luchar cuerpo a cuerpo, o para golpear a algún hijo de perra en la cara y romperle la nariz y cubrirlo de su propia sangre, lavarle el cabello con ella y desparramarla sobre su ropa para que, aunque no le doliera mucho, le quedaran manchas en la camisa, manchas que le recordaran que hay un límite para lo que uno puede hacerle a la gente, y que un día la gente estalla y hace algo al respecto, le demuestran a uno que el poder es bueno para...

Después, Deaver se controló, se calmó. No había escasez de hijos de puta voluntarios y autodidactas en el mundo y este secretario no era el peor de ellos ni muchísimo menos. Toolie estaba haciendo lo correcto, inclinándose y dejando que el hombre se sintiera importante. Si le dejaba quedarse con la victoria ahora, la familia tendría una victoria mayor más tarde. Porque cuando se fueran de ese pueblo, los Aal todavía serían ellos mismos, todavía serían una familia, y ese secretario no tendría ni un ápice de poder sobre ellos. Eso era la libertad, la capacidad de poder irse cuando uno quisiera. Deaver entendía ese tipo de poder. Era el único tipo de poder que había tenido o querido en su vida.

Finalmente, consiguió un operador y le dijo quién era, con quién necesitaba comunicarse y por qué. Al operador le llevó una eternidad verificar en el ordenador que Deaver era realmente un jinete local y que por lo tanto estaba autorizado a hacer un número ilimitado de llamadas a los cuarteles generales regionales de Moab. Finalmente obtuvo la comunicación. Era Meech, el de siempre.

—¿Tienes los informes? —le preguntó.

—Sí.

—Entonces, muy bien. Ven.

—¿Rápido?

—No lo suficiente como para que te cueste dinero. Ven. No hay prisa.

—¿Dos, tres días está bien?

—No hay prisa. Aunque tengo la aprobación para que solicites tu ingreso en los Jinetes de Royal.

—Maldita sea, ¿por qué no me lo dijiste antes, cara de pito? —gritó Deaver en el teléfono. Había estado en la lista de espera durante tres años.

—No quería que mojaras los pantalones, ésa es la razón —bromeó Meech—. Por favor, recuerda que se trata solamente del permiso para solicitar el ingreso.

¿Cómo podía decirle Deaver que ni siquiera había esperado conseguir el permiso? Suponía que ésa era la forma de sacarse de encima a los que no eran mormones, impidiéndoles que solicitaran la entrada y dejándoles para siempre en la lista de espera.

—Y tengo cinco tipos, Teague, preguntando si vas a ceder tu derecho a solicitar el ingreso. Y están ansiosos.

Era legal firmar para dejar el lugar a alguien que estuviese por debajo en la lista..., lo que no era legal era aceptar dinero por eso. Y sin embargo, la lista de solicitudes para ser jinetes exteriores era larga y seguramente había hombres en ella que no pensaban ingresar, que firmaban solamente para conseguir un poco de dinero vendiendo el puesto cuando les tocara a ellos. Deaver sabía que si decía que sí y Meech le daba el nombre de los que deseaban entrar en lugar de él, empezaría a conseguir promesas y dinero. Lo que no conseguiría, claro está, era otra oportunidad para presentar la solicitud.

—No, gracias, Meech.

Apareció el secretario en la puerta, la cara encendida.

—Un segundo, por favor —dijo Deaver en el teléfono—. ¿Qué pasa?

—¿Está al tanto de las leyes de decencia pública? —preguntó el secretario.

A Deaver le llevó un segundo entenderlo. ¿Habría oído a Meech decir algo sobre vender el lugar para solicitar el ingreso en los Jinetes? No, el secretario hablaba de las leyes de *decencia* pública. Deaver volvió a pensar en su conversación telefónica. Seguramente había dicho «maldita sea» en voz demasiado alta. Y aunque «cara de pito» no estuviera en la lista de prohibiciones, podía entrar fácilmente bajo «otras expresiones o gestos lascivos».

—Lo lamento.

—Espero que lo lamente mucho.

—Sí.

Deaver hizo todo lo que pudo para imitar los modales humildes que había estado utilizando Toolie. Era especialmente difícil para él, porque de pronto tenía ganas de

ponerse a reír en voz alta (¡iban a dejarle presentar una solicitud para los jinetes exteriores!) y pensaba que al secretario no le iba a gustar su risa. De pronto, rió.

—Sí, lo lamento mucho, señor. —Había copiado el *señor* de Toolie.

—Porque en Hatchville no nos hacemos cómplices del pecado.

«En Hatchville seguramente no hacen pis, lo retienen en el cuerpo hasta que se mueren». Pero no lo dijo, solamente miró al secretario directamente a los ojos con toda la calma que pudo hasta que el hombre finalmente se llevó su enorme carga de corrección y rectitud de vuelta a su asiento.

Eso era justo lo que le faltaba, un arresto por mal comportamiento ahora que estaba a punto de pedir el ingreso en los jinetes exteriores.

—¿Todavía estás ahí, Meech?

—Sí, aquí estoy, esperando.

—En dos días estoy ahí. Tengo mi silla de montar.

—Te has quedado tan fresco, ¿eh?

—Sí.

—No te creo.

—Hasta pronto, Meech.

—Dale tus informes de erosión a ese secretario, ¿quieres?

—De acuerdo —dijo Deaver. Colgó.

El secretario le dijo sin ganas dónde quedaba la casa del que hacía los informes. Claro que el comunicador no estaba transmitiendo, eso se hacía de noche, sobre las mismas preciosas líneas telefónicas que se utilizaban para hacer llamadas durante el día. Pero el hombre le dijo que lo iba introducir en el ordenador ese mismo día, y no parecía tener demasiadas ganas de copiar nada, ni siquiera el cuaderno de Deaver, bastante delgado, por cierto.

—¿Todas estas coordenadas? —preguntó.

—Hago mi trabajo —replicó Deaver.

—Eres muy bueno —dijo el otro—. El desierto de ayer, el pasto de hoy, la granja de mañana. —Era el eslogan de las nuevas tierras. Significaba que la conversación había terminado.

Cuando Deaver volvió al ayuntamiento, Toolie ya no estaba en la oficina del secretario. Estaba en la del alcalde, y, como la puerta estaba entornada, Deaver podía oírlos bastante bien, especialmente porque el alcalde no estaba tratando de hablar en voz baja.

—No tengo ninguna obligación de darle un permiso, señor Aal, así que no me agite esa licencia de Zarahemla frente a los ojos. Y no piense que me impresiona porque su nombre sea Aal. No hay leyes que digan que los parientes de un héroe tengan por qué valer más que un pedazo de mierda, ¿me entiende?

«Mierda» sí que estaba en la lista de prohibiciones. Deaver miró al secretario pero

éste se limitó a seguir moviendo los papeles.

—Y ni se inmuta —dijo Deaver.

—¿Qué? —preguntó el secretario.

Si había oído el comentario de Deaver, era evidente que podía oír el del alcalde. Pero Deaver decidió no hacer un escándalo de eso.

—Nada —contestó.

No había razones para provocar al secretario. Había venido al pueblo con el teatro ambulante y cualquier cosa que molestara a la gente pondría a los Aal en mala situación. A Deaver le parecía que ya estaban bastante mal sin eso.

—Las chicas jóvenes los ven con esos trajes y con esas luces, y piensan que ustedes son el profeta José o Jesucristo o Alma o Neil Armstrong, y así están, indefensas frente a cualquier bastardo sin escrúpulos que no se preocupa por lo que puede hacerle a una chica.

Finalmente Toolie levantó la voz, y dejó de lado su actuación de humildad. Deaver se alegró de saber que Toolie tenía un límite.

—Si tiene una acusación directa...

—El teatro ambulante Aal y la Asociación Teatral están implicados en muchas acusaciones, no sé si soy claro. No vamos a hacerlas nosotros, pero vamos a vigilarles muy bien. Solamente porque se llamen «El Teatro Ambulante del Milagro de Sweetwater» no significa que no sepamos el tipo de personas que son.

Dígale a todos los de su compañía que le vamos a vigilar muy bien.

La respuesta de Toolie fue demasiado tenue para poder oírla.

—Eso no pasará en Hatchville. No van a arruinar la vida de alguna pobre muchacha y a desaparecer después con su misión encomendada por el profeta.

Así que había gente que creía en esas historias sobre los espectáculos de gitanos. Tal vez Deaver también lo había creído. Pero una vez que uno conocía a personas como los Aal, esas historias parecían estúpidas. Excepto en Hatchville, claro, donde nadie es cómplice del pecado.

Toolie estaba realmente callado cuando salió de la oficina del alcalde, pero tenía el permiso y el formulario para el almacén del obispo, ambos firmados por el mismo hombre, claro, porque el alcalde era el obispo.

Deaver no habló sobre lo que había oído. En lugar de eso, le contó a Toolie lo del permiso para solicitar un trabajo entre los exteriores, y que eso quería decir que tenía una oportunidad de llegar a ser uno de ellos.

—¿Y para qué quieres hacer eso? —preguntó Toolie—. Es una vida terrible. Viajas miles de kilómetros a caballo, estás siempre cansado, la gente siempre tratando de matarte, tienes que estar fuera aunque llueva, día y noche, ¿y para qué?

Era una pregunta absurda. Todos los chicos de Deseret sabían por qué querían ser uno de los Jinetes de Royal.

—Para salvar la vida de la gente. Para ayudarles a llegar hasta aquí.

—Los jinetes exteriores no hacen eso. La mayoría entrega correo de un área poblada a otra. Y hace mapas. No es mucho más excitante que el trabajo que haces ahora.

Así que Toolie sí había investigado el trabajo que hacía su tío Royal. ¿Cómo se hubiera sentido Marshall de saberlo?

—¿Nunca pensaste en unirme a los jinetes? —le preguntó Deaver.

—Yo no —respondió Toolie.

—Vamos... —dijo Deaver.

—Nunca desde que crecí lo suficiente como para hacer elecciones inteligentes. — Apenas habían salido esas palabras de su boca, Toolie debió de darse cuenta de lo que acababa de decir—. No me refiero a que no sea una elección inteligente para ti, Deaver. Es sólo que... si uno de nosotros se va, el espectáculo muere. ¿Quién haría mis papeles? ¿El abuelo Parley? Tendríamos que contratar a alguien de fuera de la familia, pero ¿cuánto tiempo trabajaría alguien de fuera por nada más que la casa y la comida, como hacemos nosotros? Si alguien se va, se terminó para todos los demás. ¿Y qué harían papá y mamá para vivir? Así que ¿cómo se me iba a ocurrir irme a trabajar con los jinetes exteriores?

Había algo en el tono de voz de Toolie, algo en su actitud que decía: «Esto es real. Esto es algo de lo que realmente tengo miedo, de que la familia se divida, de que el teatro desaparezca. —Y además—: Por eso es por lo que estoy atrapado. ¿Por qué no puedo tener sueños propios, como tú?» Y viendo que Toolie hablaba con sinceridad, como si Deaver fuera alguien en quien confiaba, Deaver le contestó de la misma forma, revelando cosas que nunca había dicho a nadie en voz alta, o por lo menos no últimamente.

«Ser un exterior. Eso significa un nombre. Un local..., ¿cómo nos llaman? Pisoteadores de conejos. Pastores de hierba».

—He oído cosas peores —dijo Toolie—. Algo sobre vuestras relaciones con las vacas. Vosotros los vigías tenéis una fama casi tan mala como la nuestra.

—Por lo menos vosotros sois alguien en los pueblos que visitáis.

—Ah, sí, nos ponen una alfombra roja cada vez que nos ven llegar...

—Quiero decir que sois Noé, o Neil Armstrong, o lo que sea.

—Eso es lo que hacemos en el escenario. No lo que somos.

—Es lo que sois para ellos.

—Para los niños —puntualizó Toolie—. Para los adultos, una persona es lo que hace aquí, en el pueblo. Eres el obispo o el alcalde...

—El obispo y el alcalde...

—O el comisario o el maestro de la escuela dominical, o un granjero o lo que sea. Eres alguien real. Nosotros venimos, pero no encajamos.

—Por lo menos algunos de ellos se alegran de veros.

—Seguro —dijo Toolie—. No digo que no estemos mejor que tú, en cierto modo. Un gentil en un lugar como éste...

—Ah, Katie te lo ha contado. —Así que sí le había importado que él no fuera mormón, lo suficiente como para comentárselo a su hermano. En cierto modo, sin embargo, eso hacía que la forma en que Toolie le había hablado, como a un amigo, significara todavía más, porque Toolie ya sabía que Deaver era un gentil.

Y Toolie tuvo la gracia de fingir que estaba un poco incómodo por saber algo que Deaver le había confiado sólo a Katie.

—Yo me preguntaba si no sería así... y entonces le pedí que lo averiguara.

Deaver trató de hacerlo sentir mejor al respecto.

—Estoy circuncidado.

Toolie rió.

—Bueno, lamento que no vivas en Israel. Allí sí que encajarías.

Una vez, cuando tenía dieciséis años, un camionero le había dicho que los mormones eran tan correctos y duros porque no podían evitarlo: «Una vez que a uno le cortan el pito alrededor ya no puede fluir la savia». Deaver sabía que lo de la savia no era cierto, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de que el camionero le había estado tomando el pelo, haciéndole creer que la circuncisión también formaba parte de la religión mormona. Una vez más, Deaver había dicho algo tonto y ofensivo sin querer.

—Lo lamento, pensé que vosotros, los mormones...

Pero Toolie se reía.

—¿Ves? La ignorancia es grande por ambas partes.

Le puso la mano en el hombro y allí la dejó por unos instantes, mientras caminaban a lo largo de la calle de Hatchville. Y esta vez Deaver no se enfureció. Esta vez le pareció bien tener la mano de Toolie sobre el hombro. Llegaron al almacén y arreglaron que un carro les llevara las provisiones al campo esa misma tarde.

—¡Soldados de Estados Unidos! Podríamos marchar hacia Filadelfia y..., podríamos marchar.

—Marchar en armas y aplastar Filadelfia bajo nuestras botas.

—¡Soldados de Estados Unidos! Podríamos marchar en armas y aplastar Fila...

—¡Acabar con Fila...!

—¡Aplastar Filadelfia bajo nuestras botas! Y entonces, ¿qué podría...?

—¿Qué Congreso podría...?

—¿Qué Congreso podría negar nuestras reclamaciones y derechos sobre el tesoro de esta sangre que creamos por...?

—La nación que creamos...

—Voy a empezar de nuevo, Janie, estoy un poco confundido, eso es todo. Quiero empezar de nuevo.

El viejo Parley había repasado tantas veces el discurso de George Washington a sus tropas que Deaver podría haberlo recitado de memoria solamente de oírlo mientras trabajaba conectando un relé al ventilador de la calefacción. Con la cabeza bien metida en el motor del camión, una pierna colgando del guardabarros para sostenerse, el sonido de la voz de Parley al memorizar era un fuerte eco en su mente.

El sudor caía de la frente de Deaver y le nublaba los ojos. Un trabajo feo, pero mientras el ventilador siguiera funcionando, ellos se acordarían de él.

Hecho. Solamente quedaba salir de aquella posición, poner en marcha el camión y comprobar si el ventilador funcionaba realmente.

—Ya lo tengo, Janie —dijo Parley—. Pero ¿acaso vamos a negar los principios de la libertad por la que luchamos y por la que perdimos tantos compañeros? ¿Vamos a negarlos solamente por dinero? Ayúdame aquí, Janie, una palabra solamente.

—Yo.

—¿Yo qué?

—Yo digo.

—¡Listo! Yo digo que..., ¡no!

—Yo digo que en Estados Unidos los soldados están bajo las órdenes del gobierno legal incluso cuando ese gobierno legal actúa injustamente contra ellos.

—No me leas todo el discurso.

—Pensé que si lo oías todo una vez, abuelo, tal vez...

—Eres mi apuntadora, no mi maestra...

—Lo lamento, pero es que ya lo hemos repetido tantas...

Deaver encendió el motor del camión. Ahogó el sonido de la voz de Parley acusando injustamente a Janie por su propia falta de memoria. El ventilador funcionaba. Deaver apagó el motor.

—... ¡y de pronto esto! No puedo trabajar en estas circunstancias, no hago milagros, nadie puede acordarse de parlamentos tan largos con...

Esta vez no fue la voz de Janie la que contestó sino la de Marshall.

—Ya ha parado el motor, así que sigue.

Parley sonaba más petulante que nunca. Más débil.

—Pronuncio esas palabras con tanta frecuencia que ya no significan nada para mí.

—No tienen que significar nada, solamente tienes que recitarlas.

—Es demasiado largo.

—Ya lo hemos cortado hasta los huesos. Washington les advierte de que podrían tomar Filadelfia y acabar con el Congreso, pero que entonces toda la lucha sería en vano, así que les pide paciencia para que la democracia haga su lenta voluntad.

—¿Y por qué no puedo decir eso? Es más corto.

—Pero también es algo que Washington no diría nunca, papá. No podemos hacer *Gloria de Estados Unidos* sin George Washington.

—¡Entonces hazlo tú! No puedo seguir con esos parlamentos, simplemente no puedo. Nadie puede acordarse de algo tan largo.

—¡Pero si los has hecho cientos de veces en tu vida!

—¡Soy demasiado viejo! ¿Tengo que expresarlo con palabras, Marshall? —Después, más bajo, casi rogando—: Quiero irme a casa.

—Con Royal. —El nombre era como ácido comiéndose un pedazo de madera.

—A casa.

—Nuestra casa está bajo el agua.

—Tú eres el que debería estar haciendo el discurso de Washington, y lo sabes. Tienes la voz, y Toolie ya está listo para ser Jefferson.

—¿Y para ser Noé? —Marshall hablaba con desprecio, como si la idea fuera una locura.

—Tú tenías su edad cuando empezaste a hacer de Noé, Marshall.

—¡Toolie no está maduro!

—Sí que lo está, y tú deberías estar haciendo los papeles que hago yo, y Donna y yo deberíamos estar en casa. Por favor, Marshall, tengo setenta y dos años y mi mundo ha desaparecido, y lo que realmente quiero es un poco de paz antes de morir.

El parlamento de Parley terminó en un suspiro ronco. Era el toque dramático perfecto. Deaver se sentó en la cabina del camión, pensando en la escena que no podía ver: Parley mirando a su hijo durante un largo momento, después volviéndose suavemente y marchándose con toda la dignidad cansada de un hombre sabio, de vuelta hacia su tienda. Todas las discusiones de aquella familia se desarrollaban a base de parlamentos fijos.

El silencio duró lo suficiente para que Deaver se sintiera en libertad de abrir la puerta y dejar la cabina. Inmediatamente echó una mirada hacia el lugar donde habían estado ensayando Parley y Janie. Se habían ido. Marshall también.

Bajo la carpa de la cocina estaba Donna, la esposa de Parley. Era vieja y frágil, aparentemente mucho más vieja que Parley. Una vez que le traían su mecedora por la mañana, se sentaba allí, a la sombra, y a veces dormía, a veces no. No estaba senil, en realidad; se alimentaba por sí misma, hablaba. Era como si quisiera sentarse en aquella silla, cerrar los ojos y fingir que estaba en otro lado.

Pero ahora estaba allí. Tan pronto advirtió que Deaver estaba mirándola, le hizo un gesto para que se acercara. Él obedeció.

Pensaba que ella iba a advertirle de que debía de tener más cuidado.

—Lamento haber arrancado el motor justo en ese momento.

—Ah, no, no, el camión no tiene nada que ver. —Donna palmeó un banquito que había en la hierba, junto a ella—. Parley es sólo un viejo que quiere dejar de trabajar.

—Conozco la sensación —dijo Deaver.

Ella sonrió con tristeza, como para decir que no había ninguna posibilidad en el mundo de que conociera tal sensación. Lo miró, estudiando su cara. Él esperó. Después de todo, ella lo había llamado. Finalmente, Donna le dijo lo que estaba pensando.

—¿Por qué estás aquí, Deaver Teague?

Él lo tomó como un desafío.

—Devuelvo un favor.

—No, no, lo que quiero decir es por qué estás tú aquí.

—Necesitaba que alguien me llevara al pueblo.

Ella esperó.

—Pensé que debía arreglar el ventilador de la calefacción del camión.

Ella siguió esperando.

—Quiero ver el espectáculo.

Ella levantó una ceja.

—¿Katie no tiene nada que ver?

—Katie es una chica preciosa.

Ella suspiró.

—Y rara. Y solitaria. Cree que quiere escaparse, pero no es cierto. La calle Broadway ya no existe. Las ratas han invadido los teatros. Se comieron el pavo real de la NBC y no dejaron ni una pluma. —Se rió de su propia broma.

Después, como si se diera cuenta de que había perdido el hilo de su propia conversación, se quedó en silencio y miró al vacío. Deaver se preguntó si no sería mejor volver al camión, o ir a dar un paseo, o cualquier cosa.

Ella lo asustó volviendo la cabeza y mirándole de nuevo, los ojos más agudos que antes.

—¿Eres uno de los tres Nefitas?

—¿Qué?

—Apareciste así, en la carretera. Justo cuando necesitábamos un ángel.

—¿Los tres Nefitas?

—Los que eligen quedarse en la Tierra hasta que Cristo vuelva. Van por el mundo haciendo el bien y después desaparecen. No sé por qué pensé en eso. Sé que eres un chico normal y corriente.

—No soy un ángel.

—Pero por la forma en que los jóvenes se volvieron hacia ti... Ollie, Katie, Toolie, pensé que venías a...

—¿A qué?

—A darles lo que más quieren. ¿Y por qué no se lo das de todos modos? A veces no hace falta ser un ángel para hacer milagros.

—Ni siquiera soy mormón.

—Te voy a contar la verdad —dijo la vieja—. Moisés tampoco lo era.

Él se rió. Ella también. Después volvió a poner la mirada distante. Él esperó un rato y los párpados de Donna se hicieron pesados, temblaron y se cerraron. Entonces, Deaver se puso de pie y se volvió.

Scarlett estaba de pie a menos de dos metros, mirándole.

Él esperó que la mujer dijera algo. Pero ella no lo hizo.

Voces en la distancia. Scarlett echó una mirada hacia el ruido, rompiendo el silencio que los unía. Él también se volvió. Por el otro lado del camión llegaba el primer grupo de gente del pueblo. Parecían tres familias juntas, con bancos y un par de viejas sillas plegables. Oyó que Katie los llamaba, aunque no la veía desde detrás del camión. Las familias saludaron con la mano. Los chicos corrieron adelante. Entonces Deaver vio emerger a Katie, a campo abierto. Llevaba las faldas de miriñaque de Betsy Ross. Deaver conocía la escena de Betsy Ross porque había tenido que aprender cuándo levantar la bandera para que Janie pudiera dedicarse a ayudar a Dusty a cambiarse de traje. Los chicos pasaron corriendo a su lado, la rodearon; Katie se puso en cuclillas y abrazó a los dos más pequeños primero. Después se puso de pie y los llevó hacia el camión. Era muy teatral; era una escena ensayada para los padres de los chicos, y funcionó. Los padres rieron, asintieron. Les gustaría el espectáculo. Les gustaría la familia de los actores, porque Katie había dado la bienvenida a sus hijos con afecto. Teatral y, sin embargo, totalmente honesta. Deaver no sabía cómo lo sabía. Pero sabía que a Katie realmente le gustaba recibir al público.

Y después, al pensar en eso, se dio cuenta de algo más. Se dio cuenta de que había visto a Katie ensayar algunas escenas que no sentía, no de la misma forma, no con aquel fervor con que había saludado a los chicos. Escenas calculadas. Y otra vez Deaver no sabía cómo lo sabía. Pero lo sabía. La sonrisa de Katie, su roce, su atención, todo lo que le había dado a él ese día, todo eso que había prometido a medias era parte de una actuación. Ella era como su padre, no como Toolie. Y pensar en eso ponía un gusto amargo en su boca. No tanto porque ella hubiese estado fingiendo. Sobre todo porque ella le había engañado de un modo tan absoluto.

—¿Quién puede encontrar una esposa capaz? —inquirió Scarlett con suavidad.

Deaver se sintió enrojecer.

Pero no era una auténtica pregunta. Scarlett estaba recitando.

—Su valor es mucho mayor que el del coral. Toda la confianza de su esposo está en ella, y a los niños no les falta de nada.

Deaver veía cómo los niños se aferraban a Katie. Ella debía de estar contándoles un cuento. O tal vez fingiendo ser Betsy Ross. Los chicos rieron.

—Ella devuelve el bien, no el mal, toda su vida. Cuando abre la boca, es para

hablar con sabiduría, y la lealtad es el tema de sus enseñanzas. Ella vigila lo que sucede en su casa y no come del pan de la holgazanería. Sus hijos la llaman feliz sin dudar; su esposo, también, y canta sus alabanzas: muchas mujeres demuestran que son capaces, pero tú eres mejor que todas ellas.

Tal vez estaba recitando, pero tenía que tener un sentido. Deaver se volvió hacia Scarlett, que le sonreía alegremente.

—¿Me está haciendo una propuesta? —preguntó.

—El encanto es una ilusión y la belleza es efímera; la que recibe honores es la mujer que teme a Dios. Ensálzala por el fruto de su labor y deja que su trabajo la alabe frente a los portales.

Por lo que suponía Deaver, Scarlett estaba tratando de hacer que pensara en una esposa cuando miraba a Katie.

—Usted no me conoce, señora Aal.

—Creo que sí. Y llámame Scarlett.

—Y además, no soy mormón.

Deaver pensaba que probablemente ella ya lo sabía, pero sabía cuánta importancia daban los mormones a casarse en el templo y también sabía que no pensaba volver a poner un pie en otro templo mormón en toda su vida.

Pero Scarlett parecía preparada para la objeción.

—Eso no es culpa de Katie, ¿no es cierto? ¿Así que por qué castigarla por eso?

Él no podía decirle: «Mujer, si crees que tu hija está enamorada de mí, entonces eres una tonta».

—Soy un desconocido para ustedes, Scarlett.

—Esta mañana, sí. Pero mami Aal nos dijo lo que eres realmente.

Entonces él se dio cuenta de que ella estaba bromeando.

—Si soy un ángel, tengo que señalar que la paga no es demasiado buena.

Pero en realidad ella no quería jugar. Quería hablar en serio.

—Hay algo en ti, Deaver Teague. No dices mucho y la mitad de lo que dices es un error, pero Katie te mira y Toolie me dijo: «Lamento que Teague tenga que irse», y te hiciste amigo de Ollie, que no ha tenido un amigo en años. —Desvió la vista y miró hacia el camión, aunque allí no pasaba nada—. ¿Sabes, Deaver, que a veces pienso que Ollie es el tío Roy renacido?

Deaver casi se rió en voz alta. ¿Royal? No se debía comparar al héroe de los exteriores con Ollie, ese muchacho de sonrisa burlona y temperamento malhumorado.

—No estoy hablando de Royal tal como es ahora, y sobre todo no me refiero a su imagen pública, tan bien construida. Tendrías que haberlo conocido antes, antes del colapso. Un chico salvaje. Tenía que meter sus narices en todo. Más que su nariz, si es que me entiendes. Parecía que todo lo que su cuerpo quería, él tenía que conseguirlo. No descansaba hasta que lo conseguía. Un lío terrible. No lo metieron en

la cárcel solamente gracias a la suerte y a las plegarias. Las plegarias eran de mamá Aal, la suerte, suya.

A medida que hablaba, Deaver notó que su voz perdía aquella precisión, aquel calor estudiado. Sonaba más normal. Como si recordar los viejos días le devolviera el modo de hablar que había tenido antes de ser actriz.

—No conseguía conservar un trabajo —continuó—. Siempre terminaba enojándose con alguien, no le gustaba que le dieran órdenes o que le exigieran, no le gustaba hacer siempre lo mismo. Se casó cuando tenía dieciocho años con una chica que estaba tan embarazada que el bebé podría haberle llevado la cola. Justo antes de la Guerra de los Misiles, se enroló en el ejército. Nunca mandó ni un céntimo a casa, y después el gobierno desapareció y durante todo ese tiempo, ¿sabes quién se ocupó de su esposa y su bebé? Bebés, para entonces.

—¿Ustedes?

—Bueno, supongo que sí. Pero no porque yo quisiera. Marsh fue quien los aceptó. Vivieron en nuestro sótano. Yo estaba furiosa. Casi no había lo suficiente para Marsh y los niños y yo, así que cada bocado que comían ellos yo sentía que se lo estaban sacando de la boca al pequeño Toolie y a Katie y a Ollie. Y lo dije, sí..., no a ellos pero sí a Marsh. En privado: no soy tan zorra.

Deaver parpadeó al oírla usar esa palabra.

—¿Y él qué contestó?

—«Son de la familia», eso es lo que contestó. Y eso fue toda la respuesta. «La familia cuida de la familia», dijo. No había ni siquiera que pensar en echarlos. Incluso cuando la universidad dejó de dar clases y nadie tenía trabajo, cuando empezamos a comernos las plantas de dientes de león y acabamos convirtiendo el jardín en una huerta que la lluvia anegaba...; aquel primer año terrible, la lluvia terminaba con todo una y otra vez...

Ella se detuvo un momento para recordar, para vivir aquellos días de nuevo. Cuando volvió a hablar, después de un largo rato, lo hizo con rapidez, como si quisiera terminar la historia.

—Después él salió con la ocurrencia del teatro ambulante. El teatro ambulante de la familia Aal fue el primero, ya sabes. No un camión, entonces no, entonces era un trailer, realmente una especie de carreta, y construimos los escenarios y Marsh escribió *Gloria de Estados Unidos* y adaptó la vieja obra de Cumorah para tener un espectáculo sacado del Libro Mormón, y salimos a la calle. Ah, siempre fuimos una familia teatral. Yo conocí a Marsh cuando su madre dirigía el teatro de la iglesia.

Miró a su suegra, dormida en la silla.

—¡Quién iba a pensar que la interpretación nos mantendría con vida! Marsh fue el que sacó adelante el nombre de Aal y lo convirtió en algo, algo que se conocía de un extremo a otro de Deseret. Lo logró, de alguna forma lo hizo..., todos hicimos que

diera lo suficiente para poder mantener a nuestros chicos y los de Royal, para poner el pan en la mesa de todos. La esposa de Royal no era fácil de aguantar, nunca hacía nada, pero la mantuvimos también. Hasta que un día se escapó. Pero nos quedamos con los chicos, nunca los dimos en adopción. Sabían que siempre podrían contar con un lugar entre nosotros.

Ella no sabía el modo en que esas palabras tocaban el corazón de Deaver, la forma en que se acordaba de las casas adoptivas que siempre empezaban con promesas de «ahora te vas a quedar aquí para siempre» y terminaban con Deaver y su fea maleta de cartón pardo en la parte trasera del coche de otra persona, y ni siquiera una carta, una postal de las familias anteriores. No quería oír hablar de lugares con los que se podía contar. Así que trató de que la conversación volviera al tema de Ollie.

—No veo en qué se parece Ollie a Royal. No ha dejado hijos por ahí tirados.

Ella lo miró con dureza.

—¿No? No es porque no lo haya intentado, te lo aseguro.

Deaver pensó en lo que había dicho el alcalde esa mañana. La familia Aal había sido acusada de dejar embarazadas a las chicas y salir disparados. No era una broma, por eso podían meter a cualquiera en la cárcel. Y allí estaba Scarlett, confesando que la acusación no era solamente un rumor de aldea, que era verdad y que ella estaba enterada. Y después de lo que había dicho el alcalde, Deaver sabía que si atrapaban a Ollie eso significaría la pérdida de la licencia para la familia. Estarían en quiebra: ¿qué valor podían tener los disfraces y la escenografía para cualquier otra persona? Terminarían en alguna granja del margen, en alguna parte. Deaver trató de imaginarse a Marshall junto a otros granjeros, a Marshall acostumbrándose al medio de los granjeros, integrándose. Trató de imaginarlo cubierto de polvo y sudor, con barro desde el cabello hasta la punta de las botas. Si la acusación de Scarlett era cierta, Ollie estaba coqueteando con eso.

—Apuesto a que Ollie no haría tal cosa —dijo Deaver.

—Ollie es Roy de nuevo. No puede controlarse. Tiene un deseo y tiene que satisfacerlo, y a la mierda todo lo demás. Nunca nos quedamos lo suficiente en un solo lugar, no como para que lo atrapen. Él cree que puede seguir así para siempre.

—¿Alguna vez se lo explicó a Ollie de esta manera?

—A Ollie no se le puede explicar nada. O por lo menos yo no puedo, y te aseguro que Marsh y Toolie tampoco. Lo único que se consigue es que estalle o se vaya. Pero tal vez tú, Deaver... Tú eres su amigo.

Deaver meneó la cabeza.

—Ese es el tipo de cosas de las que no se habla con alguien a quien uno acaba de conocer.

—Lo sé. Pero con el tiempo...

—Acaban de comunicarme que tengo la oportunidad de firmar una solicitud para los exteriores.

La cara de ella se puso triste.

—Así que te vas.

—De todos modos me iba. A Moab.

—Los jinetes locales van a los pueblos. Reciben cartas. Tal vez podemos seguir en contacto.

—Los exteriores también.

—No con nosotros —dijo ella.

Deaver sabía que era cierto. No podían seguir recibiendo noticias de uno de los jinetes de Royal. No con lo que sentía Marshall...

Y sin embargo..., si Ollie era realmente como Royal cuando éste era más joven, tal vez podía haber una esperanza en eso.

—Royal volvió a casa, ¿verdad? Tal vez Ollie cambie.

—Royal nunca volvió a casa.

—Ahora vive con su esposa y sus hijos —insistió Deaver—. Lo leí. En los diarios.

—Así volvió Royal a casa..., en los diarios. Empezamos a leer historias sobre los exteriores, y cómo el más atrevido y valiente de entre ellos era un hombre llamado Royal Aal. En aquellos días éramos famosos, y en general, después de nombrarlo, ponían una pequeña aclaración: «No tiene ninguna relación con la familia de actores Aal». Es decir, que se lo preguntaban y él lo negaba. Y sus hijos ya sabían leer, algunos de ellos. *Nosotros* nunca renegamos de él. Le decíamos a los niños: «Sí, ése es tu papá. Está haciendo un trabajo muy importante, salvando vidas, destruyendo misiles, luchando contra los asaltantes». Les decíamos que todo el mundo se sacrifica en los malos tiempos y que el sacrificio de ellos era estar sin su padre por una temporada. Marshall hasta escribió a Roy, y yo también, para hablarle de los niños, decirle que eran fuertes, inteligentes y buenos. Cuando Joseph, el mayor, se cayó de un árbol y se rompió el brazo con tan mala suerte que los médicos querían cortárselo, le escribimos sobre el coraje de su hijo y le contamos cómo habíamos hecho que le salvaran el brazo a toda costa..., y él nunca contestó.

Deaver se sintió asqueado. Sabía lo que era crecer sin un padre ni una madre. Pero por lo menos él sabía que sus padres habían muerto. Podía creer que ellos habrían vuelto a por él de haber podido. ¿Qué se sentiría al saber que el padre de uno estaba vivo, que era famoso, y que nunca vendría, que nunca escribiría, que ni siquiera mandaría un mensaje?

—Tal vez no recibió las cartas.

Ella rió con amargura.

—Te aseguro que las recibió. Un día... Joseph tenía doce años, lo habían

ordenado diácono hacía unas semanas. El comisario apareció en nuestro campamento de Panguitch, con una orden judicial. Una orden del juez en la que figuraban Royal y su esposa como demandantes. Sí, estaban juntos de nuevo. Nos exigían que entregáramos a los hijos de Royal Aal a la custodia del comisario, o nos acusarían de secuestro.

Las lágrimas rodaron por su cara. No eran hermosas, bellas lágrimas de actriz, lágrimas decorosas; eran calientes, amargas, y ella tenía la cara retorcida de emoción.

—No vino él en persona y no escribió para pedirnos que mandáramos a los niños. Ni siquiera nos agradeció que los hubiéramos mantenido con vida durante diez años. Tampoco aquella zorra desagradecida de esposa que tenía, y ella había comido de nuestra mesa durante cinco de esos diez años.

—¿Y ustedes qué hicieron?

—Marsh y yo llevamos los niños a la tienda y les dijimos que su madre y su padre habían enviado a por ellos y que era tiempo de que se reunieran en familia otra vez. Ellos habían leído los diarios. Pensaban que Royal Aal era un gran héroe. Era como si después de años de ser huérfano, tu padre el rey finalmente te encontrase y te convirtieses en un príncipe. Estaban tan contentos que casi ni nos dijeron adiós. No los culpamos por eso. Eran niños que se iban a casa. Ni siquiera los culpamos por no haber escrito desde entonces. Royal probablemente se lo prohibió. O tal vez les contó mentiras sobre nosotros, y ahora nos odian. —Tenía la mano izquierda sobre la cara, y apretaba y aflojaba la derecha sobre la falda, arrugando el vestido en formas extrañas y húmedas—. Así que no me digas que Royal cambió.

No era precisamente la historia que contaba la gente sobre Royal Aal.

—Una vez leí un artículo sobre él —prosiguió Scarlett—. Hace muchos años. Sobre él y su hijo mayor Joseph, cabalgando juntos por las praderas, la segunda generación de héroes. Y citaban a Royal, el cual decía que él había tenido una vida familiar tan dura, que había habido tantas reglas en su familia que siempre se había sentido encerrado, y que se sentía bien porque había rescatado a su hijo Joseph de aquella cárcel.

Deaver había leído el artículo, como todo lo que se escribía sobre Royal Aal. Cuando lo leyó, creyó que lo había entendido; pensó que él también estaba en una prisión y empezó a soñar que Royal Aal lo rescataba a él también. Pero ahora había pasado un día con la familia de Royal. Se daba cuenta de lo cerrada que era, y entendía que uno pudiera sentirse confinado. Peleas y discusiones. Pero también trabajo en equipo, todo el mundo con un papel que ningún otro podía llenar. El tipo de familia que él siempre había deseado cuando era niño.

Mil veces en los años anteriores, Deaver se había imaginado su primer día en el cuartel de los exteriores en Golden, y había imaginado que se acercaba a Royal Aal y le tendía la mano y oía de sus labios la bienvenida. Pero ahora, si eso llegaba a pasar

realmente, él pensaría en otras cosas: como el momento en que el comisario había entregado aquella orden a Marshall y Scarlett. Como decir mentiras que dejaban en mal lugar a la gente que le había hecho bien a uno.

Y al mismo tiempo, Deaver se daba perfecta cuenta de cómo todo eso podía parecerle distinto a Royal, de cómo cuando niño pudo haber llegado a odiar a su hermano Marshall —ese hombre sí que era difícil de aguantar algunas veces—, y Deaver adivinaba que Parley no era el padre más comprensivo y bueno del mundo. No era una familia llena de gente hermosa y perfecta. Pero eso no significaba que se merecieran que les hicieran lo que él les había hecho.

Así que ¿cómo podía convertirse en un exterior, sabiendo lo que sabía sobre Royal Aal? ¿Cómo podía seguir a ese hombre? De algún modo tendría que sacarse todo eso de la cabeza, olvidar que lo sabía. Tal vez algún día llegaría a conocer lo suficiente a Royal para poder sentarse junto a él frente al fuego una noche y decirle: «¿Y tu familia? Los conocí una vez, ¿qué pasa con tu familia?» Y entonces oiría la versión de Royal. Eso podía cambiarlo todo, conocer la otra versión.

Pero no podía imaginarse nada que pudiera decir Royal que justificara lo que había sufrido Scarlett, lo que sufría todavía cuando recordaba.

—Ahora me doy cuenta de por qué no les gusta oír hablar de Royal.

—Ya no usamos nuestro apellido —dijo Scarlett—. ¿Sabes lo que eso supone para Marsh? Todo el mundo cree que Roy es un héroe, y mientras tanto, en las ciudades a las que vamos nos tratan como si fuéramos todos ladrones y vándalos y fornicadores a jornada completa. Alguien nos preguntó una vez si habíamos dejado de usar el nombre Aal en el teatro para proteger la reputación de Royal. —Scarlett rió, o sollozó. No era fácil saberlo—. Marshall casi se muere de rabia. Todavía vivimos de la caridad de la Iglesia. Cada pedazo de comida que masticamos viene del almacén del obispo. Probablemente no sabes esto, Deaver Teague, pero en los viejos días solamente se comía del almacén del obispo cuando se estaba en las últimas. Cuando se era un fracasado. Y Marshall y yo todavía lo sentimos así. Roy no come del almacén. Y su familia tampoco, en estos días. Roy no va de pueblo en pueblo por el margen.

Deaver sabía lo que se sentía cuando todo lo que uno comía procedía de la caridad, cuando el hecho de estar vivo era un fervor que le hacía otra gente a uno solamente por la nueva bondad de su corazón. Con razón había un fondo de rabia bajo la superficie de aquella familia, algo que siempre estaba listo para salir a flote y restallar como un látigo si las cosas no salían del todo bien.

—Y lo que más duele de la forma en que nos tratan en estos estúpidos pueblos es que nos lo merecemos.

—No estoy de acuerdo —repuso Deaver.

—A veces quisiera que Ollie se fuera, como Roy..., pero ahora, *antes*, de que

tenga una esposa y varios hijos que dejar al cuidado de su hermano Toolie.

Eso no le pareció justo a Deaver, y por una vez se sintió capaz de decirlo en voz alta.

—Ollie trabaja duro. Yo estuve con él toda la mañana.

—Sí, sí —admitió Scarlett—. Lo sé. No es Roy. Él trata de ser bueno. Pero siempre está ahí parado con esa media sonrisa terrible, como si pensara que somos divertidísimos. Yo vi esa sonrisa en la cara de Roy mientras estuvo con nosotros, antes de escaparse. Esa sonrisa es como un cartel que dice: «Tal vez esté con vosotros, pero no soy parte de vosotros».

Deaver había notado la sonrisa pero nunca había pensado que significara eso. A Deaver le parecía que Ollie sonreía cuando estaba avergonzado por la forma en que actuaba su familia, o cuando estaba tratando de ser amistoso y amable. Ollie no tenía la culpa de que cuando sonreía la gente se acordara de Royal Aal.

—Ollie ya tiene edad para hacer su vida —dijo Deaver—. Cuando yo tenía su edad, hacía ya dos años que conducía un camión de recuperación.

Scarlett miró a Deaver con la cara llena de asombro.

—Claro que Ollie tiene la *edad*. Pero si se fuera, ¿quién se ocuparía de la iluminación? Marshall y Toolie y Katie y yo... no sabemos nada salvo los textos de los espectáculos.

¿Acaso ella no se daba cuenta de lo contradictoria que era? Ollie no podía irse porque la familia lo necesitaba, pero mientras se quedaba su propia madre deseaba que se fuera para que no les causara el daño que les había causado su tío. No tenía sentido. Por lo que Deaver sabía, Ollie no era parecido a su tío. Pero si su propia madre lo veía así, era difícil ver cómo Ollie podría probarle que no era cierto.

Deaver había visto muchas familias en todos esos años. Aunque nunca había formado realmente parte de una, había vivido con ellas, visto cómo trataban los padres a los hijos, visto cómo los hijos trataban a los padres. Entendía lo que pasaba cuando algo iba mal en una familia mejor que la mayoría de la gente. Todo el mundo trata de esconderlo, de fingir que todo está bien, pero la cosa siempre se escapa por alguna parte. Los Aal habían sufrido todo aquel dolor por los actos de Royal y no podían vengarse de éste, ni siquiera un poco. Pero tenían un hijo que se parecía en algo a Royal. Y era lógico que algo de ese dolor saliera por ese lado. Deaver se preguntó cuánto tiempo haría que Scarlett pensaba que Ollie era como Royal. Se preguntó si Ollie habría oído al pasar algo sobre eso. O si alguna vez cuando estaba furiosa, Scarlett le habría dicho directamente: «¡Eres como tu tío! ¡Exactamente igual que él!»

Ese era el tipo de cosa que un chico no olvidaba nunca. Una vez una madre adoptiva había llamado ladrón a Deaver, y cuando resultó que era su propio hijo el que había robado el azúcar para venderlo, aunque ella montó todo un espectáculo con

sus disculpas, él nunca lo olvidó. Era como una pared entre ellos en los meses en que vivió allí, antes de partir hacia otra familia. No puede uno desdecirse de lo que ha dicho, eso es todo.

Al pensar en ello, en la gente que dice cosas crueles que después no puede retirar, Deaver recordó la forma en que Marshall había reñido a Toolie aquella mañana. Esa familia tenía más problemas que el hecho de que la madre recordara a Royal Aal al mirar a Ollie.

—No debería haberte contado esto, Deaver Teague.

Deaver se dio cuenta de que seguramente había estado callado durante un buen rato, allí plantado, quieto.

—No, no importa —respondió.

—Pero hay algo en ti. Estás tan seguro de ti mismo...

La gente le había dicho eso antes. Y él hacía ya tiempo que pensaba que tal vez era porque no hablaba con frecuencia, y porque cuando lo hacía, no decía mucho.

—Supongo —musitó.

—Y cuando mamá Aal te llamó ángel...

Deaver rió.

—Tal vez puedas hacer un milagro sin saber que lo haces. —Scarlett le tomó la mano. Toda la teatralidad había vuelto a ella. Estaba tratando de hacerlo sentir de cierta forma, y por eso estaba actuando. Deaver se alegró de saber que podía ver la diferencia con tanta claridad. Eso significaba que podía creer en lo que ella le decía cuando no estaba actuando—. Ah, Deaver. Tengo tanto miedo por Ollie...

—¿Miedo de que se escape? ¿O de que se quede?

Ella susurró:

—No sé lo que quiero. Sólo quiero que las cosas vayan mejor.

—Ojalá pudiera ayudarle. Pero lo único que puedo hacer es levantar la bandera en la escena de Betsy Ross. Y rebobinar el ventilador de la calefacción en el camión.

—Tal vez con eso sea suficiente, Deaver Teague. Tal vez solamente siendo quién eres, tal vez eso sea suficiente. ¿Y si Dios te mandó aquí, con nosotros? ¿Te parece tan imposible?

Deaver tuvo que reírse.

—Dios nunca me mandó a ninguna parte.

—Eres un buen hombre.

—Eso usted no lo sabe.

—Para saber si la manzana está madura no hace falta más que un mordisco.

—Simplemente, estaba allí en ese momento.

—Sí, claro, tu caballo se murió justo ese día y tú quisiste caminar con la silla de montar y entonces llegaste al lugar al que llegaste y justamente nosotros teníamos problemas con los frenos en el momento en que los tuvimos y justo tú fuiste la

primera persona en años que interesó a Ollie y justo le gustaste a Katie. Pura casualidad.

—Yo no daría mucho por el interés de Katie hacia mí —dijo Deaver—. No creo que haya nada profundo en todo eso.

Scarlett lo miró con ojos profundos y limpios y habló con un fervor muy bien calculado.

—Sálvanos. No tenemos fuerzas para salvarnos a nosotros mismos.

Deaver no supo qué decir. Solamente meneó la cabeza y se alejó, por el pasto, lejos del camión, lejos de todos. Los veía: la multitud al frente, los Aal trabajando detrás del teatro, pintándose, preparando las máquinas y equipos para usarlos en el escenario cuando hicieran falta. Caminó un poco más lejos y todos parecieron más pequeños.

Si la gente seguía viniendo así, serían centenares a la hora del espectáculo. Todo el pueblo probablemente. Los teatros ambulantes no pasaban demasiado a menudo.

El sol todavía estaba alto y la gente seguía llegando, así que Deaver pensó que podía tomarse un minuto para estar consigo mismo y pensar. La vieja Donna estaba más loca que una cabra, llamarle ángel... Y Scarlett, pidiéndole que impidiera que Ollie los arruinara a todos. Y Katie, que quería algo, fuera lo que fuese.

Se había topado con ellos la noche anterior. No hacía ni veinticuatro horas. Y sin embargo los había visto con tanta claridad, de tan cerca, que sentía que los conocía. ¿Lo conocían ellos a él de la misma manera? ¿Era posible?

No, estaban desesperados, eso era todo. Querían cambiar y utilizaban a la primera persona que pasaba para que los ayudara a hacerlo. Lo que Deaver no podía terminar de entender era la razón por la que querían mantener su vida de gitanos ambulantes. No era una buena vida, por lo que Deaver veía. Un trabajo muy duro, y todo para montar espectáculos en pueblos donde la gente los odiaba.

«Katie, ¿qué es lo que quieres?»

Probablemente ella era parte de la conspiración de mujeres —Scarlett, Donna y Katie—, todas tratando de hacer que Deaver se quedara con la esperanza de que eso mejorara las cosas para todos. Lo peor era que él casi quería quedarse también. Incluso sabiendo que Katie fingía, se sentía atraído por ella, no podía quitarle los ojos de encima sin esfuerzo. ¿Qué era lo que decía Meech cuando algún tipo dejaba los jinetes para casarse con una mujer? «Envenenado con testosterona —así lo llamaba—. El hombre se envenena con testosterona, ésa es la única enfermedad que aparta realmente a un hombre de los jinetes para siempre».

«Bueno, tengo esa enfermedad, y si quisiera, podría olvidarme de todo excepto de Katie, por lo menos por un rato, lo suficiente como para despertarme y descubrir que estoy empantanado aquí con una esposa y bebés y, después de eso, no me iría nunca aunque quisiera, aunque descubriera que Katie sólo interpretaba y que nunca me

quiso... Yo no me iría porque no soy un Royal Aal. No soy un padre adoptivo. Si alguna vez tengo una familia, no voy a abandonar a mis hijos, nunca. Mis hijos pueden contar conmigo hasta que muera.

»Y por eso no puedo quedarme. No puedo creer en todo esto, no puedo siquiera permitirme una preocupación al respecto. Son actores. Y yo no soy actor, y no podría ser parte de ellos como no puedo formar parte de Hatchville al no ser mormón. Y en cuanto a Katie, sé demasiado para poder creer que una mujer como ésa pueda amarme algún día. Soy un tonto. Es una estupidez pensar en quedarme. Todos son infelices, estaría prometiéndome a mí mismo la misma infelicidad que ellos. El trabajo de mi vida está allí afuera, en las praderas, con los exteriores. Aunque Royal sea un patán bien instalado, aunque en realidad yo no encaje entre ellos, por lo menos allí puedo hacer un trabajo importante para el mundo».

Deaver rodeó la huerta de manzanos que había unos cien metros al sur del camión. Hatchville estaba a unos años del margen y los árboles ya eran grandes y sólidos, lo suficiente para poder treparse a ellos. Deaver se subió a una rama. Miró la multitud que seguía llegando. Se estaba haciendo tarde. El sol tocaba casi la montaña hacia el oeste. Deaver oyó la voz de Katie que llamaba.

—¡Ollie!

Como en el juego del escondite con los chicos del vecindario cuando Deaver era muy pequeño. «Ollie, Ollie, ocúltate ya», cantaban. Deaver era un campeón para esconderse. Había oído esas llamadas más de una vez.

Después la voz de Toolie. Y la de Marshall.

—¡Ollie!

Deaver se imaginó lo que pasaría si Ollie no venía. Si se escapaba, como Royal. ¿Qué haría la familia? No podían hacer el espectáculo sin que alguien encendiera las luces y manejara los efectos luminosos. Y todos los demás, todos menos Ollie, estaban en el escenario.

Entonces sintió un apretón en la boca del estómago. Había otra persona que sí sabía algo de electricidad y que no estaba en el escenario. «¿Nos ayudas, Deaver Teague?» Y él, ¿qué diría él en ese caso? «No, lo lamento, tengo pasto que atender, buena suerte y adiós».

Mierda, no podía decir «no» e irse así como así, y Ollie lo sabía. Ollie lo había comprendido perfectamente, lo había calado de arriba abajo y sabía que no podría irse y dejar a los otros en la estacada. Por eso se había preocupado tanto por enseñarle la forma en que funcionaba el sistema de luces. Así él podía escaparse sin destruir a la familia. Y todos pensaban que Ollie había elegido a Deaver como *amigo*. No, señor, Deaver Teague no era amigo de Ollie, era su pelele.

Pero tenía que darle cierto crédito. Scarlett se había equivocado con él, Ollie no era el tipo de persona que se iría como Royal, y a la mierda con la familia y el

espectáculo. No, Ollie había esperado a que apareciera alguien que pudiese reemplazarlo, y solamente entonces había desaparecido. Y si Deaver no tenía demasiado interés en manejar las luces para el espectáculo de la familia Aal era una lástima, pero no era problema de Ollie. ¿Qué le importaba Deaver Teague? Deaver no era uno de la familia, era un desconocido, alguien de fuera, y estaba bien joderle la vida porque de todos modos no valía nada. Después de todo, Deaver no tenía familia ni amigos. ¿Qué importaba Deaver, si Ollie podía estar bien y salirse con la suya?

Aunque ardía de rabia, Deaver no pudo dejar de imaginarse a Katie, acercándosele, frenética —y eso sí que no sería fingido, por cierto, esta vez estaría realmente disgustada— y diciendo: «¿Qué hacemos ahora? No podemos representar el espectáculo sin que alguien se ocupe de las luces». Y Deaver diría: «Yo puedo hacerlo». Y ella: «Pero tú no sabes los cambios, Deaver». Y Deaver insistiría: «Dame un guión y márcalos ahí. Puedo hacerlo. Y el que no esté en el escenario en ese momento puede ayudarme un poco». Y entonces los labios de ella en los de él, el cuerpo de ella contra el suyo después del espectáculo, y luego su aliento cálido y femenino contra la mejilla de Deaver mientras murmuraba: «Ah, gracias, gracias, Deaver. Nos salvaste».

—No hagas eso. —La voz de una muchacha hizo que Deaver volviera de sus sueños. No era la voz de Katie. Por debajo de él y hacia el norte, más adentro, en la huerta.

—No hagas eso. —La voz del hombre, burlándose.

Deaver se volvió para mirar. En la luz rojiza de la puesta de sol, vio a Ollie y a una muchacha de Hatchville. Ella reía. Él le besaba el cuello y le había puesto las dos manos sobre el trasero. La estrechaba con tal fuerza que ella estaba de puntillas. No muy lejos de Deaver. Deaver tenía la boca cerrada pero pensaba Ollie no se ha escapado, después de todo. Lo que no sabía era si eso lo alegraba o lo desilusionaba.

—No —dijo la muchacha. Se separó de él, corrió unos pasos y después se detuvo y se volvió. Evidentemente quería que él la siguiera.

—Tienes razón, no —convino Ollie—. Es hora de empezar el espectáculo. Pero cuando termine, estarás aquí, ¿verdad?

—Claro que sí. Pienso verlo todo.

De pronto, Ollie se puso serio.

—Nance —le dijo—. No sabes lo mucho que significas para mí.

—Pero si apenas nos conocemos...

—Me siento como si te conociera desde siempre. Siento..., siento que estuve solo toda la vida porque te necesitaba y que no lo he sabido hasta hoy.

Eso le gustó a la muchacha. Sonrió y bajó la vista, miró hacia otro lado. Deaver pensó: «Ollie es tan actor como cualquier otro miembro de la familia Aal. Yo tendría que quedarme aquí y tomar apuntes para aprender a seducir a una mormona».

—Sé que lo que hay entre nosotros vale la pena —continuaba Ollie—. Lo sé..., tú no tienes por qué creerme. Casi no lo creo yo mismo..., pero sé que estábamos hechos para encontrarnos. Como hoy. Esta noche.

Entonces, Ollie tendió la mano. Ella le dio la suya, vacilante. Lentamente, él levantó aquella mano hasta sus labios, besó los dedos despacio, uno por uno. Ella se puso un dedo de la otra mano en la boca mientras lo miraba con los ojos muy abiertos. Sin soltarle la mano, él le acarició la mejilla, solamente la parte posterior de los dedos rozando la piel, los labios. Le pasó la mano despacio por el cuello, después detrás, bajo el cabello. La acercó a él. El cuerpo de la muchacha se movió, se inclinó hacia él. Él dio un solo paso adelante y la besó. Era como si Ollie lo hubiera tenido todo planeado. Cada movimiento, cada palabra. Probablemente lo había hecho cientos de veces, pensó Deaver. Con razón los Aal estaban implicados en tantas historias feas.

Ella se aferró a él. Se fundió con él. Deaver se sintió furioso y lleno de deseo al mismo tiempo. Sabía que lo que veía no estaba bien, que Ollie estaba tonteando con una muchacha que le creía, que si lo atrapaban el asunto podía costarle la licencia de espectáculos a la familia; y sin embargo, deseaba ser él, deseaba que aquellos labios lo estuvieran besando, que ese cuerpo dulce y frágil se aferrara al suyo. Estar allí contemplando aquella escena era suficiente para volverse loco.

—Mejor vete —dijo Ollie—. Tú primero. Tu familia puede enojarse y no dejar que me veas de nuevo si nos ven salir del huerto juntos.

—No me importa. Te vería de todos modos. Vendría a verte de noche. Bajaría por la ventana y te encontraría, aquí, en el huerto. Y te esperaría.

—Vete ahora, Nance.

A lo lejos:

—¡Ollie!

—Date prisa, Nance, me llaman.

Ella se alejó de él, despacio, con cuidado, como si Ollie la retuviera con hilos invisibles. Después se volvió y corrió, directamente hacia el oeste, para poder llegar hasta el público desde el sur y no desde el huerto.

Ollie la observó durante unos momentos. Después se volvió directamente hacia Deaver y lo miró a los ojos.

—Tiene un culito precioso, ¿no te parece, Deaver? —preguntó.

Deaver se sintió descompuesto de miedo. No entendía a qué le temía tanto. Como jugar al escondite, cuando alguien que uno no ha visto llega de pronto desde atrás y grita: «¡Deaver, te pillé!»

—Siento perfectamente la forma en que me condenas, Deaver Teague —dijo Ollie—. Pero tienes que admitir que soy bueno. Tú nunca podrías hacerlo. Y eso es lo que Katie necesita. Suave. Gentil. Alguien que le diga lo que hay que decirle. Si lo

intentaras, quedarías como un tonto. No eres lo suficientemente fino para Katie.

Ollie lo dijo con tanta tristeza que Deaver no pudo evitar creerle, aunque fuera en parte. Porque Ollie tenía razón, sí. Katie nunca sería feliz con alguien como él. Un jinete, un hombre de recuperación. Durante un momento, sintió que la rabia se removía en su interior. Pero eso era lo que Ollie quería. Si alguien perdía la cabeza en aquel lugar, ciertamente no sería Deaver Teague.

—Por lo menos, yo sé la diferencia entre una mujer y un culo bonito —dijo.

—He leído libros de ciencia, Deaver, y conozco los hechos. Las mujeres son vientres esperando a llenarse de bebés, y le dan a esa manivela que tenemos cada vez que sienten un vacío. Todo lo demás, eso del verdadero amor y la devoción y el compromiso y la paternidad, todo eso es una sarta de mentiras que nos decimos unos a otros para no tener que admitir que no somos diferentes de los perros..., excepto que nuestra perras están en celo todo el tiempo.

Deaver estaba furioso, lo suficiente para soltarle lo más cruel que se le pasó por la cabeza.

—Eso es solamente un cuento, Ollie. La verdad es que la única forma que tienes de aparentar que eres un hombre de verdad es diciendo mentiras a niñitas mucho menores que tú. Una verdadera mujer te descubriría enseguida. Ollie se puso colorado.

—Sé lo que estás tratando de hacer, Deaver Teague. Estás tratando de tomar mi lugar en esta familia. ¡Y si tratas de hacerlo, te mato!

Deaver no pudo evitar el lanzar una carcajada.

—¡Podría! —insistió Ollie.

—Ah, claro, no me río de tu amenaza. Me río de la idea de que yo ocupe tu lugar.

—¿Crees que no me di cuenta de la forma en que trataste de aprender mi trabajo? ¿De la forma en que rondabas a Katie todo el tiempo? ¡Bueno, yo *pertenezco* a esta familia y tú no!

Ollie se volvió y empezó a alejarse. Deaver se dejó caer del árbol y lo alcanzó en tres o cuatro zancadas. Le puso una mano en el hombro, solamente para detenerlo, pero Ollie se dio vuelta con ganas de pelea. Deaver se agachó y el golpe le pasó por fuera, con lo que el brazo de Ollie le dio en la oreja. Dolía, pero Deaver había estado en peleas muy duras en sus tiempos y podía recibir un golpe bastante blando como ése sin pestañear. En un segundo tuvo a Ollie apretado contra el tronco de un manzano, y mientras su mano derecha sostenía a Ollie de la camisa, la izquierda le aferraba la entrepierna. Los ojos de Ollie revelaban su miedo, pero Deaver no pensaba lastimarlo.

—Escúchame, tonto —dijo Deaver—. No quiero ocupar tu lugar. Tengo una oportunidad para solicitar mi entrada en los Jinetes de Royal, así que, ¿qué diablos te ha hecho creer que quiero sentarme a manejar tus malditos interruptores? Tú eres

quien me enseñó.

—Claro que no, coño.

—Eras tú, Ollie, y eres tan tonto que ni siquiera te das cuenta de lo que estás haciendo. Déjame decirte una cosa. No pienso ocupar tu lugar. No *quiero* tu maldito lugar. Y no quiero casarme con Katie. No quiero controlar las luces, y no quiero quedarme con tu familia ni un segundo después de que llegemos a Moab.

—Bájame.

Deaver puso la mano derecha en la entrepierna de Ollie. Los ojos de Ollie se abrieron de par en par, pero estaba escuchando.

—Si quieres dejar a tu familia, de acuerdo, pero no lo hagas por la espalda, tratando de endosarme tu puesto. Y no lo hagas aprovechándote de niñitas tontas una tras otra hasta que alguien le quite la licencia a tu familia. Por más que te mueras de ganas de largarte, no tienes derecho a destruir a los tuyos. Cuando te vayas, hazlo limpiamente, ¿me oyes?

—No me conoces, no sabes nada de mí, Deaver Teague.

—Acuérdate de lo que te digo, Ollie, nada más. En los próximos dos días, hasta que llegemos a Moab, voy a vigilarte. No me pienso separar de ti, me tendrás siempre a tu lado como una mosca alrededor de la miel. No toques a ninguna chica, no hables con ellas ni las mires mientras estemos en Hatchville, o te voy a romper más costillas de las que crees que tienes, ¿me entiendes?

—Esto no es un asunto tuyo, Teague. ¿Por qué te importa tanto?

—Son tu familia, idiota. Ni los perros se cagan sobre su familia.

Dejó que Ollie se deslizara árbol abajo hasta que apoyó los pies en el suelo, después le soltó los pantalones y la camisa y dio dos o tres pasos atrás, para ponerse a salvo. Ollie no intentó nada. Katie seguía llamándolo:

—¡Ollie, Ollie!

Pero Ollie se quedó allí plantado, mirando a Deaver, y después sonrió con aquella media sonrisa suya, se volvió y se fue del huerto, directo hacia el teatro ambulante. Deaver se quedó donde estaba y lo miró marcharse.

Se sentía excitado y nervioso, como si tuviera necesidad de mover todos los músculos pero no supiera qué hacer con ellos. Ese encuentro con Ollie había sido el momento en que más cerca había estado de destrozar a alguien desde su adolescencia. Siempre había controlado su rabia, pero le había gustado tener a Ollie contra el árbol y le habían entrado unas ganas enormes de golpearlo, una y otra vez, para meter algo de sentido común en aquella cabezota egoísta... Pero no lo había hecho, y en realidad ya estaba avergonzado de haberse dejado llevar tan lejos. «Me porté como niño tonto, amenazándole, violentándole... Él tenía razón, ¿qué me importa todo esto? No es asunto mío. Pero acabo de hacerlo mío. Sin querer, acabo de meterme en los problemas de esta familia».

Miró hacia el teatro ambulante, una silueta contra la última luz del atardecer en el cielo del oeste. En ese momento se puso en marcha el generador y los fresnels y los elipsoidales se encendieron de uno en uno, formando un halo cegador alrededor del teatro y el camión, que ahora parecía casi mágico. Deaver oyó cómo el público aplaudía al ver el escenario iluminado.

También se habían encendido las lámparas de la parte trasera, y ahora Deaver podía ver a la gente ir de un lado a otro en la luz difusa, y al ver aquellas sombras grises que se movían atendiendo asuntos que él no comprendía, sintió un dolor dulce en el pecho, una presión caliente detrás de los ojos. Un deseo por algo que había perdido, algo que alguna vez había sido suyo. Lo había perdido hacía ya tanto que no podía nombrarlo, pero sus raíces eran tan profundas que siempre volvía a crecer. Ellos lo tenían, los hombres y mujeres y niños que se movían en silencio detrás del camión, luces veladas que brillaban en la penumbra. Ese algo estaba allí, en los fuertes hilos que los conectaban uno con otros, una red firme que los unía cada vez más. Cada golpe que daban, cada caricia tierna, cada abrazo, cada empujón al huir uno de otro, tejía otro hilo invisible, uno más como la red de una araña, hasta el punto en que no se podía comprender a ninguno de ellos como individuo. No había una Katie, sino una Katie-con-Toolie y una Katie-con-Scarlett; no había un Marshall, sino un Marshall-con-Ollie y un Marshall-con-Parley y sobre todo un Marshall-con-Roy. Roy, que había roto esos hilos, que los había cortado, pensó. Roy, que se fue para no volver, pero no, porque los hilos seguían allá, y a cada movimiento que hacía algo temblaba en la vida de su hermano y, a través de su hermano, en las vidas de los demás, en todas y cada una de las intersecciones de la red.

«Yo también estoy atrapado en esa red y cada tirón, cada movimiento de ellos, vibra en mí».

Llegó una fanfarria de música desde los altavoces. Deaver pasó por debajo de una rama y atravesó el campo hacia el camión.

La música sonaba muy alto, era casi dolorosa. Un himno, tambores, clarines. Deaver rodeó el camión, caminando lejos de las luces, hasta que pudo ver a Katie en el escenario, cosiendo con grandes movimientos para que hasta el último miembro del público pudiera ver cómo se movía su mano. ¿Qué cosía? Una bandera.

La música se suavizó de pronto. Desde su ángulo Deaver no podía ver a nadie, pero conocía la voz. Era Dusty que decía:

—«El general Washington tiene que saber... ¿Está lista la bandera señora Ross?»

—«Dile al general que mis dedos no son más rápidos que sus soldados» —replicó Katie.

Dusty se adelantó, mirando al público, y entonces Deaver lo vio, justo frente al camión.

—«¡Necesitamos la bandera, Betsy Ross! ¡Para que todos los hombres puedan

verla flameando, alto, para que todos sepan que esta nación no es Pennsylvania, ni Carolina, ni Nueva York, ni Massachusetts, sino Estados Unidos!»

De pronto, Deaver se dio cuenta de que ese parlamento debía de ser para Washington, para Parley. Se lo habían dado a Dusty, un joven soldado, solamente porque a Parley le fallaba la memoria. Era un cambio forzado por las circunstancias, ¿pero acaso el público podía saberlo?

—«Una bandera que quede allí, flameando, para siempre, y lo que hagamos en esta guerra oscura decidirá el significado de la bandera, y los actos de cada nueva generación de estadounidenses le agregarán historias nuevas, nuevos honores y nueva gloria. Betsy Ross, ¿dónde está esa bandera?»

Katie se puso de pie en un solo movimiento rápido, suave, y de un único paso se plantó delante, la bandera colocada sobre su cuerpo en vivos rojos, azules y blancos. Era un momento emocionante, y, durante un instante, Deaver se dejó llevar por la emoción, una emoción que sentía no por Katie sino por Betsy Ross, por la voz ferviente y joven de Dusty, por la situación, las palabras, la idea amarga de que, después de todo, Estados Unidos había desaparecido.

Después recordó que se suponía que debía estar detrás del escenario, listo para levantar la bandera cuando Katie terminara con el parlamento que estaba empezando en ese momento. Seguramente era demasiado tarde: Deaver salió corriendo.

Janie estaba con la palanca. Parley, con todo su atuendo de George Washington, estaba de pie detrás de la pirámide, listo para entrar y soltar su discurso a los soldados. Sobre el escenario, Katie decía sus últimas palabras.

—«Si sus hombres tienen el coraje que hace falta, entonces esta bandera flameará...»

Deaver se estiró y tocó la palanca con la mano. Janie ni siquiera lo miró; sacó la mano inmediatamente, alzó un guión y subió corriendo la escalera de mano hasta una posición que quedaba en la mitad posterior de la pirámide.

—«¡Sobre la tierra de los libres!»

Deaver tiró de la manivela. Ésta soltó el peso que había en la parte superior de la bandera. El peso cayó y la bandera se izó con rapidez sobre el mástil. Deaver aferró inmediatamente el cable que estaba atado al otro lado del camión, una conexión invisible que llegaba hasta la parte superior de la bandera. Tirando y soltando el cable hizo que la bandera flameara. La música llegó a un clímax, después decayó nuevamente. Deaver no veía la bandera desde donde estaba, pero recordó el pie y supuso que las luces se estaban apagando paulatinamente sobre la bandera. Dejó de agitarla.

Janie no estaba ayudando a Dusty a cambiarse, aunque ésa era la razón original por la que le habían pedido a Deaver que se ocupara del efecto de la bandera. Dusty había corrido de vuelta a la tienda y Janie estaba subida en la mitad de la pirámide,

ayudando a Parley con el discurso a los soldados. Estaba haciendo un buen trabajo: la forma en que Parley buscaba las palabras parecía solamente parte del esfuerzo de Washington por encontrar el término justo para lo que quería decir. Y sin embargo, Deaver se dio cuenta de que Parley estaba cambiando el discurso, de que se saltaba párrafos enteros a pesar de la ayuda de Janie.

El discurso terminó. Parley bajó en la oscuridad. Sobre el escenario, Toolie hacía de Joseph Smith y Scarlett de su madre. Marshall se movió en la oscuridad vestido de un blanco brillante que atrapaba toda la luz que caía sobre él. Iba a aparecer como el ángel Moroni. Parley bajó los escalones y dio unos cuantos pasos hacia Deaver, en la sombra más oscura. Se inclinó, apoyó la cabeza y las manos sobre el borde del escenario, que era también el borde del camión. Deaver lo miró un momento, fascinado, sabiendo que Parley lloraba y sintiendo que no quería saberlo. Un hombre no tiene que esperar a perder sus capacidades para retirarse. Un hombre debería dejar de trabajar cuando todavía siente que puede hacer algo. Pero aquello..., tener que seguir y seguir, y fallar y fallar noche tras noche...

Deaver no se atrevió a hablarle; ¿habían hablado alguna vez él y Parley? No lo recordaba. ¿Y qué significaba Parley para él? Un viejo, un desconocido. Deaver dio un paso hacia él, otro, tendió la mano, la apoyó en el hombro de Parley. Parley no se movió, ni para alejarse, ni para demostrar que sentía el peso de la mano y la aceptaba. Después de un rato, Deaver sacó la mano y dio la vuelta alrededor del camión para ver el espectáculo desde un costado, donde había estado antes.

Le llevó un rato meterse de nuevo en la obra, entender lo que estaba pasando. Dusty estaba en el escenario con la cara pintada de negro, el esclavo liberado por Lincoln; Marshall era un Lincoln imponente, un Lincoln que daba gusto. Pero Deaver también observaba al público. Nunca había visto una multitud como aquella. El sol había desaparecido hacía ya mucho, el cielo estaba negro, así que sólo podía ver a la gente de las primeras filas, sobre cuyas caras caía la luz del escenario. Miraban al escenario con la boca abierta, sin moverse, como si fueran máquinas esperando que alguien las pusiera en marcha. Y ahora, sobre el escenario, la mano de Lincoln se tendía hacia el joven esclavo y lo liberaba de su condición.

—¡Ah, día feliz! —exclamó Dusty. La música repitió el estribillo. «Ah, día feliz». El Coro del Tabernáculo lo cantó.

Después Lincoln levantó las dos manos para abrazar al muchacho y Dusty saltó en un impulso y abrazó a Lincoln por el cuello. El público rió a carcajadas; Deaver veía cómo, casi en un solo movimiento, las cabezas de todos se inclinaban hacia atrás, después hacia delante de nuevo; se removieron en sus asientos, después volvieron a acomodarse. El momento cómico había aflojado la tensión. Se relajaron de nuevo. Después estallaron en aplausos por alguna otra cosa. Deaver ni siquiera se molestó en mirar al escenario. El público era un espectáculo por sí mismo. Todos se

movían, cambiaban de postura, reían, aplaudían, siempre al mismo tiempo, como si fueran parte de la misma alma.

Toolie fue Brigham Young, que llevaba a los mormones hacia Utah. Deaver recordaba vagamente que la fundación de Utah era anterior a la guerra civil, pero eso no parecía importante: con esa variación, el espectáculo funcionaba mejor. A Deaver le parecía un poco raro que un espectáculo llamado *Gloria de Estados Unidos* estuviera formado por una mezcla a partes iguales de historia mormona e historia de Estados Unidos. Pero para esa gente era la misma historia. George Washington, Betsy Ross, Joseph Smith, Abraham Lincoln, Brigham Young, todos formaban parte del mismo relato. El pasado de todos.

Después de un rato, perdió interés por el público. Siempre hacían lo mismo: quedarse quietos, embelesados; reír, aplaudir; retener el aliento frente a algo que les emocionaba. Deaver se volvió y observó lo que pasaba en el escenario.

Era el momento del cohete. Aunque parecía más bien un misil, y no tenía nada que ver con los lanzamientos de las naves Apolo, era algo emocionante ver a Marshall con el casco en la cabeza, trepando hacia la nave. Todo erróneo, un hombre en lugar de tres, la cabina en el propio cohete. Las escuelas de Deseret enseñaban mucho mejor las cosas. Pero todos lo comprendían. No había forma de meter un cohete Saturno en el camión de un teatro ambulante. Lo que importaba era que fuese un cohete con letras NASA y USA escritas en el fuselaje, y que el hombre que entraba en él fuese Neil Armstrong. Una humareda blanca representó el lanzamiento. Después, la puerta se abrió de nuevo. Marshall volvió a salir. La música era suave, un violín agudo, emocionante. Marshall colocó la bandera rígida de Estados Unidos sobre el pequeño mástil y la plantó en el suelo frente a sí.

—Un pequeño paso para un hombre —dijo—. Un salto de gigante para la humanidad.

La música se alzó en un clímax. Los ojos de Deaver se llenaron de lágrimas. Aquél fue el momento. El clímax de Estados Unidos, el logro supremo, la marca más alta, y entonces nadie lo había sabido. ¿La gente de 1969 no veía las grietas, no sentía que el suelo se estremecía a su alrededor? Tal vez no, pero menos de treinta años después todo había terminado. La NASA, USA, todo acabado, apenas un recuerdo. Solamente los indios del sur tenían naciones, se llamaban americanos, decían que los blancos de Norteamérica eran europeos, invasores..., ¿y quién podía negarlo? Estados Unidos se había terminado. Había crecido durante doscientos años y devorado al mundo, e ido incluso más allá, hasta tocar la Luna, y ahora el nombre no significaba nada. No quedaba nada, excepto fragmentos, ruinas.

«Y sin embargo, estuvimos allá. Esa banderita sigue en la Luna, las huellas no fueron borradas por ningún viento».

Solamente después un rato, Deaver se dio cuenta de que alguien decía en voz alta

lo que estaba pensando. Oyó las palabras susurradas en la voz temblorosa de Scarlett Aal.

—Las huellas todavía están allí, y si volvemos, las reconoceremos. Son nuestras huellas.

Deaver volvió a mirar al público. Más de una mano enjugaba una lágrima. Y la mano de Deaver se alzó hasta su mejilla.

Ahora el colapso. Música cacofónica. Parley como el malvado tirano soviético, Marshall como el tonto presidente de Estados Unidos. Juntos dieron el tropezón que llevó a la guerra. Deaver no podía creer que los Aal hubieran elegido mostrar el fin del mundo como un baile cómico. Pero era irresistiblemente divertido. El público aullaba de risa mientras el tirano soviético pisaba los pies del presidente, y el presidente se inclinaba y pedía disculpas, levantaba su pie lastimado y se lo golpeaba él mismo, y finalmente le daba la mano al ruso como si llegara a un acuerdo con él y después se pisaba su propio pie. Cada grito de dolor fingido hacía estallar otra carcajada en la multitud. Lo que se estaba representando era la destrucción de esa gente, y sin embargo, Deaver tampoco podía dejar de reír. Se estaba secando las lágrimas otra vez, pero esta vez era para poder ver el escenario a través de la niebla de su propia risa.

El ruso le quitó el sombrero al presidente. Cuando el presidente se inclinó para recogerlo el ruso le dio un fuerte puntapié en el trasero y el presidente se derrumbó sobre el escenario. Entonces Parley hizo un gesto para que se acercaran Janie y Dusty, vestidos como soldados rusos, y terminaron con él.

De repente, la cosa dejó de ser cómica. Los dos jóvenes llevaban armas, subfusiles automáticos, y golpeaban con las culatas una y otra vez en el cuerpo del presidente. Y aunque Deaver sabía que los golpes eran fingidos, los sentía en su propio cuerpo, un dolor terrible, brutal, injusto, y seguía y seguía, golpe tras golpe tras golpe.

La multitud se había callado ahora. Deaver sentía lo que todos sentían. «Eso tiene que detenerse. Ahora mismo. No aguanto más».

Justo en el momento en que se dio la vuelta para alejarse, para no ver, empezó a sonar un tambor. Entonces entró Toolie, y para asombro de Deaver iba vestido como Royal Aal. La camisa a cuadros, dos pistolas en la cintura, la larga barba...; no, no había error posible. El público lo reconoció enseguida y lanzó vítores de entusiasmo. Todos se pusieron de pie, aplaudiendo y moviendo los brazos.

—¡Royal! ¡Royal! ¡Royal! —gritaban.

Toolie caminó hasta donde los soldados rusos seguían golpeando al presidente. Con ambas manos los apartó del presidente y los derribó. Después, se acercó al cuerpo del presidente. ¿Para levantarlo? No, para sacar de entre sus ropas la colmena verde y oro de la bandera de Deseret. Los vítores aumentaron.

Royal fue hasta el mástil y la colocó donde había estado la bandera de Estados Unidos. Esta vez la bandera se levantó lentamente, y se empezó a oír el himno de Deseret. El que no estaba de pie todavía, se levantó entonces; y la multitud empezó a cantar con la música, más y más voces que se convertían espontáneamente en parte del espectáculo.

Mientras cantaban, la bandera de Deseret salió volando repentinamente y desapareció, y la de Estados Unidos tomó su lugar. Entonces la de Estados Unidos desapareció a su vez y la de Deseret la reemplazó. Una y otra vez ambas banderas cambiaron de lugar. Y aunque Deaver había ayudado a Katie a preparar el efecto y sabía exactamente cómo funcionaba, no pudo dejar de sentir la emoción del momento. Incluso cantó con los demás cuando llegaron al coro final.

—¡Cantaremos y gritaremos con los ejércitos del cielo! ¡Hosanna! ¡Hosanna a Dios y al rey! ¡Que en las alturas les dé la gloria, desde hoy y para siempre, amén y amén!

Las luces se apagaron en el escenario. Solamente quedó iluminada la bandera, que se había detenido y era la de Estados Unidos. El espectáculo podría haber terminado allí. Pero no. Apareció una luz en el escenario, iluminando a Katie, vestida como Betsy Ross.

—¿Sigue ondeando? —preguntó, mirando al público.

—¡Sí! —exclamaron ellos.

—¿Dónde ondea? —gritó ella—. ¿Dónde está?

Marshall, vestido ahora con traje y corbata, y una máscara que lo hacía parecerse bastante al gobernador Monson, caminó hasta ponerse bajo la luz.

—¡Sobre la tierra de los libres! —exclamó. El público vitoreó.

Toolie, vestido todavía como Royal Aal, entró por el otro lado.

—¡Y la casa de los valientes!

La música cambió. Se empezó a oír *La bandera de las estrellas* y las luces se apagaron por completo. El público gritó y aplaudió. Deaver aplaudió hasta que sintió punzadas en las palmas y siguió aplaudiendo hasta que le dolieron las manos y las muñecas. Su voz se perdía entre los gritos de la multitud, no, más bien, la voz de la multitud se transformó en la suya propia el grito más fuerte que hubiera logrado expresar en su vida. Parecía que iba a durar siempre, una gran voz, un sólo grito de alegría y orgullo, una sola alma, un gran ser indivisible.

Después, los gritos se apagaron, los aplausos disminuyeron. Las luces bajas del público se encendieron. Algunas voces, charlas entre la multitud. El aplauso había terminado. La unidad se había roto. El público se había convertido en los mil ciudadanos de Hatchville. Los niños trepaban a los brazos de sus padres. Las familias se iban juntas hacia la oscuridad, muchas de ellas con linternas que habían traído para la vuelta a casa en medio de la noche. Deaver vio a un hombre que conocía, aunque

no sabía de dónde; el hombre sonrió, levantó a su niñita en brazos, pasó el brazo por la cintura de su esposa, y miró a un niño que intentaba palabras nuevas...; todos reían, se sentían felices, llenos. Entonces se acordó de quién era el hombre. El secretario de la oficina del intendente. Deaver no lo había reconocido al principio. Por la sonrisa. Era como si de pronto fuera otro. Como si el espectáculo lo hubiera cambiado.

De pronto, Deaver se dio cuenta de algo. Durante el espectáculo, cuando se había sentido parte del público, como si la risa de todos ellos fuera su risa, las lágrimas de todos, sus propias lágrimas... en ese momento, el secretario también había sido parte del público. Durante un rato, esa noche, habían visto y oído y sentido lo mismo. Y ahora se llevaban los mismos recuerdos, es decir que hasta cierto punto habían sido la misma persona. Uno.

La idea dejó a Deaver sin aliento. No eran solamente él y el secretario, eran también los niños todos los que habían estado allí. Todos la misma persona en algún lugar oculto de la memoria.

Una vez más, Deaver estaba solo en el espacio entre el camión y el pueblo, sin pertenecer a ninguno de los dos..., y sin embargo, ahora, tras el espectáculo, era un poco parte de ambos mundos.

En medio de la multitud vio a Ollie, detrás del panel de control de luces y sonidos. La muchacha del huerto —¿Nance?— estaba de pie a su lado. A Deaver le entristeció el verla, el pensar que ella traduciría todos los sentimientos que le hubiera despertado la obra en su pasión por Ollie. Pero no había nada de qué preocuparse. El padre de la muchacha estaba con ella, llevándosela de la mano. El pueblo estaba advertido. Ollie no podría hacer de las suyas esa noche.

Deaver dio la vuelta al camión. Todavía se sentía emocionalmente exhausto. Toolie había abierto la puerta del camión y se quitaba la barba para guardarla en la caja, a la luz de la cabina.

—¿Te gustó? —preguntó a Deaver.

—Sí —respondió Deaver. Tenía la voz ronca de tanto gritar.

Toolie levantó la vista y estudió la cara de su amigo durante un rato.

—Oye —dijo—. Me alegro mucho.

—¿Dónde están los demás?

—En las tiendas, cambiándose. Yo me quedé fuera para asegurarme de que no se lleven nada del camión. Ollie está delante.

Deaver no podía creer que nadie pensara en robar a la gente que les había ofrecido tal espectáculo, pero no comentó nada.

—Puedo vigilar yo —dijo—. Ve a cambiarte.

—Gracias —contestó Toolie. Cerró la caja inmediatamente, cerró la puerta de la cabina y se alejó al trote hacia la tienda.

Deaver caminó por el espacio entre las tiendas y el camión. Como se suponía que estaba montando guardia, miró el camión, observándolo con cuidado. Pero su mente estaba en la gente de las tiendas, a su espalda. Los oía hablar, a veces reír. ¿Sabían lo que le habían hecho?

«Esta noche, estuve en ambos lados —pensó—. Lo vi, fui parte del público. Pero también levanté la bandera en la primera parte, la hice flamear. Fui parte del espectáculo. Parte de las dos partes. Soy uno de vosotros. Por una hora, esta noche, soy uno de vosotros».

Katie salió de la tienda de las mujeres, miró a su alrededor, caminó hasta Deaver.

—Tonto, ¿no?

A Deaver le llevó un segundo entender que hablaba del espectáculo.

—Naturalmente la historia es una tontería —prosiguió Katie—, y no hay ni un solo personaje genuino en toda la obra. No es como actuar de verdad. Cuando ves un espectáculo como éste, creerías que ninguno de los que actúan en él tienen talento. —Sonaba enojada, amarga. ¿No había oído a la multitud? ¿No se daba cuenta de lo que les había hecho el espectáculo? ¿De lo que le había hecho a él?

Ella lo observaba, y finalmente se dio cuenta de que su silencio no significaba que estuviera de acuerdo con ella.

—¡Oye! A ti te gustó, ¿verdad?

—Sí —contestó él.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Lo lamento. Me olvidé de que tú..., supongo que no has visto demasiados espectáculos...

—No era tonto.

—Bueno, sí es tonto, ¿sabes? Cuando lo haces una y otra vez, como nosotros. Es como repetir la misma palabra hasta que ya no significa nada.

—Pero significaba mucho.

—Para mí no.

—Sí que significaba. Allí, al final, cuando hablabas de...

—Cuando dije mis «frases». Son parlamentos memorizados. Papá los escribió y yo los recité, pero la que hacía eso no era yo realmente. Era Betsy Ross, Deaver. Me alegro de que te haya gustado el espectáculo, y lamento haberte desilusionado. No estoy acostumbrada a tener público en la parte de atrás del escenario. —Se dio la vuelta para alejarse.

—No —dijo Deaver.

Ella se detuvo, esperando a que él añadiera algo. Pero él no sabía qué decir. Solamente que sabía que ella estaba equivocada.

Ella se volvió.

—¿Y?

Él pensó en cómo había estado ella esa mañana, cuando se le acercó tanto y se aferró a él. En cómo había pasado una y otra vez de la sinceridad a la interpretación, con tanta suavidad que a él le costaba diferenciar las dos cosas. Pero *había* una diferencia. Cuando había hablado de Katharine Hepburn y había dicho lo mucho que amaba aquella película, aquello había sido real. Cuando coqueteó con él, era falso. Y esa noche, cuando decía que el espectáculo era tonto, estaba interpretando, era una actitud impostada. Pero su rabia, eso era real.

—¿Por qué estás enojada conmigo?

—No estoy enojada.

—Lo único que hice fue entusiasmarme con el espectáculo —dijo Deaver—. ¿Qué tiene de malo?

—Nada.

Él se quedó allí, de pie, sin aceptar aquella mentira como respuesta. Su silencio era una pregunta y lo era con tanta claridad que ella no podía ignorarla.

—Supongo que yo soy la que se desilusionó. Pensé que eras demasiado inteligente para dejarte llevar por el espectáculo. Pensé que lo verías tal cual es.

—Lo vi tal cual es.

—Viste a Betsy Ross y a George Washington y a Neil Armstrong y...

—¿Tú no?

—Yo vi un escenario y actores y maquillaje y máquinas de trucos y disfraces y efectos especiales. Vi frases que se olvidaban y una bandera que subió un poquitín tarde. Y oí parlamentos que ningún ser humano diría en realidad, un puñado de florituras que no significan nada. Es decir, Deaver, vi lo que hay en realidad, no la ilusión.

—Tonterías.

Ella hizo una mueca como si la palabra la hubiera mordido. Su cara se endureció y se volvió para irse.

Deaver extendió una mano y tomándola del brazo la retuvo.

—Dije que eso son tonterías, Katie, y tú lo sabes.

Ella trató de soltarse.

—Yo también vi todas esas cosas, ¿sabes? —prosiguió Deaver—. Las frases que no salían y los disfraces y todo eso. Yo también estaba en la parte de atrás del escenario. Pero supongo que vi algo que tú no viste.

—Es el primer espectáculo que ves, Deaver, ¿ya has visto algo que yo no vi?

—Vi que convertías a una multitud en una sola persona con una sola alma.

—Estos pueblerinos son todos iguales. Aunque no vayan a un espectáculo.

—¿Yo también? ¿Yo soy como ellos? ¿Eso es lo que estás diciendo? Entonces, ¿por qué trataste tanto de hacer que me enamorara de ti? Si crees que soy como ellos y crees que este espectáculo no vale la pena, ¿por qué trataste tanto de hacer que me

quedara?

Los ojos de ella se abrieron en un gesto de intensa sorpresa y después una sonrisa invadió su cara.

—Ah, Deaver Teague, eres más inteligente de lo que creía. Y más tonto, también. No estaba tratando de hacer que te quedaras. Estaba tratando de que me llevaras contigo cuando te fueras.

En cierto sentido, Deaver se sentía furioso porque ella se estaba riendo de él; y estaba furioso también porque no quería que fuera verdad que ella solamente lo había estado utilizando. No quería que fuera verdad que él no la atraía en absoluto. En parte estaba furioso porque el espectáculo le había conmovido profundamente, y veía que ella le despreciaba por eso. Pero sobre todo, estaba tan lleno de emociones que tenía que expresarlas de algún modo y la rabia era una buena forma de hacerlo.

—¿Y después qué? —preguntó. Hablaba en voz baja para que los demás no lo oyeran desde las tiendas—. Supón que me enamorara de ti y te llevara conmigo, ¿entonces qué? ¿Pensabas casarte conmigo y ser esposa de un jinete y tener mis hijos? Tú no, Katie. No, tú ibas a hacer que me quedara colgado de ti y después ibas a buscar algún teatro en alguna parte donde pudieras hacer todas esas mujeres de Shakespeare que siempre quisiste hacer, y si eso suponía que yo tuviese que olvidar mi sueño de ser un exterior, bueno, a ti no te importaba, ¿verdad?, porque no te importa lo que yo tenga que sacrificar, siempre que tú consigas lo que quieras.

—Cállate —susurró ella.

—¿Y tu familia? ¿Qué tipo de espectáculo van a hacer si te vas? ¿Crees que Janie puede hacer tus papeles? ¿O vas a poner a la vieja en el escenario para poder marcharte?

Para su sorpresa, ella estaba llorando.

—¿Y yo, Deaver? Haciendo estos papeles estúpidos toda mi vida..., ¿se supone que tengo que quedarme aquí atrapada para siempre porque ellos me necesitan? ¿Yo nunca necesito nada? ¿No puedo hacer nada que valga la pena con mi vida?

—Este espectáculo vale la pena.

—¡Este espectáculo no vale nada!

—¿Sabes quiénes van a ver las obras de teatro en Zarahemla? Los peces gordos, la gente que trabaja con camisas limpias todo el día. ¿Es para ellos para quienes quieres actuar? ¿Qué puedes darles con tu actuación? Pero esta gente de aquí, ¿qué tienen en la vida excepto lluvia y barro y horribles problemas cotidianos, y trabajos que ya deberían haber terminado y escasez de gente para hacerlos? Y después vienen aquí y ven tu espectáculo, y piensan... ¡eh!, soy parte de algo más grande que este lugar, más grande que Hatchville, más grande que todo el margen. Sé que eso es lo que están pensando porque yo estaba pensándolo, ¿entiendes, Katie? A caballo en los campos, controlando el pasto, solo allá lejos, creí que no valía nada para nadie, pero

esta noche me pasó por la cabeza... solamente un minuto, me pasó por la cabeza que era parte de algo, y que ese algo del que soy parte, sea lo que fuere, es bueno. Bueno, tal vez eso no valga nada para ti, tal vez sea *tonto*. Pero creo que vale mucho más que ir a Zarahemla y actuar como Titanic.

—Titania —susurró ella—. El *Titanic* es un barco que se hundió.

Él estaba temblando, temblando de rabia y frustración. Por eso había dejado de intentar hablar de cosas importantes hacía ya años. La gente no le escuchaba. Nunca entendía ni una palabra de lo que decía.

—Tú no sabes lo que es real, no entiendes lo que de veras importa.

—¿Y tú sí?

—Mejor que tú.

Ella le dio una bofetada. Buena y dura y fuerte, una bofetada que le ardió mucho.

—Eso fue real —dijo Katie.

Él la tomó por los hombros para sacudirla, pero en lugar de eso se le enredaron los dedos en el cabello de Katie y se descubrió abrazándola y atrayéndola contra su cuerpo, y después hizo lo que realmente quería hacer, lo que había querido hacer desde que se despertara y la hallara sentada a su lado en la cabina del camión. La besó, la besó mucho rato, con fuerza, sosteniéndola bien cerca, para sentir todo ese cuerpo perfecto apretado contra el suyo. Después terminó de besarla. La soltó y ella se escurrió de entre sus brazos y se apartó, y él pudo bajar la mirada y ver su hermoso rostro frente a él.

—*Eso fue real* —dijo Deaver.

—Todo termina siempre en sexo y violencia —murmuró ella.

Estaba bromeando. Deaver sintió que se le revolvía el estómago. La soltó, la soltó completamente.

—Fue real para mí. A mí me importó. Pero tú estuviste fingiendo todo el día, a ti no te importó nada, y creo que eso apesta. Creo que eso te convierte en una mentirosa. ¿Y sabes qué? No mereces estar en este espectáculo. No eres lo bastante buena.

No quiso oír la respuesta. No quería tener nada que ver con ella. Estaba avergonzado por haberle mostrado la forma en que se sentía con respecto a ella, con respecto al espectáculo, con respecto a todo. Tantos años guardándose las cosas, tantos años sin acercarse a nadie, sin hablar de nada de lo que quería hablar, y ahora cuando por fin dejaba escapar algo que realmente le importaba, tenía que ser ante *ella*.

Le volvió la espalda y se alejó. Ahora que no estaba tan cerca de ella, ahora que no le estaba prestando tanta atención, se dio cuenta de que había más gente hablando. El sonido viajaba bien en el aire seco y claro de la noche. Probablemente todos los de las tiendas habían oído la conversación. Probablemente hasta se estaban asomando

para ver qué pasaba. Ninguna humillación era completa si no había testigos.

Sin embargo, parte de las conversaciones se hicieron más fuertes cuando él rodeó la parte de atrás del camión. Era Marshall y alguien más junto al panel de control. ¿Ollie? No, un desconocido. Aunque no se sentía con ganas de hablar con nadie, Deaver caminó hacia allí porque tenía la sensación de que lo que estaba pasando, fuera lo que fuese, no era nada bueno.

—Puedo volver en diez minutos con una orden de registro y entonces veré si ella está aquí o no —decía el hombre—, pero al juez no le va a gustar tener que firmar una orden a esta hora de la noche, y tal vez eso lo predisponga contra ustedes.

Era el comisario. A Deaver no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que habían pillado a Ollie haciendo alguna tontería.

Pero no, eso no podía ser, o el comisario no necesitaría una orden. Una orden significaba que tenían que buscar algo. O a alguien. Fuera lo que fuese, eso suponía que Deaver no había sido lo bastante duro con Ollie. ¿Esa chica no había comentado algo sobre encontrarse con Ollie después del espectáculo, aunque tuviera que escurrirse por la ventana para hacerlo? Debería haberse acordado antes. No debería haber quitado el ojo de encima de Ollie. Todo era culpa suya.

—¿A quién está buscando, comisario? —preguntó.

—No es asunto tuyo, Deaver —dijo Marshall.

—¿Es su hijo? —preguntó el comisario.

—Es jinete local —respondió Marshall—. Lo ayudamos a llegar aquí y él nos ayuda un poco ahora.

—¿Ha visto a una muchacha por aquí? —preguntó el comisario—. De esta altura, de nombre Nancy Pulley. La vieron hablando con el técnico de luces después del espectáculo.

—Vi a una chica hablando con Ollie —dijo Deaver—. Justo después del espectáculo. Pero me pareció que se iba con su padre.

—Sí, bueno, puede ser, pero no está en su casa ahora y estamos casi seguros de que pensaba venir aquí y encontrarse con alguien.

Marshall se metió entre Deaver y el comisario.

—Tenemos a todos los nuestros aquí y no hay ningún extraño.

—¿Entonces por qué no me deja pasar y comprobarlo? Si no tiene nada que ocultar...

Obviamente Deaver sabía por qué Marshall no lo permitía. Seguramente Ollie no estaba. Era demasiado tarde para ir a por él antes de que empezaran los problemas.

—Tenemos derecho a protegernos de registros no razonables, señor —alegó Marshall.

Habría seguido hablando sin duda, pero Deaver lo interrumpió con una pregunta para el comisario.

—Comisario, hace apenas quince minutos que terminó el espectáculo —dijo Deaver—. ¿Cómo sabe que no se fue con una amiga o algo así? ¿Fue a mirar en las casas de sus amigas?

—Mire, chico listo —replicó el comisario—. No me hace falta que nadie me diga cómo hacer mi trabajo.

—Bueno no, claro que no. Creo que usted conoce su trabajo a la perfección —se excusó Deaver—. En realidad, creo que lo conoce tan bien que sabe que esa chica no saldría con una amiga. Apuesto a que esa chica ya le ha causado bastantes problemas anteriormente.

—Eso no es asunto suyo, vigía.

—Lo único que digo es que...

Pero ahora Marshall había entendido lo que quería hacer Deaver y lo reemplazó.

—Estoy alarmado, señor, tengo miedo de que esa chica de su pueblo pueda estar corrompiendo a uno de mis muchachos. Mis hijos tienen muy pocas ocasiones de relacionarse con jóvenes de fuera de la familia, y tal vez una chica *experimentada* pueda desviarlos del buen camino.

—Muy inteligente —repuso el comisario, mirando a Marshall con furia y después a Deaver y después a Marshall otra vez—. Pero no va a funcionar.

—No sé a qué se refiere —dijo Marshall—. Lo único que sé es que usted conocía que esa chica era aficionada a los encuentros ilícitos con miembros del sexo opuesto, y sin embargo no hizo ningún esfuerzo por proteger a los huéspedes de su pueblo de sus avances.

—Puede olvidarse de eso como defensa ante el juez —dijo el comisario.

—¿Por qué? —inquirió Marshall.

—Porque su padre es el juez, señor Aal. Usted empieza a hablar así y perderá su licencia en un abrir y cerrar de ojos. Puede que la consiga de nuevo en la apelación, pero con el juez Pulley vigilando sus pasos todo el camino, no va a trabajar durante meses.

A Deaver no se le ocurría qué decir.

Para su sorpresa, a Marshall tampoco.

—Así que voy a volver en diez minutos con una orden, y será mejor que tenga a todos sus hijos en el campamento y a ninguna muchacha con ellos, o sus días de andar por ahí sembrando la corrupción en el margen ha terminado.

El comisario caminó unos pasos hacia la calle y después se volvió:

—Voy a llamar al juez por radio, y me quedaré en ese coche vigilando el campamento hasta que él venga con la orden. No quiero perderme nada.

—Claro que no, cretino chupatintas —respondió Marshall. Pero lo dijo en voz muy baja, y Deaver fue el único que lo oyó.

Era evidente lo que estaba planeando el comisario. Esperaba descubrir a Nancy

Pulley huyendo del campamento o a Ollie deslizándose de vuelta hacia las tiendas.

—Marshall —dijo Deaver en voz tan baja y tranquila como pudo—. Vi a Ollie con esa chica en la huerta antes del espectáculo.

—No me sorprende —contestó Marshall.

—Supongo que Ollie no está en el campamento.

—No lo he comprobado.

—Pero supone que se fue.

Marshall no respondió. No iba a admitir nada frente a un desconocido, supuso Deaver. Bueno, era lógico. Cuando la familia está en problemas, hay que tener mucho cuidado y no confiar en los desconocidos.

—Haré lo que pueda —prometió Deaver.

—Gracias —dijo Marshall.

Era más de lo que Deaver esperaba que dijese. Tal vez Marshall entendía que la situación era realmente grave y que no podría arreglárselas solo.

Deaver caminó hacia el comisario y llegó hasta él justo cuando el hombre retiraba el micrófono de la radio de su boca. El comisario alzó la mirada esperando una discusión.

—¿Qué quiere, jinete?

—Mi nombre es Deaver Teague, comisario. Y solamente conozco a los Aal desde esta mañana cuando me recogieron en el camino. Pero eso me bastó para conocerlos un poco y tengo que decirle que son buena gente.

—Son actores, hijo. Eso quiere decir que pueden *parecer* lo que quieran.

—Sí, son buenos actores, ¿no es cierto? Ése sí que fue un espectáculo, ¿no?

El comisario sonrió.

—Nunca dije que no fueran buenos actores.

Deaver sonrió.

—*Son* buenos. Los ayudé a preparar todo hoy. Y trabajaron muy duro para el espectáculo. ¿Alguna vez trató de levantar un generador? ¿O de montar luces como ésas? Convertir un camión cargado en un espectáculo moderno me parecía un día de trabajo honesto.

—¿Quieres ir a alguna parte con todo esto? —preguntó el comisario.

—Solamente le digo que tal vez no tengan granjas como la mayoría de la gente de por aquí, pero lo que hacen es auténtico trabajo. Y es un buen trabajo, creo yo. ¿Vio la cara de todos esos chicos esta noche, mirando el espectáculo? ¿No cree que se fueron a casa orgullosos?

—Vamos, muchacho. Sé que sí. Pero esa gente del espectáculo cree que puede venir aquí y hacer de las suyas con las chicas del pueblo y...

La voz se extinguió de pronto. Deaver se aseguró de no interrumpirlo.

—Ese hombre con el que usted habló, comisario..., el problema no es solamente

de él, es de toda la familia. Tiene a su esposa y a sus padres consigo, sus hijos e hijas. ¿Usted tiene hijos, comisario?

—Sí, pero no los dejo salir solos como otros que conozco.

—Ah, pero a veces los hijos hacen cosas que no cumplen con las enseñanzas de los padres. A veces hacen cosas realmente malas y eso rompe el corazón de los padres. No estoy hablando de sus hijos, comisario, pero tal vez los Aal tienen un chico así, y el juez Pulley también. Los Aal y los Pulley hacen todo lo que pueden para que sus hijos no se metan en problemas. Tal vez incluso fingen que cualquier cosa que hagan sus hijos es culpa de otra persona.

El comisario asintió.

—Veo a dónde apunta, señor Teague. Pero eso no cambia las cosas, no cambia mis obligaciones.

—Bueno, ¿y cuáles son sus obligaciones, comisario? ¿Dejar a todo un grupo de buena gente sin trabajo porque tienen un hijo adulto que no pueden controlar? ¿Hacer que la hija del juez Pulley vea su nombre arrastrado por el barro?

El comisario suspiró.

—No sé por qué le escucho, Teague. Siempre oí decir que los jinetes no hablaban mucho.

—Nos lo guardamos para casos como éste.

—¿Tiene un plan, Teague? No puedo irme y olvidar todo esto.

—Usted siga con lo que tiene que hacer, comisario. Pero si Nancy Pulley llega a casa a salvo, entonces espero que no haga nada que perjudique a ninguna de estas familias.

—¿Y por qué ese actor no habló con sentido común como usted en lugar de encararse conmigo?

Deaver se limitó a sonreír. No tenía sentido decir lo que estaba pensando: que Marshall no se habría encarado con el comisario si éste no lo hubiera tratado como si fuera culpable de por lo menos doce crímenes asquerosos. Y si aquel hombre los veía ahora más parecidos a la gente común, ya había conseguido bastante. Así que Deaver palmeó la puerta del coche y se fue caminando hacia el huerto. Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar a Ollie.

No fue difícil. Fue como si hubiera querido que lo encontraran. Estaba en el pasto alto, en el extremo más alejado del huerto. Ella se reía. No oyeron llegar a Deaver, no hasta que él estuvo a diez pasos. Ella estaba desnuda, tendida sobre el vestido, que parecía una manta sobre el suelo. Pero Ollie todavía tenía puestos los pantalones, y bien cerrados además. Deaver dudaba que la chica fuera virgen, pero en todo caso no sería culpa de Ollie. Ella estaba jugando con el cierre de los pantalones de Ollie cuando de pronto levantó la vista y vio a Deaver, que los miraba. Pegó un grito y se sentó, pero ni siquiera trató de cubrirse. Por su parte, Ollie recogió la camisa y trató

de tatarla con ella.

—Tu padre te está buscando —dijo Deaver.

Ella hizo una especie de puchero. Para ella era un juego; perder un asalto no le importaba mucho.

—¿Crees que nos importa? —preguntó Ollie.

—Su padre es el juez de este distrito, Ollie. ¿Te lo dijo?

Era evidente que no.

—Y acabo de hablar con el comisario. Te está buscando. A ti, Ollie. Así que creo que es hora de que Nancy se ponga la ropa.

Ella se levantó haciendo pucheros y metiéndose el vestido por encima de la cabeza.

—Será mejor que te pongas la ropa interior —señaló Deaver. No quería que la muchacha dejara evidencias tiradas por allí.

—No llevaba —dijo Ollie—. Te aseguro que no estaba corrompiendo a una inocente.

Ella había pasado los brazos por las mangas, y a continuación pasó la cabeza por el cuello abullonado y sonrió a Deaver. Sus labios se movieron un poquito, lo suficiente como para hacer que Deaver los mirara. Después, bajó el vestido y se cubrió.

—Lo que te digo —continuó Ollie—: los hombres no somos más que bombas listas para explotar.

Deaver lo ignoró.

—Vete a casa, Nancy. Necesitas descansar..., tienes una larga carrera por delante.

—¿Me estás llamando puta? —exigió saber ella.

—No mientras lo hagas gratis —contestó Deaver—. Y si se te pasa por la cabeza decir que te violaron, recuerda que hay un testigo que te vio desnuda jugando con su cremallera y riéndote de buena gana mientras lo hacías.

—Como si papá fuera a creerte a ti y no a mí —dijo ella, pero giró y se fue caminando entre los árboles. No había duda de que conocía muy bien los caminos de vuelta.

Ollie estaba de pie, y no había hecho ningún movimiento para ponerse la camisa o los zapatos.

—Esto no era asunto tuyo, Deaver. —Había suficiente luz para que Deaver viera que Ollie tenía los puños cerrados—. No tienes derecho a andar vigilándome ni a meterte en mi vida.

—Vamos, Ollie, volvamos al campamento antes de que llegue el juez con una orden de registro.

—Quizá no quiera volver.

Deaver no quería discutir.

—Vamos.

—Trata de obligarme.

Deaver meneó la cabeza. ¿Acaso Ollie no se daba cuenta de que estaba hablando como un niño de párvulos?

—Vamos, Deaver —siguió provocando Ollie—. Dijiste que ibas a proteger a la familia Aal del nene malo de Ollie, así que hazlo. Rómpeme las costillas. Córtame en pedazos y llévame a casa. ¿No tienes un cuchillo escondido en esas botas de jinete? ¿No es así como obligáis a la gente común vosotros los fuertes? ¿No tienes un cuchillo para obligarme a hacer lo que quieras?

Deaver estaba hartó.

—Sé hombre, Ollie. ¿O no recibiste el suficiente talento familiar como para fingir decencia?

Ollie perdió sus modos desafiantes y su valentía de un plumazo. Cargó contra Deaver, sacudiendo los brazos en un ataque de rabia enceguecida. Era evidente que quería hacer daño en serio. Y también era evidente que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Deaver lo tomó de un brazo y lo echó a un lado. Ollie se derrumbó en el suelo. «Pobre chico —pensó Deaver—. Viajando con este teatro ambulante toda su vida y no ha aprendido siquiera a dar un buen golpe».

Pero Ollie no había terminado. Se levantó y atacó de nuevo, y esta vez un par de sus golpes llegó a destino. Nada malo, pero dolía, y Deaver lo tiró al suelo con más fuerza. Ollie aterrizó mal sobre la muñeca y gritó de dolor. Pero estaba tan furioso que todavía se levantó otra vez, y golpeó de nuevo con la mano derecha solamente, y cuando estuvo lo bastante cerca movió la cabeza de un lado a otro tratando de darle a Deaver en la cara, y cuando Deaver lo tomó de los brazos, Ollie lo pateó, trató de golpearle con las rodillas en el vientre, hasta que finalmente Deaver tuvo que soltarlo y darle un puñetazo en el estómago. Ollie cayó sobre sus rodillas y vomitó.

Y durante todo ese tiempo, Deaver no se había enojado. No entendía la razón: la rabia había estado cerca de la superficie todo el día y sin embargo, en esos momentos, cuando realmente estaba peleando con alguien, no sentía nada. Solamente un deseo frío de terminar la pelea y llevarse a Ollie a casa.

Tal vez era porque ya había gastado toda la rabia que tenía contra Katie. Tal vez era por eso.

Ollie terminó de vomitar. Levantó la camisa y se limpió la boca.

—Ahora vuelve al campamento —dijo Deaver.

—No —respondió Ollie.

—Ollie, no quiero pelear contigo.

—Entonces vete y déjame solo.

Deaver se inclinó para ayudarle a levantarse. Ollie le dio un codazo en las costillas. Dolió. Deaver estaba casi seguro de que Ollie había querido apuntar a la

entrepiera. El muchacho no parecía darse cuenta de cuándo estaba vencido.

—¡No pienso volver! —le espetó Ollie—. Y si me tumbas de un puñetazo y me llevas, le diré al comisario lo de la hija del juez. Le diré que perdió la cabeza entre mis cojones...

Ésa era la cosa más estúpida, más malvada que Deaver hubiera oído. Durante un segundo, sintió que quería patear a Ollie en la cabeza, para ver si con eso podía sacudirle un poco lo que tenía dentro. Pero estaba asqueado de lastimar a Ollie, así que se quedó quieto y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque tenías razón, Deaver. Lo pensé y tenías razón: quiero escaparme de mi familia. Pero no quiero que me reemplaces. No quiero que nadie me reemplace. No quiero que nadie tenga un lugar aquí, ni el mío ni otro. Quiero que este espectáculo se cierre. Quiero que papá sea un granjero sucio en lugar de estar mandoneando a la gente todo el tiempo. Quiero que el perfecto de Toolie se hunda hasta los sobacos en mierda de cerdo. ¿Me entiendes, Deaver?

Deaver lo miró, allí arrodillado, un montón de basura sobre el pasto, levantando la muñeca lastimada como un niño pequeño diciendo que quería destruir a su familia.

—Tú eres el tipo de hijo que no se merece los padres que tiene.

Ollie estaba llorando, la cara retorcida y la voz aguda y quebrada, pero eso no le impidió contestar:

—De acuerdo, Deaver. ¡Ah, gran juez de esta tierra! Puedes estar seguro de que no me merezco *estos* padres, coño. Mamá, diciendo todo el día que soy como Royal, y me lo repite y me lo repite hasta que siento que quiero agarrarla del cuello y arrancarle el corazón con las manos. Y papá que decidió que no tengo suficiente talento, así que *yo* soy el que tengo que hacer todo el trabajo técnico para el espectáculo mientras Toolie aprende los papeles, todos, porque un buen día reemplazará a papá y será el jefe de la compañía, y me dirá a mí lo que tengo que hacer el resto de mi vida hasta que me muera. Bueno, el problema es para Toolie, ¿no es cierto? Porque papá no piensa abandonar su lugar en la compañía, nunca va a aceptar los papeles de viejo, nunca va a dejar que el abuelo se retire porque entonces Toolie sería el actor principal y el jefe de la compañía, claro, y el pobre papá no sería el jefe del universo. ¡Qué pena! Así que Toolie seguirá haciendo de jovencito hasta que tenga ochenta años y papá ciento diez, porque papá nunca va a dejarle paso, nunca va a morir, seguirá controlando las vidas de todos como si los demás fuéramos títeres, hasta que algún día alguien tenga agallas y lo mate o se vaya. Así que no me vengas con esas gilipolleces, sobre qué me merezco y qué no, Deaver.

Y con eso, de pronto, muchas cosas adquirieron sentido. La razón por la cual Marshall no permitía que Parley se retirara. La razón por la que Marshall era tan duro con Toolie y le repetía que no estaba preparado para tomar decisiones. Porque Ollie

tenía razón. Los papeles en el espectáculo establecían el orden de importancia en la familia. Quienquiera que tuviera el papel principal era cabeza de la compañía, y por lo tanto cabeza de la familia. Marshall no quería dejar de serlo.

—No me había dado cuenta de hasta qué punto deseaba irme de esta familia hasta que tú me lo dijiste esta noche, Deaver, pero en ese mismo momento me di cuenta de que irme no es suficiente. Porque bastaría con encontrar a otro que ocupase mi lugar. Tal vez tú. O tal vez Dusty. Alguien, cualquiera, y el teatro ambulante seguiría andando y andando y yo quiero que se quede donde está, que se detenga. Acabar con la licencia de papá, ésa es la única forma de terminar con esto. O no, tengo una forma mejor. Voy a pegarle un tiro a mi tío Royal. Voy a comprar un arma y le volaré la cabeza y entonces papá se podrá retirar. Ésa es la única razón por la que no puede abandonar lo que tiene. Porque Royal está a la cabeza de los exteriores; Royal es el héroe de Deseret, así que papá no puede aguantar la idea de ser ni un centímetro menos de lo que es, aunque arruine la vida de todo el mundo, porque mi padre es tan egocéntrico y egoísta y podrido como mi tío Royal.

Deaver no sabía qué decir. Aquello parecía cierto y, sin embargo, en el fondo, no lo era en absoluto.

—No es cierto —replicó.

—¿Y tú cómo puedes saberlo? No tuviste que vivir con él. No sabes lo que es ser *un cero* en esta familia, y mientras tanto él se sienta a juzgarte y tú nunca puedes satisfacerlo, nunca eres bueno, lo que haces nunca es suficiente.

—Por lo menos, él no te abandonó —alegó Deaver.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

—No creo que te hubiera gustado que te abandonaran —dijo Deaver.

—Me habría encantado...

—Créeme, Ollie —dijo Deaver con suavidad—. He visto cómo son tus padres y me parecen que están muy bien, comparados...

—¿Comparados con...? —preguntó Ollie con despecho.

—Comparados con nada...

Las palabras quedaron colgadas en el aire, o así le pareció a Deaver. Era como si pudiera ver sus propias palabras, como si pudiera oírlas desde fuera y fuese otro el que las decía. Ahora no estaba diciéndoselo a Ollie, estaba hablándose a sí mismo. Era cierto que Ollie necesitaba liberarse. Sus padres eran terribles para él, eso era verdad. Ollie odiaba su lugar en la familia, y no estaba bien obligarle a quedarse. Pero Deaver no era hijo de nadie. No era el hijo de ninguna familia verdadera. Nunca lo había sido y nunca lo sería. Así que podía hacer el trabajo de Ollie y no sentir el mismo tipo de herida, la herida que se siente por no ser el hijo elegido, el primero. Lo malo de la familia no lo alcanzaría, no de la forma en que lastimaba a Ollie, pero lo bueno... Deaver todavía podía obtener algo de ello. Ser parte de una compañía que lo

necesitaba. Ayudar a preparar espectáculos que cambiaban a la gente. Vivir con personas y saber que esas personas, las mismas, no otras, estarían allí al día siguiente y al otro, aunque el resto del mundo cambiara alrededor.

Deaver sintió que realmente quería que Ollie se fuera, no para tomar su lugar, sino para tener la oportunidad de hacerse un lugar propio entre los Aal. No para tener a Katie, se daba cuenta ahora, o por lo menos no solamente para tener a Katie. Quería tenerlos a todos. Al padre, a la madre, al abuelo y a la abuela, a los hermanos y a las hermanas. Algún día, a sus hijos.

Para ser parte de esa vasta red que se extendía hacia el pasado más allá de lo que cualquiera pudiera recordar, y se tendía hacia el futuro más lejos de lo que todos podían soñar. Ollie había crecido dentro de aquella red y lo único que quería era escapar de ella, pero muy pronto descubriría que eso no era posible en realidad. Como Royal, descubriría que la red lo retenía, para bien o para mal, dondequiera que fuese. Aunque uno trate de lastimar a los demás, aunque les clave algo en el corazón, la gente de uno nunca deja de ser la gente de uno. Esa gente sigue preocupándose por uno más que cualquier otro, uno todavía les importa más que los demás, la red sigue allí, por lo tanto Royal tal vez tuviese un millón de personas a su alrededor, personas que lo adoraban, pero ninguno de ellos lo conocía tan bien como los Aal, ninguno de ellos se preocupaba por él como su hermano Marshall, su nuera Scarlett, sus padres Parley y Donna.

Deaver sabía lo que tenía que hacer. Era tan evidente que no entendía cómo no se había dado cuenta antes.

—Vuelve al campamento esta noche, Ollie, y quédate mañana para enseñarme todo lo que puedas sobre tu trabajo. Después, cuando lleguemos a Moab, yo te cederé mis derechos para solicitar un puesto en los exteriores.

Ollie rió.

—No he montado a caballo en mi vida.

—Tal vez no —dijo Deaver—, pero Royal Aal es tu tío, y le debe a tu padre la vida de su esposa y sus hijos. Tal vez se odian demasiado y no pueden hablarse, pero si Royal Aal es un hombre, él sabe que la deuda existe.

—No quiero que nadie me acepte porque le debo algo a mi padre.

—Tonterías, Ollie, ¿crees que alguien te va a aceptar por tu linda cara? Inténtalo. Averigua si realmente te gusta estar lejos del teatro ambulante. Si quieres volver, de acuerdo. Si quieres irte, también. Te estoy dando una oportunidad.

—¿Por qué?

—Porque tú me estás dando una a mí.

—¿Crees que papá te dejará ser parte de la compañía si me ayudas a escapar?

—No estoy hablando de escapar, Ollie. Hablo de irte, de cara, sin malos sentimientos. No perjudicas a la compañía porque yo me quedo para hacer tu trabajo.

Ellos no te perjudican a ti porque tú sigues siendo de la familia aunque ya no seas parte del espectáculo. Eso es lo que no funciona entre vosotros. Creo yo. No sabéis dónde termina el espectáculo y dónde empieza la familia.

Ollie se puso de pie, despacio.

—¿Harías eso por mí?

—Seguro —afirmó Deaver—. Puedo golpearte, darte mis derechos para presentar la solicitud, lo que quieras. Pero vuelve al campamento, Ollie. Podemos hablar con tu padre mañana.

—No —respondió Ollie—. Quiero mi respuesta esta noche. Ahora.

Solamente ahora que Ollie estaba de pie, Deaver le vio los ojos con claridad suficiente para darse cuenta de que el otro no lo estaba mirando. Miraba más allá, a algo que estaba detrás de Deaver, a su espalda. Deaver se volvió. Marshall Aal estaba allí, de pie, a unos quince metros, a la sombra de los árboles. Ahora que Deaver lo había visto, salió a la luz de la luna. Tenía una cara horrible, una mezcla de pena y rabia y amor que casi destrozó el corazón de Deaver con una piedad que lo atemorizó.

—Sabía que estabas ahí, padre —dijo Ollie—. Lo supe todo el tiempo. Quería que lo oyeras.

«Pero entonces, ¿qué diablos estaba haciendo yo aquí?, —pensó Deaver—. ¿Qué importaba yo si Ollie le estaba hablando a su padre en realidad? Solamente serví para convencer al comisario y darle un puñetazo en la panza a Ollie hasta hacerle vomitar. Bueno, me alegro de haber podido ser útil».

No le prestaron atención. Se quedaron allí, de pie, mirándose, hasta que Deaver pensó que de todos modos no era asunto suyo. Lo que estaba pasando no tenía nada que ver con Deaver Teague, tenía que ver con Marshall y Ollie, y Deaver no era parte de la familia. Por ahora no, por lo menos.

Caminó por el huerto y atravesó el campo hasta el camión. El comisario estaba allí, solo, inclinado sobre el capó.

—¿Dónde ha estado, Teague?

—¿El juez no ha venido?

—Vino y ya se fue. Tengo la orden de registro.

—Lamento oír eso.

—La chica está en casa. A salvo —dijo el comisario—. Pero está muy enojada con usted.

Deaver sintió que su corazón se derrumbaba. Ella había hablado. Probablemente mentiras.

—Afirma que solamente se estaban abrazando y besando un poco, y que usted vino y la hizo volver a casa.

Bueno, había mentido, sí, pero era una mentira decente, una que no iba a meter en

problemas a nadie.

—Sí, claro —admitió Deaver—. Pero a Ollie no le gustó mucho mi ayuda. Su padre está allí ahora, hablando con él para que vuelva a casa.

—Muy bien —dijo el comisario—. Bueno, a mí me parece que no ha pasado nada malo y el juez tampoco quiere que corra la sangre, pues se cree todo lo que le dice su hijita querida. Así que no pienso utilizar esta orden hoy. Y si todo el mundo se porta bien mañana, estos gitanos pueden hacer su obra y largarse.

—¿No piensa redactar un informe sobre ellos? —preguntó Deaver.

—No hay nada de qué informar —respondió el comisario. Después torció la boca en una especie de sonrisa—. ¡Eh!, usted tenía razón, Teague. Son solamente una familia. Los mismos problemas que tenemos en Hatchville. Pero hablan raro, ¿no le parece?

—Gracias, comisario.

—Buenas noches, jinete. —El comisario se alejó.

Un momento después, Scarlett y Katie y Toolie salieron de las tiendas y fueron hasta donde estaba Deaver. Observaron cómo el comisario daba marcha atrás con el coche para marcharse.

—Gracias —susurró Scarlett.

—Estuviste maravilloso —aprobó Toolie.

—Sí —dijo Deaver—. ¿Dónde duermo?

—Es una noche tibia —respondió Toolie—. Yo me voy al camión si te parece bien.

—Es mejor que acostarse en el suelo —dijo Deaver.

Marshall y Ollie volvieron al campamento cuando él ya se disponía a dormir. Scarlett salió de la tienda y armó todo un escándalo por la muñeca lastimada de su hijo, y le puso un pañuelo como cabestrillo y todo. Deaver trató de no meterse, incluso trató de no mirar, se limitó a salir de su saco de dormir y se quedó allí, apoyado contra la parte del camión que daba al público, escuchando lo que podía de la conversación. Y escuchó bastante, porque Marshall y Scarlett no sabían hablar sin enviar el sonido al otro lado del campo. Apenas hubo comentarios sobre la muñeca lastimada de Ollie.

Pero Marshall dijo algo que posiblemente lo cambiaba todo:

—Creo que será mejor que haga de Washington la próxima vez que hagamos *Gloria de Estados Unidos*. Tú te sabes la parte de Toolie, ¿no, Ollie? Mientras Deaver esté con nosotros, él puede hacer lo de las luces y tú puedes ocupar un lugar en el escenario. Que papá se vaya a casa y se retire, si quiere.

Deaver no oyó la respuesta de Ollie.

—No tengas prisa en decidirlo —prosiguió Marshall—. Pero si escoges irte con los exteriores, no creo que te hagan falta los derechos de Deaver para solicitar la

entrada. Creo que puedo escribirle una carta a Royal, eso te daría una buena oportunidad.

Nuevamente la contestación de Ollie fue demasiado tenue para captarla.

—Simplemente no creo que debemos quitarle a Deaver una de sus oportunidades si no es necesario. De todos modos, me parece que ya es hora de escribir a Royal.

Esta vez fue Scarlett la que contestó, así que Deaver lo oyó perfectamente.

—Puedes escribir a Royal todo lo que quieras, Marsh, pero la única forma en que Parley y Donna pueden retirarse es si Ollie sube al escenario, y la única forma en que puede hacerlo es si Deaver se ocupa de la luz y el sonido.

—Bueno, antes de que llegemos a Moab le preguntaré a Deaver si quiere quedarse —dijo Marshall—. Y como seguramente nos está escuchando, eso le dará tiempo para decidirse.

Deaver sonrió y meneó la cabeza. Claro que sabían que estaba escuchando: esa gente del espectáculo sabía perfectamente bien cuándo tenía público. En aquel momento Deaver pensó que iba a decir que sí. Seguramente por un tiempo habría tensiones con Ollie, en parte por lo de los golpes de esa noche, pero sobre todo porque Ollie tenía ciertas malas costumbres con las chicas de los pueblos y no se iba a curar en una noche. Tal vez terminara necesitando la libertad, el ingreso en los exteriores. Deaver podía enseñarle a montar a caballo, por si acaso. Y si Ollie se iba, entonces Dusty tendría que hacer papeles de adultos. No pasaría mucho tiempo antes de que cambiara la voz, a juzgar por la altura que tenía.

O tal vez las cosas no salieran bien entre Deaver y Katie, en cuyo caso era una suerte que el derecho a solicitar el ingreso en los jinetes fuera válido por un año. Muchas cosas podían cambiar. Pero todo saldría bien. El cambio más importante era el que había propuesto Marshall esa noche, la decisión de hacer él algunos de los papeles de viejo y dejar los más importantes para Toolie. Significaba un cambio grande en el funcionamiento de la compañía, y cambios así no quedaban en el aire, pasara lo que pasase. No había forma de adivinar el futuro, pero si había algo seguro era que el pasado se había acabado.

Después de un rato, las cosas se tranquilizaron un poco y Deaver se desvistió y se metió en su saco en ropa interior. Trató de cerrar los ojos pero eso no lo ayudó a dormir, así que los abrió de nuevo y miró las estrellas. Entonces fue cuando oyó los pasos que venían desde el frente del camión. No tuvo que mirar para saber que era Katie. Ella llegó hasta donde él yacía, su saco extendido sobre el telón de la pirámide.

—¿Estás bien, Deaver? —preguntó.

—Es la cama más blanda que he tenido en todo un año —contestó él.

—Me refería a... Ollie caminaba de un modo extraño, como doblado, y parecía que le dolía la mano un poco. Me pregunté si tú estabas bien.

—Se cayó un par de veces, eso es todo.

Ella lo miró fijamente durante un rato.

—De acuerdo, supongo que si quisieras contarme lo que pasó, lo harías.

—Supongo que sí.

Katie se quedó allí, quieta, sin decir nada.

—¿De qué va el espectáculo de mañana? —preguntó él.

—El primer Libro de Mormón —le explicó—. No hay papeles decentes para mujeres. Me paso la mitad de la obra haciendo de hombre.

Una risa leve, pero a Deaver le pareció que sonaba cansada. La luz de la luna brillaba sobre su cara. Parecía cansada también, los ojos entrecerrados, el cabello cayéndole a ambos lados de la frente. Un aspecto dulce, así se la veía a la luz de la luna. Él recordó haberse enojado con ella esa noche. Recordó haberla besado. Ambos recuerdos le hicieron sentir vergüenza.

—Lamento haberme enojado contigo hace un rato —dijo.

—Me gustaría que la gente se enojara conmigo sólo por esa razón, porque le guste mi espectáculo más que a mí.

—De todos modos, lo lamento.

—Tal vez tengas razón. Tal vez estas obras sean importantes. Tal vez lo que pase sea que me canso de hacerlas. Creo que ya es hora de que descanse, de que haga una auténtica obra de teatro. Podríamos hacer que la gente de los pueblos hiciera algunos de los papeles. Tal vez nos querrían más si ellos formaran parte del espectáculo.

—Claro. —Deaver estaba cansado y todo le sonaba bien.

—¿Te vas a quedar con nosotros, Deaver? —preguntó ella.

—No me habéis invitado.

—Pero si papá te lo pide...

—Creo que tal vez sí.

—¿Lo vas a echar de menos? ¿Ser un jinete?

Él rió entre dientes.

—No, *madam*.

Pero sabía que si la pregunta hubiera sido un poco distinta, si ella hubiese preguntado: ¿Vas a echar de menos tu sueño de cabalgar por la llanura con Royal Aal?, entonces la respuesta habría sido: Sí, ya lo estoy echando de menos...

«Pero ahora tengo un sueño nuevo, o tal vez no sea más que un sueño muy viejo que ha vuelto de pronto, un sueño que abandoné hace años. Quizá la esperanza de unirme a los exteriores era solamente un sustituto, un voy-a-contentarme-con. Así que veamos, descubramos cuánto espacio queda en esta familia para otra persona. Porque lo que yo deseo no es entrar en un teatro ambulante. No estoy pidiendo trabajo de técnico de luces. Quiero ser de la familia, y si descubro que, después de todo, no hay lugar para mí, entonces tendré que buscarme otro sueño».

Pensó todo eso, pero no dijo nada. Ya había dicho demasiado esa noche. No había

razón para arriesgarse a meterse en más problemas.

—Deaver —susurró ella—. ¿Estás dormido?

—Nada de eso.

—En realidad me gustas mucho y no era todo fingido.

Eso era casi una disculpa y él la aceptó.

—Gracias, Katie. Te creo. —Cerró los ojos.

Oyó un crujido de tela, un ligero movimiento del camión cuando ella se apoyó más sobre él. Iba a besarlo, lo sabía, y esperó el roce de aquellos labios sobre los suyos. Pero el roce no llegó. El camión se movió de nuevo un poquito y ella se fue. Él oyó los pies caminando a través del pasto húmedo hacia las tiendas.

El cielo estaba claro y la noche, fresca. La Luna, bien arriba ahora, ya no subiría más. Al día siguiente, tal vez llovería: habían pasado cuatro días desde la última tormenta y ése era el plazo máximo para aquellos lugares. Así que posiblemente al día siguiente habría tormenta, y eso significaba cubrir las luces y si se ponía muy feo tal vez posponer el espectáculo por una noche. O cancelarlo y seguir adelante. Se sentía extraño al pensar en que estaba atrapado en un nuevo ritmo..., atado al clima, atado a los espectáculos, y a qué pueblos habían visto qué obras en el último año, pero sobre todo atado a aquella gente, a sus deseos y costumbres y hábitos y caprichos. Daba miedo también, sobre todo porque se había estado dejando llevar por la corriente, en vez de hacer las cosas a su modo.

Pero ¿por qué tener miedo? Las cosas tenían que cambiar de todos modos, fuera como fuese. Estando *Bette* muerta, aunque se quedara con los jinetes, tendría que acostumbrarse a un nuevo caballo. Y si hubiera solicitado el ingreso en los exteriores, sería todo nuevo. Así que, cualquiera que fuese su elección, su vida estaba destinada a ponerse patas arriba.

El sueño llegó antes de lo que esperaba. Fue un sueño profundo y duro, sobre lo que parecía lo más importante de toda su vida. En el sueño recordaba algo acerca de lo cual nunca había podido pensar cuál era su verdadero nombre, el nombre que le habían dado sus padres, antes de que los asaltantes los mataran. En su sueño veía la cara de su madre y oía la voz de su padre. Pero cuando se despertó por la mañana, trató de pensar en aquella voz y lo único que sonó dentro de su cabeza fue un eco de la suya propia, y la cara de su madre se desvaneció en la cara de Katie. Y cuando formó su propio nombre con los labios, en silencio, supo que ya no era cierto. Era el nombre de un niño que se había perdido en alguna parte y que nadie había encontrado nunca. En lugar de eso murmuró el nombre que había pasado toda su vida ganándose:

—Deaver Teague.

Sonrió un poco al oírlo. No era un mal nombre, no, y le gustaba imaginar lo que podría significar algún día.

AMÉRICA

Sam Monson y Anamari Boagente se encontraron dos veces en la vida, la segunda cuarenta años después de la primera. El primer encuentro duró varias semanas en la jungla del alto Amazonas, en la aldea de Agualinda. El segundo no pasó de una hora cerca de las ruinas del Dique del Cañón Glen, en la frontera entre la nación navaja y el estado de Deseret.

Cuando se encontraron por primera vez, Sam era apenas un adolescente flacucho de Utah y Anamari era una india solterona y madura de Brasil. Cuando se encontraron por segunda vez, él era gobernador de Deseret, el último estado europeo de América, y ella, por lo menos para algunos, era la madre de Dios. A nadie se le ocurrió que se hubieran encontrado antes, excepto a mí. Yo lo vi claro como el agua y le anduve insistiendo a Sam hasta que me lo contó todo. Ahora Sam está muerto y ella se ha marchado hace mucho y yo soy el único que sabe la verdad. Durante mucho tiempo, pensé que iba a llevarme esta historia a la tumba, pero ahora me doy cuenta de que no puedo hacerlo. Tal como yo lo veo, no se me permitirá morir hasta que la escriba. Hace mucho que mi trabajo real ha terminado, así que ¿por qué razón estoy vivo? Pienso que la Tierra me ha mantenido con vida para que pueda contar la historia de su victoria, y os ha mantenido a vosotros con vida para que podáis oírla. Los dioses son así. No les basta estar al mando de todo. También quieren ser famosos.

Agualinda, Amazonas

Los pasajeros no significaban nada para ella. Anamari se preocupaba por los helicópteros solamente cuando traían suministros médicos. Éste traía un precioso paquete de benaxidena; Anamari apenas advirtió al muchachito incómodo, vergonzoso, delgadito que estaba sentado junto al equipaje y las cajas, con gesto hostil. «Otro yanqui que no quiere quedarse empantanado en la selva. Nada nuevo». Por aquel entonces, los norteamericanos se habían transformado en algo invisible para Anamari. Venían y se iban.

La preocupaba mucho más la gente del gobierno brasileño, los pequeños burócratas mezquinos que sufrían años de exilio virtual en Manaus y descargaban sus frustraciones con gestos tiránicos contra los indios indefensos. «No, lo lamento, no tenemos más penicilina, no hay más jeringas, ¿qué hizo con la vacuna contra el SIDA que le dimos hace tres años?, ¿usted cree que tenemos la gallina de los huevos de oro? Mándelos a la ciudad si quieren curarse. Hay un hospital en Sao Paulo de Olivença, mándelos allá, no vamos a convertirla a usted en otro hospital, ahí en medio de la nada, no para una aldea de un centenar de sucios baniwas, no sería lo mismo si usted fuera médica, al fin y al cabo usted no es más que una india arrugada

y vieja, no se graduó en una facultad de medicina, y no podemos gastar medicamentos en usted». Les hacía sentirse muy importantes, decidir si un niño indio iba a vivir o no. Y la mayoría de las veces dictaban sentencia de muerte negándose a enviar suministros. Eso los hacía sentirse poderosos como Dios.

Anamari sabía que no le convenía ni protestar ni discutir..., eso solamente hacía que el burócrata se sintiera más inclinado a matar en el futuro. Pero a veces, cuando la necesidad era muy grande y la medicina era común Anamari iba a ver a los geólogos yanquis y les preguntaba si tenían de esto o de lo otro. A veces, tenían. Lo que sabía de los yanquis era que si tenían algo extra, lo compartían, pero que si no lo tenían, no movían ni un dedo para conseguirlo. No eran tiranos como los burócratas brasileños. No les importaba, eso era todo. Estaban allí para hacer dinero.

Eso fue lo que vio Anamari cuando miró al muchacho de cabellos claros y ojos cabizbajos en el helicóptero. Otro *norteamericano*, como todos los otros norteamericanos, sólo que más joven.

Tenía la benaxidena, así que hizo correr la voz inmediatamente para que todos los baniwas vinieran a ponerse la inyección. Era una enfermedad que había empezado durante la guerra entre Guyana y Venezuela hacía dos años. Como siempre, la mayor parte de las víctimas no fueron los ciudadanos de ninguno de los dos países, fueron los *indios* de la jungla, que se despertaban una mañana con las coyunturas agarrotadas, y la rigidez aumentaba hasta que no podían moverse en absoluto. La benaxidena era el antídoto, pero había que inyectarla cada pocos meses o las coyunturas se agarrotaban de nuevo. Como siempre, los burócratas habían desviado un cargamento y había una docena de baniwas en cama en la aldea. Como siempre, para uno o dos de los indios sería demasiado tarde; una o dos de las articulaciones quedarían paralizadas por el resto de sus vidas. Como siempre, Anamari habló poco mientras ponía las inyecciones, y los baniwas aún menos.

Solamente al día siguiente tuvo tiempo Anamari de fijarse en el joven yanqui que vagaba por la aldea. Llevaba una ropa blanca y arrugada, algo manchada ya con los verdes y los castaños de la vida a lo largo de los ríos de la selva amazónica. No parecía interesado en nada, pero una hora después de haber empezado sus rondas, controlando los resultados del tratamiento con la benaxidena, Anamari se dio cuenta de que él la estaba siguiendo.

Entonces, se volvió bruscamente, en el umbral del cobertizo construido por el gobierno y se encaró con él.

—*O que?* —le preguntó. (¿Qué quieres?)

Para su sorpresa, él le contestó en un portugués inseguro. La mayoría de aquellos yanquis no se molestaba en aprender el lenguaje, esperaban que ella y todos los demás hablaran inglés.

—*Posso ajudar?* —preguntó el chico. (¿Puedo ayudar?)

—*Não* —dijo ella—. *Mas pode olhar.* (Puedes mirar.)

Él la miró, sin entender.

Ella repitió la frase más despacio, pronunciando con mucha claridad.

—*Pode olhar.*

—*Eu?* (¿Yo?)

—*Você, sim.* (Y yo sé hablar inglés.)

—No quiero hablar inglés.

—*Tanto faz* —replicó ella. (Da lo mismo.)

Él la siguió hasta una de las cabañas. Era una niña desnuda en medio de sus propias heces. Sufría parálisis debido a un ataque de meningitis años atrás, cuando era un bebé, y Anamari creía que sería una de las que recibirían la benaxidena demasiado tarde. Así eran las cosas generalmente: los débiles sufrían más. Pero no, las pequeñas articulaciones se estaban flexibilizando, y la niña les sonrió, una sonrisa feliz capaz de romper el corazón de cualquiera, la sonrisa que hace que las víctimas de la parálisis sean tan hermosas algunas veces.

Bien. Algo de suerte después de todo, la benaxidena había llegado a tiempo para ella. Anamari sacó la tapa de la jarra de arcilla que estaba sobre una mesa de la habitación y hundió un trapo limpio en ella. Lo usó para limpiar a la niña, después levantó su cuerpo frágil, atrofiado, y le sacó la sábana sucia de abajo. En un impulso, se la alcanzó al muchacho.

—*Leva fora* —ordenó. Y cuando vio que no entendía—: Llévala afuera.

Él no dudó, y eso sorprendió a Anamari.

—¿Quiere que la lave?

—Podrías sacarle lo peor —le dijo ella—. Allí, en el patio, detrás. Yo la lavo después.

En el momento en que ella se iba, el muchacho volvió con la sábana medio lavada.

—Todo listo por aquí —comentó la mujer—. Vamos a mi casa a lavarla bien. Ahora la llevo yo.

Él no se la dio.

—Ya la tengo yo —dijo—. ¿No va a darle una sábana limpia?

—Solamente hay cuatro sábanas en la aldea —explicó ella—. Dos están en mi cama. A ella no le importa acostarse sobre el colchón. Yo soy la única en la aldea que se preocupa por las sábanas. También soy la única que se preocupa por esa chica.

—Usted le gusta —observó el muchacho.

—Sonríe así a todo el mundo.

—Tal vez le guste todo el mundo.

Anamari gruñó algo entre dientes y se llevó al muchacho a su casa, formada por dos cobertizos. Uno le servía de clínica, el otro de vivienda. En la parte de atrás tenía

dos tinas de metal. Le dio una de ellas al chico yanqui, señaló el depósito de agua de lluvia y le dijo que la llenara con aquello. Él lo hizo. Eso la puso furiosa.

—¿Qué quieres? —le dijo con severidad, exigiéndole una respuesta.

—Nada.

—¿Por qué sigues aquí conmigo?

—Pensé que estaba ayudando. —La voz del muchacho denotaba claramente su orgullo herido.

—No necesito tu ayuda. —Anamari se olvidó de que pensaba dejar la sábana en remojo. Empezó a fregarla en la tina.

—Entonces, ¿por qué me pidió que...?

Ella no le contestó y él no terminó la pregunta.

Después de un rato largo el muchacho habló de nuevo:

—Estaba tratando de librarse de mí, ¿no?

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó la mujer—. ¿Te parece que no tengo bastante que hacer sin tener que ocuparme de un *muchacho* norteamericano?

La furia brilló en los ojos de él pero no dijo nada, no hasta que el enojo se extinguió.

—Si está cansada de fregar, puedo hacerlo yo.

Ella tendió la mano y tomó la de él, la examinó durante un momento.

—Manos suaves —dijo—. Manos de dama. Te las lastimarías en la pileta y llenarías de sangre la sábana.

Avergonzado, él metió las manos en los bolsillos. Un loro voló a su lado, verde y rojo, colores cegadores y brillantes. Él se volvió a mirarlo, sorprendido. El loro aterrizó sobre la pileta.

—Ésos los venden por mil dólares en Estados Unidos —comentó.

«Claro. El chico yanqui lo valora todo por su precio en dinero».

—Aquí son gratis —replicó ella—. Los baniwas se los comen. Y se ponen las plumas como adorno.

Él miró a su alrededor, a las otras cabañas, los huertos desolados.

—La gente es muy pobre aquí —dijo él—. La vida en la jungla debe de ser dura.

—¿Eso crees? —gruñó ella—. La jungla es buena con esta gente. Les da sobradamente de comer, todo el año. Los indios del Amazonas no sabían que eran pobres hasta que vinieron los europeos y los hicieron comprar ollas que no podían pagar, y construir casas que no podían mantener, y plantar huertos. ¡Plantar huertos! En medio de este edén. La vida en la jungla era buena. Los europeos la hicieron pobre.

—¿Europeos? —preguntó el chico.

—Brasileños. Son todos europeos. Hasta los negros se volvieron europeos. Brasil es un país europeo, eso es todo. Hablan una lengua europea. Como vosotros, los

norteamericanos. Vosotros también sois europeos.

—Yo nací en América —protestó Sam—. Y mis padres y mis abuelos y mis bisabuelos.

—Pero tus tatarabuelos, éstos vinieron en barco.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¡Mucho tiempo! —Ella rió—. Yo soy india pura. De diez mil generaciones. Yo pertenezco a esta tierra. Tú eres extranjero aquí. Un extranjero de cuarta generación.

—Pero soy un extranjero al que no le asusta tocar una sábana sucia. Y sonrió desafiante.

Entonces fue cuando Anamari sintió que el muchacho empezaba a gustarle.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Quince.

—¿Tu padre es geólogo?

—No. Dirige el equipo de excavaciones. Quieren perforar un pozo de prueba. No cree que vayan a encontrar nada, pero...

—Van a encontrar mucho petróleo —dijo ella.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo soñé. Máquinas que cortaban los árboles para hacer una pista de aterrizaje, aviones bajando y subiendo. Y eso no lo hacen nunca a menos que encuentren petróleo. Mucho petróleo.

Ella esperaba que él se burlara de la idea de que uno puede soñar verdades. Pero él no lo hizo. Solamente se la quedó mirando.

Así que fue ella la que quebró el silencio.

—Viniste a la aldea a matar el tiempo mientras tu padre trabaja, ¿verdad?

—No. Vine porque él todavía no ha empezado a trabajar. Los helicópteros no traerán el equipo hasta mañana.

—¿Prefieres no estar cerca de tu padre?

Él desvió la vista.

—Preferiría que él estuviera en el infierno.

—Esto es el infierno —dijo ella, y el chico rió—. ¿Por qué viniste aquí con él?

—Porque solamente tengo quince años y él tiene mi custodia este verano.

—Custodia. Como un criminal.

—Él es el criminal —dijo él con amargura.

—¿De qué crimen?

Él esperó un momento, como si estuviera decidiendo si debía contestar o no. Cuando habló, lo hizo con voz tranquila y sin mirarla. Avergonzado. Del crimen de su padre.

—Adulterio. —La palabra quedó colgada en el aire. El muchacho se volvió y la miró de nuevo. Tenía la cara joven toda enrojecida.

«Los europeos tienen una piel tan transparente... —pensó Anamari—. Deja ver todas sus emociones». Adivinó toda una historia a partir de esa única palabra, una madre adorada y traicionada y ahora él tenía que pasar el verano con el traidor.

—¿Eso es un crimen?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez para los católicos no.

—¿Tú eres protestante?

Él meneó la cabeza.

—Mormón. Pero soy hereje.

Ella rió.

—Tú eres un hereje y tu padre es un adúltero.

A él no le gustó aquella risa.

—Y usted es virgen. —Sus palabras sonaron calculadas para lastimarla.

Ella dejó de fregar y se quedó allí, mirándose las manos.

—¿Eso también es un crimen? —murmuró.

—Tuve un sueño anoche —dijo él—. En mi sueño usted se llamaba Anna Marie, pero cuando traté de llamarla por ese nombre, no pude. Solamente podía llamarla con otro nombre.

—¿Qué nombre? —preguntó ella.

—¿Qué importa? Fue un sueño solamente. —La estaba provocando. Sabía que ella confiaba en los sueños.

—¿Soñaste conmigo y en tu sueño me llamaba Anamari?

—Es cierto, ¿no? Ese es su nombre, ¿verdad? —No hacía falta agregar la otra mitad de la pregunta: Es virgen, ¿no es cierto?

Ella sacó la sábana del agua, la retorció y se la pasó. Él la tomó en el aire y el agua sucia le salpicó la cara. Hizo una mueca. Ella tiró el agua en el polvo. El barro salpicó los pantalones del chico. Él no dio ni un solo paso atrás. Después ella levantó la pileta y empezó a llenarla con agua limpia.

—Tiempo de enjuagar —dijo.

—Usted soñó con una pista de aterrizaje —insistió él—. Y yo con usted.

—Será mejor que en tus sueños te ocupes de tus propios asuntos.

—Yo no lo pedí, ¿sabe? —continuó el muchacho—. Pero seguí a mi sueño hasta esta aldea y resultó que usted también es una soñadora.

—Eso no quiere decir que vayas a terminar con tu pijo entre mis piernas, así que ya puedes ir olvidándote de eso —dijo ella.

Él pareció realmente horrorizado.

—Oiga, ¿de qué habla? ¡Eso sería fornicar! ¡Y además, usted tiene edad para ser mi madre!

—Tengo cuarenta y dos —le aclaró ella—. Si es que mi edad te resulta de algún

interés.

—Entonces, es aún *más vieja* que mi madre —dijo él—. No podría ni pensar en usted sexualmente. Si le he dado esa impresión, lo lamento.

Ella rió.

—Eres un muchacho muy gracioso, yanqui. Primero me sueltas que soy virgen...

—Eso fue en el sueño —se excusó.

—Y después me dices que soy más vieja que tu madre y que soy demasiado fea para pensar en mí sexualmente.

Él se puso pálido de vergüenza.

—Lo lamento. Solamente estaba tratando de asegurarle que nunca...

—Estabas tratando de aclararme que eres un buen muchacho.

—Sí —admitió.

Ella volvió a reír.

—Seguramente ni siquiera juegas contigo mismo —dijo.

La cara de él enrojeció de nuevo. Trató de encontrar algo que decir. Después le arrojó la sábana a las manos de nuevo y se alejó, furioso. Ella rió y rió. Le gustaba mucho ese muchacho.

A la mañana siguiente el muchacho volvió y la ayudó todo el día en la clínica. Se llamaba Sam Monson, y era el primer europeo capaz de tener sueños verdaderos que ella conociera. Había pensado que solamente los indios sabían soñar así. Quienquiera que fuese el dios que le enviaba sus sueños tal vez era el mismo que hacía soñar a Sam. Tal vez ese dios los había reunido allá, en la jungla. Tal vez ese dios guiaría la sonda hacia el petróleo para que el padre de Sam tuviera que quedarse con él lo suficiente para poder satisfacer los deseos de ese dios, fueran los que fuesen.

Le molestaba que ese dios hubiera mencionado en los sueños que ella era virgen. Eso no era asunto de nadie, de nadie, solamente de ella.

La vida en la jungla era mejor de lo que Sam había esperado. Allá en Utah, cuando su madre le había dicho por primera vez que tenía que irse al Amazonas con el viejo bastardo, había temido lo peor. Atravesar espesas junglas llenas de enredaderas, abriéndose paso con un *machete*, cruzar ríos plagados de pirañas, en botes infestados de bichos y siempre sudor y mosquitos y aire pesado, espeso. En lugar de eso, los petroleros norteamericanos vivían en un campamento bastante decente, con un generador para la luz eléctrica. Aunque llovía todo el tiempo, y cuando no llovía hacía tanto calor que uno deseaba que lloviese, no era el peligro constante que él había temido, y nunca tuvo que atravesar la selva. Había senderos, a veces casi caminos, y el verde vívido, espeso, de la jungla era más hermoso de lo que él hubiera imaginado en toda su vida. No había pensado que el oeste norteamericano fuera tan desértico. Incluso en California, donde vivía el viejo bastardo cuando no estaba viajando a los pozos de excavación, incluso allí, las colinas y montañas llenas

de bosques eran grises, comparadas con el verde de la jungla.

Los indios eran gente tranquila, no cazadores de cabezas. En lugar de evitarlos, como hacían los norteamericanos adultos, Sam descubrió que podía estar con ellos, conocerlos, hasta ayudarles trabajando con Anamari. El viejo bastardo podía sentarse por allí y tomar cerveza con los suyos —adulterio y cerveza, como si un despreciable pecado de la carne no fuera suficiente—, pero Sam realmente estaba haciendo el bien. Sam estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que probara que él era lo opuesto a su padre; y como su padre era un hombre débil, carnal, terrenal, sin nada de autocontrol, Sam trataba de ser un hombre fuerte, espiritual, intelectual, incapaz de dejarse dominar por las pasiones del cuerpo. Cuando veía a su padre sucumbir al alcohol, cuando recordaba la forma en que el viejo era incapaz de pasar ni un mes lejos de mamá sin tener que meter una puta en su cama, Sam sentía orgullo de su autodisciplina. Él era distinto: controlaba su cuerpo; no dejaba que su cuerpo lo controlara a él.

También estaba orgulloso de haber aprobado el examen de Anamari el primer día. ¿Qué le importaba si el excremento humano tocaba su cuerpo? Él no tenía miedo de respirar el olor caliente del sufrimiento, él no tenía miedo de la suciedad inocente de un niño inválido. ¿Acaso Jesús no tocaba a los leprosos? La suciedad del cuerpo no le molestaba. Sólo la del alma.

Y por eso lo preocupaban sus sueños con Anamari. Durante el día, eran amigos. Hablaban de cosas importantes, y ella le contaba historias sobre los indios del Amazonas y sobre lo que había aprendido cuando se preparaba para ser maestra en Sao Paulo. Ella escuchaba cuando él hablaba sobre la historia y la religión y la evolución y todas las teorías e ideas que bailaban en su cabeza. Ni siquiera mamá había tenido tiempo para eso, siempre cuidando a los niños o dedicada a sus interminables trabajos para la iglesia. Anamari lo trataba como si sus ideas fueran importantes.

Pero de noche, cuando soñaba, las cosas eran completamente distintas. En esos sueños la veía desnuda, y la voz seguía llamándola «Virgen América». Lo que tuviese que ver la virginidad de ella con América era algo que él no comprendía —hasta los sueños verdaderos carecían de sentido a veces—, pero sabía esto: cuando soñaba con Anamari desnuda, ella siempre tendía la mano para tocarlo, y él se sentía arrastrado por pasiones tan profundas que más de una vez se despertó del sueño y descubrió que estaba temblando de placer, como Onán en la Biblia, Onán, el hijo de Judá, el que arrojó su simiente al suelo y recibió la muerte por ello.

Cada vez que le pasaba, Sam se quedaba despierto mucho tiempo, temblando de miedo. No porque creyera que Dios iba a matarlo en un instante —sabía que si Dios no había matado a su padre por adulterio, él no iba a estar en peligro por un sueño erótico—. Tenía miedo porque sabía que en esos sueños se veía a sí mismo tan lleno

de lujuria y de mal como su padre. Él no quería sentir deseos sexuales hacia Anamari. Ella era vieja y flaca y dura, y él le tenía miedo, pero sobre todo no quería desearla porque no era como su padre: él nunca tendría relaciones sexuales con una mujer que no fuera su esposa.

Sin embargo, cuando entraba a la aldea de Anamari, deseaba verla de nuevo, y cuando la encontraba —la aldea era pequeña, y eso nunca le llevaba mucho tiempo— no podía apartar de su mente el recuerdo vivido de cómo la veía en los sueños —estirándose para tocarlo, los senos sueltos y movedizos, las caderas estrechas meciéndose hacia él— y se mordía la mejilla para sentir dolor y distraerse del deseo.

Era porque vivía con su padre; se le estaban contagiando los deseos incontrolables y sucios de aquel chivo salvaje que era su padre, eso era todo. Así que pasaba la menor cantidad de tiempo posible con él, y solamente volvía a casa de noche, a dormir.

Cuanto más trabajaba en lo que le mandaba Anamari, más fácil era olvidar su sueño, en el que ella aparecía arrodillada sobre él, tocándolo, deslizándose a lo largo de su cuerpo. ¡Quítale los granos al maíz hasta que sientas que la espalda te arde de dolor! ¡Lava las heridas de los cazadores baniwas y cámbiales el vendaje! ¡Esteriliza estos instrumentos con alcohol! «Y sobre todo, nunca, ni siquiera accidentalmente dejes que una parte de tu cuerpo roce el de ella, aléjate si ella se acerca, vuélvete para no sentir su aliento cálido cuando se incline sobre tu hombro, empieza una conversación brillante cada vez que haya un silencio solamente lleno por el canto de los insectos y la imagen de una gota de sudor que se desliza lentamente sobre el cuello de ella hacia el pecho y desaparece entre sus manos bajo la blusa anudada y sin botones».

¿Cómo podía ser virgen y actuar como lo hacía en sus sueños?

—¿De dónde crees tú que vienen los sueños? —le preguntó ella.

Él se sonrojó, aunque ella no podía haber adivinado lo que estaba pensando. ¿O sí?

—Los sueños —insistió la mujer—. ¿Por qué crees que tenemos sueños que se hacen realidad?

Casi era de noche.

—Tengo que volver a casa —musitó él. Anamari le sostenía la mano. ¿Cuándo le había tomado la mano así, y por qué?

—Tengo un sueño de lo más raro —dijo ella—. Sueño con una gran serpiente cubierta de plumas verdes y rojas, plumas brillantes.

—No todos los sueños se hacen realidad.

—Espero que no —prosiguió ella—. Porque esta serpiente viene de... Yo doy a luz a esta serpiente.

—Quetzal —dijo él.

—¿Qué quiere decir eso?

—La serpiente emplumada de los aztecas. O tal vez de los mayas. Mexicanos, eso seguro. Tengo que irme a casa.

—¿Pero qué quiere decir?

—Es casi de noche.

—¡Quédate y háblame! —exigió ella—. Tengo una habitación, te puedes quedar a dormir.

Pero Sam tenía que volver. A pesar de lo mucho que odiaba quedarse con su padre, no se atrevía a pasar una noche en aquel lugar. Hasta la invitación de Anamari lo excitaba. Nunca podría pasar una noche en la misma casa que ella. El sueño sería demasiado fuerte. Así que la dejó y se fue de vuelta por el camino a través de la jungla. Durante toda la caminata, no pudo apartar a Anamari de su mente. Era como si las plantas le enviaran la visión de Anamari, con lo que su deseo era más fuerte que cuando estaba con ella. Las hojas pasaron gradualmente del verde al negro en la oscuridad. La caliente negrura no lo asustaba; parecía invitarle a salir del sendero y entrar en las sombras, donde encontraría el alivio húmedo, el final fresco de todas las tensiones. Se quedó en el sendero y apretó el paso.

Llegó con alivio al poblado de los petroleros. El generador estaba encendido y hacía mucho ruido, pero el zumbido de los insectos era todavía más fuerte, giraban en hordas alrededor de la gran área iluminada, y su demoníaca danza dibujaba sombras extrañas en el suelo. Él y su padre compartían una gran casa de una sola habitación en el extremo más apartado de la aldea. La compañía de petróleos proveía cobertizos mucho mejores que el gobierno brasileño.

Algunos hombres le llamaron y le saludaron. Él hizo un gesto con la mano, incluso contestó una o dos veces, pero siguió adelante. Sentía las ingles encendidas y tensas de deseo, y estaba seguro de que únicamente las sombras y su rápido caminar impedían que los demás lo vieran. Era enloquecedor: cuanto más trataba de calmarse, tanto más se colaban en su mente las imágenes de Anamari, casi hasta la alucinación. No podía relajar el cuerpo. Prácticamente llegó a su casa corriendo.

En el interior, su padre lavaba los platos de la cena. Levantó la vista, pero Sam ya había pasado.

—Te voy a calentar la cena.

Sam se echó en la cama.

—No tengo hambre.

—¿Por qué llegas tan tarde? —preguntó su padre.

—Nos pusimos a hablar.

—Es peligroso ir por la jungla de noche. Crees que es seguro porque no te pasa nada de día, pero es peligroso.

—Claro, papá, claro. —Sam se levantó, le volvió la espalda para quitarse los

pantalones. Seguía excitado. Era una locura; no quería que su padre lo viera.

Pero con el instinto infalible de los padres celosos que quieren estar en todo, el viejo bastardo debió de darse cuenta de que Sam estaba ocultando algo. Y justo cuando el muchacho estaba desnudo, caminó para ponerse de frente y lo miró, lo miró, como si nunca hubiera oído hablar de la intimidad. Sam enrojeció a su pesar. Los ojos de su padre se achicaron y endurecieron. «Espero que yo nunca adquiriera ese aspecto. Nunca —pensó Sam—. Espero que mi cara no tenga esa expresión fea y llena de sospechas. Nunca. Preferiría morir antes que parecerme a él ahora».

—Bueno, ponte el pijama —ordenó su padre—. No tengo ganas de seguir viendo eso.

Sam se puso los pantalones cortos que usaba para dormir.

—¿Qué está pasando allí? —preguntó el hombre.

—Nada —contestó Sam.

—Algo harás durante todo el día.

—Ya te lo dije, la ayudo. Ella tiene una clínica, y también una huerta. No tiene electricidad, así que hay mucho trabajo.

—Yo también trabajo mucho, he trabajado mucho desde siempre, Sam, pero no vuelvo a casa así.

—No, siempre te paras en el camino y te alivias con alguna puta.

El viejo bastardo levantó la mano y golpeó a Sam en la cara. A Sam le dolió, y la sorpresa le llenó los ojos de lágrimas antes de que pudiese decidir que no quería llorar.

—No he estado con una puta en mi vida —dijo el viejo bastardo.

—Sólo has estado con una mujer que no fuera una puta.

El hombre le dio otra bofetada, pero esta vez Sam estaba preparado y la aceptó estoicamente, casi sin moverse.

—Tuve un asunto sin importancia.

—Te pillaron una vez. Ha habido docenas de mujeres.

El otro rió, despectivo.

—¿Qué hiciste? ¿Pagaste a un detective? Hubo solamente una.

Pero Sam sabía que no era cierto. Había soñado con aquellas mujeres durante años. Mujeres risueñas, mujeres lascivas. Hasta los doce años no descubrió lo suficiente del sexo como para entender lo que significaban los sueños. Para entonces, ya había comprendido hacía mucho que cualquier cosa que soñara más de una vez era verdad. Así que cuando soñó con su padre y una de aquellas mujeres risueñas, se despertó y conservó el sueño en su memoria. Lo repasó de principio a fin, y recordó todos los detalles que pudo. El nombre del motel. El número de habitación. Era medianoche, pero su padre estaba en California, así que allí era una hora más temprano. Sam bajó de la cama, caminó hasta la cocina y marcó el número de

información. Sí, ese motel existía. Apuntó el número. Después, llegó su madre y le preguntó qué estaba haciendo.

—Éste es el número del motel Seaview —dijo él—. Llama y pregunta por la habitación veintiuno doce y después pregunta por papá.

Ella lo miró, extrañada, como si estuviera a punto de gritar o golpearle o vomitar.

—Tu padre está en el Hilton.

Pero él volvió a mirarla de frente y repitió:

—Conteste quien conteste el teléfono, pregunta por papá. Y así lo hizo. Le contestó una mujer y la madre de Sam dio el nombre de su marido, y él estaba allí.

—Me pregunto cómo puedes permitirte pagar dos habitaciones de hotel en la misma noche —dijo ella con frialdad—. ¿O es que la mitad del gasto lo paga tu amiga? —Después colgó y se echó a llorar desconsoladamente.

Lloró toda la noche mientras empaquetaba todo lo que pertenecía al viejo bastardo. Para cuando su marido llegó a casa dos días después, todas sus cosas estaban en el almacén. Mamá achicaba con rapidez cuando tomaba una decisión. El hombre se encontró divorciado y excomulgado, todo en una sola semana, ni siquiera llevó un mes.

Mamá nunca le preguntó a Sam cómo había sabido el lugar en que estaba papá aquella noche. Nunca dio señales de que quisiera saberlo. Papá nunca le preguntó cómo supo mamá que tenía que llamar a ese número. Una falta de curiosidad sorprendente, pensaba Sam a veces. Tal vez lo tomaban como parte del destino. Durante un tiempo fue un secreto, pero después dejó de serlo y ya no importó cómo había sucedido. Pero había una cosa de la que Sam estaba seguro: la mujer del motel Seaview no había sido la primera, y el Seaview tampoco. Papá había sido un adúltero durante años, y era ridículo negarlo.

Pero no tenía sentido discutir con él, sobre todo cuando estaba de humor suficiente como para darle bofetadas.

—No me gusta la idea de que pases tanto tiempo con una mujer mayor que tú, hijo.

—Ella es para los indios lo más parecido a un doctor. Necesita mi ayuda y voy a seguir ayudándola.

—No me hables así, pequeñajo.

—No sabes nada de esto, así que ocúpate de tus propios asuntos.

Otra bofetada.

—Vas a cansarte de esto antes que yo, Sammy.

—Me encanta cuando me pegas, papá. Eso confirma mi superioridad moral.

Otra bofetada esta vez tan fuerte que Sam se tambaleó y sintió el sabor de la sangre en la boca.

—¿La próxima va a ser más fuerte, papá? ¿Me vas a tumbar? ¿Me vas a patear un

poco? ¿Me vas a demostrar quién es el jefe?

—Te has estado buscando una paliza desde que llegamos aquí.

—Lo único que hice fue pedir que me dejaran tranquilo.

—Conozco a las mujeres, Sam. No saldrás bien parado si te lías con una mujer mayor.

—La ayudo a limpiar a una niña que se hace sus necesidades en cama, papá. Vacío cubos de vómito. Lavo ropa y ayudo a arreglar los techos para que no tengan goteras, y mientras hago todo eso, charlamos. Solamente charlamos. Claro que tú no debes de tener demasiada experiencia en eso, papá. Probablemente tú ni siquiera hablas con las mujeres que conoces, no una vez han fijado el precio.

Iba a ser el peor de los golpes, suficiente para tirarlo al suelo, suficiente para romperle la cara y ponerle el ojo negro. Pero el viejo bastardo se la aguantó. No le golpeó. Se quedó allí, plantado, respirando hondo, la cara roja, los ojos tensos y chicos, como los de un cerdo.

—No eres tan puro como tú crees —susurró el viejo bastardo finalmente—. Sientes todos los deseos que desprecias en mí.

—Yo no te desprecio por el deseo —dijo Sam.

—Los tipos del equipo estuvieron hablando de ti y de esa zorra india, Sammy. Tal vez no te guste, pero soy tu padre y es mi deber advertirte. Esas mujeres indias son fáciles, y te pegan enfermedades.

—Los tipos del equipo —dijo Sam—, claro, y ¿qué saben los tipos del equipo de las mujeres indias? Son todos maricones o tontos.

—Espero que un día hables así cuando ellos te puedan oír, Sammy. Y espero que cuando lo hagas, yo no esté allí para detenerlos.

—Yo no estaría entre hombres como éstos, papá, si el juez no te hubiera dado la custodia compartida. Un divorcio sin culpa. Qué broma.

Esas palabras le dolieron al viejo bastardo. Le dolieron lo suficiente para callarlo. Se fue de la casa y no volvió hasta que Sam estuvo dormido.

Dormido y soñando.

Anamari sabía lo que Sam tenía en la cabeza, y para su sorpresa se sentía vagamente halagada. Nunca había conocido el efecto tímido de un muchacho. En su adolescencia, había sido la única india en las escuelas de Sao Paulo. Los indios eran tan raros en las partes europeizadas de Brasil que tal vez habría parecido exótica, pero en aquellos días, ella todavía era una chica asustada. La ciudad era estéril, todo era cemento, la luz dura y sin matices; no se parecía en nada a los suaves y profundos prados y bosques de Xingu. Su tribu, la de los kuikurus, estaba mucho más europeizada que los indios de la jungla. Ella había visto coches toda su vida, y hablaba portugués antes de ir a la escuela. Pero la ciudad le había hecho sentir hambre de tierra, los adoquines le lastimaban los pies y aquellos muchachos

competitivos le asustaban. Y lo peor de todo era que los sueños verdaderos no le venían en la ciudad. Y al no ser una soñadora de sueños verdaderos ya casi no sabía quién era. Así que si alguno de los chicos la hubiera deseado, ella no lo habría sabido. Lo habría rechazado sin darse cuenta. Y después, el tiempo para esas cosas había pasado. Hasta ahora.

—Anoche soñé con un gran pájaro, un pájaro que volaba al oeste, lejos de la tierra. Pero el ala derecha era dos veces más grande que la izquierda. Tenía heridas sangrantes a lo largo de los bordes de las alas, y el ala derecha era la más enferma, se pudría en el aire, las plumas se le caían.

—Un bonito sueño —dijo Sam. Después tradujo, para seguir practicando—: *Que sonho lindo*.

—Ah, pero ¿qué quiere decir?

—¿Qué pasó después?

—Yo estaba montada sobre el pájaro. Era muy chiquita, y tenía una pequeña serpiente en las manos...

—La serpiente emplumada.

—Sí. Y la solté, y la serpiente fue y se comió toda la corrupción y el pájaro quedó limpio. Y eso es todo. Hay una burbuja de aire en esa jeringa. La idea es inyectar medicina, no aire. ¿Qué significa el sueño?

—¿Quién crees que soy, un José? ¿Un Daniel?

—¿Qué te parece un Sam?

—En realidad, tu sueño es muy fácil. Como el agua.

—¿Qué?

—Agua. Claro como el agua. Si no hay pan, buenas son tortas. No sólo de pan vive el hombre. Solamente puedo pensar en dichos que hablan sobre cosas que se comen o se beben. Debo de tener hambre.

—Aclárame lo del sueño o te meto esta aguja en el ojo.

—Eso es lo que más me gusta de vosotros los indios. Siempre pensando en torturas.

Ella apoyó la planta del pie contra el cuerpo del muchacho y lo tiró del taburete donde estaba sentado. Un escarabajo salió corriendo de entre el barro. Sam levantó la jeringa con la que había estado trabajando..., no había sufrido daños. Se levantó, y la dejó a un lado.

—El pájaro —comenzó Sam— es América del Norte y del Sur. Con las alas abiertas, volando al oeste. Y el ala derecha es más grande. —Dibujó un tosco mapa en el suelo con la punta del zapato.

—Ésa es la forma, tal vez —dijo ella—. Podría ser.

—Y la corrupción..., muéstrame dónde estaba.

Con la punta del pie, ella señaló en el mapa, aquí y allí.

—Es evidente —afirmó Sam.

—Sí —convino la mujer—. Una vez que lo piensas como un mapa. La corrupción está en las tierras europeizadas. Y las partes saludables están donde viven los indios.

—Indios o medio indios. Todos tus sueños son sobre lo mismo, Anamari. Echar a los europeos de norte y sur de América. Afrontémoslo. Eres una india chauvinista. Tú das a luz al dios de la resurrección de los aztecas, y después lo mandas a destruir a los europeos.

—Pero ¿por qué sueño eso?

—Porque odias a los europeos.

—No —respondió ella—. Eso no es cierto.

—Sí que lo es.

—Yo no te odio.

—Porque me conoces. Yo ya no soy un europeo, soy una persona. Obviamente, será mejor que procures que no te vuelva a pasar, si quieres mantener tu fanatismo con vida.

—Te burlas de mí, Sam.

Él meneó la cabeza.

—No, no lo hago. Son sueños verdaderos, Anamari. Te cuentan tu destino.

Ella soltó una risita.

—Si diera a luz una serpiente emplumada, sabría que mis sueños son verdaderos.

—Para echar a los europeos de América.

—No —dijo ella—. No me importa lo que diga el sueño, no pienso hacer eso. Además, ¿qué hay del sueño de las enredaderas que florecen?

—Una pequeña enredadera en un huerto, una enredadera casi muerta, y entonces tú la riegas y se hace grande y más grande y hermosa...

—Y algo más. Al final del sueño, todas las demás flores de la huerta cambian. Y todas son como la enredadera florecida. —Ella se estiró y apoyó la mano en el brazo del muchacho—. Explícame ese sueño.

El brazo de él se puso rígido, sin vida bajo la mano.

—Lo negro es hermoso.

—¿Y qué quiere decir eso?

—En América. En Estados Unidos, quiero decir. Durante mucho tiempo, los negros, los ex esclavos tenían vergüenza de ser negros. Cuanto más blancos eran, mejor posición tenían, más prestigio. Pero cuando hicieron su revolución, en la década de los sesenta...

—Tú no te acuerdas de los sesenta, muchachito.

—Oye, ni siquiera me acuerdo de los setenta. Pero he leído libros. Uno de los grandes cambios, y que resultó fundamental, fue este lema: «Lo negro es hermoso. Cuanto más negro mejor». Lo dijeron una y otra vez. «Tienes que estar orgulloso de

ser negro». Y en unos pocos años, todo el sistema social había cambiado.

Ella asintió.

—La enredadera floreció.

—Así es. Y en toda Latinoamérica, los indios ocupan una posición muy baja. Si uno quiere que un boliviano le clave un cuchillo, basta con que le diga que es indio. Todo el mundo pretende ser español, español puro. Los indios puros mueren asesinados a la menor excusa. Solamente en México es algo diferente.

—Lo que me dices de mis sueños, Sam, ése no es un trabajo fácil. Soy una mujer madura, india, y vivo en la selva. ¿Esperas que les diga a todos los indios de América que deben sentirse orgullosos? ¿Cuando son los más pobres entre los pobres y los más bajos entre los de abajo?

—Dar un nombre a alguien es crearlo. Benjamín Franklin lo hizo cuando acuñó el nombre de «americanos» para la gente de las colonias inglesas. No eran neoyorquinos ni virginianos, eran americanos. Lo mismo vosotros. No se trata de latinoamericanos contra norteamericanos. Se trata de indios y europeos. Somos todos *indios*. ¿Piensas que eso funcionaría como tema?

—Yo. Una revolucionaria.

—*Nos somos os americanos. Vai fora, Europa! America p'ra americanos!* Todo tipo de lemas.

—Tendría que traducirlos al español.

—*Indios moram na India. Americanos moram na America. America nossa!* No, mejor todavía: *Nossa America! ¡Nuestra América!*. Y se traduce bien al inglés: *Our America*.

—Tú sí que eres bueno haciendo lemas.

Ella le pasó el dedo sobre el hombro y por la sensible piel del pecho y él se estremeció. Ella hizo un círculo alrededor de la tetilla del muchacho y la tetilla se estremeció y se endureció, como si hiciera frío.

—¿Por qué estás tan callado ahora? —Ella le puso la mano sobre el abdomen, justo por encima de los pantalones cortos, justo por debajo del ombligo—. Nunca me cuentas tus sueños —dijo—. Pero yo sé de qué tratan.

Él enrojeció.

—¿Ves? Tu piel me lo confirma aunque tu boca permanezca muda. Yo he tenido sueños toda mi vida. Y me preocuparon toda la vida, pero ahora tú me explicas lo que significan, tú, un soñador de piel blanca, me dices que tengo que irme entre los indios y hacer que se sientan orgullosos, que sean fuertes, para que cualquiera que tenga una gota de sangre india grite que es indio; para que los europeos tengan que mentir y declarar que tienen antepasados indios hasta que América sea toda india. Tú me dices que dé a luz al nuevo Quetzalcoatl, y que él unificará la Tierra y la curará de su enfermedad. Pero lo que nunca me aclaras es esto: ¿quién será el padre de mi

serpiente emplumada?

De pronto, él se levantó y se alejó. Hacia la puerta, con la espalda vuelta hacia ella para que ella no pudiera ver que su cuerpo estaba alerta. Pero ella lo sabía.

—Tengo quince años —dijo Sam, después de un momento.

—Y yo soy muy vieja. La Tierra es más vieja. Veinte millones de años. ¿Qué le importa que haya un cuarto de siglo entre nosotros?

—No debería haber venido aquí.

—No tuviste alternativa. Mi gente siempre conoció al dios de la Tierra. Una vez hubo un equilibrio perfecto en este lugar. La gente amaba la Tierra y la atendía. Como el jardín del Edén. Y la Tierra los alimentaba. Les daba maíz y bananas. Ellos tomaban solamente lo que necesitaban para comer y no mataban animales por placer ni seres humanos por odio. Pero después los incas se alejaron de la Tierra y adoraron al oro y al Sol que brillaba en el cielo. Los aztecas ahogaron la Tierra en la sangre de sus sacrificios humanos. Los indios pueblo talaron los bosques de Utah y de Arizona y los convirtieron en desiertos de roca roja. Los iroqueses torturaron a sus enemigos y poblaron los bosques con sus gritos de agonía. Encontramos el tabaco y la coca y el peyote y el café y olvidamos los sueños que nos daba la Tierra al dormir. Y entonces la Tierra nos rechazó. La Tierra llamó a Colón y le dijo mentiras y lo sedujo y él no tuvo alternativa. No, no la tuvo. La Tierra trajo a los europeos para castigarnos. La enfermedad y la esclavitud y la guerra mataron a la mayoría de nosotros, y el resto trató de fingir que era europeo para no seguir soportando ese castigo. La Tierra fue nuestra amante celosa y nos odió por un tiempo.

—Tienes algo de católica —dijo Sam—. No creo en tus dioses indios.

—Di *Deus* en lugar de *la Tierra* y la historia es la misma —repuso ella—. Pero ahora los europeos son peores de lo que fuimos los indios. La Tierra está sufriendo con miles de venenos, y amenazáis con matar toda la vida con vuestras armas de guerra. Nosotros, los indios, ya hemos sufrido bastante castigo y ahora nos toca otra vez a nosotros tener la Tierra. La Tierra eligió a Colón hace exactamente cinco siglos. Ahora tú y yo soñamos nuestros sueños, como él.

—Es una buena historia —dijo Sam. Seguía mirando por la puerta. Sonaba muy parecido a lo que decían que le pasaría a América los viejos profetas del Libro de Mormón. Parecido, pero peligrosamente diferente. Como si ya no hubiera esperanza para los europeos. Como si esa esperanza ya se hubiera perdido, como si ya no hubiera lugar para el arrepentimiento. No serían capaces de pasar la Tierra a la generación siguiente. Otros la heredarían. Eso le dolía en el corazón. Darse cuenta de lo que había perdido el hombre, de lo que había tirado a la basura, de lo que había destrozado y dividido.

—Pero ¿qué debo hacer con mi historia? —le preguntó ella. Él la oía acercarse, caminar a sus espaldas. Casi sentía su aliento sobre el hombro—. ¿Cómo puedo

cumplir con ella, hacerla realidad?

«Tú sola. O por lo menos sin mí».

—Cuéntasela a los indios. Tú puedes cruzar las fronteras por mil lugares distintos, y hablas portugués y español y arawako y caribe, y podrás contar tu historia en quechua y cruzar ida y vuelta entre Brasil y Colombia y Bolivia y Perú y Venezuela, todos esos países que están tan cerca, hasta que todos los indios sepan lo que dices y te llamen por el nombre que te dio mi sueño.

—Dime mi nombre.

—Virgem America. ¿Ves? La Tierra o Dios o lo que sea quiere que seas virgen.

Ella rió.

—*Nossa sen hora*. ¿Te das cuenta? Soy la nueva Virgen *Madre*. La Tierra quiere que yo sea *madre*, todas esas leyendas sobre la Madre Sagrada se transferirán a mí. Me llamarán virgen y la verdad no tendrá importancia. Cuánto van a odiarme los sacerdotes. Cómo van a tratar de matar a mi hijo. Pero él vivirá y se transformará en Quetzalcoalt, y devolverá América a los verdaderos americanos. Ése es el significado de mis sueños. Mis sueños y los tuyos.

—Yo no —dijo él—. Por ningún sueño. Por ningún dios. —Se volvió para mirarla. Tenía el puño apretado contra la ingle como para aplastar cualquier rebelión que pudiera surgir por ese lado—. Mi cuerpo no me domina —dijo—. Nadie me domina. Solamente yo.

—Eso me parece un tanto insano —replicó ella alegremente—. Todo porque odias a tu padre. Olvida ese odio y ámame a mí.

La cara de Sam se transformó en una máscara de angustia. Después se volvió y huyó.

Hasta pensó en castrarse, ése fue el tipo de locura que lo arrastró a través de la jungla. Oía las máquinas que abrían un camino para la pista de aterrizaje, los aullidos de la madera al caer, las llamadas de los pájaros y los gritos de los animales desalojados. Era el terror de la tierra torturada, y eso lo enloqueció todavía más mientras corría entre murallas de verde. El pozo chupaba petróleo como la sangre de un corazón hundido en el suelo de la selva. La Tierra yacía demacrada y temblorosa bajo sus pies. Y cuando llegó a la casa que ocupaba con su padre se alegró de poder apartar los pies del suelo y acostarse en su jergón, aferrándose a su almohada, jadeando o tal vez sollozando por el esfuerzo de la carrera.

Durmió, empapando la almohada en el sudor de la tarde, y, en su sueño la voz de la Tierra llegó hasta él como una canción de cuna susurrada. «Yo no te elegí —decía la Tierra—. No puedo hablar sino a los que me escuchan, y como está en tu naturaleza oír y escuchar, te hablé y te traje hasta aquí para salvarme, salvarme, salvarme. Sabes que van a convertirme en un desierto. Encerrada entre capas de polvo ardiente o estratos de hielo, de las dos formas estaré muerta. Mi misión, mi

propósito, es impulsar la vida hacia arriba desde mi suelo, y sentir la presión de los pies de los vivos y oír el canto de los pájaros y la música grave de los animales que gruñen y mugen y chillan, con la voz que ellos elijan. Eso es lo que te pido, esa danza de la vida solamente una vez, para hacer al hombre cuya madre le enseñará a ser Quetzalcoalt y a salvarme, salvarme, salvarme».

Él oyó el murmullo y tuvo un sueño. En su sueño se levantaba y caminaba de vuelta hacia Agualinda, no por el sendero sino por lo más profundo de la selva. Un camino más largo, pero en ese camino las hojas le rozaban la cara, las arañas se le subían a las piernas, las lagartijas de los árboles se le enredaban en el pelo, los monos lo tocaban y lo pellizcaban y le metían cosas en las orejas, las serpientes se curvaban entre sus pies; vadeó arroyos y los peces le acariciaron los tobillos desnudos y le cantaron todo el camino canciones que los celebrantes cantarían el día del nacimiento de un rey. De algún modo, como pasa en los sueños, perdió la ropa sin quitársela, y salió de la jungla desnudo, y caminó a través de Agualinda cuando se ponía el sol, y todos los baniwas lo espiaban desde los umbrales de las chozas, haciendo chasquear la lengua.

Se despertó en la oscuridad. Oyó respirar a su padre. Debía de haber dormido toda la tarde. Qué sueño, qué sueño. Estaba exhausto.

Se movió, pensando en levantarse para ir al baño. Solamente entonces se dio cuenta de que no estaba solo, y de que ésa no era su cama. Ella se movió y se apoyó contra él, y él aulló de miedo y de rabia.

Ella se despertó asustada.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Fue un sueño —insistió él—. Un sueño.

—Ah, sí —dijo ella—, fue un sueño. Pero anoche, Sam, tú y yo soñamos lo mismo. —Rió—. Toda la noche.

En su sueño. Había pasado en el sueño. Y el sueño no se desvanecía en el aire como los otros, el recuerdo era claro, él se derramaba en ella una y otra vez, los dedos de ella lo aferraban, el aliento de ella le acariciaba la mejilla, murmurando siempre lo mismo, una y otra vez.

—*Aceito, aceitote, aceite.*

Pero no amor. Cuando él llegó, llevado por la Tierra que lo dominaba, ella no lo amó, solamente aceptó el peso que él ponía dentro de su cuerpo. Antes de esa noche, ella había sido virgen, y él también. Ahora era todavía más pura que antes, era Virgem America, pero la pureza de él se había desvanecido sin esperanza, para siempre, perdida, gastada en la mujer vieja que había rondado su sueño.

—Te odio —dijo él—. Por lo que me robaste.

Se levantó y buscó la ropa, avergonzado de que ella lo mirara.

—Nadie puede culparte —respondió ella—. La Tierra nos casó, nos dio el uno al

otro. No hay pecado en eso.

—Sí —insistió él.

—Una vez. Ahora estoy entera. Ahora puedo empezar.

—Y yo estoy acabado.

—No quise robarte —se excusó la mujer—. No sabía que estabas soñando.

—Pensé que soñaba, pero amé ese sueño. Soñé que estaba fornicando y eso me hacía feliz. —Pronunció las palabras con todo el veneno de su corazón—. ¿Dónde está mi ropa?

—Llegaste sin ropa —dijo ella—. Ésa fue la primera señal que tuve de que me deseabas.

Había luna fuera. Todavía no amanecía.

—Hice lo que tú querías. ¿Puedo irme a casa ahora?

—Haz lo que quieras —contestó ella—. Yo no planeé esto.

—Lo sé. No te hablaba a ti. —Cuando hablaba de casa, no pensaba en la cabaña donde su padre estaría roncando y el aire apestaría a cerveza.

—Cuando me despertaste, estaba soñando —dijo ella.

—No quiero oírlo.

—Lo tengo ahora —prosiguió—. Un niño dentro de mí, un varón. Un varón hermoso. Pero tú nunca lo verás, creo.

—¿Se lo dirás? ¿Le contarás quién soy?

Ella dejó escapar una risita.

—¿Contarle a Quetzalcoalt que su padre es un europeo? ¿Un hombre que enrojece? ¿Un hombre que se quema al sol? No. No se lo voy a decir. A menos que algún día se vuelva cruel y quiera castigar a los europeos después de que hayan sido vencidos. Entonces sabrá que el primer europeo al que debe castigar es él mismo. Aquí, escribe tu nombre. En este papel escribe tu nombre y dame tu huella dactilar, anota la fecha.

—No sé qué día es hoy.

—12 de octubre —dijo ella.

—Estamos en agosto.

—Escribe 12 de octubre —insistió—. Quiero una fecha de leyenda.

—24 de agosto —murmuró él, pero puso la fecha que ella le pedía.

—Hoy viene el helicóptero —dijo ella.

—Adiós.

Sam empezó a caminar hacia la puerta.

Las manos de ella lo tomaron del hombro, del brazo, lo hicieron retroceder. Lo abrazó, esta vez no era un sueño, cuerpos frescos unidos en el umbral de la casa. Pero ahora el impulso había abandonado a Sam, o por lo menos estaba agotado. El cuerpo de ella ya no tenía poder sobre él.

—Sí, te amé —murmuró ella—. El dios no fue lo único que te trajo.

De pronto, él se sintió muy joven, incluso menor de quince años, y se separó de ella y caminó con rapidez a través de la aldea vacía. No trató de volver por el camino de la jungla. En lugar de eso fue por el sendero iluminado por la luna y pronto llegó a la cabaña de su padre. El viejo bastardo se despertó cuando él entró.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo el padre.

Sam buscó ropa interior y se la puso.

—No hay ningún hombre que pueda abrocharse la bragueta si una mujer no quiere que lo haga. —Papá rió. Una risa de malicia y triunfo—. No eres mejor que yo, muchacho.

Sam caminó hasta donde estaba el padre, sentado en la cama y se imaginó que le daba un golpe en la cara. Una vez, dos veces, tres.

—Vamos, muchacho, pégame. Eso no te hará virgen de nuevo.

—No soy como tú —susurró Sam.

—¿No? —preguntó el padre—. ¿Para ti es un sacramento o qué? Como decía mi padre, no importa quién apriete el tubo de dentífrico, siempre sale de la misma manera.

—Entonces tu padre debe de haber sido tan estúpido como el mío.

Sam volvió al baúl que compartían y empezó a meter su ropa y sus libros en una gran maleta.

—Me voy hoy mismo, con el helicóptero. Mamá me girará el dinero para volver a casa desde Manaos.

—No tiene por qué hacerlo. Yo te doy un cheque.

—No quiero tu dinero. Solamente mi pasaporte.

—Está en el primer cajón. —Papá rió de nuevo—. Por lo menos yo siempre volvía a casa vestido.

Sam tuvo su equipaje listo en unos minutos. Cogió la maleta y caminó hasta la puerta.

—Hijo —dijo su padre, y como su voz sonaba tranquila, no llena de desprecio, Sam se detuvo y escuchó—. Hijo, una vez es una vez. No significa que seas malo, ni siquiera significa que seas débil. Solamente que eres humano. —El padre respiraba con fuerza. Hacía mucho que Sam no lo oía hablar con tanta emoción—. No eres como yo, hijo, para nada. Eso debería alegrarte un poco.

Años más tarde, Sam pensaría en cientos de cosas que debería haber dicho. Olvido. Disculpas. Afecto. Algo. Pero no dijo nada. Se fue hasta el claro y esperó el helicóptero. Su padre no fue a tratar de despedirse. El helicóptero bajó, y el piloto, una vez hubo descargado, dejó el helicóptero y habló con alguna gente. Debió de hablar con su padre porque, cuando volvió, le dio un cheque a Sam. Mucho más que suficiente para volar a casa, y dormir en buenos lugares durante las escalas y comprar

ropa nueva que no estuviera manchada por la jungla. El cheque fue lo último que Sam recibió de su padre. Antes de que él llegara a casa desde aquel pozo, los venezolanos compraron un brote virulento de sífilis en el mercado negro, uno que se podía contagiar por contacto, y lo soltaron en la Guyana. El padre de Sam estuvo entre el primer millón de muertos. Fue tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de escribir.

Page, Arizona

El estado de Deseret solamente tenía dieciséis helicópteros, y los necesitaba con desesperación para vigilar, fumigar y atender emergencias médicas. Así que el gobernador Sam Monson rara vez los arriesgaba en un asunto gubernamental. Pero esa vez no tuvo alternativa. Tenía solamente cincuenta y cinco años, y estaba en buena forma, así que tal vez hubiera hecho el descenso hasta el Gran Cañón para subir por el otro lado a pie. Pero Carpenter no habría podido hacerlo, no en una silla de ruedas, y Carpenter tenía derecho a estar allí. Tenía derecho a ver en qué se había convertido el desierto navajo de rocas rojas.

Una selva efímera, tan enorme que el ojo no veía el fin.

Se quedaron de pie sobre el acantilado donde una vez había estado la ciudad de Page, antes de que dinamitaran el dique. Los navajos no habían tratado de repoblar aquella zona. Siempre actuaban así. Dejaban los viejos pueblos europeos sin cultivar, como cicatrices rosadas en el verde de la selva. Pero no eran estúpidos. Habían llegado al último baluarte de la ciencia europea, la universidad de Deseret en Zarahemla, y habían investigado cómo hacer que las grandes lluvias sirvieran para algo más que erosión e inundación perpetuas. Fue Carpenter el que les dio los planes para esas selvas, Carpenter el que elaboró el programa que convirtió los desiertos de Utah en las tierras cultivables más fértiles de América. Los navajos llenaron sus selvas de bisontes, ciervos y osos. Los mormones cosecharon lo suficiente para alimentar a una población cinco veces mayor de la que tenían. Así era la mentalidad europea: suficiente nunca es suficiente. Plantemos más, hagamos crecer más, tal vez lo necesitemos mañana.

—Aseguran que tiene doscientos mil soldados —dijo la voz del ordenador de Carpenter. Carpenter podía hablar, había oído decir Sam, pero nunca lo hacía. Prefería la voz del sintetizador—. Podrían estar aquí mismo y nunca los veríamos.

—Están mucho más al sur y al este. Entre Fénix y Santa Fe, para no ser una carga para los navajos.

—¿Crees que nos comprarán suministros? ¿O les parecerá mejor enviar un ejército a buscarlos?

—Ni una cosa ni otra —contestó Sam—. Les daremos el grano como un regalo.

—¿Él gobierna Sudamérica y necesita regalos de este vestigio de Estados Unidos

que son las Rocosas?

—Se lo daremos como regalo y nos sentiremos muy agradecidos si lo acepta como tal.

—¿De qué otra forma podría tomarlo?

—Como tributo. Como impuesto. Como rescate. La Tierra es suya ahora, no nuestra.

—Nosotros hicimos vivir al desierto, Sam. Eso lo hace nuestro.

—Aquí están.

Observaron en silencio. Cuatro caballos salieron galopando de la linde del bosque hacia el terreno abierto de la vieja estación de gas. Llevaban una pequeña litera, y los guiaban dos —no, indios no— americanos. Sam se había acostumbrado desde hacía tiempo a emplear la palabra «americanos» para referirse solamente a los que una vez había llamado indios. Él y los suyos eran europeos. Pero en su corazón nunca les había perdonado por robarle su identidad, aunque recordara muy claramente dónde y cuándo había empezado ese cambio.

A los caballos les llevó quince minutos traer la litera hasta ellos, pero Sam no hizo ningún movimiento para ir al encuentro de los que llegaban, no dio la menor muestra de tener prisa. Esa era también la forma americana de hacer las cosas ahora, tomarse tiempo, no correr nunca. Dejemos que los europeos lleven sus relojes de pulsera. Los americanos saben calcular el tiempo por el sol y las estrellas.

Finalmente la litera se detuvo y los hombres abrieron la puerta y le ayudaron a bajar. Había empequeñecido, y tenía la cara muy arrugada, el cabello de un blanco acerado.

No dio señales de reconocerlo, aunque él le dijo su nombre. Los americanos la presentaron como *Nuestra Señora*. No pronunciaron su nombre sagrado: Virgem America.

Las negociaciones fueron delicadas pero simples. Sam tenía autoridad para hablar por Deseret y ella obviamente tenía autoridad para hablar por su hijo. El grano se rehusaba como regalo pero se aceptaba como impuesto de un estado federado. Deseret podría tener su propio gobierno y se mantendrían las fronteras negociadas once años atrás entre mormones y navajos.

Sam fue más allá. Alabó a Quetzalcoalt por pacificar las tierras caóticas que habían arruinado los europeos. Le entregó mapas que habían preparado sus exploradores, mostrando los fuertes de los asaltantes de las praderas, los misiles nucleares decomisados y desarmados y los pocos lugares en que se habían formado gobiernos permanentes. Ofreció (y ella aceptó) cien exploradores experimentados para viajar con Quetzalcoalt a expensas de Deseret, y prometió que cuando él eligiera el lugar para su capital en Norteamérica, Deseret le proporcionaría arquitectos, ingenieros y constructores que pudieran enseñar a sus trabajadores americanos.

Ella fue generosa. Garantizó a todos los ciudadanos de Deseret la condición de americanos adoptados y prometió que los ejércitos de Quetzalcoalt se mantendrían dentro de los caminos del noroeste de Texas, donde las tierras de pastos de la más nuevas de las Nuevas Tierras eran todavía demasiado frágiles y el paso de un ejército podría destruir cinco años de trabajo. Carpenter imprimió dos copias del acuerdo en inglés y español y Sam y Virgem America las firmaron.

Solamente entonces, cuando se terminó el trabajo oficial, la vieja mujer miró a Sam a los ojos y sonrió:

—¿Todavía eres un hereje, Sam?

—No —dijo él—. Crecí. ¿Todavía eres virgen?

Ella rió y aunque era la voz de una vieja dama, una voz quebrada, él recordó la risa que había oído tantas veces en la aldea de Agualinda, y su corazón deseó al muchacho que era entonces, y a la mujer que ella había sido. Recordó haber pensado que tener cuarenta y dos años era ser un viejo.

—Sí. Todavía soy virgen —contestó—. Dios me dio a mi hijo. Dios me envió un ángel y el ángel puso al niño en mi vientre. Pensé que ya habrías oído la historia.

—La oí.

Ella se inclinó más hacia él, la voz casi un susurro.

—¿Sueñas en estos días?

—Muchos sueños. Pero los únicos que se hacen realidad son los que sueño de día.

—Ah —suspiró ella—. También mi sueño se calla ahora.

Parecía distante, triste, perturbada. Sam también. Después, como por una decisión consciente, él sonrió y habló con alegría.

—Tengo nietos ahora.

—Y una esposa a la que amas —añadió ella, devolviéndole su humor alegre—. Yo también tengo nietos. —Después se puso triste de nuevo—. Pero no esposo. Solamente recuerdos de un ángel.

—¿Veré a Quetzalcoalt?

—No —respondió ella con rapidez. Una decisión que había tomado hacía mucho y que no pensaba reconsiderar—. No sería bueno para ti encontraros cara a cara ni estar codo con codo. Quetzalcoalt también te pide que en la próxima elección te niegues a ser candidato.

—¿Lo desagradé con algo que hice?

—Te lo pide por consejo mío —aclaró ella—. Ahora que su cara será más conocida en esta Tierra es mejor que la tuya no esté tan en el centro del escenario.

Sam asintió.

—Dime —dijo—. ¿Se parece al ángel?

—Es tan hermoso como él. Pero no tan puro.

Después se abrazaron y lloraron. Solamente un momento. Luego, los hombres la

pusieron de nuevo en la litera y Sam volvió con Carpenter al helicóptero. Nunca volvieron a encontrarse.

Cuando él ya estaba retirado fui a visitarlo, lleno de preguntas que habían quedado en el aire desde el encuentro con Virgem America.

—Ya os conocíais —insistí—. Os habíais visto antes.

Entonces me contó esta historia.

Eso fue hace treinta años. Ahora ella está muerta, él está muerto, y yo soy viejo, mis dedos golpean estas teclas con la gracia de diez bloques de madera. Pero escribo sentado a la sombra de un árbol en la cima de una colina, mirando bosques y praderas, campos y ríos y carreteras, donde una vez la Tierra fue roca y polvo y arbustos secos. Esto era lo que América quería, para esto doblegó y controló nuestras vidas. Y aunque hayamos tomado caminos torcidos y nos hayamos perdido o lastimado en el camino, aunque lleguemos a este lugar cojeando, es un buen lugar, vale la pena el viaje, es la Tierra prometida, la Tierra que promete.

NOTA DEL AUTOR

Sobre Sycamore Hill

Nunca tomé conscientemente la decisión de dejar de escribir cuentos. Ni siquiera noté que había dejado de hacerlo hasta que alguien me lo señaló y entonces me pregunté por qué lo había hecho. No fue solamente porque estaba escribiendo novelas: escribí algunos de mis mejores cuentos después de terminar mis primeros tres libros.

Tal vez dejé de hacerlo porque en realidad aprendí a escribir novelas. Para el momento en que terminé *Esperanza del Venado*, *The Worthing Chronicle* y las mil páginas manuscritas de *Saints*, tratar un tema en profundidad, en un formato largo me parecía natural. Me acostumbé a tener espacio para estudiar bien las cosas. Para detenerme un poco. Para construir a través de muchas escenas diferentes. Incluso los pocos cuentos que escribí en los últimos años eran ideas para ser desarrolladas en la extensión de una novela, ideas que trataban de formarse. «The Changed Man and the King of Words», mi último cuento impreso, me costó un tremendo esfuerzo en cuanto al tamaño. Tuve que dejar fuera muchas cosas. Y la historia se resintió. Anteriormente hubo dos cuentos tan malos como los que Ben Bova no quiso comprarme cuando yo estaba empezando. El cuento que escribí en el otoño de 1983 fue el primer capítulo de una novela. Los editores lo advirtieron y no lo compraron.

¿Creen que no me preocupé? Yo soy el tipo que publicó cuarenta y tantos cuentos de 1977 a 1981. Cuatro nominaciones al Hugo, dos nominaciones al Nebula, un adelanto absurdamente importante para mi segunda novela. Ya me conocen, soy el que tuvo que defenderse de una acusación de Ted White por indecencia.

Y ahora no podía escribir cuentos. Ni siquiera podía *pensar* un cuento.

Ahora bien, eso tal vez no parezca razón suficiente para preocuparse. Mientras venda novelas a buen precio, no voy a creer que mis hijos puedan pasar hambre porque no tengo nada que venderle a Ed Ferman.

Ni siquiera *leía* cuentos, desde que dejé de hacer mi columna de crítica de cuentos en la *Science Fiction Review*. No había vuelto a abrir una revista más que un par de veces, excepto para leer un cuento de un amigo. Y no creo que hubiera leído más de tres novelas que no hubiera escrito yo mismo desde 1982.

Así que cuando Mark van Name y John Kessel me invitaron al Taller de Escritores de Sycamore Hill, cerca de Raleigh, en Carolina del Norte, no estuve muy seguro de aceptar. Un taller me sonaba bien, me gustaba enseñar en Clarion, y realmente me gustaba enseñar a escribir ciencia ficción en la Universidad de Utah. Fueron ambos buenos talleres, y fueron maravillosos. Dije: «Sí, definitivamente, contad conmigo».

Y después me di cuenta de que había una gran diferencia entre los otros talleres y

el de Sycamore. En Sycamore iba a tener que poner mis propios cuentos en la palestra. Arriesgarlos frente a otros.

¿Qué cuentos?

Mandé mis treinta y cinco dólares. Marqué los días en el calendario. Y después me enterré entre cuatro paredes para escribir *La voz de los muertos* y el guión de *Space Pioneers* para el Planetarium Hansem en Salt Lake City. Más o menos a la mitad de *La voz...*, me di cuenta de que tenía que tirar a la basura aquel borrador: un personaje secundario se había hecho cargo de todo y no era el libro que yo quería escribir. Eso pasó en noviembre. Empecé un cuento prometido hacía ya mucho para la antología de autores ganadores del premio Campbell que preparaba George Martin. «Éste será el cuento que llevaré a Sycamore», pensé.

Pero no resultó un cuento. Cuando había escrito más o menos un tercio, supe que ni siquiera iba a ser una novela corta. Si contaba toda la historia como yo quería contarla, iba a ser una novela. Ya lo estaba haciendo de nuevo. Seguía sin poder contar un cuento aunque me fuera la vida en ello.

Dejé capítulos de lado, traté de no escribir más de cuarenta y dos mil palabras y después le mandé *Unwyrms* a George. Me dijo que se notaban los sitios en los que había eliminado capítulos y me pidió cambios. Hice los cambios, mandé la nueva versión y entonces me di cuenta de que tenía media novela empezada y sabía dónde estaba la otra mitad. ¿Por qué no terminarla? Así que me pasé noviembre y diciembre convirtiendo *Unwyrms* en una novela, *Wyrms*. La terminé justo antes de Navidad. Entonces tuve que escribir una nueva versión del guión del planetario y hacer mi columna de programación de juegos de ordenador para *Ahoy!* en medio de un ataque de pánico, y ahí estaba yo en año nuevo, y no había escrito nada corto. Estaba decidido a ir a Sycamore y no tenía un cuento.

Pero durante todo diciembre había estado pensando de vez en cuando en un cuento que sabía que quería escribir. Pasaba en Utah, el lugar que mejor conozco en el mundo, en un futuro tras una guerra nuclear limitada y el abuso de armas biológicas, lo suficiente para diezmar a la población y enfriar el clima, pero dejando mucha esperanza para el futuro. El gran lago de Salt Lake se estaba expandiendo y cubría las partes más pobladas de Utah.

Mis cuentos hablaban de los supervivientes. Pero no de cualquier tipo de gente, yo quería hablar de los *míos*. Los mormones y los no mormones que viven entre ellos y tienen que adaptarse a esa religión tan peculiarmente secular. La primera vez que había trabajado con un medio como ése fue en 1980, cuando esboqué una obra de teatro sobre una familia de actores que viajaba de ciudad en ciudad montando obras de teatro ambulante en un camión a cambio de gasolina y comida y repuestos para el vehículo.

Pero esa historia sería una novela si la escribía en prosa, así que no serviría para

el taller. Sin embargo, tenía dos cuentos más con el mismo fondo, cuyos argumentos ya tenía pensados, aunque fuera vagamente. Uno era sobre un grupo de personas que van al templo semisumergido de Salt Lake para tratar de sacar oro, un oro que según una leyenda escondieron allí los mormones. El otro, versaba sobre una comunidad en el límite del desierto, sobre un maestro de escuela con parálisis cerebral que utiliza un ordenador para sintetizar su voz.

El problema estaba en que ya era la tarde del miércoles. Cuando Gregg Keizer saliera del trabajo en *Computei*, yo lo recogería para ir a casa de Mark van Name donde se instalaría el taller. No había tiempo para escribir el cuento. Casi no había tiempo ni para terminar un par de cosas que tenía que hacer para que mi familia tuviera qué comer mientras yo estuviera lejos.

Iba a irme a Sycamore sin nada escrito, nada de nada. Ah, podía darles un fragmento de *Wyrms*, pero eso sí que sería jugar sucio. Yo sabía que era una buena novela, por lo menos buena dentro del estilo en que yo escribo, pero ¿qué podrían saber ellos a partir de un fragmento? No había forma de que pudieran leer trescientas páginas en el taller y no había tiempo para hacer ocho copias aunque quisieran hacerlo.

Así que cogí mi PCjr, no el ordenador que suelo usar, sino el único que tengo lo suficientemente pequeño para poder llevarlo conmigo, y lo suficientemente grande como para poder manejar un verdadero procesador de textos completo. Escribiera lo que escribiese en el taller, podría imprimirlo en el PC de Mark van Name, así que no tendría que preocuparme de llevar una impresora conmigo. Cargué todo en mi oxidada Datsun B—210 del 76 para que mi esposa pudiera quedarse con el Renault y me fui hasta el trabajo de Gregg.

Hacía frío y llovía. Eso no era ninguna sorpresa, estando en enero en Carolina del Norte. Pero últimamente nos habíamos mal acostumbrado, tres semanas de clima casi veraniego..., yo hasta había hecho caminatas en mangas de camisa, así que no me había llevado siquiera una chaqueta pesada o un suéter y empezaba a darme cuenta de que esa decisión no era algo que probara mi alta inteligencia.

Gregg trajo su Osborne y una maleta, paramos a poner gasolina y yo compré mis seis litros de Coca-Cola Diet. Tenía intenciones de no probar nada excepto Coca-Cola, para bajar algo de los veintitantos kilos que había engordado trabajando en un escritorio durante los últimos dos años. Fuimos por la I—85 y la US 70 y después nos las arreglamos para olvidar el nombre de la carretera que teníamos que tomar. Terminamos cruzando Raleigh, y yo sabía que aquél no era el camino; encontramos un teléfono y descubrimos que estábamos más cerca de lo que creíamos. La lluvia y la oscuridad hacían difícil encontrar una casa que uno ha visitado solamente de día. Pero yo también sabía que mi mente no estaba trabajando del todo bien.

Estaba demasiado nervioso para ver bien. Tenía que escribir un par de cuentos en

los próximos días y después escuchar a un grupo de escritores que me dirían que seguramente tuve a alguien que escribiera por mí cuando hice «Sonata sin acompañamiento»: era obvio que esas tonterías que estaban leyendo no podían venir de la misma mente. Y no solamente escritores, sino escritores que habían *publicado*, y yo tenía mucho respeto por los que conocía. John Kessel había logrado el milagro y tenía un Nebula; Greg Frost había escrito una novela que hasta le había dado dinero por sus ventas; Gregg Keizer y Mark van Name me habían dado infinidad de oportunidades para averiguar que eran escritores de talento y críticos perceptivos, y, sobre todo, todos lo que iban al taller habían vendido por lo menos dos cuentos desde el último que yo había escrito.

Estaba oscuro y húmedo y era la noche más fría del año. Todo el mundo había dado cuenta de los espaguetis cuando llegamos. Todavía quedaba algo pero, fiel a mi resolución de morirme de hambre, me tomé medio litro de Coca-Cola y arrastré mis cosas al sótano. La temperatura allí abajo me hizo preguntarme si no lo estarían calentando con energía geotérmica y la Tierra congelándose con más rapidez de la calculada. Subí otra vez.

Había un grupo de personas sentadas alrededor de la mesa, riendo y divirtiéndose. Como siempre, Gregg Keizer había encajado en el grupo inmediatamente y ya tomaba parte en la conversación. Como si hubiera tomado cerveza con aquellos tipos todos los días durante años. Yo, como siempre, ignoraba qué hacer para integrarme en cualquier parte. Siempre había envidiado esa cualidad en Gregg. Sin llamar la atención, podía deslizarse hacia el centro de cualquier situación y en unos pocos minutos parecía pertenecer a ese lugar desde siempre. Únicamente puedo sentirme tan cómodo desde el principio si me piden que hable. Si me dan un público de diez o diez mil, sé que puedo mantenerlos conmigo tanto como quiera. Nunca me asustó el escenario, nunca en toda mi vida. Lo disfruto todavía más si se trata de una conversación en la que lo que importa son las ideas y en la que se maneja un nivel de pensamiento muy alto. Pero cuando estoy con diez personas, muchas de ellas desconocidas, que están en una situación de fiesta, al azar, sin tema de conversación fijo que atacar, no me siento parte de ellos. No sé hablar de cualquier cosa, no sé llevar una conversación sin importancia. Siempre me parece que sueno estúpido y la fría mirada en las caras de los demás me dice que generalmente están de acuerdo. Así que hice lo que siempre hago: me retiré, evité al grupo en la mesa, me dediqué a preparar el ordenador, poner mis Coca-Colas en la nevera, y a hablar con la esposa de Mark, Rana.

Finalmente las cosas se estructuraron por un minuto y pude entrar en el grupo. Nos reunimos para decidir qué cuentos se harían en qué fechas. Era la noche del miércoles. Al día siguiente haríamos solamente dos cuentos, uno de Jim Kelly y otro de Greg Frost. Decidimos cuatro por día para el viernes, el sábado, el domingo y el

lunes. Como yo todavía no había escrito ni un solo cuento —y era el único que había venido sin prepararse—, pusieron el primero de los míos para el sábado. Ni siquiera pude decir un título. Todo el mundo fue muy amable al respecto. Pero yo estaba seguro de que detrás de sus sonrisas estaban calculando exactamente cuántos kilos había engordado.

—A ése le sobra carne como para fabricar cuatro perros, o tal vez hasta un chico de tercer grado. Y tiene el tupé de no traer ni un cuento.

«Estás paranoico —me dije—. Contrólate —me insistí—. Vete ahora mismo —me contesté—, vuelve al lugar en que tu esposa y tus hijos cooperan para mantener la ilusión de que eres un ser humano competente».

Me llevé los cuentos para el día siguiente y el otro, y escapé hacia el sótano.

Mientras estaba allá abajo, acostado —y mi cuerpo era la fuente de calor más importante de la habitación—, empecé a darme cuenta de que algo estaba podrido en aquella atmósfera. La querida *Teela Brown*, la gata menos sociable de los Van Name, tenía una mirada de inocencia y comodidad que era para no creérselo. ¿Había pasado o no? Sí, claro, una montañita de caca de gato en mi escritorio. Iba a ser una larga noche.

Las casas de Carolina del Norte están pensadas para el verano. Mucho aire que se filtra por las paredes, ese tipo de cosas. No resultan muy cómodas durante una racha de frío. Por la mañana me sentía como si hubiera pasado una noche en el Gulag, entumecido y frío. Diez personas que se duchan al mismo tiempo no dejan demasiada agua caliente para el último, y yo me había quedado hasta tarde por la noche leyendo los cuentos, así que no fui exactamente el primero en ducharme.

Ciertamente no me estaba sintiendo en el mejor de mis días cuando nos reunimos alrededor de un grupo de mesas en el comedor a las diez en punto. John Kessel leyó un documento formal pero no pudo mantener la cara seria. Teníamos unas cuantas reglas simples. Todo el mundo tenía un turno para decir algo sobre el cuento excepto el autor, que tenía que tener la boca cerrada hasta que los demás terminaran. Después de que todos hablaran, el autor podía responder, si le quedaban palabras, claro está.

Y me refiero al *autor*, en masculino. Se había invitado a tantas autoras como autores, pero las mujeres se habían negado, cada una por una razón distinta. El viejo vestuario masculino. Y yo siempre me siento mucho más cómodo entre mujeres. Los vestuarios siempre me parecieron lugares llenos de olor a orina y sudor.

Para mi alivio, aquello no era un equipo de fútbol. Greg Frost, por ejemplo, no sabe dejar de reírse. Creo que no va a poder quedarse serio ni en el ataúd. Alien Wold tiene una cola de caballo que le llega hasta aquí. Scott Sanders parece un profesor universitario en medio de un grupo de estudiantes que le sorprenden por ser tan jóvenes. Jim Kelly tiene una gracia beatífica y parece tan sensible como Peter O'Toole de joven. Steve Carper parece estar haciendo logaritmos complejos de

memoria, solamente para divertirse, y uno juraría que de vez en cuando se encuentra con uno realmente bueno y casi no puede retener la carcajada. No es lo que uno espera encontrar en un vestuario medio. Nadie estaba lesionado y llorando, nadie murmuraba: «Matadlos, matadlos».

Los tipos de aspecto más temible en la mesa eran todos conocidos míos: John Kessel, espectral e intenso, con más de una señal de inteligencia maniaca. Mark van Name, la única persona que sabía se sentía tan vulnerable como yo, pero que siempre parece lo suficientemente confiado como para hacer cirugía cerebral con los ojos vendados. Y Gregg Keizer, a quien había encontrado en mi clase de escritura creativa en la Universidad de Utah (no porque yo tuviera nada que enseñarle a él). Pero incluso entonces, cada vez que le miraba tenía la vaga sensación de que acababa de decir algo estúpido y de que, por amabilidad, él no iba a decírselo a nadie. Me llevó años, pero finalmente llegué a la conclusión de que esa impresión era absolutamente cierta.

Una cosa que siempre odié de las situaciones de taller es el que los críticos compitan unos con otros por hacer el descuartizamiento más inteligente de la víctima. La crítica del primer cuento dejó bien claro que ese grupo no iba a hacer tal cosa. Ah, había algo de humor, sí, pero nada de crueldad. No vi evidencia de que nadie hablara sin pensar en los sentimientos del autor que estaba escuchando la crítica.

Y sin embargo, nadie dejó de decir lo que tenía que decir. Si no nos gustaba un cuento, no nos lo callábamos. También explicábamos el porqué. Y sobre todo, los comentarios eran inteligentes. Siempre me sentí un poco avergonzado de no haberlo notado antes. Esa gente sí que sabía leer.

¿Y yo les iba a ofrecer un cuento?

Solamente hubo un momento de tensión en esa primera sesión de crítica. Uno de los escritores empezó a hacer algunos comentarios del tipo de los de «Tú dices aquí: “Sus ojos cayeron sobre el papel que tenía en la mano”, y yo pensé: ahí van, plop, plop». Odio ese tipo de críticas. En primer lugar, el uso metafórico de *ojos* en lugar de *mirada* es perfectamente legítimo. En segundo lugar, nadie nota esas cosas si está metido en la historia. Son síntomas de una incapacidad para capturar la atención y la credulidad del lector, no problemas en sí mismos. Así que yo interrumpí y lo dije. Pensé que lo estaba diciendo amablemente.

Después me di cuenta de que había sido brusco y de que en realidad había descalificado a uno de los críticos más perceptivos y experimentados de la mesa. Tuve visiones en las que me sugerían recoger mis bártulos y desaparecer del taller. En lugar de eso, dado que era un perfecto caballero, el involucrado me echó una mirada de perdón y siguió adelante. Pero mi observación fue tenida en cuenta y no volvió a repetirse ese tipo de crítica sobre el lenguaje de un cuento.

Después del primer cuento, todo el mundo atacó un formidable surtido de platos

fríos; yo, que seguía decidido a ser un asceta, me retiré al sótano. Hacía demasiado frío para escribir en el ordenador, pero lo hice de todos modos, y de vez en cuando le rogaba al señor Scrooge que comprara más carbón. En realidad, el PCjr emitía calor suficiente para impedir una helada en el interior de la habitación.

Mientras escribía el cuento, pasó algo extraño. Acababa de escuchar a un grupo de hombres de gran inteligencia y talento criticar un cuento. Era excitante, me hacía sentir alerta, despierto a las posibilidades del cuento. Y mientras escribía, empecé a sentirme cómodo en el cuento, cómodo como no me había sentido en años. Salió con rapidez.

Para las dos, tenía casi un tercio del cuento. Había trabajado con una introducción expositiva para que el lector se diera cuenta muy gradualmente de que el maestro es paralítico y de que habla a través de un ordenador. Sin embargo, estaba preocupado porque para transmitir parte de la historia y el medio en que se desarrolla, había incluido una conferencia del maestro. La interrumpo con algo de tensión entre él y un alumno, pero una conferencia es una conferencia, no importa el modo en que uno la adorne, y tenía miedo de que fuera aburrida. Pero no encontraba otro modo de hacerlo. Así que la dejé.

Volvimos al trabajo con otro cuento. Esta vez era un cuento artístico y ambicioso, que entrelazaba conferencias sobre Stonehenge con una historia de clonación/incesto/decadencia. Justamente el tipo de cosa que hace que yo quiera abolir de las universidades el estudio de la literatura contemporánea. Quiero decir, la escritura era excelente pero a la historia le llevaba siglos pasar de A a B. Como las cosas del *New Yorker*. Pero no podía dejar de suponer que una de las razones por las que me molestaba era que tengo una simpatía cero para con las personas que toman drogas. Soy tan compulsivo como cualquiera —no se llega a tener tantos kilos de más ignorando los caramelos y pasando ante los quioscos sin comprar—, pero la gente que se borra el cerebro deliberadamente no va a hacerme llorar de pena cuando se despierta y descubre que no tiene mente. Ésa es parte de la razón por la que odié *Neuromante*. (También me gustó mucho *Neuromante*, pero la ambivalencia siempre fue mi punto fuerte como crítico.)

Después, mientras los demás comentaban el cuento, empecé a ver virtudes en él, virtudes que antes no había visto. También empecé a darme cuenta de que ellos veían los errores que yo le veía. Ahí fue cuando realmente empecé a confiar en ellos como críticos. Se daban cuenta de lo que no funcionaba en el cuento, y sin embargo, seguían viendo el poder que había en él, ese poder que había hecho que el autor quisiera contar la historia en primer lugar. Eso era al mismo tiempo reconfortante y aterrador. Cuando terminara mi cuento, no estaría tirándolo como una margarita a los cerdos. Pero si no les gustaba, tendría que creerles.

Esa noche salieron todos a cenar. Yo había traído solamente diez dólares.

Deliberadamente, para evitar la tentación de hacer tal cosa. Nunca salí a cenar con ellos en las noches que siguieron. No era solamente porque tuviese que terminar el cuento, o porque no me sobrase el dinero o porque quisiera adelgazar. Era porque todavía tenía miedo a las situaciones en las que no hay un tema fijo que discutir.

Cuando digo que no sé charlar de un tema cualquiera, no es verdad. Puedo sentirme a gusto con cualquier grupo de mi comunidad. Pero ésa no era mi comunidad. Esa gente era estadounidense, no mormona. Los que crecimos en una sociedad mormona y seguimos sintiéndonos profundamente involucrados en ella sólo somos miembros nominales de Estados Unidos. Podemos fingir que lo somos, pero nunca estaremos hablando el mismo idioma. Solamente cuando estamos con correligionarios nos sentimos en casa. Si hubiera estado con diez mormones, no habría tenido problema. Habríamos compartido una base común de experiencias, habríamos hablado el mismo lenguaje, nos habríamos preocupado por las mismas cosas. Podríamos hacer las mismas bromas sobre la cultura mormona, hablar seriamente de cosas que solamente se pueden discutir con alguien que comparte la misma fe. Con este grupo, en cambio, relajarse sería mucho, mucho más difícil. Yo confiaba en sus críticas, pero cada vez que nos apartáramos del tema de la creación de cuentos, ellos serían gentiles y yo terminaría sentado sin pronunciar palabra o diciendo demasiado toda la noche y sintiéndome cada vez más incómodo. Lo sé por experiencia. Así que me alegré de no ir.

En lugar de eso me quedé en casa y terminé «El margen». El maestro traicionó al grupo de contrabandistas y tramposos; sus hijos lo dejaron solo para que muriera en una cañada del desierto cuando ésta iba a inundarse bajo la lluvia que había empezado a caer. Él logró trepar unos metros y la gente del teatro ambulante que yo pensaba usar después en un cuento más largo lo rescató. Había más que eso, pero al final me sentía agotado y feliz. Había escrito un cuento. No había dejado nada fuera y definitivamente tenía menos de siete mil quinientas palabras. Y sobre todo, lo *había terminado*.

Al mismo tiempo, estaba preocupado. Ese cuento, pensaba, probablemente estaba bien. No me avergonzaría de él. Pero el segundo... dependía totalmente de esa sensación de pertenecer a no a un grupo que me había impedido añadirme a la cena de esa noche. En realidad, la camaradería, la exclusividad de la gente que tiene la misma fe que uno y comparte la misma cultura era el tema de ese segundo cuento. Empecé a pensar que no iba a tratar de escribirlo. No estaba seguro de que pudiera terminarlo, y si fracasaba, sería terrible, porque los que aparecerían ridículos o ininteligibles serían los míos, mi gente.

Me pregunté si habría algún otro en el taller que estuviera sintiendo el mismo nivel de ansiedad. Vi algunos signos de nerviosismo pero todo el mundo parecía relajado y cómodo en general.

Teníamos una nueva cara: Tim Sullivan había decidido venir desde Washington D.C. y unirse al taller en el último momento. Era un nuevo miembro muy bien venido, aunque sólo fuera porque hacía que Greg Frost pareciera solemne en comparación. Los dos se sentaron juntos a partir de entonces y el espectáculo ofrecido por ambos nos obligó a no ponernos demasiado serios con la literatura. Todos nos sentíamos muy agradecidos por eso. Esa mañana Steve Carper tenía un cuento que trataba el vacío del espacio como una sustancia que podía penetrar al azar en las cosas y transformarlas en obsidiana. Una idea extraña y atemorizante. Yo había leído el cuento de Gregg Keizer en una versión anterior; era sobre un humano en un campo de concentración alienígena que consistía en una reproducción perfecta de París, pero sin población. Uno de los mejores de Gregg. Alien Wold había traído un cuento muy gracioso del tipo de demonio-conoce-vampiro. El cuento tenía una oración sobre la forma en que unas grandes y pesadas nubes dejaban caer su carga que había provocado el que algunos interpretaran todo el pasaje como escatológico y se partieran de risa la noche anterior, incluyéndome a mí. Hubo algunas bromas sobre la descarga de las nubes antes de que empezara la sesión.

Pero el verdadero impacto fue el cuento de Scott Sanders, «Ascensión». Divertido, perturbador, literario pero nunca aburrido. Todos deseábamos haberlo escrito nosotros. Hasta le dijimos que lo vendería enseguida, a menos que se lo mandara a Ellen Datlow, señalé yo, que lo rechazaría por la puntuación.

Esa noche todos fueron a cenar y a ver una película. Yo estuve tentado de ir, pero era una vieja, de Hitchcock, una de las que acababan de reestrenar, y yo no estaba de humor para la tensión. Así que me quedé y trabajé un rato escribiendo el principio de «Recuperación», pero sobre todo leyendo los cuentos para el sábado. Después fui en coche hasta Raleigh y vi *Peligrosamente Johnny*. Una película increíblemente estúpida, justo lo que necesitaba.

Por desgracia, cuando regresé todavía no habían vuelto; la casa estaba cerrada con llave y no podía entrar. Cuando me marché, Jim Kelly y John Kessel estaban allí todavía, charlando por teléfono con Jim Frenkel, de Blue Jay, sobre la novela que hacían en colaboración; pero, evidentemente, para entonces habían terminado y se habían unido a los demás.

Pensé en quedarme en mi coche con el motor encendido durante un rato. En lugar de eso, rompí con todas mis decisiones anteriores, fui hasta un Burger King, y comí más de lo que Dios puede permitirle a un hombre. Se me fue todo el dinero que tenía pero, ay, tenía tanta hambre... Había llevado un cuaderno conmigo y de pronto, las cosas encajaron para mí en *La voz de los muertos*. Supe cómo debía empezarla, todas mis preciosas partes centrales fallaban porque me había equivocado totalmente con los principios. Y ahora estaba bien. Prácticamente escribí todo el primer capítulo allí, mientras el olor de la hamburguesa con queso me provocaba un estado de embriaguez

alto en calorías. ¿Quién dice que los mormones no sabemos divertirnos?

Ahora ya no había dudas en mi mente. No importaba lo que pasase, ese taller había valido la pena. Había escrito un cuento en unas cinco horas, uno que creía tenía una posibilidad bastante decente de salir bien y ahora había desentrañado una novela que había estado rondándome durante casi tres años.

El sábado fui el último. El segundo cuento de Gregg Keizer era una brillante fantasía sobre una mujer que conjura el viento para un barco, arrojando su sangre al mar. Mark van Name tenía un cuento sobre una terapeuta de sueños que retrocede hacia los secretos dolorosos que una niña casi catatónica había estado escondiendo desde siempre. John Kessel tenía un pedazo de su primera novela escrita en solitario, y era tan hermoso que me hacía desear matarlo cuando pensaba en lo que había sido mi primera novela. Hasta la sinopsis era brillante. Todos sugerimos que debía hacerla publicar así. Estaba repleta de cuestiones que el autor se planteaba: ¿Debería hacer que pasara esto? ¿Estoy perdiendo el control sobre el argumento? Había algunos problemas, claro está, porque era el primer borrador, pero era evidente que el debut de Kessel como novelista sería toda una sorpresa.

Traté de ser inteligente en mis comentarios de esos cuentos, pero la verdad era que no podía apartar la mente del mío. Seguía tratando de leer las notas de Scott Sanders sobre el texto —estaba el primero en su pila de copias— sin que nadie se diera cuenta.

Fueron muy amables con mi cuento. Pero por primera vez se me ocurrió que pensaban que eso de escribir el cuento en unas horas en el taller mismo era una especie de ardid. De hecho siempre escribo rápido..., cuando sé qué escribir. No habría podido urdir un cuento en cinco horas. Tengo que pensar en él, y *no pensar* en él durante semanas, meses, o años. Pero cuando está listo, sale de un tirón. Y ese taller me había hecho comprender que el cuento no había estado listo cuando llegué pero que cuando lo escribí, la intensidad de la concentración en el tema de los cuentos, el talento y la inteligencia del ambiente, todo eso había tenido un gran efecto sobre mí. No es que volviera a despertar mi vieja comprensión sobre cómo escribir cuentos. «El margen» no era parecido a lo que yo escribía antes. La mayor parte de mis viejos cuentos, si los hubiera escrito ahora, habrían sido novelas. Pero «El margen» tenía que ser un cuento. No era un cuento accidentalmente. Era un cuento porque era inevitable que lo fuera.

Esa noche fuimos a casa de John Kessel y Sue Hall para una cena: a base de patatas asadas «sírvese usted mismo». Me porté como un desvergonzado. Comí dos para celebrar el vasto alivio que sentía porque mi cuento había pasado el examen.

También tuvimos que dominarnos para no asesinar a Scott Sanders: acababa de llegar el número de febrero de *Asimov's* y ahí estaba el cuento que habíamos criticado el día anterior. Le habíamos asegurado que lo publicaría pronto y, ¡ah, mirad, mirad!,

allí estaba el milagro. *Asimov's* había hecho verdad nuestra profecía. No sólo eso, sino que cuando se lo preguntamos directamente, admitió que el otro cuento, el que íbamos a criticar al día siguiente, también estaba vendido, a la muy dudosa Ellen Datlow. Se mostró humilde como una oveja y juró que nuestras críticas le habían servido de mucho, que todavía pensaba en sus cuentos como en obras por terminar. Además, éstos eran los dos únicos cuentos de ciencia ficción que había escrito en los últimos años: la mayoría de sus cuentos estaban dentro. Fue tan dulce cuando lo dijo que todos convinimos en perdonarle, o por lo menos, fingimos hacerlo. La verdad era que su crítica de los otros cuentos era tan perceptiva y tan buena y útil que deberíamos haberle pagado por venir aunque no trajera ninguno propio. Pero saber que esos cuentos estaban vendidos le quitaba algo de diversión al trabajo de crítica. Mi único consuelo fue que había vendido el segundo a *Omni*, así que todavía no tenía idea de si era publicable o no.

Esa noche me sentía bastante bien porque mi primer cuento había sido aceptado. Empecé a darme cuenta de que gran parte de mis sensaciones de incomodidad surgían porque estaba inseguro con respecto a mis cuentos. Ya no tenía ganas de esconderme en el sótano. Después de leer los cuentos del día siguiente, me fui arriba en bata. Muchos de los demás estaban sentados alrededor de las mesas mientras Mark van Name leía pasajes de la columna de cine de Joe Bob. La sátira era amarga y deliciosa y nos reímos hasta las lágrimas.

Pero el domingo sentí que estaba agotado. Todo lo que decía me parecía estúpido. Más tarde, una reflexión calmada me aseguró que mis comentarios habían sido estúpidos, sí, sin lugar a dudas. Por suerte, lo noté a tiempo y dejé la mayor parte de la crítica para los que daban opiniones con algo de sentido. Le aclaramos a Scott Sanders la razón por la que su cuento de cazador-en-un-mundo-donde-la-caza-está-protegida necesitaba una revisión drástica, que nunca conseguiría hacer a menos que el departamento artístico de *Omni* decidiera que era necesario eliminar treinta líneas para llegar al final de una página. (En realidad, me había encantado el cuento pero no podía decírselo, ¿verdad? No cuando él ya se había gastado esos asquerosos dos mil dólares.)

Steve Carper tenía un cuento cómico expuesto como una serie de artículos de distintas revistas. El de Tim Sullivan, «I Was a Teenager Dinosaur» (Yo fui un dinosaurio adolescente) no era cómico: era un cuento que empezaba con un tipo que atropellaba un perro, se llevaba el animal a casa en medio de la sangre, lo acostaba en la cama con él y se despertaba con el animal muerto a su lado; mi tipo de cuento. El pobre Greg Frost cometió el error de llamar a su cuento cómico de misterio «Oobidís», y se lo cantábamos una y otra vez como «Oo-be-doo-be-doo» con nuestras mejores voces a lo Sinatra, pero en realidad había creado la pareja de alienígenas más encantadora que yo haya encontrado en la ciencia ficción, dos

pequeñas bolas de pelo que copulan constantemente de la forma más complicada posible.

Esa noche terminé «The Temple Salvage Expedition» (La expedición de recuperación al templo) y Gregg Keizer y yo volvimos a Greensboro. Él tenía que trabajar al día siguiente, así que se perdería el último día de trabajo en el taller. Scott Sanders y Steve Carper también se fueron temprano porque tenían compromisos el lunes.

Yo me las arreglé para doblar donde no debía en el camino a través de Durham. Nunca me pierdo a menos que Gregg vaya en mi coche. Otra mala elección casi nos llevó a Chapel Hill. Pero en realidad no soy tan distraído como parece: si uno no ha conducido nunca en Carolina del Norte, esas cosas no le resultan comprensibles. Las señales están puestas generalmente después de la salida que indican. Los diferentes carriles desaparecen bruscamente para convertirse en otras autopistas que van en dirección contraria. El número de la autopista aparece solamente cuando a ellos les da la gana. Es la forma que tienen los de allí para hacernos saber a nosotros, yanquis vendedores ambulantes, que no somos tan inteligentes como creemos.

Pero finalmente llegamos a casa. Mis hijos dormían. Kristine no, pero de todos modos yo no era una buena compañía en ese momento. Me pasé una hora para imprimir el cuento y las copias que iba a necesitar. Finalmente pudimos hablar. Desperté a los chicos para decirles que estaba en casa. Emily se había despertado con pesadillas durante las noches en que yo no había estado. Charlie seguía con su rutina habitual de la-medianoche-en-realidad-es-la-mañana, y pareció contento de verme. Fue suficiente para darme cuenta de que el taller no era el mundo real. Parecía difícil de creer que sólo hubiera estado fuera cuatro días con sus noches. La experiencia había sido tan intensa que parecía mucho más larga.

Por la mañana, muy temprano, estaba de nuevo en ruta hacia Sycamore Hill. Jim Kelly había terminado su cuento la noche anterior y yo no tenía copia todavía. Tenía que llegar allí con tiempo para leerlo antes de la sesión de las once. Llegué, entregué mi cuento y después me senté a leer el de Jim, «Rat» (Rata). En cinco minutos, me había enamorado. Era, simple y sencillamente, uno de los cuentos más maravillosos que hubiera leído nunca. Y él había escrito la última mitad en el PC/XT de Mark, arriba —el otro cuento que se había escrito en Sycamore Hill, además del mío—. Es la historia de una rata que se dedica al contrabando de drogas. Se ha tragado varias ampollas y ahora está haciendo todo lo que puede para no defecarlas hasta estar de nuevo en su casa, cosa que no es fácil. Tampoco es fácil convertir a una rata en protagonista creíble de una historia de contrabando de drogas, pero Jim lo había logrado. Cuando se publique, ese cuento no se va a olvidar, créanme.

El cuento de Alien Wold era de su juventud y él lo admitió. No ha escrito muchos cuentos y todo su trabajo publicado son novelas. Pensé en volver a mi baúl y sacar

algunas de mis obras de teatro antiguas y decidí que, por comparación, el trabajo temprano de Alien parecía muy, muy bueno.

Fueron amables con «Recuperación». Lo que más me preocupaba —que les molestara la intensidad de los elementos religiosos del cuento— resultó no ser un problema. Aunque muy pocos de ellos tenían fuertes sentimientos religiosos, el sentido de santidad del que dependía la historia pareció funcionar como parte de la narración.

Me di cuenta entonces de que ese medio —el país mormón bajo el agua, los supervivientes tratando de mantener a flote la civilización— era viable y, sobre todo, de que yo era viable. Había escrito dos cuentos presentables por primera vez en años. Me sentí tan bien como si hubiera perdido veinte kilos de peso mientras comía todo lo que quería.

Nos pasamos la tarde arreglando el desastre en que habíamos convertido la casa de Mark. La alfombra era bastante nueva y nuestras caminatas habían levantado más bolas de pelusa que un millar de gatos. Pasamos la aspiradora, trasladamos las camas al garaje, y preparamos la fiesta para los *fans* locales que había sido anunciada para esa noche, el final oficial del taller de Sycamore Hill. La fiesta fue una fiesta. Yo creía que no servía para nada hasta que descubrí a un grupo de gente que quería hablar de lo que realmente le importaba; yo desde luego sé escuchar. Pero todavía seguía excitado por el taller; no sé si a los demás les parecí de piedra, pero estaba todo lo cerca de sentirme maniático que puede permitirse un mormón. La fiesta terminó por resultarme divertida, muy divertida.

Y después me fui a casa.

Me pasé varios días haciendo las revisiones que había sugerido el taller, después le mandé los cuentos a mi agente. En general, los hubiera enviado yo mismo a las revistas, pero pensaba que por lo menos uno de ellos podía venderse bien a alguna revista que no fuera del género y Barbara Bova maneja mis ventas fuera del género. Además quería demostrarles a Barbara y a Ben que estaba escribiendo cuentos otra vez. Estaba tan eufórico que hasta mandé unas copias a otra gente, un decano universitario de Utah que sigue mi ficción, un crítico de un diario intelectual mormón que acababa de hacer un trabajo muy interesante sobre la ciencia ficción, y algunos otros. No tengo ni idea de lo que pensaron cuando recibieron un cuento por correo, así como así, pero yo estaba de celebración.

No me importa quién los compre en realidad (aunque sí me importa, y mucho, que *alguien* lo haga). La respuesta del taller fue mejor que un cheque. En cinco días, aprendí a confiar en el juicio de sus componentes y a valorar su buena opinión. No quiero ponerme sentimental con esto, pero ellos significaron mucho para mi trabajo, y mi confianza en lo que escribo. No nos hicimos amigos íntimos; no vamos a vender la casa para vivir más cerca ni nada de eso (aunque la verdad es que si lo pienso

seriamente valdría la pena vivir más cerca de la bañera caliente de Mark).

Intercambiamos dones que para mí, por lo menos, llegaron en un momento crucial. El estallido de energía creativa que eso desató en mí todavía está dando sus frutos. Sé que voy a volver a la normalidad después de un tiempo, pero, para entonces, tal vez sea el momento del segundo Taller Anual de Escritores de Sycamore Hill. Con suerte, no me voy a volver paranoico antes del taller, pero si la paranoia sirve para conseguir los resultados que obtuve la otra vez, estoy listo.

Hace ya cuatro años que escribí el precedente relato sobre mi primer Taller de Escritores de Sycamore Hill. En unas pocas semanas, voy a presentarme al cuarto. Mucha agua ha llovido desde entonces. Algunos meses después de Sycamore Hill, Gregg Keizer y yo fuimos al banquete de los Nebula de Nueva York, donde él leyó mi nuevo comienzo para *La voz de los muertos*, que se había vuelto a atascar. Él me dio ideas que me permitieron empezarla de nuevo, y ésa fue la última vez. Le dediqué el libro porque no habría podido hacerlo sin su ayuda.

«El margen», el primero de mis cuentos de Sycamore Hill, se vendió a Ed Ferman en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Ed rechazó «Recuperación» y éste terminó con Gardner Dozois, y con eso empezó una costumbre que duró muchos años, la costumbre de enviar todos los cuentos que escribo a *Asimov's*. Escribí más cuentos. Algunos de los que aparecieron en *Asimov's* eran fragmentos de mi obra «Los cuentos de Alvin Maker» que podían entenderse por sí solos, otros eran cuentos independientes —«Dogwalker», «América»—. Resucité dos cuentos más viejos, de entre los que antes llamé no publicables. Los revisé y «Saving Grace» apareció en *Night Cry*; «Eye for Eye», después de un rechazo de Stan Schimdt en *Analog*, apareció en *Asimov's*.

«América» fue un cuento problemático desde el principio. Empezó cargado de energía sexual, como un cuento sobre una mujer mayor que se enamora de un muchacho. Pero no pude escribirlo hasta que me di cuenta de que la mujer era india y soñaba con el renacimiento de Quetzalcoalt, y cuando lo empecé a escribir así, descubrí de pronto que el muchacho era un mormón que tenía problemas para controlar sus deseos sexuales dentro de los límites de la doctrina de la Iglesia. No me siento cómodo cuando escribo sobre sexo, sobre todo cuando es importante para el cuento que el lector también experimente algo del deseo sexual de los personajes.

Aunque eso era lo que requería el cuento, al tiempo que lo trabajaba para que resultara de buen gusto tenía que contar la historia tal cual era. Me sorprendió darme cuenta en el epílogo de que necesitaba que Carpenter, el maestro paralítico de «El margen», contara la historia. Volví atrás, revisé el cuento y lo cambié un poco para que encajara con la historia futura que contaban «Recuperación» y «El margen».

Temáticamente, «América» no está del todo en comunión con los otros cuentos de esta colección. Los otros cuentos son todos de ciencia ficción. «América» es

decididamente fantasía. Pensé mucho en si debía o no incluirlo aquí. El libro ya era lo suficientemente largo. Finalmente decidí que el fondo mítico, la sensación de que había un propósito detrás de toda la pérdida y el sufrimiento, eran vitales para entender los otros cuentos.

Aunque, a excepción del epílogo, «América» transcurre antes que los otros cuentos desde un punto de vista cronológico, lo puse al final porque revisa el sentido de todos los demás.

Escribí «Oeste» en respuesta a una petición de Betsy Mitchell, de Libros Baen. Ella quería un relato corto para el cuarto volumen de su serie *Alien Stars* sobre libros trépticos. La idea era escribir una historia sobre un soldado mercenario. Mientras escribía la historia para *Alien Stars*, me di cuenta de que lo que siempre había querido decir a favor y en contra de los militares y los soldados y la guerra estaba cubierto en mi novela *El juego de Ender*. No tenía ningún interés en seguir contando historias de soldados.

Pero sí tenía una idea sobre el primer cuento de mi colección de historias sobre el «Mar Mormón». Quería escribir un cuento sobre un grupo interracial de mormones que dejan el este de Estados Unidos y hacen un viaje difícil, a pie, en medio de un país caótico que se derrumba, para llegar finalmente a las montañas Rocosas a la salvación. Recordaría deliberadamente los éxodos con caravanas de carretas en el siglo XIX, con una nueva versión de los asesinatos y las atrocidades y persecuciones que expulsaron a los mormones de Estados Unidos en la década de 1840-50. Para los mormones, eso es parte fundamental de la épica de nuestra comunidad. Y pensé que llamaría, a dos de los personajes Deaver y Teague, y que encontrarían en las praderas al héroe de «Recuperación» todavía niño. Pero eso todavía no era un cuento, solamente un medio y una situación y algunos episodios. No se sostenían bien juntos.

Cuando pensé en esa historia en el contexto del tema del «soldado mercenario», el cuento empezó a tener sentido para mí. ¿Y si seguía con el tema del extraño que mira para adentro, ese tema que aparecía constantemente en los otros cuentos? ¿Por qué no hacer que ese grupo de refugiados mormones «pagara» a un hombre del lugar para que los guiara, fuera su líder, su defensor..., su soldado mercenario?

Mi primer pensamiento fue hacer de ese mercenario un indio cheroquí, pero cuando traté de escribirlo así, no funcionó. Después encontré un ensayo terrible en *Harper's* sobre una familia que mantuvo a dos de sus hijos encerrados en un desván durante años. El escritor del ensayo hacía un trabajo magnífico y demostraba que las víctimas no eran sólo los niños sino también la madre que instigara tan horrible crimen. Sin embargo, había una persona que no había sido analizada en profundidad en esa patética historia: el niño que llevaba la comida a las víctimas y se llevaba sus necesidades biológicas del desván. Ese chico tenía la llave de la cárcel en la mano, y cerraba la habitación con ella; ese chico fue el que, accidental o deliberadamente,

dejó que su hermano se escapara. Y aunque esa historia parecía totalmente distinta de la del viaje al oeste, me di cuenta de que mi «soldado mercenario» tenía que ser el chico que tenía la llave. Él era a partes iguales víctima y verdugo, él era quien tendría hambre de perdón y redención y eso era lo que podía ofrecerle la comunidad de mormones.

Una vez que el viaje al oeste se convirtió en el fondo en lugar de en el nudo de la historia, todos mis planes para hacerlos pasar por las ruinas de Chattanooga, encontrar protección bajo el gobierno militar de Nashville y lograr escapar de una Memphis dominada por los negros, sólo gracias a las súplicas de los miembros negros del grupo...; todos esos planes se desvanecieron. El cuento se convirtió en otra cosa, en algo más fuerte. Escribí «Oeste» en un único y largo borrador. Betsy Mitchell me hizo comentarios agudos y útiles, y cuando lo reescribí se convirtió en el cuento que abre este volumen.

Finalmente, «Teatro Ambulante». Ése fue el cuento original, la raíz de todos los demás y, sin embargo, fue el que más me costó. Los personajes provienen de mis días de estudiante de teatro en la Brigham Young University y de los años posteriores, cuando formé un colectivo teatral que estaba apoyado sobre la nada. La intensidad de la gente del teatro, mi amor por mis amigos de ese tiempo, mi recuerdo de mi propia pasión y excitación, mi sentido de formar parte de un grupo exclusivo y mi arrogancia cuando estaba en el teatro fueron algunas de las razones por las que el cuento tenía que existir. Era un cuento sobre una comunidad teatral, y esa intensidad se engrandecía si los actores y actrices formaban una familia, y se la contrastaba y comparaba con una comunidad mormona también conflictiva del margen del desierto.

El argumento tomó forma en 1980. Mi viejo amigo y colaborador, Robert Stoddard, vino a visitarme a mi casa de Orem, Utah, mientras preparábamos nuevas versiones de nuestro drama musical *Stone Tables*, para producirlo en la Brigham Young University, y nuestra comedia musical *Father, Mother, Mother and Mom*, una producción para el Teatro de Verano de Sundance. Hablamos de «Teatro ambulante» como idea para una comedia musical, y así surgió la línea principal del argumento: el teatro ambulante familiar, consumido por conflictos internos, recoge a un desconocido en el camino y el desconocido cura a la familia y se queda con ella para siempre. En esa versión de la historia, el desconocido funcionaría como, o tal vez sería, un ángel, con un eco del folklore mormón de los visitantes enviados por Dios que uno puede encontrarse en su camino. También queríamos escribir una obra de teatro satírica pero intensa, una obra de unos quince minutos, que sería un comentario sobre las obras de teatro autocomplacientes que suelen fomentar los mormones.

Pasaron los años y escribí otros cuentos con el mismo ambiente. Robert se casó y asentó sus raíces en Los Ángeles. Perdimos contacto, excepto a través de mi primo y querido amigo Mark Park, un pianista buenísimo, que también se había mudado a Los

Ángeles. Ni Mark ni Robert se dedicaban al musical ya, salvo por placer personal. Sin embargo, yo todavía recordaba con añoranza el trabajo con Robert y nuestros espectáculos del pasado. Había trabajado con otros compositores y había escrito mucho solo, pero nada había sido tan satisfactorio como aquellas horas junto al piano, poniendo mi letra a su música, y cada uno de nosotros haciendo de público para las invenciones del otro. Por aquel entonces mi talento todavía estaba por pulir, y supongo que el suyo también, pero los dos hicimos que el otro fuera mejor de lo que había sido al principio y hubo una alegría real en todo aquello. No sólo quería hacer una obra de teatro con «Teatro ambulante», quería que el cuento incluyera la sensación que había experimentado con Robert, la sensación de estar haciendo algo bello entre dos.

Firmé un contrato para producir el libro con Alex Berman, de Phantasia Press, en noviembre de 1986. Ese invierno escribí «Oeste» y «América». Lo único que tenía que hacer era escribir «Teatro ambulante» y cumpliría con el contrato.

Pero no podía escribirlo. No conocía a la gente. Sabía el «tipo» de gente que era. Hasta conocía la dinámica de la familia, pero no los conocía a *ellos*. Descubrir que el hombre que recogen en el camino es Deaver Teague, el de «Recuperación», ayudó. Pero sabía por mi experiencia con *La voz de los muertos* que crear una familia completamente creíble es una tarea de ficción muy compleja. Y la historia era tan importante para mí personalmente que me asustaba; retrocedía, no quería escribirla.

Irónicamente, después de que firmé el contrato para el libro que incluiría «Teatro ambulante», me pidieron que escribiera un nuevo guión para el Teatro Ambulante Mormon Church's Hill Cumorah, el más antiguo y mejor y más conocido de los teatros ambulantes de la Iglesia. Era una señal de confianza en mí y me pasé todo el invierno de 1987 trabajando solamente en eso. El resultado fue un guión del que me sentí orgulloso, dadas las necesidades institucionales y las presiones que dan forma a ese tipo de trabajo. También llegué a comprender mucho mejor para qué sirven esas obras, cómo calman el hambre de una comunidad. Si no hubiera escrito *America's Witness for Christ* (El testimonio de América para Cristo), la obra de teatro real para el teatro de Hill Cumorah, no podría haber escrito *Gloria de Estados Unidos*, la pequeña obra que montan en «Teatro ambulante».

Sin embargo, no fue hasta el momento en que me presenté al tercer Taller de Sycamore Hill, en agosto de 1987 —¡otra vez sin cuento previamente escrito!—, cuando realmente empecé a redactar el texto de «Teatro ambulante». Incluso entonces escribí cinco mil palabras de otro cuento, pero era tan, tan malo que decidí que aunque eso me matara, escribiría el cuento que tenía que ser. Me pasé un par de noches horribles moldeándolo, obligándolo a tomar alguna forma, para tener por lo menos un borrador de la historia. Me lo llevé a casa y lo imprimí, lo fotocopié, y lo llevé para que lo leyeran. El ordenador marcaba 111k, unas dieciocho mil palabras,

un relato corto, pero lo leyeron.

Sycamore Hill se ha fortalecido y mejorado con los años; la crítica fue intensa y extremadamente útil. En mi primera versión, hacía que Deaver Teague expulsara violentamente a Ollie de la familia, con el consentimiento expreso de Scarlett. A los escritores de Sycamore Hill eso les pareció monstruoso, y lo era. Había dejado que la línea del argumento dominara a los personajes, en lugar de hacer lo contrario. Salí del taller con ideas muy claras sobre cómo revisar el cuento. Me habían enseñado lo que éste debía ser y otra vez sentí que me había llevado de Sycamore Hill mucho más de lo que podría pagar en toda mi vida. No es causalidad que tres de los cuentos de este libro se escribieran mientras estaba inmerso en esa poderosa experiencia comunitaria.

Sin embargo, no revisé «Teatro ambulante» inmediatamente. El esfuerzo para hacer el borrador había sido tan intenso y agotador que la idea de enfrentarme de nuevo al cuento me desesperaba. Me fui directamente de Sycamore Hill a un seminario de enseñanza intensiva que formaba parte del programa de estudios interdisciplinarios del Watanga College, en la Appalachian State University. Ese semestre viví en un apartamento en Boone, Carolina del Norte, y viajaba a casa los fines de semana. Fue una experiencia maravillosa y me confirmó la teoría de que yo sería más feliz con una carrera como profesor de lo que soy escribiendo, siempre que pudiera encontrar un departamento de inglés de una universidad que superara el prejuicio contra la ciencia ficción y me dejara enseñar lo que yo quisiera, desde teoría de la ficción antropológica hasta escritura creativa, de Shakespeare a la literatura teatral pasando por la teoría de los juegos y el hipertexto. En otras palabras, me di cuenta de que nunca encontraría las condiciones docentes que quiero, aunque el ambiente del Watanga College se acerque lo bastante como para haber hecho de ese semestre una temporada de alegría.

También fue una época en la que no escribí ficción. Y cuando terminó el semestre, me enredé con otros proyectos. Unos guiones de vídeo para las Escrituras Vivientes. Revisar y terminar *Alvin, el aprendiz*. Ir a demasiadas convenciones. Enseñar literatura de noche en Greensboro. Alex Berman fue paciente, pero de vez en cuando se preguntaba si alguna vez le daría el libro por el que habíamos firmado contrato.

Yo sentía una fuerte tentación de incluir «Teatro ambulante» en el libro tal como lo había escrito en el borrador. Así como estaba era profesional, de eso estaba seguro, y publicable. No tenía ni tiempo ni ganas de volver a esa obra y hacer la revisión drástica que la convertiría en el cuento que yo quería escribir realmente. Pero no podía entregar un libro en el que no creía. Así que esperé y, por consiguiente, Alex esperó también.

Hasta que volví a enseñar, en la primera semana de Clarion West, en junio de 1988, no tuve el fuego y la ambición necesarios para dedicarme de nuevo a «Teatro

ambulante». Había traído mis notas críticas desde Sycamore Hill; los estudiantes de Clarion West estaban tan entusiasmados que me contagiaron su espíritu de creatividad, y una tarde me encerré cuatro horas en mi habitación y empecé a revisar el cuento. No lo terminé el primer día pero lo adelanté mucho, y cuando volví con mi familia pude completar el nuevo borrador en pocos días. En el proceso, la historia había crecido de dieciocho mil a treinta mil palabras, pero yo sabía que la línea básica era la correcta.

A la semana siguiente me encontré en Ohio, y muchos de mis estudiantes del Taller de Escritores de Antioch tuvieron la amabilidad de no salir a comer para oír mi lectura del nuevo borrador y criticarla. Me ayudaron mucho a pulir y ajustar y terminé reescribiendo el principio para hacerlo menos interior, más activo. Sin embargo, algunas debilidades de la historia eran inherentes a ella. Antes de mostrar el cambio de la familia, tenía que dejar claro cómo era en un principio y eso lleva tiempo y páginas. Finalmente supe que el cuento estaba listo. El primer cuento, la raíz de toda la colección, fue el más difícil de escribir y el último que terminé.

Antes, cuando la historia tenía apenas dieciocho mil palabras, le había prometido a Gardner Dozois que sería el primero en verla terminada. Cuando la tuve completa se la mandé, seguro de que con treinta mil palabras no había forma en el mundo de que *Asimov's* me la publicara. Pero Gardner me dejó sin habla: la aceptó, a pesar de que su cuenta fue de treinta y seis mil palabras y de que no podía ponerla en *Asimov's* hasta después de seis meses de la salida de la edición del libro por Phantasia Press. Creo que Dozois es congénitamente abierto de mente, o está agradablemente loco. Una de dos. Me alegro de que vaya a ofrecerle el cuento a su público.

Pero después de todo esto, todavía no creo haber terminado con «Teatro ambulante». Incluso después de ese trabajo, el cuento que ustedes pueden leer en estas páginas no está realmente listo. Porque se concibió como obra de teatro musical y no voy a sentirme satisfecho hasta que vea a actores en los papeles que pensé, hasta que haya visto el camión sobre un escenario giratorio, con Katie haciendo el personaje de Betsy Ross y Toolie, el de Royal Aal, y Deaver buscando un camino para entrar en la familia. Tal vez nunca suceda. Pero voy a mandar el manuscrito terminado del cuento a Robert Stoddard.

Robert, ahora está en tus manos.

Orson Scott Card
Greensboro
Julio de 1988

PALABRAS FINALES: LA GENTE DEL MARGEN

por Michael Collings

En marzo de 1982, leí un trabajo en el Encuentro Internacional de lo Fantástico en el Arte, en el que afirmaba que la ciencia ficción y la doctrina mormona ofrecen perspectivas esencialmente opuestas. Y siendo sus expectativas y modos de conocer el futuro tan encontrados resulta difícil que un escritor pueda combinarlas. La versión final, publicada en *Dialogue: A Journal of Mormon Thought* (otoño de 1984), se refería a las primeras novelas de Orson Scott Card como ejemplos de literatura que casi llegaban a fundir ambas ideas, pero yo seguía dudando sobre la posibilidad de una fusión completa.

Después, pasó algo que me hizo cambiar de opinión.

En enero de 1985, recibí una carta de Card. Era algo completamente inesperado. No nos conocíamos personalmente, no manteníamos correspondencia, y de pronto, así, de la nada, llegó un pesado paquete desde Carolina del Norte conteniendo una carta, una respuesta a mi artículo (que después se publicó en «Ciencia ficción y religión», de Card, en el número de *Dialogue* del verano de 1985), y una versión de un cuento.

La carta me pareció muy agradable; la respuesta, estimulante. Pero el cuento... Para mí, como lector de ciencia ficción y como mormón, «Recuperación» fue una revelación. Pero la impresión mayor todavía estaba por llegar.

Un año más tarde en 1986, «Recuperación» apareció en el número de febrero del *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*. Me compré un ejemplar y lo abrí emocionado: hay algo excitante en ver un cuento impreso en letras de molde aunque uno ya lo haya leído en el manuscrito. El cuento parece más terminado, más definitivo.

Y allí estaba. El Templo de Salt Lake medio sumergido en las aguas de la inundación de un nuevo lago Bonneville. Uno de los principios de las creencias del folklore mormón es que el Templo se construyó para permanecer hasta el Segundo Advenimiento, y el cuento daba validez a la creencia y al mismo tiempo la negaba. Sí, el Templo seguía allí, pero estaba vacío, una cáscara vacía testigo de la muerte de la fe.

Pero no del todo. Y allí estaba la belleza de la historia. El Templo se convertía en un símbolo externo de una verdad interna. Por fuera, la fe tal vez estaba muerta en el mundo del mar Mormón, pero el impulso interno hacia la fe seguía teniendo la fuerza y el poder de siempre. Hay un tesoro escondido en el Templo, pero es un tesoro que solamente pueden percibir y entender unos pocos.

En una carta posterior, Card hacía notar que no había sido totalmente consciente de ese nivel del cuento. Que el cuento resultaba «amenazador para muchas doctrinas

folklóricas sobre el futuro del valle de Salt Lake». El cuento, decía, estaba pensado como ficción, no como una profecía independiente. La clave del cuento reside en comprender que un escritor de ciencia ficción no tiene que creer *literalmente* en el futuro que está describiendo, pero sí *debe* creer que ese futuro comunica las ideas fundamentales de una historia que ha de ser contada. «Cuando se habla de narrar una historia —afirma Card—, mi vocación es tan seria y cierta como la de cualquiera, y no tengo que inclinarme ante nadie excepto ante la luz que veo, y voy a hacer brillar esa luz en todos los rincones oscuros hasta que alguien me muestre una más brillante».

«Recuperación» y «El margen», escritos con apenas unos días de diferencia, fueron cuentos que abrieron camino por dos razones. En primer lugar, fueron los primeros cuentos cortos de Card en muchos años. Había escrito y publicado muchos cuentos al comienzo de su carrera, pero como ha escrito en sus notas sobre Sycamore Hill, en realidad esos cuentos eran ideas para una novela que luchaban por salir como fuese. Después de publicar más de cuarenta cuentos entre 1977 y 1981, su último cuento de ciencia ficción, «The Changed Man and the King of Words» había aparecido en 1982. Pero los dos cuentos que escribió durante el Taller de Escritores de Sycamore Hill a comienzos de 1985 eran cuentos en forma y en diseño, cuentos por naturaleza.

Segundo, eran cuentos de LDS (*Latter-Day Saints*, Los Santos del Último Día). «Mis cuentos hablaban de los supervivientes. Pero no de cualquier tipo de gente: yo quería hablar de los *míos*. Los mormones y los no mormones que viven entre ellos y tienen que adaptarse a esa religión tan peculiarmente secular», escribió. Card había estado pensando durante un tiempo las líneas argumentales de los cuentos que finalmente aparecieron como «Recuperación» y «El margen» (*Magazine of Fantasy and Science Fiction*, octubre, 1985), y uno que aparece en este volumen por primera vez, «Teatro ambulante». Los cuentos, y la versión extensa de la historia de la que forman parte, son ciencia ficción y mormonismo porque tratan sobre la exclusividad de la comunidad de fe y sobre los ajustes y adaptaciones que esa comunidad debe realizar para sobrevivir.

Después del Taller de Sycamore Hill, Card evaluó el efecto que esa experiencia había causado en él y escribió lo siguiente: «Me di cuenta entonces de que ese medio —el país mormón bajo el agua, los supervivientes tratando de mantener a flote la civilización— era viable y, sobre todo, de que *yo* era viable. Había escrito dos cuentos presentables por primera vez en años».

Si el taller solamente hubiera significado la creación de «El margen» y «Recuperación», ya habría sido un logro excepcional, importante. Los dos cuentos fueron bien recibidos. «El margen» ganó nominaciones para el Hugo y el Nebula y apareció en *The Year's Best Science Fiction*, la colección de Gardner Dozois, en

1986; «Recuperación» apareció en la antología de los Nebula de 1986, editada por George Zebrowski.

Pero hubo más que esos dos cuentos en esa visión. En enero de 1987, *Asimov's* publicó la tercera historia de la serie del mar Mormón, «América». En éste, Card se movía en una nueva dirección, aceptando un desafío distinto. Los primeros cuentos se concentraban en el medio mormón y en las creencias folklóricas. «América» extrapolaba principios fundamentales de la Iglesia. El Libro de Mormón es el *sine qua non* del mormonismo, y su premisa fundamental es el cumplimiento de la profecía: América es la nueva Tierra Prometida, y los que la posean deberán hacerlo con un sentido de responsabilidad hacia lo que es correcto y valioso. Pero en el mundo de *La gente del margen* los europeos-americanos han olvidado esa promesa. El corolario lógico e inexorable es que han perdido el derecho a la tierra misma. «América» habla del cumplimiento estricto y literal de la profecía cuando la Tierra engendra a un nuevo salvador del pueblo indio superviviente a las matanzas del blanco. Es un cuento legítimo como ciencia ficción, comprensible y conmovedor, que explora posibilidades y extrapolaciones. Pero es todavía más poderoso como ciencia ficción LDS, al basarse en creencias fundamentales para los mormones, un cuento que trasciende el moralismo rígido en favor de la afirmación de verdades más profundas.

Ésa es la gran fuerza de Card en *La gente del margen*, como en la mayoría de sus trabajos después de la publicación de su novela histórica LDS, «*Saints*» (Tor, 1988; como «*A Woman of Destiny*», Berkley, 1984). En sus primeras obras, Card excluía cuidadosamente referencias específicas a sus creencias y herencia religiosa, aunque hay muchas alusiones y conexiones estilísticas en novelas como *Treason* y *The Worthing Chronicle*. Incluso en *El juego de Ender* y *La voz de los muertos* — justamente reconocidas como obras importantes ya que ambas recibieron los mayores premios que la comunidad de la ciencia ficción pueda ofrecer— Card evita conscientemente las referencias directas del tipo LDS, aunque se habla de la iglesia en las dos, y en términos de estilo y contenido simbólico ninguna de ellas podría haber sido escrita por alguien que no fuera mormón.

Con «Recuperación» y «El margen», sin embargo, Card empezó a ser más abierto en la incorporación de su visión del mundo a su ficción. Su serie de Alvin Maker, que empezó con *El séptimo hijo*, continúa en tal dirección y construye sobre un fondo LDS un mundo fantástico que entretiene mientras comunica ciertos valores específicos; una segunda serie que ya tiene su contrato firmado, *Homecoming*, transformará la historia del Libro de Mormón en ciencia ficción, sin negar la verdad de la primera ni la integridad artística de la segunda. A medida que pasa el tiempo, Card funde más y más lo que se ha llamado una forma literaria única y norteamericana con lo que se ha llamado la única religión indígena de Estados

Unidos, para crear una perspectiva completamente distinta en cuanto a la especulación y la extrapolación.

La gente del margen tal vez sea de mayor interés que las demás porque incluye las primeras manifestaciones de la visión combinada de Card. A través de todo el volumen, los cuentos hablan al lector de ciencia ficción tanto como al lector mormón, con un vocabulario que es apropiado para ambos.

Los lectores mormones que no estén familiarizados con la ciencia ficción tal vez no comprendan al principio lo que pasó antes de los párrafos que abren «Oeste», por ejemplo, pero la ambientación posholocausto resuena inmediatamente como un medio conocido para un lector de ciencia ficción. El hecho de que haya habido un intercambio nuclear entre naciones —si no las particularidades de causa y extensión de ese intercambio— se comunica con facilidad a través de la forma en que Card controla las convenciones de una de las ramas de la ciencia ficción. Solamente mucho más tarde, esos lectores comprenderán que esa pequeña banda de supervivientes es un grupo de «mormones que se quedaron atrás».

Los lectores no mormones, por otra parte, tal vez tengan dificultades al principio con las referencias a la Primaria y los obispados, a Lehi y Liahona, o con los fragmentos de las canciones que cantan los niños. Pero los lectores LDS reconocerán los términos y, sobre todo, las canciones. Nosotros sabemos inmediatamente que esa historia tiene que ver con nuestra gente, nuestra historia, nuestra épica..., no importa si está disfrazada como ficción especulativa orientada al futuro. «Oeste» habla de sufrimientos, pero su tema no es el sufrimiento: es una afirmación de la vida que muestra la forma en que la fe se despliega incluso frente a una lucha desesperada por la supervivencia. Como la historia del éxodo mormón del siglo XIX, esta historia de expulsión y muerte afirma en el fondo que hay cosas más importantes que la muerte.

La gente del margen no es un libro miope. No todos los mormones son santos, ni sabios. En «Oeste», los santos cristianos soportan el peso de la culpa por actos injustos; en «América», el peso está compartido por todos, incluyendo a los mormones, atrapados ahora entre los errores del pasado y el cumplimiento irrevocable, irresistible de sus propias escrituras.

Aquí está la esencia de la ciencia ficción..., y de la ciencia ficción LDS. ¿Y qué? *La gente del margen* resuena con fuerza para los dos públicos. Los cuentos advierten sobre la estupidez humana mientras afirman el valor de la existencia humana; especulan sobre futuros posibles mientras refinan y redefinen nuestra comprensión de nuestro pasado y nuestro presente.

[1] La última sílaba del nombre Lorraine suena como «rain», que en inglés significa «lluvia». Ésa es la razón de que Deaver apode a Lorraine Wilson «Lluvia». (*N. de la T.*) <<